



*¿Pagarías tan alto precio por conservar...
tu vida y tu legado?*

LA **T**TIERRA...
DE MI
LEGADO

DO PONS RUIZ

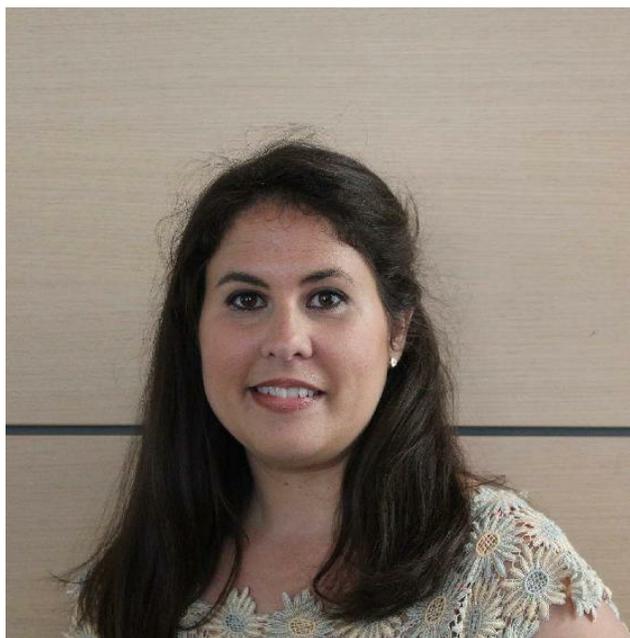
RESTART

LA TIERRA...

DE MI LEGADO

DO PONS RUIZ





DO PONS RUIZ

Do Pons Ruiz es una joven escritora valenciana cuya pasión es la lectura.

Desde bien temprano, escribe cuentos fantásticos que lee a sus amigos. Ello hará que se sumerja de lleno en lo que pronto se convertirá en su segunda pasión: la escritura.

Tiene en su haber una trilogía basada en el medievo titulada La Tierra... y una bilogía titulada RENACER, también basada en el medievo y con una emotiva historia apoyada con una gran dosis de información histórica.



SINOPSIS

Inglaterra se halla inmersa en una serie de batallas por el reinado del país.

Con la invasión normanda y la elección del rey Guillermo como nuevo monarca, Guillermo de Sunx ha de despedirse de su padre y regresar a la contienda.

A partir de ese momento, quedará bajo los designios de lo que el nuevo rey decida, tanto para él como para lo que queda de su fortuna. Sin embargo, tras realizarle la severa promesa a su padre de no poner en riesgo su heredad accederá a lo que su nuevo rey le indique para poder sobrevivir.

En él, se establece una mezcla de amor y desconfianza al hacer frente a una mujer que no se dejará manipular por tan noble inglés.

Tras varios años de estabilidad en la casa De Sunx, la tragedia vuelve a golpearlos duramente. Una nueva misión le llevará a tratar de enmendar lo

que le queda de honor y restaur la paz en su hogar.

¿Será capaz de salir adelante pese a que su alma está vencida?

A todos aquellos que luchan día a día
por mantener su legado, su vida y su familia.

ÍNDICE

PRÓLOGO

UNA DURA LLEGADA

LA BATALLA DEFINITIVA

DE NUEVO EN CASA

TAREAS DE RECONSTRUCCIÓN

LA NOVIA

PASA EL TIEMPO

EL HEREDERO

LA INFANTERÍA

UN DURO GOLPE

RECOMPONRIENDO MI VIDA

VUELTA A EMPEZAR

LLEGADA A ESCOCIA

¿NOS CONOCEMOS?

ALIADOS O FUGITIVOS

MUERTE

SEGUNDAS NUPCIAS

MUCHO TRABAJO

LA CLAVE ESTÁ EN LA ORGANIZACIÓN

TODO SUMA

¿CUÁNDO ES SUFICIENTE?

LA DURA VIDA

DE DONCELLAS Y GUERREROS

EL REENCUENTRO

AQUÍ LLEGA LA NOVIA

DE NUEVO EN MARCHA

UNA NUEVA MISIVA

DECISIÓN TOMADA

EXPLICACIONES

UN NUEVO HOGAR

NUEVOS CAMBIOS

PARA AVERIGUAR... INVESTIGAR

Y POR FIN

UN NUEVO VERANO

SIN DUDA, ESO ES AMOR

SOLO TÚ Y YO

EL SHERIFF

NUEVOS CAMBIOS

IRA

CONFESIONES

CARA A CARA

LORD Y LADY DE SUNX

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Muy al sur de Inglaterra, en el condado de Devonshire, una joven pareja comenzaba su vida en común. En contra de todas las reglas establecidas, el heredero de la casta De Sunx elegía a su esposa por amor, desechando así el compromiso que su padre había establecido para él con anterioridad.

Este sentimiento, algo inusual al formar una familia, se limitaba a la dedicación de las madres de alta cuna al cuidado de sus recién nacidos. Sin embargo, esta pareja estaba dispuesta a ir en contra de todo lo inculcado, solo por amor.

Casados muy jóvenes y con un país tranquilo y sin revueltas que irrumpieran en su día a día, pensaban únicamente en ampliar sus bienes y en crear una hermosa familia.

Sin embargo, el amor no era suficiente para llevar una vida plena y sin hijos que, por desgracia y con el paso de los años, todavía no habían llegado.

Habían sido muchos los embarazos fallidos y muchos los años de llanto, a la espera de la llegada de un heredero.

Lady De Sunx deseaba fervientemente darle a su querido esposo el heredero que tanto ansiaba.

Todo el mundo sabía la pasión que sentía George por Anna, quizá era por ello que nunca la había culpado lo más mínimo por el hecho de no poder darle un hijo. Sin embargo, ella se sentía desdichada al no cumplir con la única y sagrada misión para la que las mujeres nacían: dar un heredero a su marido.

Anna, cercana a la treintena, se hacía mayor y sabía que las probabilidades de quedar embarazada cada vez eran menores.

Cada amanecer, acudía a la pequeña capilla cercana al castillo y oraba por la llegada de un hijo varón.

Pasados varios meses, por fin fue recompensada y, cuando supo que estaba embarazada, no pudo sino llorar de alegría.

Anna De Sunx rezaba a diario para que esta vez el embarazo llegara a buen término.

Siguiendo las indicaciones de la partera de la zona, guardó cama y quedó

confinada desde el mismo momento en que se supo de la concepción. No podía perder este hijo que, confiaba, sería un varón. Su instinto le decía una y otra vez que debía seguir las indicaciones al pie de la letra, pues ese pequeño que llevaba en su vientre sería el único que pudiera darle a su amado George. Si era preciso estar los nueve meses de embarazo postrada, que así fuera, cualquier cosa mientras lograra tener a su ansiado retoño. Se alimentaría, se cuidaría y haría todo lo que estuviera en sus manos para que su amado Guillermo, nombre que recibiría el pequeño mediante el Santísimo Sacramento del Bautismo, naciera en perfecto estado de salud.

La dicha entró a formar parte en sus vidas con la llegada del heredero. Guillermo De Sunx, futuro lord y señor de las tierras de sus ancestros en Devonshire, nació fuerte y sano. Una medalla con el lema de su familia: "La fuerza y el valor están en tu corazón", le fue impuesta de inmediato para que todo el mundo al verla supiera quién era él.

A partir de ese momento, sus padres venderían su alma al diablo en caso de ser necesario para asegurar un buen legado a sus futuras generaciones.

Con el paso de los años, George se dedicó a instruir a su hijo en todos aquellos aspectos en que había sido educado él con anterioridad y, llegado el día en que el niño se convirtiera en un muchacho, sería enviado bajo las órdenes de su rey. Para entonces, los aliados de su padre que podrían ayudar a este en su instrucción no estaban capacitados para hacerlo y George quería lo mejor para su heredero. Así pues, sin dudarlo, lo envió a la corte para que el adiestramiento fuera el mejor posible y llegara a ser un buen señor para su condado.

Cumplidos los veinte años, Guillermo fue titulado y enviado de nuevo a su hogar. Era cuestión suya si decidía seguir a las órdenes de su rey, formando parte de sus guerreros, o cumplía el sueño de unos padres que ansiaban el progreso de su heredad.

Años después, y por desgracia para Lord George De Sunx, muchas cosas en el seno de su familia desestabilizaron su alegría.

Primero... la súbita muerte de su amada Anna, y después... la grave discusión con su joven hijo cuando este le indicó que iba a formar parte de los Housecarls del rey. Estos formaban parte del séquito real y entre ellos estaban los mejores guerreros de todos los condados. Sin duda, Guillermo De Sunx, aunque muy joven, se había impuesto como uno de los mejores de su

condición. Sin embargo, la gran preocupación de su padre era que marchara a la guerra sin haber engendrado un heredero.

Debido a la diferencia de edad entre ambos, el acuerdo no fue posible pues cada uno centraba su posición en su forma de ver la vida, algo completamente opuesto.

George De Sunx quedó completamente aturdido al ver marchar a su hijo, sin saber si volvería a verlo. Debido a ello enfermó de pena, nada podía hacer para que cambiara de opinión y el legado De Sunx quedaba en peligro.

¿Qué sería de toda la gente que vivía con ellos? Dependía de sus rentas. ¿Qué sucedería si el legado desaparecía o caía en manos equivocadas?

PARTE 1:

UNA DURA LLEGADA

LA BATALLA DEFINITIVA

Sin duda su padre tenía razón, debía haberse asegurado un heredero antes de partir a la contienda pues no sabía qué podría ocurrir. Con tan solo 25 años, había consagrado todas las riquezas de su familia y toda su heredad a Inglaterra y sus continuas luchas por el poder.

No había tiempo para pensar en matrimonios, así como tampoco lo había para ir en la busca de un heredero para su condado. Cuando todo acabara, dedicaría el resto de su vida a ello, eso si lograba llegar sano y salvo a su hogar.

Había muchos altibajos en la corona inglesa. El rey Harold II tenía revueltas por todo el país, muchos nobles no habían aceptado su coronación y tenía continuas discusiones y problemas con sus hermanos, que también ansiaban la corona.

Él, Guillermo De Sunx, como heredero del condado al sur de Inglaterra y miembro de los Housecarls del rey, había permanecido al lado de Harold II de Inglaterra tal como habían persistido fiel a la corona inglesa todos sus ancestros.

Era un buen guerrero, el mejor de su escuadrón, y por ello se había llevado todas las glorias en la batalla de Stamford Bridge en septiembre de ese mismo año, el año de gracia de 1066. En ella, los noruegos, querían hacerse estúpidamente con la corona inglesa. Harold II de Inglaterra, demostró ser más inteligente y, aunque estaba a la espera del ataque del rey normando al sur de Inglaterra, logró recomponer sus filas y reunir nuevas fuerzas para barrerlos a todos.

Guillermo De Sunx fue nombrado sir, alto comandante y estratega honorífico del rey por todo el bien que había hecho a la corona.

Sin embargo, meses después, se enfrentaban a la peor de las pesadillas. Una lucha en la que todos los vasallos del rey Harold II darían su vida por él.

Era la batalla definitiva para la corona inglesa.

Los normandos, aprovechando que las filas del rey estaban muy mermadas por la batalla librada en Stamford Bridge, atacaban el feudo del rey por el sur de Inglaterra, encabezados por Guillermo I de Normandía.

Al amanecer de aquel día, catorce de octubre de 1066, Harold II tenía ya preparada a toda su fyrd, nombre con el que se conocía a la milicia inglesa. Esta se había dispuesto defensivamente en la pequeña colina de Thelham

Hill.

Para Guillermo De Sunx, no iba a ser una contienda igualada ni favorable. Muchos de sus camaradas Housecarls habían llegado aquella misma noche y estaban francamente cansados. Otros, incluso estaban llegando todavía y hasta ese momento no había rastro de los arqueros, lo cual les dejaba en clara desventaja... amén de no haberse repuesto adecuadamente la armadura de los guerreros asalariados, miembros del fyrd.

Estos, escasamente equipados, estaban desprovistos en su mayoría de un yelmo que cubriera sus cabezas y, por desgracia, sus cotas de mallas habían sufrido un grave desgaste. Sin las protecciones apropiadas, era difícil que sobrevivieran.

Lord De Sunx pensó que la precipitación de su rey los había llevado a una trampa impuesta por el rey normando. Era seguro que el enemigo conocía el temperamento intempestivo del inglés e iba a aprovechar ese detalle para dirigirlos a todos a una muerte segura.

Guillermo De Sunx era uno de los encargados de entrevistarse con la embajada enviada por el normando Guillermo “El Bastardo” para poder arreglar el asunto pero, pese a las indicaciones y consejos de sus Housecarls, Harold II siguió adelante con sus planes y estableció una fina línea con los escudos de su fyrd para que no fueran sorprendidos por los flancos ni por la retaguardia. No estaba dispuesto a perder esa contienda.

Se encontraban todos a la espera, su primero al mando debía dar la orden de ataque. Guillermo De Sunx era uno de los primeros que formaban parte de la caballería de su rey. Como buen inglés, no desfallecería ni huiría hasta que acabara la contienda. Aun así, sabía que era muy arriesgado comparecer en aquellos momentos en la colina en Hastings.

Comenzaba a arrepentirse de su presencia cuando su rey recorrió la línea de escudos para alentarlos. Les decía, a voz en grito, que serían capaces de ganar aquella contienda siempre que mantuvieran sólida la barrera de escudos e imitaran la magnífica estrategia defensiva vikinga. Esos escudos puntiagudos se clavaban en el suelo, siendo esta la mejor forma de mantenerse con vida, al ser prácticamente infranqueables.

Harold II, pese a tener escasas nociones en batallas, había estudiado a fondo la mejor forma de mantener con vida a los suyos.

Guillermo De Sunx no desobedecería las órdenes directas de su rey y lucharía hasta que no le quedasen fuerzas.

Asombrado, vio cómo se aproximaban los enemigos y gritó a los suyos

que se mantuvieran en constante vigilancia aguardando la orden.

Desde su posición, cercana a la de su rey, se veían claramente, en el centro de los más de seis mil atacantes, los estandartes del rey normando y la bandera bendecida por el Papa, con cuyo apoyo contaba. Además, sabían a ciencia cierta que estaban siendo ayudados por los bretones y los franceses y, como en cualquier otro ejército, contaban también con mercenarios. Todos juntos y dirigiéndose hacia ellos, presentaban un espectáculo maravilloso a la par que aterrador.

Guillermo “El Bastardo”, conocido como gran estratega, había participado en numerosas batallas que había ganado sin problemas.

Harold II se mostraba completamente impasible ante semejante visión. No se dejaría amedrentar por aquel espectáculo y, pese a que intercambiaba miradas con Lord De Sunx, en ningún momento incitó a sus Housecarls a retirarse. A este le hubiera gustado hacerlo entrar en razón de alguna manera, pero... ¿cómo podría él ir en contra de las instrucciones de su monarca?

Los guerreros normandos estaban magníficamente equipados, la capacidad económica de este ducado les había permitido adquirir buenas protecciones metálicas, cotas de mallas, escudos de madera redondos y recubiertos de cuero y, por supuesto, yelmos que, de forma progresiva, protegían la cabeza de una manera más completa.

Los poderosos caballos normandos, que habían sido entrenados para el combate, también lucían protecciones por bardas hechas con cotas de mallas con cuero e incluso con tejidos acolchados. Poseían unas sólidas sillas de montar que, con su resistencia, permitían al jinete permanecer en pie sobre los estribos y, por lo tanto, tener más fuerza en el momento de utilizar la lanza o la espada.

Se podía ver claramente a los arqueros bien situados y provistos de flechas. Sin duda alguna, el capital que el rey normando aportaba a su milicia era muy superior al del inglés.

¿Cómo lograrían salir vivos de tal contienda? Lord De Sunx recordó las sabias palabras de su rey y gritó a sus hombres que debían permanecer juntos y ejercer fuerza en la barrera de escudos para no permitir la entrada. Gotas de sudor caían por el rostro de los hombres, el cansancio y la ansiedad del momento hacía mella en ellos. Debajo del pequeño casco cónico que algunos portaban, el pelo se veía completamente empapado y la respiración se agitaba por momentos.

Guillermo De Sunx contuvo a su hermoso caballo pues los nervios del

jinete estaban atacando a tan magnífica bestia. Portaba su magnífica espada, heredada de su padre, él era uno de los pocos afortunados que poseía armas de defensa. Solo los Nobilis podían optar a ellas pues costaban una verdadera fortuna, casi tanto como el hogar de un campesino. Lord De Sunx pensó, apesadumbrado, que Inglaterra estaba mermando considerablemente y su rey Harold II se quedaba sin milicia y sin territorio.

De repente... los arqueros, situados en la vanguardia de los atacantes normandos, lanzaron una salva de flechas que, por fortuna para el rey de Inglaterra, resultaron inútiles pues no lograron hacer mella en la barrera que había dispuesto. Lo mismo le sucedió a la infantería normanda que, pese a disponer de lanzas, mazas y espadas o mandobles hermosos, chocaban una y otra vez contra los escudos.

Estos eran realmente diestros en el cuerpo a cuerpo y, aunque no tenían los suficientes arqueros en sus batallones, las tropas eran fuertes y seguras.

A algunos hombres pertenecientes a las tropas de Guillermo “El Bastardo”, viendo que no había forma de penetrar para acabar con el enemigo, les entró el pánico y huyeron. Sin embargo, pese a que Lord De Sunx no tenía clara esa retirada tan repentina, avisó de no romper las filas inglesas. Parte de sus aliados salieron en su persecución, pensaban que los tenían a su merced y acabarían con los normandos.

En ese momento, atacó la caballería y acabó sin piedad con los ingleses que habían seguido a los desertores.

Lord De Sunx, en medio de tanta confusión, escuchó que el rey Guillermo había sido atrapado y muerto pero, al ver cómo reunían de nuevo a las tropas normandas, supo de inmediato que era un bulo. Harold II, que había creído la muerte de su oponente, se congratuló y creyó en su victoria.

—¡Miradme! Sigo con vida y con la ayuda de Dios obtendré la victoria — se escuchó mientras el joven De Sunx intentaba mantener a sus hombres dentro de la resistencia para que no abandonaran sus puestos. Supo de inmediato que el rey normando no había caído en el campo de batalla y que debían recomponer las filas. Era crucial mantener las defensas.

Quiso advertir en repetidas ocasiones a su comandante en jefe, pero se le hacía muy difícil llegar a él ante tantas embestidas. Las lanzas de los jinetes llegaban desde todos los flancos y las hambrientas espadas y mandobles normandos salían en busca de cuerpos sin cesar. La supervivencia era lo que primaba en aquellos momentos. Guillermo De Sunx dejó de ver a su rey. No sabía en qué posición se había colocado en esos momentos y necesitaba

tenerlo cerca para cubrirlo y mantenerlo a salvo.

Aprovechando que la primera huida del enemigo había acabado favorablemente para ellos... el atacante normando, Guillermo “El bastardo”, les hizo repetir la misma estrategia un par de veces más. Los ingenuos ingleses no querían escuchar los gritos de alarma de Lord De Sunx y fueron rápidamente masacrados por la caballería normanda. Después de sostener repetidos ataques con la misma situación, Guillermo I de Normandía estaba cansado de tanta guerra y quería terminar cuanto antes con aquella disputa. Ese mismo día a poder ser. Para ello, inteligentemente, posicionó a sus arqueros en la primera línea, con bastante separación entre ellos para poder dar paso a la milicia y a la caballería llegado el momento oportuno. Cuando ya distaban pocos pasos de los ingleses, el atacante mandó a sus arqueros lanzar sus flechas, no contra los escudos pues no había sido favorable en ocasiones anteriores, sino hacia el cielo... para que cayeran fuertemente sobre los cuerpos ingleses al otro lado del muro de escudos. Los hombres del rey Harold, viéndose sorprendidos por ese ataque, alteraron su formación para cubrir y salvar sus vidas. Muchos de los guerreros fueron masacrados en ese momento y entre ellos, para su desgracia, su rey y los hermanos de este. Guillermo De Sunx había fracasado, no había conseguido mantener a su rey con vida. Una flecha había atravesado el ojo de Harold II de Inglaterra y yacía en el suelo, inerte. Justo entonces, la caballería normanda atacó y logró cruzar la línea de escudos, dejando un río de sangre y muerte a su paso.

Viéndose reducidos al mínimo, los pocos ingleses que quedaron en pie, entre ellos Lord De Sunx, se retiraron. Por primera vez en su vida, un miembro de la casta De Sunx abandonaría una lucha, sin embargo, no podía quedarse solo en esa contienda o lograría que acabaran con su vida. Él debía volver a sus obligaciones, si le era posible. Tenía muchas cosas pendientes por hacer, entre ellas y en cuanto le fuera posible, una seria conversación con su querido padre. Guillermo “El Bastardo”, dueño y señor del ducado de Normandía, se había alzado con la victoria en esa dura batalla.

Todos los que habían salido con vida se reunieron a varias millas de Hastings y fue entonces cuando se dio a conocer la noticia de la muerte de su rey. Habían perdido y debían recomponerse. Los Housecarls habían desaparecido, ya no había guardia del rey, y los ingleses debían seguir luchando por sus vidas y sus heredades. La guerra seguiría ya que los nobles ingleses se resistían a acabar en manos de un normando, por ello recomponían sus filas allá donde podían. Guillermo De Sunx era reclamado

para cada una de aquellas contiendas, pues siempre había resultado exento de cualquier herida de gravedad.

Los normandos llegaron finalmente a Londres, donde muchos de los acaudalados e ilustres salieron a rendirles homenaje mientras su milicia arrasaba y devastaba todo el país sin miramiento ni pena alguna.

Muy a pesar de Lord De Sunx y de algunos de sus aliados, a finales de ese año, los ingleses habrían de empezar a llamar a Guillermo I, rey de Inglaterra. Casi todo el territorio inglés estaba devastado y el nuevo rey se encargaría de recomponerlo todo a su modo y con su gente.

Guillermo De Sunx, noble inglés, se resistía a creer en eso y durante unos años pasó a ser parte activa entre los miembros de la resistencia inglesa. Sin embargo, los normandos eran claramente superiores a ellos y acabaron por aceptar que no había nada que hacer al respecto.

Así pues, a primeros del año 1070, abatido por resultar perdedor en tan crueles batallas, el joven De Sunx debía volver a su hogar. Grandes camaradas habían caído en el camino, y para su escarnio, muchos otros ahora formaban parte de las tropas del nuevo rey. Traidores todos ellos, se habían declarado seguidores del mismo, sin importarles nada su origen y sin someterse a ninguna presión política.

Lord De Sunx debía hacer examen de conciencia y tomar decisiones importantes, tanto para él como para su legado.

Estaba seguro de recibir prontamente una misiva de su nuevo rey indicándole cuál sería su nuevo lugar y él lucharía y haría lo que fuera necesario para que sus tierras siguieran siendo de su propiedad.

Sin duda, no sería apartado de sus responsabilidades y llegaría hasta el fin para mantener lo que era suyo.

DE NUEVO EN CASA

Más de cuatro largos años había permanecido fuera de casa.

Había estado tan pendiente de su propia vida, batalla tras batalla, que únicamente había enviado noticias de su paradero a su hogar en dos ocasiones. Una para notificar a su padre que habían ganado en Stamford Bridge, donde había resultado laureado, y otra para indicarle que, tras la pérdida de la última batalla de Hastings, pasaría a formar parte de la resistencia y que su regreso se auguraba cercano. No había habido respuesta a aquellos dos mensajes, así pues, no sabía cómo estarían las cosas en su hogar.

Guillermo se detuvo en lo alto de la colina que precedía a ver la inmensa extensión de su territorio y bajó de su caballo. Quería recorrer las últimas leguas caminando y gozando de esos momentos de libertad. Habría muchos cambios en sus propiedades y debía tener la mente bien dispuesta a cuanto hubiera acontecido.

La gran fortaleza, construida por sus ancestros, se hallaba en perfecto estado ante él. Sonrió al recordar las veces que de niño había subido y bajado aquella colina.

Estaba visiblemente cansado, con heridas en el alma tras perder a un gran número de amigos.

Sin darse cuenta, traspasó el portón del vigía, observó que no había nadie allí para darle el alto, seguramente habría escasez de personal. No le dio más vueltas, solo deseaba dos cosas: encontrar algo de comida que llevarse al estómago y un lugar donde poder descansar.

Tras pasar la puerta abierta de la fortaleza, advirtió que todo estaba tal cual lo había dejado hacía tantos años y el mobiliario estaba immaculado.

Le extrañó no ver a nadie deambulando por el castillo. Había decenas de personas al servicio de su familia, sin embargo, no se veía ni un alma. Eso lo alertó de inmediato, deseó fervientemente que el ejército del nuevo rey no hubiera celebrado su victoria también con sus posesiones y su familia.

Lord De Sunx levantó la voz para ver si salía alguien del castillo, alguien que pudiera explicarle lo que había sucedido. Alguna persona debía vivir allí y mantener todo tan limpio. Le extrañó no ver a su padre sentado en su enorme silla, frente la lumbre. Allí lo había dejado enfadado y ofuscado antes de su partida hacia la guerra y allí esperaba encontrarlo tras su regreso.

Todavía podía escuchar la conversación mantenida con él. Los dos se

habían dicho cosas que ahora lamentaba.

—Hijo, una guerra no es cosa de juegos.

—Padre, no voy a jugar. Soy un Housecarls, un hombre de honor y confianza del rey, voy a combatir por y para Inglaterra.

—Nuestro rey debía haber utilizado un poco más las palabras en lugar de lanzarse a una guerra sin remedio.

—Padre, se oye de nuevo que el rey normando quiere nuestras tierras para sí. ¿Acaso no es esta una lucha válida?

—Lo único que digo, hijo, es que para reunir a un ejército tan numeroso que pueda superar a normandos y franceses va a necesitar la ayuda de todos los nobles de Inglaterra. Los pobres y los que se dedican al cultivo de sus tierras... de nada van a servir.

—¿Acaso vais a ir en contra del rey?

—El rey debería tomar mejores decisiones en algunos momentos de su vida. Con estas contiendas, lo único que va a conseguir es acabar con todos nosotros.

—Padre, os miro y no os reconozco. —El joven miraba con severidad a su padre.

—Puede que sea por la vejez, Guillermo, pero ahora veo las cosas de otra manera.

—¿Y pretendéis que yo siga vuestras instrucciones y me revele contra nuestra corona?

—Hijo, no pretendo tal cosa —dijo altamente exasperado—. Jamás traicionaría a nuestro rey. Lo único que estoy diciendo es que podría haber buscado otra opción antes de enviaros a todos a una muerte segura.

—Padre, deberíais confiar un poco más en su criterio.

—¿Por lo mismo que debería confiar en el tuyo? —El hombre cabeceó en señal de negación.

—¿Es eso, no es cierto? No confiáis en que pueda ir a la guerra y salir victorioso por méritos propios.

—Hijo...

—Os demostraré que puedo ser superior al concepto que tenéis de mí. Os demostraré lo bueno que soy con mis manos y con mi espada. Os demostraré...

—Yo no necesito que me demuestres nada, hijo. Yo te he entrenado y sé de sobra de lo que eres capaz. Sin embargo, la guerra no es lo mismo —gritó

furioso. —Lo único que necesito es estar seguro de que el nombre de nuestra familia no acabará contigo.

—Si lo único que deseáis es un heredero, todavía estáis en disposición de engendrar uno. Yo lucharé por nosotros en lo que mi rey nos depare. —Era un duro golpe el que había lanzado a su padre. De sobra sabía que jamás podría volver a casarse con otra mujer, en su corazón él seguía siéndole fiel a su esposa fallecida.

Casi cinco años más tarde, Guillermo volvía a casa. Tal como había vaticinado su padre, su rey había jugado con ellos a las batallas. Los había llevado sin descanso arriba y abajo por toda Inglaterra, mermando así cada vez más sus filas.

Ahora volvía al hogar sin fortuna y sin aliados, ahora comprendía que lo único que su padre le pedía era un poco de cordura y comprensión durante su vejez, ahora debía pedirle disculpas por cuanto le había dicho antes de marchar y ahora debía suplicar que volviera a acogerlo de nuevo en el seno de su familia.

Miró fijamente el fuego que caldeaba la habitación. Estaba intentando hallar fuerzas para buscarlo y redimirse ante él. No sabía qué palabras usaría para pedir perdón una y mil veces, pero lo haría.

—Disculpe ¿A quién busca? —Una voz sonó a sus espaldas.

—¿Es posible que no me reconozcas, Gea? ¿Tanto he cambiado en estos años? —Guillermo miró fijamente a la joven.

—¿Le conozco? —Se acercó a él.

—Tu sí has cambiado. Me fui, dejando a una niña, y por lo que veo... eres toda una mujer. —Por primera vez en mucho tiempo, Guillermo sonrió ante la sorpresa de la muchacha.

—No es posible... —dijo la joven sin acertar a reaccionar como correspondía. —Lord Guillermo, habéis vuelto.

—Sí, Gea, al fin he vuelto —dijo cabizbajo el muchacho.

—Disculpadme, mi señor, pero con esas barbas y ese pelo tan largo... no lo hubiera reconocido nadie por estos lares.

—Muchacha, ¿puedes explicarme qué ha sucedido?

—Lo mismo que en el resto del país —le confirmó la joven—. Vino un ejército de hombres y se llevó toda la comida que teníamos almacenada. Como no opusimos resistencia, se limitaron a ello y afortunadamente no nos infligieron daño alguno.

—¿Y qué sucedió con la gente?

—Se marcharon. Nos faltaba comida, los campos estaban devastados, se llevaron los animales... Era muy difícil la supervivencia para todos. Yo me quedé con vuestro padre.

—Lo imagino —dijo dándole importancia a ese hecho—. Esperaba verlo sentado en su silla como siempre, pero no se encuentra.

—Mi señor, hace más de un año que esta postrado en cama.

—¿Ha tenido alguna dolencia importante?

—La edad, mi señor. Y el tiempo, y las penas...

—Lo sé Gea, no hace falta que te vayas por las ramas. Actué como un niño cuando debí ser un hombre. Subiré a verlo.

—Mi señor, está descansando ahora.

—Yo velaré su sueño —dijo el muchacho.

—Creo que ha estado esperando su llegada para... —dijo la muchacha cuando Guillermo ya había iniciado su marcha.

—¿Para qué, Gea?

—Para despedirse de vos y de este mundo.

Guillermo subió escaleras arriba lo más rápidamente que pudo y entró en la alcoba de su padre sin hacer ruido. Estaba todo en penumbra y podía ver su imagen gracias a la iluminación del fuego que crepitaba en la chimenea. Se acercó a su cama entarimada y se arrodilló a su lado. Le tomó la mano y la besó con ternura.

El anciano parpadeó un par de veces antes de abrir del todo los ojos y fijar la vista en su hermoso hijo. Una leve sonrisa dibujó aquel arrugado rostro.

—¡Padre! Celebro que estéis conmigo —dijo, besando de nuevo aquella mano que atesoraba entre las suyas.

—Hijo mío. Qué alegría poder verte por última vez. Me llegaron tus mensajes. Quedé muy complacido con tu nombramiento y muy perturbado con la pérdida de nuestro rey. Temía que peticieras en una de esas contiendas de la resistencia, sin embargo, he tenido la dicha de volver a verte antes de abandonar este mundo. —Su voz sonó cansada.

—Padre, no habléis de ese modo. —Contuvo una lágrima.

—No te preocupes por mí, hijo. Mi vida en este mundo ha sido muy grata y larga. Deseo ir a reunirme con mi amada Anna. Ella me está esperando.

—Padre. He de pedir os perdón por todo cuanto os dije. Actué de manera inconsciente. Solo ahora entiendo aquello que queríais decirme. Teníais razón, debí asegurarme un heredero antes de partir.

—Está bien, hijo mío. No te disculpes más, pero quiero que me prometas una cosa.

—Por supuesto, padre, lo que sea.

—Protege siempre estas tierras. No dejes que te las arrebaten. Es la única herencia que te dejo y has de pasársela a tus hijos, de este modo, mi legado vivirá en ellos. Debes hacer lo que esté en tu mano y lo que sea menester para seguir teniéndolas bajo tu custodia. Sé que se avecinan malos tiempos para la nobleza inglesa y que pocos seremos los que quedemos, pero no luches por algo perdido, hijo. Aprende de tus errores. Solo así lograrás convertirte en el caballero que todos esperábamos que fueras desde el momento justo de tu nacimiento. Tienes una dura tarea por delante. Reconstruir tu legado y que este vuelva a ser fructífero no va a serte fácil, pero debes hacerlo.

—Por supuesto que lo haré, padre. No lo pongáis en duda.

—Debes saber que te amo con todo mi corazón y que deseo irme de este mundo sabiéndote un hombre de bien. Recuerda, querido hijo, el lema de nuestra familia: "La fuerza y el valor están en tu corazón".

—Sí, padre, lo recordaré —dijo el muchacho. Cuando Guillermo volvió a levantar la mirada hacia su padre, este yacía inerte en su cama y con los ojos cerrados. Había podido despedirse de este mundo y de su hijo, tal como había deseado. Por fin descansaría en paz.

No supo cuánto tiempo permaneció encerrado con su padre. Solo cuando Gea llamó a su puerta, supo que era momento de despedirle como merecía.

TAREAS DE RECONSTRUCCIÓN

Un día después del sepelio... Guillermo De Sunx decidió buscar, por los caminos, hombres y mujeres que pudieran ayudarlo en sus quehaceres y así cumplir la promesa a su padre.

Eran muchos los ingleses que habían decidido emigrar a otros países, al quedarse sin hogar o sin trabajo, y los normandos estaban tomando posesión de los condados poco a poco. Su deseo no era otro que establecer allí a su propia gente.

Guillermo les aseguró techo y comida si lo ayudaban a reconstruir sus tierras, y un sueldo cuando ya fueran bien encaminados. Primero debían tener en cuenta el pago de impuestos que habría de realizar periódicamente a la corona. Así... los comienzos iban a ser difíciles.

Afortunadamente, logró agrupar a bastantes campesinos que se habían quedado sin tierras y demás jornaleros que estarían encantados de vivir en las de un legítimo inglés. Claro estaba que no podía decirse en voz alta, pero no era lo mismo trabajar para uno de los suyos que hacerlo para un normando.

Había bastantes hombres jóvenes entre las familias y Guillermo aprovechó su adiestramiento militar para instruirlos y así poder reunir un pequeño escuadrón de caballería, presto para la lucha en caso de que se presentasen problemas.

Las batallas importantes no se habían librado en la zona donde ellos se encontraban, así pues, las casas aunque muy pequeñas y básicas estaban en buenas condiciones y las familias podrían entrar a vivir en ellas. Cada una de ellas tenía dos dependencias independientes más una sala común y un espacio para una cocina, pero todas tenían una buena lumbre y suficientes pieles para el cobijo del invierno. Todos quedaron gratamente complacidos al verlas y no tardaron en poner sus escasas pertenencias en ellas. Sin perder tiempo, hicieron que el calor del hogar emanara por toda la zona.

Lord De Sunx quedó muy satisfecho al ver, desde la ventana de su alcoba en el castillo, el humo salir de las diez casas recién ocupadas. Poco a poco haría que la heredad de su padre volviera a ser lo que había sido antes de la invasión normanda.

Para ello debían ponerse a trabajar de inmediato, pero antes debía conocer más a fondo a aquellos que lo iban a ayudar en su nueva contienda. Era preciso saber qué ocupación habría de darles.

Congregando a todos los hombres en el patio de armas, decidió hablarles y al menos conocer así sus nombres y aptitudes.

—Buenos días a todos. Quiero agradecerlos que aceptéis trabajar en mis tierras, pues sin duda vamos a pasar penurias durante algún tiempo. Desafortunadamente no contamos con monedas para pagar vuestros sueldos, pero intentaré a la mayor brevedad, que todos tengáis el pago que merecéis. Como bien sabéis, hemos de organizarnos y para ello necesito saber dónde puedo ubicaros. Por favor, id diciéndome vuestros nombres y vuestro oficio.

—Mi señor. Soy Eduard Inoch. Vivo en la segunda cabaña del camino con mi mujer Adele y mis dos hijas, Jude y Mary. Siempre me he ocupado de la herrería. Sé trabajar bien el metal. Además, mi esposa desea saber si puede trabajar para vos en el castillo. Es buena cocinando.

—Me parece muy buena idea, dile a tu mujer que vaya a las cocinas y pregunte por Gea, ella sabrá indicarle su puesto. Me parece perfecto tu oficio ahora que estamos comenzando, nos será de gran ayuda, luego te indicaré dónde está la herrería y así podrás comenzar cuanto antes con tus quehaceres.

—Mi señor —dijo un hombre a su derecha—. Mi nombre es Malcom Moore y mi familia siempre se ha dedicado a la ganadería. Sin embargo, sé cazar, pescar y tratar las pieles de los animales para nuestro propio uso.

—Si eres de esta zona, sabrás dónde encontrar caza y pesca. Si no, yo te indicaré. Afortunadamente tenemos frondosos árboles aquí al lado y vivimos pegados al río. Es una zona maravillosa Devonshire.

—Muchas gracias, mi señor, sí soy de la zona y sé dónde encontrar buena caza y buena pesca. Mi mujer, Jane, me pide lo mismo que la de Eduard. Veréis... estamos esperando un hijo y nos vendrían bien, cuando se pueda, unas monedas de más.

—Malcom, como os he explicado, espero poder daros lo que os corresponda en breve. Tu mujer, por supuesto, será bienvenida al trabajo del castillo. Allí, igual que aquí, se necesitan muchas manos. —Malcom asintió y se dirigió hacia su casa con su mujer.

—Mi señor, si os parece bien... mis hijos y yo nos encargaremos de los campos. Siempre hemos sido campesinos.

—Por supuesto. ¿Tu nombre, es?

—John Donew, mi señor.

—Mi hermano y yo somos afanados guerreros —dijeron los hijos de John que permanecían junto a su padre—. Así pues, podemos ayudar a padre cuando lo precise y servirlos a vos en la lucha cuando así se nos requiera. Mi

nombre es Vince y él es Richard

—Muy bien. Os enseñare los barracones. Hay otros jóvenes allí esperando el adiestramiento. Convendría que fuerais con ellos y os presentarais. En unos días empezaremos con la instrucción.

Gea estaba agradecida por tener a más mujeres en el castillo, Adele y Jane se ocuparían de la cocina y así podría disponer de un poco de tiempo para sí. Lo cierto era que no había mucho por hacer, solo disponían de dos habitaciones abiertas y las que permanecían cerradas se limpiaban con menos asiduidad. Aun así, era gratificante poder conversar con alguien mientras trabajaban.

Con el inicio de las tareas, tanto dentro como fuera del castillo, Guillermo decidió que era tiempo ya de volver a ser el mismo de antes. Por ello, se dedicó un tiempo a su persona. Se cortó un poco el pelo, de forma que ahora le quedaba escasamente un poco más abajo de los hombros, y se rasuró esa barba abandonada que envejecía su rostro. Los increíbles ojos grises del joven relucían brillantes al sentir que todo iba como debía. Sus ropas, limpias gracias a las mujeres, volvían a ser grises como correspondía al señor de aquellas tierras.

Poco a poco todo iba retomando su curso, sin embargo, Guillermo sabía que no tardaría en tener noticias de su nuevo rey. Debería estar preparado para cuanto aconteciera, tenía que controlar su genio y medir sus palabras. A partir de ese momento... sería un extraño en su propio reino.

No deseaba ser llamado al orden, pero tampoco deseaba claudicar ante todo lo que el nuevo rey le encomendaba, haría cuanto pudiera para cumplir con su promesa.

Lord De Sunx era un hombre muy meticuloso. Le gustaba llevar al día, tanto la contabilidad de sus bienes, como un informe detallado de su propia vida. Así, cada cierto tiempo, visitaba los monasterios vecinos y les pedía papel y tinta. Sin duda... si alguien tenía, eran ellos. La mayor parte de los nobles eran analfabetos, pero él había aprendido a leer y a escribir de forma nimia, estando al mando de su majestad. Así... con el paso del tiempo, creó dos libros: uno donde iría apuntando los progresos monetarios de sus tierras y otro donde explicaría brevemente lo sucedido en su vida.

Explicó a Eduard el proceder para la fabricación de las armas que necesitaba. Ya había realizado gran cantidad de ellas, pero las que su señor le

pedía eran más livianas y le llevarían más tiempo. Aun así, no sería él el primero en no llevar a cabo las indicaciones de su señor. Aunque le fuera la vida en ello, lo conseguiría.

Después de discutir durante varios días con Malcom y John sobre el mejor uso que podría darse a sus tierras, decidieron que por lo pronto sembrarían grano para poder comerciar con él. Además, con los pocos recursos de los que disponían, intentarían comprar alguna vaca y ovejas para, poco a poco y aprovechando la época de apareamiento, lograr un buen rebaño. Así pues... Malcom partiría junto con John y un pequeño saco de monedas para comerciar y obtener lo mejor para su señor.

Vince y Richard demostraron rápidamente lo eficaces que eran en la lucha y comenzaron a ayudar a formar a los recién llegados. Pronto quedó establecido que ambos formarían parte de los comandantes al mando de su pequeña fortaleza.

A Guillermo De Sunx le estaba costando acostumbrarse a la soledad de un castillo tan grande y silencioso. Tantos años compartiendo esa misma fortaleza con decenas de personas que ahora ya no estaban a su lado, lo mantenía en una profunda depresión. Ahora Adele y Jane se ocupaban de la comida y él pasaba rato en la cocina junto a ellas, le aturdiría tanta soledad. Eso propició un fortuito acercamiento a las que en un futuro se convertirían en doncellas.

Poco a poco, Gea fue familiarizándose con el resto de las mujeres que estaban a cargo del castillo. Tanto Adele, mujer de Eduard, como Jane, mujer de Malcom, habían demostrado ser disciplinadas y respetuosas, cosa que agradó mucho a la joven encargada de aquel hogar. No sabía qué habría sido de él de no contar con su inestimable ayuda.

Con el regreso de sus dos comerciantes, comenzó una nueva etapa en el condado De Sunx. Ahora, poco a poco y con sumo esfuerzo, podrían salir adelante. Tal vez en un año, estarían riéndose de las desventuras de aquellos momentos.

Tan solo dos meses después de su regreso al castillo, llegaron las temidas noticias de su nuevo rey.

Con las manos temblorosas y la respiración entrecortada, tomó la misiva de manos de Gea y se sentó en el salón familiar. Esperaba que el rey pidiera su inmediata incorporación al ejército, lo cual le reportaría dinero y sin lugar a dudas, más renombre del que ya tenía.

Así las cosas, tenía dos opciones; la primera, abandonar sus tierras como

tantos otros habían hecho y posiblemente fallecer en la lucha por el rey Harold, o la segunda, contraer matrimonio de inmediato con una mujer normanda. Ninguna de las dos ideas le seducía.

¿Qué haría para salir de ese atolladero?

LA NOVIA

Lord Guillermo De Sunx, señor de un extenso territorio inmejorablemente situado en la parte sudoeste del país, estaba completamente arruinado.

No solo debía pensar en cómo salir de tan nefasta situación por sí mismo, pues pasarían varios meses antes de obtener algún tipo de beneficio de los cultivos y de los pocos animales que tenían, no, ahora además debía soportar los quejidos de una mujer.

En el momento en que Gea se enteró de las noticias, puso el grito en el cielo. ¿Cómo podía ser que, a un noble inglés, se le tratara de aquella manera? ¿Cómo era posible que se atrevieran a dictaminar sobre su vida?

Y así, una y otra vez, a cada momento del día, siempre que el destino unía el camino de Gea y Guillermo cruzándose en cualquier estancia del inmenso castillo.

Él ya temía coincidir con ella. Hablaría de nuevo con Gea y le explicaría las cosas para que entendiera mejor.

Había decidido luchar por su heredad con todo lo que pudiera, así se lo había prometido a su padre, pero casarse con una normanda... ¿No era demasiado pedir a un inglés de pura cepa?

No le cabía la menor duda de que su rey lo estaba castigando. Él había salido ileso de todas las contiendas en las que había participado y sabía que eran una familia con muchísimo poder, ahora empobrecida por las circunstancias, pero igualmente poderosa. Era obvio que prefería tenerlo de su lado. Lord De Sunx había sido crucial en las batallas ganadas por el anterior rey y de sobra era reconocido su nombre en la corte.

Sí. Sin duda alguna, aunque arruinado, Guillermo De Sunx era una pieza muy importante en la corte.

No deseaba que en los primeros meses de su reinado surgieran complicaciones. Ganaría una hermosa mujer y podría continuar teniendo en su poder las tierras de su familia.

Sin embargo, esperaría a conocer a la bella dama antes de tomar una decisión. No ataría su futuro a una mujer a la que no podría ni sabría hacer feliz, aunque la promesa a su padre quedara rota en mil pedazos.

Mientras esperaba el comunicado que le indicaría cuándo llegaba su prometida, Lord De Sunx prosiguió remontando su maltrecha heredad.

Otras familias de la zona habían oído hablar de él y de su encomienda.

Pidieron asilo y ofrecieron manos para trabajar, manos que fueron muy bien recibidas. Habría más bocas que alimentar, pero también más jóvenes a los que entrenar.

Guillermo había salido de caza ese día con otros hombres, pues necesitaban de un gran aprovisionamiento tanto de comida como de grasas y pieles de animales. Aunque el invierno ya estaba por terminar, debían cazar y curtir las pieles, con eso también sacarían beneficios. De paso, aprovecharían para enseñar a todos sus guerreros, el arte del arco y la flecha.

Atardecía ya cuando todos entraron en la fortaleza. Se sorprendió al ver nerviosa y a punto de llorar a Gea, esperándolo en los escalones de entrada al castillo.

Pese a la diferencia de edad, Gea se había convertido en una gran amiga para él, justo en esos momentos en que más necesitaba de un apoyo.

Sin dudarle un instante, bajó rápidamente de su caballo y fue hasta donde estaba la joven.

—Gea, ¿qué te sucede?

—Mi señor...

—Gea, por favor, respira conmigo, cálmate y dime que ocurre. — Guillermo obligó a repetir esos ejercicios a la joven y, cuando ya estuvo más calmada, repitió sus preguntas y esperó una respuesta coherente. Al ver su intento fallido, la sacudió mínimamente para que reaccionara de una vez y esta, por fin, acertó a responder.

—Mi señor, su novia le espera.

Guillermo la miró estupefacto. Como pudo, mediante señas, le indicó que la joven se encontraba en el salón de las visitas y lo apremió para que acudiera a su lado de inmediato.

Lord De Sunx sintió que su corazón dejaba de latir y se llevó la mano al pecho en un intento de protegerlo de cualquier peligro, pero era inútil, el mundo se abría bajo sus pies y él caía directo al infierno.

Era demasiado pronto para que el mensaje que había enviado al rey hubiera llegado y este, después de encontrarle una novia adecuada, la enviara a él. Si no habían pasado ni diez días desde la recepción de la misiva del rey... ¿cómo podía ser posible?

Subió despacio los cinco escalones que había para entrar en el castillo y respiró hondo un par de veces. Bien, si su novia estaba en ese castillo, iría a conocerla y vería si seguía adelante con todo.

Esperaba fervientemente poder aceptar el trato que el regente le imponía,

porque no deseaba fallarle ya a su padre.

Sin parar siquiera a asearse o cambiarse de atuendo, entró sigilosamente en aquel caldeado e iluminado salón y vio a una esbelta joven que, con las manos unidas sobre su regazo, esperaba mirando el fuego. La joven llevaba un sobreveste amarillo pálido que cubría su vestido blanco. Se había despojado ya de sus pieles y descansaban sobre una de las sillas de al lado. La joven tenía el pelo rubio, recogido en graciosas trenzas que se anudaban entre ellas y le llegaban hasta la cintura y el perfil bien delineado de su pequeña nariz, además, sus finos labios la convertían en una mujer realmente hermosa. Echó una mirada al lado izquierdo de la joven y comprobó que había otras tres mujeres con ella: dos más mayores y otra que tendría su misma edad. En cuanto lo vieron entrar hicieron una grácil reverencia, gesto que despertó la curiosidad de la joven muchacha e hizo ladear su cabeza para mirar en dirección a la entrada. Despacio y con suavidad, se levantó de la silla en la que estaba y, después de imitar dicho gesto, se situó frente a Guillermo.

—Supongo que no habréis recibido ningún mensaje avisando de mi llegada. De lo contrario, pensaría que estáis siendo descortés al hacerme esperar. —El tono de la joven no daba pie a establecer amistades, tal vez la situación no era de su agrado.

—Suponéis bien, mi señora, aunque he de confesaros que el trabajo que estaba realizando no podía esperar, de modo que, de haber sabido que llegabais, probablemente os habríais encontrado en la misma situación. — Con esas palabras dejaba claro que él no pensaba ponerle las cosas fáciles tampoco.

—Os agradezco la aclaración aunque mis doncellas y yo esperábamos otro trato. Nos gustaría comer un poco y que se nos llevara a nuestras habitaciones. Matilda y Leonor se ocuparán de acomodar correctamente mis cosas en mis habitaciones. No confío en nadie más para dicho trabajo. Supongo que no os opondréis. —La joven fingió una sonrisa.

—Podéis explicarme ¿cómo es posible que estéis ya en mis tierras? — Guillermo actuó como si la cháchara de la joven hacia su persona fuera menos importante que la lluvia.

—Yo no he de explicaros nada, mi señor. El rey os envía esta nota. Amelia... —se dirigió a una de las doncellas que, rápidamente, se acercó hasta donde se hallaba él.

—Leedla vos misma —dijo el joven para no darle importancia a la misiva

y, cruzándose de brazos, esperó a que procediera a su lectura.

—Mi señor, yo no sé leer. Podéis vos mismo tomarla e informarnos a los demás de lo que os parezca prudente comentar. —La joven parecía contrariada al saberse descubierta, tan prontamente, su escasa cultura. Su padre no había creído necesario instruirla en nada más que en los menesteres del hogar.

—Está bien. —Era cierto que habían algunas mujeres de la nobleza que sabían leer, pero también era cierto que esas habían tenido que aprender a la fuerza, bien al quedar sin padres y sin maridos que les indicaran cómo proceder, o bien porque habían elegido una vida religiosa. Guillermo tomó la misiva y se dispuso a leer en voz alta—. *“Por la presente, tengo a bien indicaros que contraeréis matrimonio con Edmee Meillant, en un plazo no superior a los tres días desde la llegada de la joven a vuestro castillo. Con ella, os aseguráis la continuidad en el poder de vuestra heredad, además de que os proporcionará diez mil monedas como dote. Esa es mi voluntad y así se hará”*. —Guillermo quedó completamente anonadado ante tal noticia. Ya no por la cantidad de monedas, que los sacarían de la pobreza en la que se encontraban, sino porque tenía únicamente tres días para pasar de hombre soltero a casado. Obviamente, el rey habría deducido que no dejaría caer en manos normandas sus tierras y, sin esperar su respuesta, envió a la novia a su nuevo hogar. —Así que vos sois...

—Lady Edmee Meillant —dijo la joven altaneramente.

—Por vuestro tono de voz, deduzco que el hecho de que nos casemos os gusta tan poco como a mí. ¿No es así?

—Así es, mi señor. —Los ojos azules de la joven estaban teñidos de furia.

—Me temo que ninguno de los dos estamos en posición de rehusar este convenio —dijo Lord De Sunx con toda la franqueza del mundo.

—Os equivocáis. Mi padre, que es amigo íntimo del rey, ha pactado con el monarca que dispongo de tres días para tomar una decisión respecto a vos y a este matrimonio —dijo esperanzada.

—Y vos, ¿le habéis creído? —Guillermo se mofó de ella.

—¡Por supuesto que le he creído! Es mi padre.

—Mi señora, siento mucho que este tema le horrorice tanto como a mí, nada más lejos de la realidad que causarle algún disgusto inesperado. Al poco tiempo de estar en mis tierras, sin embargo, me veo obligado a deciros que, según lo que hay aquí escrito, el único que puede tomar una decisión al respecto soy yo. Y dejadme que los avance que no deseo perder la heredad de

mi familia. Podéis leerlo vos misma.

—Ya os he dicho que no se leer, mi señor —dijo apretando fuertemente los dientes al hablar. La joven se estaba enfadando y eso le gustaba a Lord De Sunx. Iban a ser tres días de lo más entretenidos. —Yo haré valer el pacto de mi padre, si no creo conveniente una boda con vos.

—Mi señora. Disponemos de tres días para saber si todo puede funcionar bien entre nosotros. Gea os indicará dónde están vuestras habitaciones. — Guillermo se dio la vuelta y salió rápidamente hacia sus aposentos. Se asearía y bajaría a cenar, vería qué le deparaba aquella noche. Sin embargo, sintió que era la primera vez desde que había vuelto a su hogar, que sonreía realmente por algo. Le gustó esa idea.

PASA EL TIEMPO

Esa noche, cuando el joven lord bajó a cenar, se le explicó que su joven novia tenía dolencias y el cansancio acumulado por el largo viaje la obligaba a permanecer en cama. Así pues... esa noche no podrían conversar, tal como él tenía pensado. Si no estaba con él durante el día, iba a resultarle muy difícil obtener alguna conclusión respecto a ella. Necesitaba hablarle y comentarle muchas cosas de la vida cotidiana. Era de máxima importancia poner las cartas sobre la mesa y hablarle con franqueza. No quería quedarse sin su legado y deseaba que ella lo entendiera.

Él debía hacerse entender. Nunca había sido un buen conversador con las mujeres, le costaba comprender cómo hacían las cosas. Y que esa joven normanda permaneciera en sus aposentos, no iba a ayudar mucho.

Guillermo esperó un día más, el segundo desde su llegada, resolvió que si esa noche no se personaba ante él, subiría a su habitación y la arrastraría si era necesario hasta el salón. A falta de un día para solucionar las nupcias, ella, la muchacha, ni siquiera conocía su nombre.

Sin embargo... como la mujer estaba resuelta a no dejarse ver y volver con su amado padre sin contraer nupcias con Guillermo, no tenía ningunas ganas de conocerlo más ampliamente. Ni siquiera su nombre le importaba. Así pues, esperó en su cuarto a que el joven se cansara y abortara esa estúpida idea de que se iban a casar. Si lograba pasar esa noche y el día de mañana encerrada en ese cuarto, habrían concluido los tres días y podría volver con su padre. Así lo había prometido el anciano.

Con lo que no contó la joven, al trazar tan facilísimo plan, fue con la tozudez del propio pretendiente. Estaba claro que Lord De Sunx no iba a permitir que una normanda jugara de esa manera con su heredad. Así, tal como se había prometido a sí mismo, al acabar su jornada de trabajo en las tierras y no habiéndose presentado a la cena, enfadado como el mismísimo diablo subió al cuarto de la joven. Entró sin llamar siquiera y, por lo mismo, sin ser requerido desde el interior, encontró a la bella dama con su ropa de dormir y preparándose para acostarse. Edmee gritó al verse sorprendida en la intimidad de su cuarto y vestida tan simplemente.

—Salid inmediatamente de mi habitación —bramó la joven, intentando cubrirse con unas pieles.

—Ésta todavía no es vuestra habitación. ¡Es la mía! —El joven apretó la

mandíbula.

—No habéis sido invitado a entrar —inquirió ella con presunción. Hizo una brusca señal hacia la puerta, con su brazo derecho estirado, para que en ese preciso momento saliera de su cuarto.

—No estáis en disposición de mostraros de esa manera conmigo, mi señora. Esta no es vuestra casa todavía. Es mía, y aquí hago y deshago lo que quiero a mi antojo. Vos no sois quién para decirme lo que debo hacer.

—Pensé que, al menos en estas habitaciones, estaría a salvo —dijo la muchacha bajando el brazo en el acto.

—¿A salvo de mí? —Guillermo se mostró incrédulo.

—A salvo de todo. Necesito intimidad para descansar. En breve he de realizar un viaje muy largo —dijo la joven sentándose cómodamente sobre la cama e intentando actuar como si el lord no se encontrara en la misma sala.

—Dejadme que os explique algo que, por lo que veo, no habéis acabado de entender. —Guillermo utilizó un tono un poco más brusco del que le hubiera gustado—. Vos no vais a ir a ningún sitio. Vos, lo que vais a hacer a partir de mañana al alba, será reuniros conmigo en el salón familiar, porque hemos de discutir unas cuantas cosas antes de que nos casemos. Obedeceréis como, creo, nunca lo habéis hecho y empezareis a comportaros como una dama digna y elegante. Olvidaré por un momento que sois normanda y que tal vez no sois criadas de la misma manera que las damas inglesas. Así pues, lo único que haréis mañana cuando despertéis será poner os vuestro mejor vestido y bajar a desayunar conmigo, o juro por Dios que subiré a buscaros yo mismo y os bajaré tal cual os encontréis. —El joven salió dando un severo portazo y dejando aturdida a la joven con sus palabras. Nunca nadie la había tratado de esa manera. Su padre la había criado entre algodones para suplir la falta de su madre y en su casa jamás se había escuchado una palabra más alta que otra. No estaba acostumbrada ni a ese tono ni a esa violencia al hablar pero, por lo que le había dicho, el joven era capaz de hacer realidad sus palabras. No le quedaría más remedio que bajar al alba.

Esa noche estaba claro que no iba a poder descansar, debía pensar en cómo salir de aquel entuerto o al final se convertiría en la esposa de ese inglés y, pese a que era muy apuesto, no le atraía demasiado la idea.

Sin duda su padre cumpliría con su promesa y revocaría el matrimonio, si así lo requería ella. Solo tenía que hacerle llegar un mensaje. Tal vez enviando una de sus doncellas a la corte... en unos días estaría todo solucionado y ella de vuelta en su hogar, pero, ¿cómo saldría Adele de esa

fortaleza sin ser vista? Y.. ¿no tardaría demasiado en ir y volver? Debía tramar alguna otra cosa porque mientras tanto, ella ya estaría más que casada con el señor de aquellas tierras. Era cierto que el joven era muy apuesto y que los ojos grises que la miraban con rabia y con dulzura a la vez habían creado en su interior un desasosiego que ni ella misma entendía, pero, ¿acaso una sola mirada valía su virtud y su vida?

No, ella no estaba hecha para el campo. Ella quería vivir con todo el lujo y la opulencia en la corte. Su padre le había dado siempre cuanto había pedido, y ¿por qué tenía que renunciar ahora a todo eso? ¿Solo por un inglés que se comportaba de manera obtusa con ella?

Sin embargo, esa mirada la tenía hechizada. ¿Qué había dicho esa mañana Matilda al respecto? ¡Ah, sí! Que los ojos del señor del castillo brillaban más que la propia luna. Y... ¿no le había dicho Amelia, que su mirada se había tornado dulce cuando el señor supo que no sabía leer? A lo mejor no era todo tan malo como ella esperaba. Pero, ¿vivir en el campo rodeada de animales y con trabajos costosos? No, Edmee Meillant no estaba hecha para eso. Algo tramaría para que al día siguiente la boda no se llevara a cabo.

Guillermo tampoco podía dormir, pero por una causa bien distinta. El haber visto a la doncella tan escasamente vestida, había supuesto para él una agradable visión. Después de todo... tener una mujer tan hermosa como esa, podría tener algún beneficio. Y, desde luego, su vida no sería aburrida estando continuamente en desacuerdo en todo. Al alba debería pensar en todo y hablar claramente con esa joven. Ella sería su esposa y él seguiría siendo el dueño y señor de sus tierras.

Poco después y sin apenas haber dormido ninguno de los dos, se hallaban frente a frente en el salón familiar.

Las nuevas mujeres del castillo se habían afanado mucho en prepararles un copioso almuerzo. El día iba a ser muy largo y debía estar preparado para lo que fuera preciso.

Gea entró murmurando varias cosas que, pese a que a Lord De Sunx le parecieran muy graciosas para la joven normanda no lo eran tanto. De hecho, estaba visiblemente enfadada por la risa que se le había escapado a su, por el momento, prometido.

—No encuentro la diversión por ningún lado —dijo la joven, empujando el plato hacia el interior de la mesa.

—Has de reconocer, querida, que tu acento es de lo más curioso —dijo el lord volviendo a reír.

—Mi acento, no ha de ser motivo de burla y mucho menos si esa burla viene de una criada. Exijo que sea despedida de inmediato —dijo la joven, levantándose de un salto.

—Edmee, siéntate. Recuerda que no estás en disposición de despedir ni de exigir nada —dijo Guillermo para que no volviera a abrir la boca—. De hecho, creo que en este mismo momento debemos dejar unas cuantas cosas claras entre nosotros.

—La primera vez que estamos de acuerdo en algo —dijo la joven, sentándose de nuevo y poniendo las manos en su regazo.

—Sospecho que esta va a ser la única vez que lo estemos —dijo Guillermo en voz baja.

—¿Cómo habéis dicho? No os he oído bien.

—No he dicho nada relevante. Veamos... hasta donde yo tengo entendido, tenemos hasta esta misma tarde para ponernos de acuerdo y acceder de buenas formas a nuestro matrimonio. Vos ganaréis prestigio en estas tierras, pues mi apellido aquí está muy bien considerado incluso por el nuevo rey, y yo continuaré teniendo en mi poder y en exclusividad todo el legado de mi familia.

—Hasta ahí es lo que vos tenéis entendido, pero lo único que tengo entendido yo, es que puedo decir que no a ese trato ahora mismo y volver a los brazos de mi amantísimo padre para seguir con la vida que llevaba hasta ahora. La vida alejada de la ciudad no es para mí, el trabajo no es para mí y... y no seré considerada moneda de cambio.

—Siento mucho disgustaros de nuevo, querida, pero eso es justamente lo que sois, y no solo una moneda... sino diez mil son las que se me han otorgado como dote.

—Pero, vos no estaréis dispuesto a llevar a cabo semejante desatino, ¿verdad? —La joven fingió inocencia.

—Oh mi señora, por supuesto que lo estoy. Por dos razones que, aunque no tendría por qué, os voy a explicar. La primera, no creo que sea la mejor manera de entablar cordialidad con el nuevo rey, faltando ya a su primera orden y quedándome además sin mi legado, y la segunda, porque creo que va a ser un matrimonio de lo más entretenido.

—No. Mi padre no lo consentirá. Además no tenemos ni siquiera un sacerdote para que bendiga nuestra unión, ¿cómo pensáis contraer matrimonio conmigo? —Se levantó de la silla de un salto.

—Mi señor, disculpad que os moleste —dijo Gea entrando por la puerta

—. Tienen una visita. —Ante la falta de respuestas... —Señor, es el sacerdote que viene a casarlos.

—¿El sacerdote? —Los dos exclamaron al unísono.

—Buenos días nos de Dios —dijo el cura sonriendo al entrar por la puerta.

—Buenos días, padre —dijo Guillermo dejando de desayunar y levantándose de un salto. Se acercó a él y le tomó de la mano para, besándole los nudillos, saludarlo—. ¿Desea sentarse con nosotros a tomar algo, padre?

—No, hijo, muchas gracias. He venido solamente para officiar el acto religioso, pero he de volver de inmediato al castillo con la firma de los contrayentes para dar fe al rey de que su voluntad se ha cumplido.

—Veo que nuestro rey se está tomando muchas molestias por nosotros —puntualizó sin entender y mirándola de soslayo.

—Padre —dijo la joven—. Discúlpeme el atrevimiento, pero hay un problema. Mi padre...

—Ah sí, querida niña, casi lo olvido. Vuestro padre os envía esta carta de su puño y letra —dijo el sacerdote dándosela en la mano.

—¿Mi padre me envía una...? —La joven tomó la nota, pero no supo qué hacer a continuación. Ella no podía leerla. Volvería a quedar humillada si tenía que decir nuevamente que no era una dama ilustrada. Se dejó caer suavemente en la silla mirando fijamente la nota y Guillermo, intuyendo el titubeo de la muchacha, salió en su auxilio.

—Querida, yo la leeré. Tú estás demasiado afectada por todo lo que está ocurriendo —dijo ante el asentimiento de Edmee, que silenciosamente le dio las gracias—. "Querida hija. Siento incumplir mi palabra por esta vez, pero su majestad el rey no permite que se rompa tu compromiso de matrimonio con Lord De Sunx. Hija mía, no puedo hacer nada para ayudarte pues mi deber es para con la corona. Deseo que seas muy feliz a su lado y espero poder verte algún día antes de abandonar este mundo. Tu padre que te quiere".

—Problema solucionado entonces —dijo alegremente el sacerdote—. Tomaré una copa de vino antes de officiar los votos.

Gea fue de inmediato a atender al simplón del sacerdote mientras Guillermo se acercó despacio a Edmee y se arrodilló a su lado. La joven estaba realmente aturdida. No había ni pestañado desde el momento en que su futuro marido comenzó a leer la carta. No podía creer que todo eso estuviera sucediéndole a ella.

—Edmee. Juro que llegaré a hacerte feliz —le dijo, viendo el estado en que se encontraba. Su padre la había enviado a un matrimonio mediante

enredos y mentiras y, ahora que había descubierto la verdad, ya era muy tarde para una retirada.

—Mi padre me ha mentado —dijo la joven levantando la cabeza hacia su futuro marido y mirándolo directamente a los ojos. Las lágrimas estaban a punto de brotar de los suyos y Guillermo sintió que una inmensa pena lo embargaba. Sabía que había padres que cedían a sus hijas de cualquier manera y muchos de ellos no les tenían el suficiente cariño y se juró a sí mismo que en caso de ser padre de una mujer, la trataría como correspondía, nunca igual a un hombre, pero sí haría de ella una mujer ilustrada y con criterio propio.

—No pienses eso —dijo frotándole el dorso de la mano.

—Eres muy gentil al querer disculpar a mi padre por su forma de actuar. Pero para mí está claro que me envió aquí sabiendo que no volvería a verme. —Un cambio radical se instauró en la joven muchacha en ese preciso instante en que descubrió el engaño. No había otra salida. Su deber era cumplir para con el rey y la corona, y así lo haría. Frotándose los ojos, eliminó cualquier rastro de las lágrimas que había vertido y miró al sacerdote de nuevo.

—Bien, ¿problema solucionado? —El sacerdote alzó una copa de vino.

—No, padre —dijo Edmee tajantemente—. Sigo teniendo el mismo problema.

—¿Cual es querida niña? A ver si puedo ayudarte —preguntó el clérigo. Lord De Sunx miró asombrado a la joven pues, pese a todo, pondría problemas y su matrimonio no se realizaría. Su heredad caería en otras manos y él fracasaría en la promesa realizada a su padre.

—Padre, desconozco el nombre de mi marido. Supongo que toda doncella necesita saber el nombre de la persona con la que compartirá su vida, ¿no es cierto?

—Cierto —dijo el aludido. —Mi nombre es Guillermo De Sunx. Y prometo que aprenderé a amarte y te haré feliz por el tiempo que duren nuestras vidas.

Guillermo y Edmee ya se habían convertido en marido y mujer, pasando a ser Lord y Lady De Sunx.

¡Que la felicidad los embriagase toda su larga vida!

EL HEREDERO

La mayoría de los matrimonios en Inglaterra habían sido acordados cuando los niños eran recién nacidos y las dotes de las muchachas, una vez entraban en edad casadera, eran puestas a la vista de sus futuros maridos. Esos matrimonios eran desconocedores de las virtudes y los defectos de los otros hasta años después de convivencia. La culminación de una boda llegaba con la consumación del matrimonio en el tálamo y las jóvenes llegaban allí sin saber cuál era su labor.

Guillermo prometió a Edmee que solo cuando ella estuviera preparada, compartirían juntos el lecho por primera vez. Eso se lo debía pues había aportado su vida a cambio de la heredad y de diez mil monedas. No era su intención hacerle daño bajo ningún concepto, él podría esperar. Tenía mucho trabajo acumulado y, con el dinero proporcionado por su mujer, podrían poner en marcha muchos más cultivos y ganados. Podría pagar a sus siervos y volver a funcionar como un gran lord.

Edmee no soportó más de dos días encerrada en sus habitaciones llorando y sintiendo pena de sí misma, por ello pidió a su marido que la instruyese en las labores que, él creyera, podría realizar. De este modo no estaría ociosa, mirando pasar el tiempo.

Pronto se encargó de dirigir el castillo. Conoció a las mujeres que trabajaban en él y entabló cierta amistad con Gea que, pese a seguir insistiendo en que había sido un comienzo nefasto el de aquel matrimonio, empezaba a ver las cosas de forma diferente. Ya no era la joven prepotente que se había presentado al principio, todo eso había sido producto del miedo. Cuando todo aquello fue desestimado, apareció la verdadera personalidad de la muchacha.

Se trataba de una joven agradable y de buena conducta, que había sido traicionada por su padre. Guillermo se sentía fuertemente atraído, ya no solo por la belleza de la joven, sino por su forma de ser. Era cierto que la vida del campo no estaba hecha para ella, jamás había montado a caballo y los animales de la granja eran un misterio para la doncella. No sabía cocinar ni coser y no había sido instruida en los quehaceres de la casa. Su padre simplemente la había consentido y listo, ahora ella quería aprender.

Cierto día, Gea le pidió ayuda. La esposa de Malcom, Jane, estaba de parto y en ese momento solo estaban ellas dos en el castillo para poder llevar

a cabo tan ardua tarea. Gea era todavía demasiado joven. Todo lo que sabía, lo había aprendido de su abuela y de su madre, ambas parteras de aquellas tierras desde que su familia se asentara en ellas. Conocía todos los procesos del parto al dedillo y no tenía miedo ni pudor a esas situaciones. Así pues, a falta de una partera experimentada... ella iba a encargarse del cuidado de las mujeres hasta el nacimiento, y del cuidado de los bebés después de este. De ella dependía la vida de la madre y la del niño.

Que las mujeres dieran a luz era una tarea complicada y temida, pues muchas fallecían tras convertirse en madres. Edmee advirtió que poca cosa sabía hacer ella para ayudar pero, sin duda alguna, si la necesitaban... estaría allí. Nadie más, que su propio marido, quedó sorprendido al escucharla hablar de forma tan vehemente. Al atardecer, Edmee sacaba de la habitación una preciosa niña y la ponía en brazos del padre. Malcom quedó hechizado por aquella criatura y estalló en sollozos. Su hija, tenía una hija. Hanna sería su nombre. Y seguro que con ella traería la dicha al castillo.

Esa misma noche, Edmee tomó la decisión de ser madre. Quería darle hijos a su marido, quería ser una buena esposa...

Así pues, un mes después de la boda, cruzó la alcoba que compartiría a partir de ese momento con su marido y, cuando este ya estaba en el lecho, llamó tímidamente a la puerta y se personó frente a su marido cuando obtuvo su permiso. Él no la esperaba y por tanto se sorprendió mucho al verla con su ropa de noche, un fino camisón que cubría su maravilloso cuerpo de piel blanca y líneas esbeltas.

Edmee no iba a dejarse vencer por la timidez de esos momentos, así pues, bajo la mirada de Guillermo, se desprendió de la fina tela y se ofreció a él. Ese matrimonio debía ser consumado.

Guillermo se levantó despacio de su lecho, se acercó a ella y, levantándole la barbilla para mirarla a los ojos, le preguntó si estaba segura de lo que aquella noche sucedería entre ellos. La mujer sonrió abiertamente y Guillermo pudo ver en sus ojos azules, un brillo de ilusión, expectativa y un poco de miedo. El hombre la tomó de la mano y la condujo hasta el lecho. Se sentó y la colocó justo delante. Quería verla, saborearla, complacerla y, cuando todo eso hubiera terminado, se permitiría el lujo de dejarse llevar él. Con suma suavidad, le acarició primero un seno y luego el otro. La joven lo miraba con los ojos bien abiertos por miedo. Guillermo sonrió para indicarle que todo era perfecto, que iba a ir bien y que era normal lo que sentiría a partir de ese momento en su cuerpo. La joven imitó su gesto y sonrió. Alargó

los brazos para apoyarse en sus hombros y sintió la dureza de los mismos en sus manos. Ardía en deseos de tocar su torso y descubrir si su piel sería suave o áspera, si el vello de su pecho le produciría confort o le haría cosquillas.

Decidió dejarse llevar y comenzó a acariciarlo de la misma forma que él estaba haciendo con ella. Guillermo quiso más y más de la joven doncella y la depositó sobre el tálamo nupcial, ahora sí podía llamarlo de esa forma, ahora sí iban a ser realmente marido y mujer. La acarició por todas las zonas de su cuerpo, incluso por aquellas en las que desde su niñez le habían advertido sus damas de cría que no debía siquiera rozar. Su marido la obsequiaba con tanto placer que se olvidó por completo del mundo y se dejó llevar. Quiso hacer lo mismo, pero Guillermo se lo impidió. Sabía que, si era acariciado por su mujer en tan varonil zona, no aguantaría para hacerla suya y Edmee todavía no estaba lista para ser penetrada. Poco a poco fue acalorando a la doncella, haciéndole sentir una pasión inesperada.

Cuando sintió húmeda a su mujer, supo que estaba lista para recibirlo en su interior. Se colocó encima de ella e, intentando hacerle el menor daño posible, la poseyó por completo.

Esa noche no hubo dolor, no hubo penas, ni malos humores. Los dos fundieron sus cuerpos en uno solo y desde entonces el matrimonio se llenó de dicha e ilusión.

Miles de besos se repartieron entre los cuerpos de los desposados y muchos invadieron el aire que respiraban. No quedó parte del cuerpo de su mujer que no recorriera, ni músculo del marido al que le negara una caricia.

Lo mejor había sido poseerla finalmente, haberla hecho mujer en sus brazos, saber que él había sido el primer y único hombre que habría en su vida.

Los halagos hacia la persona de la joven no cesaron hasta pasados ya los vestigios del primer orgasmo que sentiría entre sus brazos. Había sido todo perfecto, mejor de lo que jamás hubiera pensado.

Edmee finalmente era feliz. No hubiera podido, jamás en su vida, haberse creído tan dichosa de haberse casado con un normando. Ciertamente la educación era completamente distinta, pero Guillermo había resultado ser un hombre brillante, atrevido y con don de gentes. Se empeñó en enseñarla a leer y escribir y Edmee resultó ser muy buena alumna. En pocos meses, pudo enviar una carta de su puño y letra a su querido padre. Y lloró de igual forma al recibir la misiva de este, respondiéndole y diciéndole que él también se había casado de nuevo, que amaba a su recién estrenada mujer y que los

meses a su lado habían sido maravillosos. La joven entendió entonces a la perfección las prisas de su padre por casarla. También él quería rehacer su vida. No lo juzgaba, no era esa su labor, sin embargo podría haber sido más franco con ella y explicarle directamente la situación. Ella habría comprendido.

Edmee adoraba a su marido. Y él no podía vivir sin ella. Juntos habían conseguido reunir una centena de seguidores que, venidos de otros lugares sin apenas recursos, se habían sentido como en su casa.

Las murallas estaban siendo reforzadas y Lord De Sunx había formado un fuerte ejército de treinta hombres, dispuestos a tomar sus armas en defensa de su señor en caso de ser necesario. Sin duda, su legado estaría bien protegido.

Dos meses después, Edmee informaba orgullosa a su marido: tras la primavera de 1071, nacería su primer hijo. Afortunadamente, el rey no le había requerido por el momento. Siempre se escuchaban habladurías respecto a insurrecciones o a posibles ataques pero, al estar separados de la corte, las noticias llegaban bastante distorsionadas. Si su rey lo requería, sin lugar a dudas le haría llegar un mensaje.

La llegada del heredero era inminente. Fue un parto largo y muy duro. Edmee era muy joven y delgada y Gea temía que le sucediera algo a su señora. No podía dejar que nada malo le pasara, estaba en la flor de la vida. Para ello, tomó todas las precauciones de las que disponía, desinfectó bien sus manos y limpió a la futura madre a conciencia para así evitar posibles infecciones. Su abuela siempre le había explicado que un foco de infección tras el parto, llevaría a la madre al otro mundo de inmediato.

Para ello, puso a hervir flores de manzanilla y malvas y con ese líquido limpió a conciencia desde la barriga hasta las partes íntimas de la joven madre. Gea sabía de parteras que usaban grasa de gallina o aceites especiales para facilitar la expulsión, sin embargo, en su familia no eran partidarias de ese uso. ¿De qué servía sino la limpieza tan vehemente realizada momentos antes?

Edmee prefirió caminar por la habitación hasta que el momento fuera el indicado. Gea le dijo que, si daba a luz de cuclillas o bien en la silla, le sería más fácil. Sin embargo, la joven no podía mantener las piernas rectas o acucilladas y soportar su peso, así pues, terminaron acomodándola en el lecho. Casi un día después de comenzar con las contracciones del parto, al fin

daba a luz al heredero que ambos ansiaban. Un niño grande y hermoso, sin un pelo en la cabeza y con dos enormes ojos grises. Sin duda, el heredero de Lord de Sunx. Decidieron ponerle el nombre de Donald y, a partir de ese momento, el padre sería conocido como Lord De Sunx y el recién llegado heredero, Lord Donald.

Gea comentó a la hermosa madre que buscara un ama de cría que cuidara y amamantara a su hijo el tiempo que fuera necesario. Sin embargo, Edmee sorprendió a todos diciendo que sería ella misma la que se encargaría de realizar tales labores. Algunas de las mujeres, recién llegadas al condado, pusieron el grito en el cielo. No se conocía ninguna mujer noble que se hubiera hecho cargo ella misma de sus hijos. No era lo predispuesto y no estaba bien visto. Sin embargo, a Gea le agradó mucho esa decisión. Nada mejor que la leche de una madre para amamantar a un hijo. Con suerte el heredero crecería fuerte y sano. Guillermo también quedó satisfecho al conocer la decisión tomada por su mujer. Sin duda alguna, era una mujer muy valiente.

Casi a punto de terminar el año, Guillermo recibió la temida carta de su rey. Lo convocaba al acabar la primavera en la capital, pues debía acompañarlo a Escocia donde tenía pendiente una lucha con el rey Malcom III.

Pocos meses le quedaban de paz con su familia y su heredero. Cuando marchara, estaría a punto de cumplir su primer año de vida. Pero volvería, se lo había prometido a su mujer. Ambos aprovecharon la felicidad que les proporcionaba un aumento en sus rentas y en la gente a la que tenían a cargo. Cuando Guillermo saliera de esas tierras, iban a volver a ser las más fructíferas de todo Devonshire.

Cada noche era una noche de amor para la pareja. Cada arrullo tenía lugar por todos aquellos que no se darían en un largo tiempo.

Había llegado el momento de la despedida y, afortunadamente, Guillermo pudo ser testigo de la celebración del primer año de vida de su orgullo, su heredero Donald. Esa misma noche, al acabar la fiesta y con el castillo ya en silencio, Edmee le indicó a su marido que de nuevo volverían a ser padres. Cuando él volviera de la contienda, la felicidad sería extrema al tener a su nuevo hijo entre ellos.

Lord De Sunx se despidió esa mañana, complacido y preocupado. Su

mujer, al cuidado de un nuevo miembro, quedaba a la espera de que él regresara de una batalla cuyo resultado desconocía.

LA INFANTERÍA

Muy pocos días habían tardado en reunirse en la capital del país para volver a formar el gran ejército del rey, Guillermo I de Inglaterra, a pesar de ser muchos los convocados.

Por desgracia, de todos los aliados y amigos de Lord De Sunx, solo una décima parte de ella se hallaba allí con ellos, la batalla final había sido muy dura con los ingleses y muchos habían perecido en ella.

Justo ese diez por ciento de nobles ingleses que estaban allí con ellos, no habían acudido a las contiendas anteriores por falta de aptitudes. Los que estaban no eran ávidos combatientes, pensó Guillermo. Si iban a luchar contra el rey escocés, sería mejor que esos normandos estuvieran bien preparados y entrenados para la lucha. Todo el mundo sabía lo rudos que eran los hombres de las tierras altas en cuanto a las guerras. Si iban a enfrentarse a ellos, sería mejor que lo hicieran como correspondía.

Lord De Sunx había combatido contra ellos en otras ocasiones y sabía que eran grandes guerreros. Pese a todo, no debía perder la esperanza en este nuevo rey.

Lord De Sunx supuso que esa nueva contienda a la que se enfrentaban, derivaría en que todavía tendrían temas pendientes por tratar y de los que el rey, se creía seguro vencedor. De lo contrario, no estaría tan resuelto a perder tanto dinero de la corona y a realizar un viaje y una batalla tan dura. A la milicia había que pagarle y, si salían vencedores, a parte del honor que ello conllevaba, debían ser gratamente compensados.

Supuso que, al igual que al resto del ejército, hacía poco tiempo que el rey de Escocia, Malcom III, había atacado el norte de Inglaterra.

Traidores a la corona inglesa habían propiciado este acercamiento de los escoceses que habían resultado vencedores y, ahora, el rey Guillermo I quería recuperar lo anteriormente perdido.

Este había tenido una larga conversación con algunos de sus más fieles seguidores normandos y, para su sorpresa, incluyó en ese grupo a Lord De Sunx. No hacía falta preguntar por qué había sido convocado para formar parte de esa comitiva. Sin duda por sus cualidades en estrategia militar y en logística, por ello iba ser uno de los favoritos del nuevo monarca. Cuando este les preguntó a los allí reunidos qué pensaban acerca de esa raid y qué esperaban sacar de todo aquello... quien habló con claridad, fue Lord De

Sunx. Debían mantenerse juntos y no expresar debilidad ante el contrario, debían estar bien formados y en la medida de lo posible bien armados. Fue franco con todos al hablarles de la forma de guerrear de aquellos hombres y de cómo debían resolver cualquier situación una vez llegada la batalla.

El rey hizo un gesto de asentimiento hacia Lord De Sunx para expresarle de esa forma lo complacido que estaba con sus enseñanzas. Todos los lores normandos, allí reunidos, quedaron impresionados debido a la explicación del galés y, a partir de ese momento, fue visto de otra manera. Dos de los nobles, seguidores fieles del nuevo monarca, sonrieron complacidos al ver que podría ser uno de los suyos y resolvieron que deberían reunirse con él y hacer que su inclusión en aquel consejo fuera lo más rápida posible.

Fueron duras caminatas a pie hasta la frontera con los escoceses. Los afortunados que tenían en propiedad un buen corcel, lo tenían más fácil, más cómodo. A partir de ahí, se separarían en grupos, entrenarían e irían avanzando poco a poco hasta que el rey Guillermo I fuera a encontrarse con ellos en el campo de batalla.

No era momento de hacer amistades. Era tiempo de concentración y de entrenamiento, al menos así lo entendía un inglés.

Muy a su pesar, admitió que las convicciones políticas e ideologías de algunos nobles normandos eran muy similares a las suyas y que no todos tenían la misma opinión respecto a esa guerra a la que todos se dirigían.

Guillermo conoció a alguno de los que habían ocupado las tierras vecinas a las suyas, se encontraba rodeado de gente noble y de honor. Concretamente dos nuevos normandos eran los que más habían llamado su atención: Lord Alfred Verrier, cuyas tierras lindaban con las de los De Sunx por el este, y Lord Stuart Dieppe, cuyas tierras lindaban por el oeste.

Su rey les había dicho que esas tierras, al fallecer sus dueños y no dejar descendencia alguna que siguiera con su labor, quedarían yermas y acabarían perdiéndose. Guillermo hubo de admitir que, en algunos de los casos, ciertamente así sería.

Ahora más que nunca entendía las palabras de su padre respecto al tema. Aquellos que fallecieron sin dejar un heredero, habían perdido su propiedad. ¿Y quién mejor que alguien de confianza del rey Guillermo I para ocupar esas extensas tierras? Un par de esos normandos tenían esposas e hijos tan pequeños como su Donald, así pues, decidieron que se guardarían las espaldas los unos a los otros en el campo de batalla y, en caso de que la muerte les sorprendiera, bien en esa contienda o en alguna posterior, se

harían cargo los unos de las familias de los otros. De esa forma ninguna quedaría desamparado.

Guillermo no quería dejarse llevar por sentimentalismos, no era hombre de expresar sus opiniones respecto a la familia o a sus convicciones, sin embargo la edad de esos hombres era muy próxima a la suya y no podía más sino pensar en la vida de su mujer, en la de su hijo Donald y en la del que estaba por llegar. Eso era lo más importante. Y su mujer era normanda, entre ellos se apoyarían.

Su padre muchas veces le aconsejaba evitar la espada hasta agotar el entendimiento.

No sabía si sería en esta misma contienda o en otra, pero entre Escocia e Inglaterra debían acabarse los enfrentamientos de una vez por todas.

Un día, al alba, con los nervios y el temor a ser sorprendidos haciendo mella en ellos, los vigías llamaron al orden de la batalla. Se aproximaba el ejército escocés y debían estar preparados. Como era costumbre en el rey inglés, primero irían los artilleros, luego los arqueros y luego la caballería.

Tenía un ejército bien preparado y muy bien dotado de armamento, así pues tenía la batalla asegurada a su favor.

Cuando el comandante en jefe dio la orden de prepararse, los grupos se separaron como habían entrenado tantas veces. Los arqueros lanzaron una lluvia de flechas, al tiempo que los hombres de a pie entraban en contacto con el cuerpo a cuerpo. Anglosajones contra escoceses, espadas contra espadas. Al fin y al cabo... un hombre contra otro.

Por desgracia para los escoceses, la mayoría de ellos no habían superado la primera oleada de flechas, ya que no portaban escudos que los protegieran. Ello causó un cuantioso número de bajas en sus filas.

El rey escocés lo tenía muy complicado, su mejor opción era rendirse. No era necesario más sufrimiento. Estaba claro que aquella batalla estaba perdida.

El rey Guillermo I quiso castigarlo e incluso humillarlo y, acabando con aquella situación, lo obligó a rendirle homenaje en su triunfal ataque.

Pocos anglosajones habían perdido la vida y afortunadamente en el grupo de Lord De Sunx no se había causado baja alguna.

La celebración por el fin de la disputa entre anglosajones y escoceses corrió por las filas de los vencedores. Al fin, lo que Guillermo había anhelado durante tanto tiempo se cumplía, la paz entre las dos naciones.

Poco tiempo estuvieron los hombres en tierras escocesas, su rey debía

volver con premura a Normandía, pues había allí otros problemas que aguardaban a ser solucionados.

Afortunadamente para Lord De Sunx... sus servicios no eran requeridos en esas contiendas y, tanto él como los nuevos lores de las zonas colindantes a la suya, fueron enviados de vuelta a sus hogares con todos los honores. Nuevas bolsas de monedas ocupaban el vacío de las que portaban.

Habían sido enviados por grupos, el rey Guillermo I había sido cauto y no quería quedarse solo en tierras escocesas hasta no tener la rendición plena, tanto del rey como de los demás lairds.

El grupo de Lord De Sunx había sido el primero en partir de nuevo hacia sus hogares. Los tres lores que habían estrechado amistad iban de vuelta al sur de Londres junto con sus hombres. El camino era muy largo y, pese a que se habían pertrechado de víveres, no eran suficientes para todos.

Sin duda, la paz en esas tierras habría de beneficiar de alguna forma. Antes de llegar a la frontera, intentarían conseguir nuevos víveres para los hombres de la milicia y así poder llegar pronto a su destino. Una buena alimentación y todo el descanso que fuera necesario asegurarían un pronto retorno de todos ellos.

Estuvieron muy complacidos al encontrar un pequeño condado con un castillo bien amurallado. No había mucha algarabía en la zona y poca gente se veía a su paso. Al llegar al portón de la fortificación, Lord De Sunx decidió que sería él quien mediaría en todo lo menester. Acercó su caballo y, a voz en grito, alertó de su llegada. Pronto y sin pedir santo y seña, lo dejaron entrar. No cabía temer por su vida, estaban en paz en esos momentos.

—¿Hay alguien para atender a un hombre honrado?

—Por supuesto —dijo una voz desde el interior. —Pasad.

Lord De Sunx entró, a pesar de no ver a nadie. En el exterior quedaban sus hombres y los de sus nuevos amigos. En caso de que algo le sucediera, sitiarían el lugar y entrarían a buscarlo de inmediato.

—Si no es inconveniente, me gustaría ver con quién estoy hablando —dijo Guillermo educadamente, bajando del caballo.

—Por supuesto, disculpad mi descortesía —dijo la voz al frente. Una sombra anunciaba la llegada de un hombre. —Soy Laird Wells. No somos demasiados en estos momentos en nuestro hogar. Pasad todos, por favor.

—¿Que pasemos todos? Señor somos demasiados, no deseamos importunar. Solo querríamos abastecernos de alimentos y seguir nuestro camino. Pagaremos por las provisiones.

—No es molestia. Estamos de celebración.

Lord De Sunx estaba bastante desacostumbrado a tanta cortesía, no sabía si era fingida o real y optó por acceder a lo que estaba diciendo. Un par de silbidos sobró para que toda la tropa se personase en el reducido patio de armas.

Laird Wells, unos años más joven que cualquiera de los lores allí reunidos, rebosaba vitalidad y alegría por todos lados.

—Me parece que este joven, ciertamente estaba en medio de una celebración —dijo Lord Verrier con una enorme sonrisa en su rostro.

—Pasad, pasad —decía Lord Wells continuamente.

—Disculpad, pero... ¿podrías decirnos qué celebráis tan alegremente? — Lord Dieppe curioseó.

—Oh, ¿no lo sabéis? —Los tres lores se miraron unos a otros sin conocer la respuesta—. Al fin estamos en paz.

—¿Y por eso tanta felicidad? —Lord De Sunx se asombró.

—Veréis, mis tierras están justo en la frontera. Me siento acorralado. Si luchaba con Inglaterra, era despreciado por los escoceses. Si, por el contrario, luchaba en favor del rey Malcom III, los ingleses se aliaban en mi contra. Sí, señores, estoy feliz. Al fin podré tener un libre comercio entre ambas tierras y no me sentiré como un juguete roto en manos de dos niños.

—¿Estáis vos comparando a nuestros reyes con niños? —Lord De Sunx quedó estupefacto.

—Ciertamente, puesto que es así como se comportan —dijo emitiendo una carcajada.

—Kev, podemos pasar al salón y tomar algo caliente.

—Claro, esposa —dijo mirándola con cariño.

—¿Recién casados? —Guillermo lo intuyó.

—¿Tanto se aprecia? —Ante la sonrisa de los otros lores, siguió hablando—. Sí, supongo que mi verdadera felicidad es ella, Aida. Vayamos dentro, no me gustaría airar a mi hermosa mujer en su primer convite.

Los hombres entraron agradecidos y los seguidores de ellos se reunieron con los pocos hombres que estaban por la zona. Varias doncellas habían preparado mesas en el castillo y allí estaban siendo acomodados para tomar comida caliente. Debían celebrar la vida y... el amor.

Ese mismo día una nueva alianza quedó definida y firmada entre Lord De Sunx, Lord Verrier, Lord Dieppe y Laird Wells. Los cuatro serían amigos y aliados, mientras siguieran vivos.

No querían desairar a Lady Wells, pero los ingleses que estaban casados ardían en deseos de regresar junto a sus esposas y no deseaban pasar más noches fuera de Inglaterra. Laird Wells les dio comida más que suficiente para que no pasaran penurias durante su retorno y estos emprendieron la marcha. Sin duda, había sido una alianza muy acertada.

UN DURO GOLPE

Una semana después, Lord De Sunx traspasaba el portón de su fortaleza. Había llegado a tiempo para estar con su mujer cuando diera a luz.

Habían pasado muchos meses sin noticias el uno del otro y estaba ansioso por ver a su mujer. Sin casi detener al caballo, bajó de él de un salto y corrió al interior del castillo. Nada tenía que ver esa llegada con la vez anterior. Ahora deseaba estar en su hogar.

Entró corriendo en el salón familiar, gritando el nombre de su mujer que, en cuanto lo escuchó, salió de las cocinas. Edmee quedó estupefacta al ver la figura desaliñada de su marido justo frente a ella. ¡Había vuelto!

Sin contar con el peso del embarazo ni la abultada barriga, la mujer corrió a los brazos del señor del castillo que, agradecido de estar vivo, la tomó en brazos. Tras ella, un niño pequeño de cabello rubio como el trigo e inmensos ojos grises correteaba incansable.

—¡Qué dicha estar en el hogar de nuevo! —Iba a atesorar aquellos días en su mente para siempre.

—Te hemos extrañado muchísimo, amor —dijo Edmee, dándole un beso tras otro en la mejilla.

—Y yo a vosotros. No hacía más que pensar en volver a casa.

—Gracias al cielo estás aquí de nuevo. Y llegas a tiempo. Todavía faltan unos días para que nuestro bebé nazca.

—Sí. ¿Quién veo detrás de ti? Puede que ese sea mi hijo. ¿Eres tú el heredero de mis tierras, el dueño de mi corazón?

—Sí, él es Donald —dijo Edmee tomando a su hijo de la mano y acercándolo a su padre para que pudiera cogerlo en brazos—. Sentémonos al calor del hogar, hace frío y presiento que has de contarnos muchas cosas.

Gea entró también. Instintivamente se dirigió hacia su señor que, rompiendo todo protocolo, la abrazó como miembro de la familia que era. Les llevó viandas y bebidas y, por orden de este, se sentó a la lumbre a escuchar cuanto tenía que contarles.

Omitiendo la parte cruel de la batalla, les contó cómo habían vencido al rey de los escoceses, cómo se había firmado al fin la paz y cómo llegaban los tiempos de bonanza a sus vidas.

Les habló largo y tendido de las nuevas amistades creadas en el camino. Edmee se sorprendió al saber que todos ellos eran normandos y enseguida

tuvo deseo de conocerlos. Su marido le prometió que tan pronto naciera el nuevo bebé, la llevaría de visita.

Quedó gratamente complacida al conocer la nueva alianza creada en la frontera, sin embargo, sabía que hasta allí no estaría autorizada a viajar jamás.

Las navidades llegaron y con ella la lluvia y la nieve. La paz estaba servida en casa de los De Sunx. Una mañana, al levantarse, Edmee comenzó a encontrarse pesada y cansada. Tenía náuseas y la cara enrojecida. Bajó a las cocinas a tomarse una infusión y se preparó para enfrentar el nuevo día.

Gea la sorprendió sentada y bebiendo tranquilamente, pero no le agradó en demasía su aspecto por lo que le propuso un reconocimiento.

En cuanto Edmee levantó el pie para subir el primer escalón hacia su cuarto, sintió que entre las piernas corría un líquido caliente y algo viscoso. No sabía qué sucedía pues en el parto que había tenido con Donald nada de aquello se había puesto de manifiesto. Llamó a gritos a Gea y la joven comadrona acudió corriendo.

—Señora, acabáis de romper aguas —le explicó alegremente con tan solo ver el charco en el suelo.

—¿Y eso qué significa, Gea?

—Señora, el bebé ya viene. Debo asegurarme del buen progreso del parto. Vayamos a sus habitaciones. Enviaré a alguien a avisar al señor.

—Gracias, Gea. Ciertamente me siento muy cansada y pesada. —La futura madre subió despacio hasta el cuarto y siguió las instrucciones de la comadrona al pie de la letra. Otras dos mujeres fueron advertidas para que se presentaran y ayudasen en el parto. Gracias a que podían contar con más ayuda de manos expertas, el parto transcurriría con mayor rapidez. Además, Gea contaba con que, al ser el segundo parto de su señora, sería más fácil el alumbramiento.

Edmee fue lavada a conciencia con manzanilla y malvas. Se le administró una infusión con pimienta negra molida para ayudar a que el dolor fuera el mínimo posible y Gea levantó plegarias conocidas para esos menesteres. En ellas se imploraba que la madre sufriera lo mínimo posible: *Libra Señor, a esta mujer, de las penas del parto*. Las comadronas pensaban que, con esos rituales, la vida de ellas era salvada. Gea no sabía si eso sería cierto o no, pero prefería no correr ningún riesgo.

El tiempo pasaba y el bebé no nacía. Algo estaba sucediendo. Pidió a su señora que se tumbara en la cama para proceder al reconocimiento. Palpó una

y otra vez la barriga de su Lady De Sunx y sintió moverse al bebé. Estaba haciendo esfuerzos por salir, pero algo se lo impedía. Al inspeccionar un poco más el cuerpo de su señora, advirtió que estaba sobradamente dilatada y que no había nada que a simple vista retuviera al bebé dentro. Tal vez tuviera el cordón umbilical alrededor del cuello, debía darse prisa... de ser así, podría morir asfixiado. Decidió introducir un poco los dedos en su señora para ver a qué distancia se encontraba la cabeza. Edmee se debilitaba por momentos y las aguas comenzaban a ser más oscuras. Eso no le gustaba nada a la comadrona.

Al fin supo qué ocurría. El bebé venía de nalgas. No podía salir puesto que la cabeza no acertaba a encontrar el conducto de salida. Debía hablar con su señor de inmediato.

Sin decir nada a la madre, Gea salió de la habitación y fue en busca de su señor. Cuando lo encontró en el patio de armas, entrenando con sus hombres, rápidamente le contó lo que sucedía.

—Señor, he de hablaros de inmediato. —La comadrona estaba al borde del llanto.

—¿Ya ha nacido el bebé?

—Desgraciadamente no, mi señor. Hay complicaciones.

—¿Qué quieres decir? —Nervioso, se dirigió a sus habitaciones.

—Señor, sabéis que no podéis entrar allí. Escuchadme, por favor. El bebé viene de nalgas y he de ayudarlo de inmediato. Puedo sacarlo rápidamente mediante una cesárea, pero eso pondría en grave riesgo la vida de vuestra esposa.

—No entiendo, qué quieres decir con esas palabras, Gea... —dijo el señor asustado.

—Una cesárea significa abrir la barriga de mi señora para que el bebé salga de inmediato. Pero eso le puede producir serios problemas, no sabemos cómo puede resultar.

—¿Qué puedes hacer, Gea?

—Necesito vuestro permiso para darle la vuelta desde dentro.

—Gea, no sé de qué me estás hablando. Tienes mi permiso para hacer todo lo que creas conveniente y salvar la vida de mi mujer y la de mi hijo. — Lord De Sunx se frotó las sienes pues en esos momentos sentía mucha frustración.

Gea no esperó más y salió corriendo hacia la habitación donde la mujer esperaba para ser atendida. La joven comadrona entró dando órdenes.

—Poned más agua a hervir y verted manzanilla. —Una vez llegó a ebullición, la dejó enfriar un poco antes de lavar a su señora de nuevo y desinfectar bien sus propias manos. Paró un momento para tomar la mano de Edmee y contarle lo que estaba sucediendo—. El bebé viene de nalgas, señora, debo ayudarlo a salir. Para ello meteré mis manos dentro de vos y lo voltearé, de ese modo, encontrará el camino solo. Debo darme prisa pues las aguas están empezando a oscurecerse y eso no me gusta. Señora... va a doler, pero no disponemos de tiempo para administraros nada que os ayude a soportar mejor el dolor. Ahora... no os mováis hasta que os indique. —Se giró hacia las demás mujeres y comenzó a prepararse con rapidez—. Por favor, traed agua con premura.

Con las manos rojas de tanto frotárselas, introdujo poco a poco una mano en el interior de la mujer. Afortunadamente, la elasticidad de la zona y la dilatación de la misma le estaban siendo de gran ayuda. Enseguida tocó las nalgas del feto y sonrió, no estaba tal alto como ella creía, lo podría coger con facilidad.

—Señora, por favor, respirad profundamente y cuando yo os indique soltad el aire y empujad. Vamos a sacar a este niño lo más rápido que podamos.

La señora cabeceó haciéndole saber que había entendido sus instrucciones y Gea aprovechó el momento para introducir la otra mano. El dolor consumía a la señora, no tanto por el trabajo de la comadrona sino porque el bebé no lograba hallar la salida. Lo cogió de los pies y rápidamente lo volteó. Cuando notó que ya estaba en la posición adecuada, indicó a Edmee que procediera a empujar. Con la ayuda de una contracción y, con las manos pequeñas y gráciles de la comadrona, la cabeza del bebé asomó rápidamente.

—Señora, un empujón más y la tengo. —Era una niña, Gea lo sabía—. Muy bien, ¡ahora!

Lo último que se escuchó en esa habitación después de la petición de Gea, fue el llanto de la niña. Menuda pero sana y con abundante cabello rubio. Rápidamente ayudó a que expulsara la placenta y cortó el cordón umbilical.

—Señora, habéis tenido una hermosa niña. —Depositó a la niña en brazos de la madre para que la conociera un momento y, prestas, las mujeres se dispusieron a lavarlas a ambas.

—Muchas gracias, Gea, por tu labor. Avisa a mi marido del nacimiento de nuestra hija. Estoy muy cansada y dolorida. No me siento bien y desearía descansar.

—Señora, habéis tenido un parto muy duro. Ahora os subiré una tisana que os ayudará a reponer fuerzas.

Gea fue a avisar al padre mientras las otras dos mujeres quedaban a cargo de ella.

Louisse, una de las mujeres que acababa de entrar a su servicio, subió para ver cómo se encontraba.

La señora se quejaba de dolor mientras la niña dormía a su lado tranquila. Louisse no sabía qué podía suceder así pues, gritó asustada.

—¿Qué sucede? La señora no debe ser molestada —dijo Gea entrando en la habitación. Se acercó a Edmee y la vio extremadamente pálida. —Llama al señor de inmediato, Louisse. Que venga ya. —La vehemencia de su tono la alertó de la gravedad de la situación.

—Sí, Gea —dijo la mujer corriendo escaleras abajo.

—Señora, decime dónde os duele —suplicó la comadrona.

—Gea, me estoy desangrando. Me duele mucho y tengo mucha angustia, no veo bien.

—Os pondréis bien. Solo dejadme ver.

Gea quedó consternada al ver lo que estaba sucediendo. Otra criatura pequeña y amoratada, yacía mortinada sobre la cama. Todo estaba lleno de sangre y restos de una segunda placenta. Su señora tenía razón. Estaba desangrándose y, contra eso, nada podía hacer. Lord De Sunx entró presuroso en la habitación y quedó consternado al ver lo que había sucedido. Gea hizo un gesto de negación con la cabeza. Nada se podía hacer por ella. Cogió a la otra pequeña sin vida, la envolvió en una tela y salió apesadumbrada para dejarlos solos. Nada le dijeron a la joven madre de ese segundo bebé. Según pensaba Gea, en algún momento hacia el final del embarazo se le tuvo que parar el corazón y no siguió adelante.

—Guillermo, mi amor. Me muero —dijo Edmee con una lágrima resbalando por sus mejillas.

—No hables así, por favor. No me dejes. Has de recuperarte. Por favor, por favor... —La desesperación podía percibirse en su voz.

—Cuida de Micaela, mi amor. Que Gea le encuentre un ama de crianza. Estoy segura... a las mujeres de aquí no les importará amamantar a nuestra querida hija. —Edmee tenía los ojos cerrados. —Espero que lo entiendas. La llamé como a mi madre.

—Me parece un nombre precioso, amada mía. Tenemos una hija preciosa. Tiene el cabello rubio como el trigo y los ojos azules como el cielo. Sin duda,

se parece a ti. —La niña, percibiendo que la vida de su madre terminaba, abrió los ojos para mirarla por última vez y le regaló una dulce sonrisa.

—Guillermo, no te quedes solo. Yo parto a reunirme con mi madre, pero necesito irme segura de que encontrarás a alguien que sepa hacerte feliz y pueda criar a nuestros hijos. Prométeme que lo harás, prométeme que al menos lo intentarás.

Por segunda vez en su vida, Lord De Sunx despedía a su ser más querido en aquella habitación y por segunda vez pronunciaba una nueva promesa.

RECOMPONRIENDO MI VIDA

Un mes después del sepelio de Lady De Sunx, Guillermo seguía sin salir de sus habitaciones. Permanecía recluido y no quería hablar con nadie. Estaba inmerso en su pena y el duelo lo tenía completamente abatido.

Una chica joven que, hacía pocos meses había dado a luz, amamantaría al bebé de la familia De Sunx. Las viejas comadronas siempre decían que tener una ama para una recién nacida que hubiera dado a luz varones y los hubiera amamantado, era lo mejor para asegurar la continuidad en este mundo. En la corte, las mujeres jóvenes, sanas, madres de varones y con suficiente leche eran las preciadas para criar a los futuros reyes. Gea quedó complacida al poder asegurar a la pequeña Micaela un ama como aquella.

El poder del amor a su mujer superaba con creces el amor hacia sus hijos. Y todavía no se explicaba lo que había sucedido. Claro que tampoco había dejado que Gea le explicara nada. Prefería estar encerrado en sí mismo y en la frustración.

Para Gea, ese comportamiento era del todo inapropiado. Mucha gente dependía de él y de sus decisiones. Y sus hijos clamaban por su voluntad. Así pues, dejando de lado la obediencia para con su señor, hizo prevalecer el afecto que le tenía y de inmediato mandó llamar a uno de sus amigos.

Envió a las tierras del este a uno de los muchachos con un mensaje para Lord Alfred Verrier, solicitaba su presencia de inmediato.

El hombre no se hizo esperar demasiado y a los dos días se presentaba solo a las puertas del castillo De Sunx.

Fue conducido al salón familiar y momentos después Gea se presentó ante él. Realizando una formal, pero breve reverencia, procedió a explicarle lo sucedido. La preocupación era evidente en el rostro de la joven partera que temía por la vida de su señor, de seguir de así, no tardaría en reunirse con su amada esposa.

—Buenos días, mi señor. Muchas gracias por acudir tan prestamente a mi llamada —dijo Gea, visiblemente preocupada.

—¿Qué ocurre con Guillermo? —Lord Verrier fue directo al problema.

—No logramos sacarlo de sus aposentos. Sus hijos están esperando por él y no hay nadie que maneje las cosas del castillo. Hasta ahora nos hemos

apañado como hemos podido, pero hay muchas cosas que atender y decisiones que tomar.

—Acaba de perder a su mujer y...

—Mi señor, eso no es tema de discusión, pero ha pasado ya un mes y, pese al duelo, ha de seguir con sus obligaciones —dijo Gea duramente.

—¿Crees que querrá hablar conmigo?

—Eso espero, no sé a quién más acudir. Él siempre nos ha contado de su amistad y alianza. Debéis intentarlo —enfaticó.

—En ese caso... ¿Dónde están sus habitaciones?

Gea lo condujo hasta donde se encontraba su gran amigo y lo dejó allí solo, ante la puerta. Alfred estaba pensando en qué táctica usar para sacarlo de la depresión en la que sin duda alguna se hallaba inmerso su amigo.

Él no se había casado todavía, no podía imaginar por lo que estaba pasando. Entró sin llamar a la puerta, de ese modo no obtendría negativa alguna.

Se encontró con una alcoba casi sin lumbre y sin iluminación. Sobre el lecho, advirtió una figura tumbada y se acercó. Por el olor que advirtió al acercarse, podría haberse tratado de un animal muerto. Sin duda, se había abandonado de la peor forma posible. Le iba a costar mucho más de lo que pensaba sacarlo de allí, si es que al final lo conseguía.

—Haz el favor de salir de mi alcoba —dijo Guillermo desde su cama.

—Sabes que esa es una forma muy grosera de atender a tus aliados —dijo Lord Verrier, cruzándose de brazos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —No se movió de donde estaba.

—He venido a comprobar por mí mismo lo mal que estás. Quería saber si lo que se dice por ahí es cierto y, por lo que veo... esta vez, los chismes son irrefutables. —Guillermo no emitió ni una sola palabra al respecto.

—Bien, pues si ya lo has comprobado, puedes marcharte por donde viniste —dijo Guillermo despectivamente.

—¿Sería posible que al menos te levantas para hablar conmigo?

—No —indicó desde la cama.

Alfred ya estaba más que harto de esa situación, la paciencia no había sido nunca una de sus virtudes y decidió cortar por lo sano. Se acercó en tres zancadas a la vera de su amigo y lo tomó por la pechera levantándolo como si se tratara de un saco de grano. Este tenía la cara hinchada y las cuencas de los ojos moradas, había perdido mucho peso y estaba claro que hacía semanas que no se daba un baño. Su estado era lamentable.

Alfred sintió pena y desespero por su estimado aliado. Debería portarse con él de forma muy cruel para intentar sacarlo de aquel ensimismamiento. Como buen guerrero, adiestrado para saber cómo reaccionar en la peor de las situaciones, esta vez no tendría clemencia con Lord De Sunx.

—¿Acaso piensas pasarte el resto de tu vida entre estas cuatro paredes? — El hombre le gritó sin consideración.

—Con un poco de suerte, solo serán unos días —dijo extremadamente melancólico Lord De Sunx.

—Nunca esperé ver a un Lord inglés en un estado tan lamentable —dijo dejándolo caer de nuevo sobre la cama—. Ahora entiendo la fragilidad de vuestro país y de vuestros ancestros. Está claro que los ingleses sois muy poca cosa. Desde luego no tienes en común con nuestro rey más que el nombre. Y este te queda grande, amigo mío. —Alfred se cruzó de brazos frente a él a la espera de una réplica instantánea, pero no fue así. Solo silencio. Debía ser todavía más duro, desvía hacerlo reaccionar—. ¿Piensas quedarte agazapado como un niño malcriado, dejando que las mujeres gobiernen tu castillo? ¿O tal vez esperas que tu hijo Donald tome tu relevo a tan corta edad? Con lo que tengo ante de mí, creo incluso que semejante locura sería lo mejor en estos momentos. Me das pena. —Se agazapó frente a él para mirarlo a los ojos directamente—. Me dan mucha pena tus hijos, ahora mismo deben de estar avergonzados de su padre. ¿Pero sabes lo peor de todo esto? Tu mujer y tu padre deben estar removiéndose al ver tu comportamiento. —Ahora sí, su amigo lo había mirado con rabia en los ojos. La mención a su mujer y a su padre había resultado efectiva. —No eres digno de llevar el apellido de tu padre. Ningún lord inglés, que se precie de serlo, estaría en tu situación en estos momentos. Debería enviar una nota a nuestro rey para retirarte todos tus derechos.

—Tú no sabes lo que es perder a tu mujer —gritó Guillermo, empujando a su amigo y logrando que este cayera al suelo, no sin antes emitir una sonora carcajada. Al fin reaccionaba.

—Efectivamente, no lo sé. Por suerte no he tenido que pasar por esa desventura. No estoy casado todavía, así que ni sé lo que es tener una mujer, ni sé lo que es perderla.

—Estoy devastado, amigo. —Lo miró a los ojos y lo abrazó. Nunca jamás había sentido tanta desesperación y nunca en su vida se había sentido tan solo, no había forma de que su corazón volviera a latir. Lloró, lloró como un niño. Solo cuando Alfred comenzó a sentir que su amigo se calmaba, se

separó de él.

—Supongo que has de sentirte de esa forma, amigo. Y disculpa por todo lo que te he dicho, pero necesitaba hacerte reaccionar de alguna forma. No puedes seguir así por el resto de tus días. Hay muchas personas que te necesitan a su lado. Tus hijos merecen un padre sano que pueda verlos crecer. Donald necesitará de entrenamiento y la pequeña de muchos cuidados. Debes ser consecuente para con tu título y tu familia y actuar como un hombre.

—Lo sé, pero me da miedo salir fuera y saber que Edmee no estará compartiendo mi día a día.

—El miedo pasará con el tiempo, pero has de volver a gestionar tu vida —dijo Alfred—. ¿Cuánto hace que no te bañas? ¿Cuánto que no comes? ¿Y cuánto que no descansas?

—Ni lo sé —dijo Guillermo, sentándose de nuevo en la cama.

—Está bien. Empezaremos por lo prioritario.

Alfred se dirigió a la puerta y, cuando salió, comenzó a dar voces llamando a las criadas. Louisse era la que más cerca estaba, así pues, llegó de inmediato. Alfred comenzó a dar órdenes como si de su hogar se tratara y las doncellas, prestas, subieron a la habitación un balde con agua caliente y un cuchillo. Él mismo sería quien ayudaría a su amigo a asearse antes de bajar a tomar una buena comida. Le rasuró la barba que le había crecido en todo ese tiempo y le dio las friegas para que el olor desapareciera de su cuerpo, ya casi parecía una nueva persona. Estaba bastante debilitado y en sus ropas limpias se podía observar que había perdido bastante peso. Sin embargo, Alfred confiaba en que, con los cuidados de las doncellas a su cargo, en poco tiempo volvería a ser el mismo. Decidió, sin embargo, pasar una temporada en su compañía hasta que lo viera restablecerse como correspondía. Guillermo fue consciente de la labor que estaba haciendo con él su vecino y aliado. Aquello era mucho más que amistad. Se estaba comportando como un hermano y se prometió a sí mismo que cualquier cosa que necesitara de él en su vida adulta, se la daría.

Alfred abandonaba las tierras De Sunx dos meses después, para regresar a las suyas. No había novedades de ninguna situación política por el momento y las cosas en esa zona del país estaban muy calmadas. Guillermo había vuelto a ser él mismo muy rápidamente. Tener que cuidar de sus hijos,

especialmente de Donnald, su heredero, había tenido que ver mucho en ese grato cambio.

Las últimas noticias que habían llegado a sus manos indicaban que su rey permanecería un tiempo fuera de Inglaterra pues debía solventar graves problemas en Normandía. La seguridad que emanaba de su corte, al saberse todo bajo control, hizo que se demorara en volver a tierras londinenses. Hasta el momento, Guillermo I, rey de Inglaterra, había salido vencedor de cualquier reyerta.

Dos años pasaron demasiado rápido y, afortunadamente para Guillermo De Sunx, la suya había vuelto a ser un de las zonas más fructíferas de Devonshire. Pese a su corta edad, Donnald empezaba a adiestrarse en el castillo.

Un día, durante el entrenamiento de los hombres, llegó un mensajero con una misiva para el señor del castillo. Los condes de Hereford y Norfolk junto con Waltheof, uno de los favoritos de su majestad, lo llamaban a las armas para aliarse en contra del rey a mitad del 1075. Según la carta, debían unirse a aquella causa. Guillermo pensó que estaban locos por empezar una contienda para la que no estaban preparados.

El rey, aún fuera de Inglaterra, había demostrado que podía sofocar cualquier rebelión. Así pues, Lord De Sunx envió de vuelta una misiva indicándoles que no iba a hacerse partícipe en semejante afrenta, que no contarán con él ni con sus afanados guerreros. No temía las represalias que podían irle en contra, pues nada podía sucederle.

Efectivamente, la rebelión de los condes, como fue conocida, se sofocó sin demasiada repercusión entre los hombres del rey. Sin embargo, cuando este llegó de nuevo a Inglaterra, a finales de ese mismo año, se encargó personalmente de los revolucionarios. Así pues, el conde de Hereford fue encarcelado y en mayo de ese mismo año Waltheof ejecutado.

Guillermo sintió pena por esos desdichados. Tal como él había adivinado, no iban a poder con su rey. Mejor se hubieran mantenido al margen, pero la codicia y la maldad estaban vigentes en todo momento en el reino. Sus aliados Lord Verrier y Lord Dieppe estaban completamente de acuerdo con él. Si su majestad requería de sus servicios, los mandaría llamar. Sin embargo y hasta donde ellos sabían, el ejército asalariado de su majestad había podido controlarlo todo. Ahora seguirían los pasos del último conde que quedaba de los que iniciaron la rebelión y no cejarían en su empeño hasta darle caza.

Ya cumplidos los seis años, Donnald debía ir a formarse como guerrero

fuera de los brazos de su padre. Era algo que se hacía desde que el mundo era mundo, y más siendo el heredero. Como su rey estaba inmerso en problemas políticos y no podía acoger como escudero a Donald De Sunx, Alfred pidió a Guillermo que le dejara a cargo a su hijo. Él lo formaría como uno de sus mejores guerreros, sería su escudero y en poco tiempo podría, si era posible, quedar a cargo del rey y de sus consejeros.

Esa idea agradó mucho a Guillermo De Sunx que veía factible tal acuerdo. De esa forma podría visitar a su hijo cuando creyera oportuno, mientras se haría cargo de la pequeña Micaela. Afortunadamente, su ama de crianza había resultado de gran ayuda y estaba educando a su hija como a una más. Teniendo ella solo dos niños, la idea de cuidar de una criatura de su mismo sexo, la llenaba de dicha.

Sin que nadie lo esperara, llegó un mensaje urgente procedente de tierras escocesas. Su aliado Laird Wels les pedía ayuda. Estaban siendo atacados por unos descastados y era precisa su intervención inmediata.

Una vez reunidos los tres lores ingleses, concretaron que Lord De Sunx sería el encargado de ir, junto con parte de sus tropas, al auxilio de su gran amigo escocés.

Con su hijo Donald en manos de un gran guerrero y con su hija a cargo de Gea y su ama, no había preocupación respecto a sus familiares. Así pues, si un amigo requería de su ayuda, los De Sunx se la prestarían. Guillermo por tanto volvía a la guerra.

PARTE 2:

VUELTA A EMPEZAR

LLEGADA A ESCOCIA

Ya había cambiado de nuevo el año cuando Lord De Sunx llegó en medio de una nevada a las tierras de su gran amigo Laird Wells.

No parecía que hubieran sido atacadas y no había señales de que fueran a sufrir una incursión inmediata, sin embargo, hablaría con su amigo para conocer cómo estaban las cosas.

Entrando en la fortaleza, ya pudo ver que ciertos cambios sí se habían realizado. Había vigías en las dos torres situadas a la entrada del castillo y dos guardias apostados en la puerta. Esta vez tuvo más problemas para acceder al interior. En cuanto dio su nombre a los centinelas, dejaron entrar a Guillermo y a su regimiento de cuarenta hombres armados. Podían ver asomar los arcos de los hombres situados en las almenas del castillo. Sí... algún miedo debían tener, si se habían recluido tanto y si estaban todos tan alerta.

Un guerrero condujo a Lord De Sunx hasta la sala principal del castillo donde esperaría la llegada de Laird Wells, el resto de hombres serían llevados a los barracones y acomodados entre los escoceses.

—¡Qué alegría volver a verte! Ha pasado mucho tiempo —dijo el Laird desde la entrada. Había llegado sin resuello hasta la sala en cuanto fue avisado de su llegada. —Discúlpame, estaba en la parte de atrás del castillo. Montaba las catapultas y hacía el cercado de pinchos para que no puedan pasar por allí. Es mi zona más vulnerable.

—Yo también me alegro de verte. —Cuando se dio cuenta, estaba envuelto en un enorme abrazo de oso. Rio por lo gracioso de la situación y le devolvió el abrazo de buen grado.

—Nos enteramos de la pérdida de tu esposa. Mi mujer y yo lo sentimos mucho.

—Sí, bueno, hace años de eso pero todavía duele. La llevo grabada en el corazón. Nunca pensé que podría querer a alguien de esa forma.

—Te entiendo perfectamente. Aida y yo no hemos sido bendecidos con hijos hasta ahora, pero el amor que nos tenemos el uno al otro nos llena de dicha. No sé qué sería de mi vida sin ella.

—Como dices, al menos yo tengo a Donald y a Micaela que llenan mis días.

—Quítate la pelliza o cogerás frío, acércate y caliéntate. Pediré que nos

traigan algo para cenar. Tenemos muchas cosas de las que tratar. Vuelvo en un momento.

Una vez a solas, Guillermo siguió las órdenes del anfitrión y agradeció el calor del hogar. Cuando se dio la vuelta, entraban de la mano Kev y Aida. De inmediato recordó con mucha pena los momentos pasados con su Edmee. Como si de un hermano se tratara, Aida se dirigió a Guillermo y lo envolvió en un afectuoso abrazo y le murmuró su agradecimiento por llegar tan rápido en su auxilio.

—Creo que tu marido lo tiene todo bajo control, Aida. No obstante, me gustaría que me pusierais al corriente de todo. ¿Qué es lo que sucede, Kev?

—Desde la última batalla, donde firmamos la paz, no ha habido mayor problema que algún ataque para robar alimentos. Pero siempre se ha tratado de gente inofensiva, gente del campo que no tienen con qué subsistir.

—Algunas veces, nosotros les hemos cedido parte de nuestro alimento o les hemos permitido la estancia entre nosotros. Y nunca ha sucedido nada —explico Aida.

—Sin embargo, hace unos meses se estuvo hablando de una insurrección entre algunos lairds que creen que nuestro rey hizo mal al someterse de esa forma a tu rey... quieren atacar Inglaterra —explicó Kev.—Hace poco llegó esta carta donde se nos avisaba de un posible ataque a nuestro clan.

—¿Una carta dices? —Guillermo se extrañó.

—Kev cree que hay algo más, detrás de todo esto. —Aida se sentó a la mesa.

—¿Puedo ver esa carta?

—Por supuesto —dijo Kev, tendiéndosela.

—Sí, está claro que es un aviso. Pero ¿por qué a ti? ¿Por qué ahora? —Guillermo dejó la carta sobre la mesa y los miró a la espera de una explicación de cómo iban a suceder las cosas.

—Hemos salido un par de veces a ver qué puede estar ocurriendo, pero no hemos visto nada fuera de lo común. Sin embargo, siguen llegando mensajes con personas de paso.

—Es todo muy extraño. ¿Has estado haciéndote enemigos últimamente? —Guillermo se burló.

—Todo lo contrario. Hay algo que se me escapa. Y ciertamente no quiero poner en riesgo la vida de mi familia. Por eso os pedí ayuda.

—Y por eso mismo estoy aquí yo. Mañana mismo saldremos a dar una vuelta para ver qué podemos averiguar.

—Y mientras cenamos, ¿por qué no nos cuentas qué está sucediendo con tu rey? Parece que él si se está ganando enemigos —dijo Aida.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —Guillermo se extrañó al ver a una mujer prestar atención a esas cosas.

—Aida está al corriente de todo. Podría decirse que casi sabe más que yo —le aclaró Kev—. Le gusta. ¿Qué más puedo decirte?

—Pues he de decirte que, por el momento, mi rey está saliendo airoso de todas las contiendas que se presentan frente a él. En algunas de ellas no hizo falta siquiera que su persona participara en el cuerpo a cuerpo.

—Dicen que es un excelente gobernante —dijo Aida.

—¿Eso dicen? Sí, bueno. Hay algunas cosas que podría haber hecho de otra manera bajo mi parecer, pero por el momento está llevando a Inglaterra por buen camino. No se me ocurriría ni por un instante, y conste que soy inglés de pura cepa, ir en su contra.

—Así pues, ¿crees que su pérdida frente al conde de Norfolk, fue poca cosa? —Guillermo no estaba acostumbrado a tratar temas políticos con las mujeres, ninguna que él conociera había sentido interés por ello y le era complicado debatir sin reírse por los nervios. Guillermo miraba cómo Kev, divertido, seguía comiendo sin emitir una sola palabra. Si quería conversar con alguien, sería con la señora de la casa.

—Efectivamente. Ya ves qué poco le costó firmar la paz con el rey de Francia, Felipe I, y tener como aliado al conde de Anjou. Ha acabado el año con buenas nuevas.

—Sin embargo ha empezado el setenta y ocho con problemas familiares, ¿no es cierto? —Aida utilizó un tono altivo.

—¡Santo cielo! ¿Cómo sabes esas cosas, mujer? Ni yo mismo llego a saber tanto. —Guillermo sonrió.

—Siempre tengo a gente que me mantiene al corriente de todo —dijo sonriendo ante su audacia.

—¿No serás una espía, verdad? —Le sacó una sonrisa a la hermosa mujer—. Entendería que fuera acerca de tu patria, pero ¿qué te importa lo que suceda en tierras inglesas? —Guillermo tomó un sorbo de su copa de vino.

—Es cierto, tú no estás informado. Mi mujer Aida, es inglesa —dijo Laird Kev, estallando en una carcajada.

—¿De verdad? ¡Menuda sorpresa! ¿De qué zona eres?

—A decir verdad, no vivía lejos de aquí. A pocas leguas, al otro lado de la frontera, viven mis padres y mi hermano.

—No creo que los conozca —dijo Guillermo.

—Es muy difícil que así sea. Viven bastante alejados de la corte y, excepto en un par de ocasiones, no han salido a la batalla. Viven recluidos. Yo me escapé para casarme con mi Kev —dijo riéndose, al ver cómo quedaba boquiabierto su invitado—. No te sorprendas tanto. Ya estaba prometida a Lord Wells desde que tengo uso de razón y vivía enamorada y constantemente pensando en él, sin embargo, nunca llegaban las amonestaciones. Finalmente, un día decidí obligar a mi padre a que me trajera. Él estalló en carcajadas y mi hermano montó en cólera por mi petición. Esa misma noche me fui de mi hogar, dejándoles una nota para que supieran que estaba a su lado y para siempre. Tanto mis padres como mi hermano ya han perdonado mi osadía —dijo la joven concluyendo.

—Aunque... si hubieran venido a buscar pleito y llevársela, lo hubieran tenido difícil. Nada ni nadie hará que me separe de mi esposa —dijo tomándole la mano y depositándole un suave beso en los nudillos.

—Solo puedo decirlo sorprendido que estoy por todo lo que me contáis. Nunca pensé que conocería a otra mujer con el mismo ímpetu y carácter que mi mujer. Os habríais llevado bien.

—Me gusta pensar que así habría sido —dijo Aida amablemente. Tomó un sorbo de vino y prosiguió. —Pero... no me habéis respondido. ¿Qué problemas familiares tiene tu rey con sus hijos?

Guillermo estalló de nuevo en carcajadas. Sin duda era una mujer perspicaz. No sabía mucho de los problemas planteados entre padre e hijos, pero el poder y el deseo de gobernar con una corona sobre su cabeza, era motivo más que suficiente como para disponer unos en contra de otros. Estaba claro que entre Roberto, Guillermo y Enrique, hijos del rey Guillermo I de Inglaterra, habría más de un problema de gravedad.

¿NOS CONOCEMOS?

Al alba siguiente ya estaban todos los hombres dispuestos para salir a campo abierto y avistar a quien quisiera que estuviera enviándoles aquellos mensajes amenazantes.

Decidieron que lo mejor sería dividirse en grupos de diez y así podrían recorrer mayor trayecto. La zona era muy vasta por aquel paraje y, si estaban bien escondidos, sería difícil encontrarlos.

No pasarían más de un día fuera del castillo. Era preciso volver al anochecer para descansar, abastecerse y mirar que todo funcionara correctamente. Por supuesto, habían dejado suficiente guardia en la fortaleza para intervenir en caso de ser atacados, pero Laird Wells temía por su esposa y sus amigos.

A media tarde y con el viento frío, decidieron regresar a guarecerse en los barracones del castillo, volverían sobre sus pasos a la mañana siguiente.

Tres días más tarde seguían sin saber de nadie que estuviera rondando por la zona.

Ya empezaban a pensar que todo había sido una broma de mal gusto cuando el batallón de Guillermo se topó con una mujer que intentaba llegar con sigilo a la fortaleza Wells.

—Alto ahí —le gritó—. ¿Quién eres y qué haces por estas tierras? —La joven no emitió sonido alguno, se dio la vuelta para enfrentarlo y tragó saliva con dificultad.

—Mi señor —dijo haciendo una grácil reverencia.

—¿Nos conocemos? —Guillermo frunció el ceño pues su rostro le resultaba conocido.

—No, mi señor —dijo la joven.

—Acompáñame. El señor de estas tierras quiere hablar contigo —dijo Guillermo con gravedad.

—Mi señor, no puedo acompañaros. Si averiguan que no estoy con el clan, me matarán —dijo la joven asustada.

—Muchacha ¿qué estás diciendo?

—Por favor, os lo suplico. —Lo miró a los ojos y Guillermo titubeó, realmente no sabía qué hacer con ella. Algo le decía que tenía que dejarla ir. Sin embargo era preciso llevarla hasta su amigo y saber qué estaba sucediendo. La joven, advirtiéndole que el guerrero no sabía bien cómo

reaccionar, depositó en su mano una nueva nota y salió corriendo entre el bosque. Poco tiempo después, ya no se la veía.

Guillermo se dio la vuelta y marchó a galope hacia el castillo, deseaba darle la nota a su amigo y saber qué decía en ella.

No hubo de esperar demasiado pues este llegó poco después que él y se reunieron en el salón. Laird Wells la leyó en cuanto se la dio. Esta vez la misiva avisaba de que en dos días iban a ser atacados y rogaba que tomaran las medidas oportunas.

—No entiendo el interés de esa joven por tomar medidas a favor nuestro —dijo Kev.

—Ha de conocerte de algún modo para estar aquí arriesgando su vida por ti —dijo Guillermo.

—¿Puedes describirmela?

—Menuda, pelo castaño, ojos marrones, no más de diecisiete años...

—Por desgracia, es una descripción de una mujer bastante común por estas tierras —dijo Aida.

—Bien, ¿qué os parece si entre hoy y mañana volvemos a barrer la zona en busca de algún otro movimiento? De no ser así, nos prepararemos para ese posible ataque.

—Me parece muy buena idea —dijo Kev—. Cenemos algo y descansemos. Mañana veremos qué más podemos averiguar.

Al atardecer del día siguiente, cuando Guillermo escuchó un leve quejido lejano y tras una nueva vigilancia intensiva de los alrededores, se dispusieron a volver al castillo. Parecía un animal moribundo. Pero bueno, si no habían conseguido encontrar a nadie por esos lares, al menos volverían a casa con algo para cocinar al día siguiente. Debía ser un animal bastante grande por el sonido que salía de su garganta.

Nadie se sorprendió más que Guillermo cuando, al acercarse al lugar, solo vio a una joven moribunda tirada en el suelo. Rápidamente se acercó para ver si la respiración era fluida.

Alguien la había golpeado con saña. Tenía el rostro tan amoratado que casi no podía saberse quién era. El pelo lo tenía completamente enmarañado y vestía solamente su ropa interior. Tenía cortes a lo largo de los brazos y las piernas y, con solo mover un poco su cuerpo, pudo observar que al menos una de sus costillas estaba fracturada. ¿Qué demonios había sucedido con esa joven? ¿Quién podía haberle infringido tanto daño y por qué?

Debían llevarla cuanto antes al castillo y tratar de salvarle la vida. Aquel

que la hubiera dejado allí abandonada, sin duda la creería muerta y no volvería a buscarla. Esa joven, quien fuera, necesitaba cuidados de inmediato.

Guillermo la subió a su caballo como pudo, intentando causarle el menor dolor posible, pero la pobrecita había caído en un sueño muy profundo. ¡Ojalá llegaran a tiempo!

En cuanto cruzó la puerta del castillo con la joven en brazos, Aida salió a ver qué había sucedido. Viendo el estado de la joven, la trasladó de inmediato a una de las habitaciones de la parte superior del castillo. Allí estaría cómoda y recibiría los cuidados necesarios.

Aida mandó hervir agua y echó de la habitación a los hombres. Ya habría tiempo de saber qué había sucedido con ella, por ahora lo prioritario era desnudarla y curarle las heridas. No tenían muchas nociones de curas, pero tenían infusiones y ungüentos que aliviarían su dolor y su quemazón. En cuanto a la costilla rota, no podían presionarla con nada porque podría quedar mal soldada, debían mantenerla el mayor tiempo posible en reposo para que se curase sola.

Limpiaron a la joven con agua caliente y le administraron una tisana de manzanilla y ajo. Alimentar a una persona inconsciente era sumamente difícil, pero debían tratar de que tomara la mayor parte de la misma o esta no lograría su cometido.

No era en vano que la joven hubiera perdido el conocimiento, la mayoría de los golpes los había recibido en la cabeza y en el rostro. La inflamación que presentaba en ambos ojos y en los pómulos era bastante desagradable y ya era de color malva. Aida rezó para que no se despertara en un par de días o moriría de dolor. Afortunadamente, el ungüento con base de caléndula haría que la inflamación fuera reduciendo poco a poco. Para evitar inflamaciones en la cabeza, lograron vendarla fuertemente a modo de compresión. De este modo, sujetaban las sienes y reducían el dolor.

Cuando Aida comprobó que ya estaba estabilizada, la vistieron con una camisola suya y la cubrieron con pieles para que no se enfriara. Harían turnos para quedarse a su cuidado, de ninguna manera la iban a dejar sola. La lumbre estaría encendida en el hogar, día y noche y ellas cuidarían de la pobre muchacha.

Laird Wells, por mucho que miraba el rostro de la joven, no era capaz de recordarla. Aunque, para ser sinceros, la inflamación era tal que este estaba deformado y no podían verse sus rasgos con claridad.

Siguiendo el aviso de la joven del día anterior, se prepararon para ser

atacados. La fortaleza permanecía en el más escrupuloso de los silencios. Cada uno estaba alerta en su posición. En la nota no se especificaba el momento de la llegada, así pues, pasaron el día lo más silenciosos que pudieron.

Después de la comida, el vigía dio el aviso. Hombres a pie y armados, llegaban por el bosque.

Una forma muy extraña de atacar. O bien los bandidos no sabían de estrategia militar, o estaban frente a una emboscada. Era demasiado sencillo acabar con aquellos hombres.

Laird Wells debía dar la orden, sin embargo prefirió ver hasta dónde llegaban.

Los atacantes se dividieron en dos grupos de diez y pasaron a la parte trasera del castillo. Laird Wells ya suponía que aquella parte iba a ser tomada a la primera de cambio, pues las murallas no estaban todavía terminadas y pese, a haber colocado unas mallas de espinas, hombres bien ataviados podrían entrar sin mayor problema. El ejército de Guillermo, con él a la cabeza, esperaba ansioso ante la llegada de esos rufianes.

De entre los matorrales de la parte izquierda del castillo, surgieron otros veinte hombres. Estos sí iban bien armados y ataviados con cota de malla y eran verdaderos caballeros, ingleses para desgracia de Guillermo. ¡Maldición! ¿Qué buscaban caballeros ingleses en aquella zona? ¿Para qué querían las tierras de su amigo? Debían acabar con casi todos ellos y dejar un par al menos con vida para que les explicaran su proceder.

En cuanto vio asomar la cabeza de uno de ellos, no quiso esperar a que entraran en tromba. Hizo una señal a dos de sus hombres y se colocaron en dos filas esperándolos. Conforme fueran entrando, irían cayendo aquellas pobres almas sin futuro alguno.

Justo en frente de ellos se encontraban apostados tres de los seis arqueros de Laird Wells. En cuanto Guillermo bajó la mano, que había mantenido en alto para que le prestaran atención desde el momento en que llegó a su posición, estos dispararon sus certeras flechas.

Los primeros cayeron sin poder dar aviso siquiera a los demás, que entraron buscando a sus compañeros por ambos flancos y se vieron inmersos en una cruel batalla.

Lograron desenfundar sus espadas y Guillermo, hombre de honor, jamás habría osado matar a un hombre que no tuviera con qué defenderse. Pero aparte de portarlas en la mano, poco más pudieron hacer. Las espadas de los

hombres de Lord De Sunx surcaban los aires con gran rapidez y cortaban la carne como si fueran cuchillos de carniceros. No tuvieron tiempo de ponerse en guardia, al final los cazadores fueron cazados.

No perdieron tiempo en amontonar los cuerpos ni en trasladarlos. Eran más eficaces trabajando en conjunto así que todos regresaron a la parte delantera.

Esperaban más hombres, por supuesto, pero estos no llegaron nunca.

Dejaron que los atacantes ingleses entraran con suma facilidad en el recinto amurallado y ninguno se prestó a la batalla. Sin embargo, cuando ya estaban todos en el centro del patio de armas, los hombres de Laird Wells cerraron el portón. De repente, los que osaron atacar a tan encantador clan, se vieron rodeados por más de sesenta guerreros que empuñaban sus enormes espadas.

Instintivamente depositaron las armas en el suelo. Laird Wells se acercó al que parecía el comandante en jefe de las tropas y mirándolo a los ojos le preguntó...

—¿Os conozco?

ALIADOS O FUGITIVOS

La mirada penetrante de Laird Wells no daba opción. Habían sido descubiertos y no podrían huir de allí. Solo diciendo la verdad podrían salvar sus vidas.

—¿Os conozco? —Laird Wells repitió, levantando la voz.

—No, señor —dijo azorado el guerrero que tenía delante que, al parecer, era el comandante de tan pequeña tropa.

—¿Quién os ha invitado a entrar en mis tierras?

—Nadie mi señor —indicó el joven.

—¿Queréis explicarme, pues, qué estáis haciendo aquí, y por qué habéis entrado de esta forma? ¿Con qué finalidad?

—Señor, cumplíamos una misión —dijo el que estaba al lado del cabecilla.

—Sois inglés, ¿verdad? —Guillermo se acercó al grupo.

—Sí.

—Yo también. ¿Podéis decirme quién os envía a hacer daño a este clan? —Confiaba que, sabiendo que era inglés como él, se abriría y le explicaría el grueso de la misión.

—Señor, nos pasaron notificación. Un conocido conde inglés, necesitaba este territorio para sí. Al parecer, estáis situados en una tierra deseada por muchos. —Se dirigió al dueño de aquellos lares.

—Te dije que habitar una población fronteriza no jugaba en mi beneficio —afirmó Laird Wells a Lord De Sunx.

—Nuestra misión era llegar sin ser vistos, arrasar la zona y comunicar a nuestro señor, mediante mensajero, que ya podía reclamar para sí estas tierras.

—Obviamente no habéis cumplido la misión. ¿Tan ineptos sois? —Guillermo se mofó.

—Señor, no. Hemos tenido problemas que solucionar —dijo el joven acobardado.

—Hablares más tarde. Ahora necesito realizar unas gestiones. Lleváoslos a todos. Veremos más adelante qué hacemos con ellos. —El señor de las tierras había hablado.

Aunque no habían logrado dilucidar nada, en algún momento alguien podría dar el nombre de los responsables. Así pues, debían seguir

investigando.

Guillermo se interesó de inmediato por el estado de la muchacha que él había llevado en tan penosas condiciones al castillo, le dijeron que en esos momentos estaba estable y que esperaban que saliera airosa de todo aquello. Lord De Sunx deseaba saber quién había sido capaz de golpear a una mujer, pero, según Aida, deberían esperar para obtener respuestas.

Los hombres se pasaron los dos días siguientes buscando por los alrededores el campamento base de los detenidos, pero no lograron encontrar nada. Revisaron en cada una de las alforjas que portaban y encontraron los documentos que mencionaron, sin embargo, en ninguno de ellas lograron encontrar un nombre.

Ese mismo día por la noche, la muchacha despertó. Afortunadamente, las tisanas que le habían administrado y los ungüentos proporcionados para la reducción de la hinchazón habían resultado muy eficaces. Ya era posible ver el rostro de la joven. Todavía muy amoratado y magullado, pero visible al menos.

Cuando Guillermo entró en el cuarto y vio a la joven despierta, supo de inmediato de quién se trataba.

—Kev, yo conozco a esta joven —dijo asombrado.

—Y ¿de qué puedes conocerla tú?

—Esta es la joven que me dio hace tres días la nota, avisando del encuentro que tuvimos con los guerreros ingleses. Y seguramente es la misma muchacha que ha estado dándoos los avisos con anterioridad.

—¿Crees que le hicieron esto porque la descubrieron? —Aida se llevó la mano al pecho por la impresión.

—Eso solo nos lo puede decir ella, pero apostaré mi vida que así es —supuso Guillermo.

Aida se acercó a la joven. Esta la miró a los ojos y sonrió al verla. Giró la cabeza en dirección al resto de personas que estaban en la misma habitación y buscó con la mirada a su salvador.

—¿Dónde está el ángel rubio de ojos grises que me salvó la vida?

—Debes ser tú, Guillermo. —Kev le susurró, riéndose.

—No le veo la gracia —dijo Guillermo acercándose de inmediato a su lado. —No soy ningún ángel, muchacha, pero te traje aquí en cuanto te encontré en el bosque.

—Me salvasteis la vida. Os la debo. —La joven tendió su mano para que el hombre la tomara y este lo hizo sin pensar—. A partir de ahora, os daré

cualquier cosa que preciséis de mí, ángel rubio.

—Por el momento, lo único que precisamos son algunas respuestas. ¿Estás en condiciones de darnoslas?

—Por supuesto.

—¿Cómo te llamas? ¿Y cómo has llegado hasta aquí en esa situación?

—Me llamo Seelie —dijo la joven tragando saliva por el dolor.

—Qué nombre más extraño. —Guillermo frunció el ceño.

—Es el nombre con el que denominamos a las hadas buenas en Escocia —dijo Aida sonriendo.

—¿De verdad? Parece un nombre de lo más apropiado.

—Formo parte de un clan nómada. Somos muy pocos, señor, no llegamos a la cuarentena. Hemos estado viviendo a lo largo y ancho de nuestro país y hace pocos meses logramos establecernos en una zona muy al norte. Vimos que había buenos pastos para el ganado y comenzamos con los cultivos. De este modo, dejaríamos de deambular por la región. Pero un día, los hombres salieron a cazar y mientras fuimos arrasados por unos guerreros que decían ir a favor de un conde inglés. La mayoría de las mujeres fallecieron y los niños escaparon, a mí me secuestraron y me tenían atada. No sé ciertamente qué pretendían hacer conmigo pero, entretanto, solo escuchaba que querían atacar. Y Laird Wells... como en más de una ocasión nos habéis ayudado y auxiliado, no podía permitir que os hicieran daño. Os iba enviando notas para que supierais lo que sucedía de forma anónima y tomarais las medidas oportunas pero, el último día que vine a daros el mensaje, me entretuve más de la cuenta y me sorprendieron fuera de mi celda. Me castigaron entonces por mi osadía.

—Y su castigo fue daros esta paliza que casi os mata, ¿cierto?

—Sí, mi señor —dijo la joven cerrando los ojos por el dolor.

—Averiguaré quién te hizo todo esto —prometió Guillermo.

—Gracias, ángel rubio —dijo la joven sonriendo.

—Me llamo Guillermo De Sunx, muchacha, y como ya te he dicho... no soy ningún ángel.

Guillermo salió de la habitación, como alma que lleva al demonio, en dirección a los detenidos. Su amigo le siguió rápidamente. Sabía de lo que era capaz de hacer con sus manos y temía que, sin esperar respuestas, los matara a todos. Había visto un fuego en su mirada que, hacía muchísimo tiempo, no lograba discernir. Se rio, su amigo estaba volviendo a tener corazón.

MUERTE

Guillermo no tenía muy claro a quién enfrentarse, así pues, decidió encararse con el que parecía ser el jefe de aquella tropa.

—¿Eres tú el que está al mando de todo esto?

—Sí, señor —dijo el joven un tanto atemorizado.

—Me parece que eres demasiado joven para hacerte cargo de una misión como esta —observó Laird Wells.

—Yo también lo creo, señor —asintió el joven cabizbajo—. En realidad... todos nosotros lo somos.

—Explicadme, ¿qué os ha traído hasta aquí?

—Nuestros familiares —dijo otro de los jóvenes.

—¿Podéis hablar sin rodeos y así no hacemos perder el tiempo? —Laird Wells comenzaba a perder la paciencia.

—Señor, soy el hijo del Conde De Montgrey, tal vez conozcáis a mi padre —habló el joven al mando de la misión.

—Lo conozco. Sin embargo, tiene dos hijos.

—Mi hermano Sammuel murió en Hastings. Solo quedo yo. Enrique es mi nombre señor.

—Lo siento. Muchos de los buenos fallecieron allí —se lamentó Guillermo intentando no recordar la masacre.

—Tienen a nuestras familias bajo amenaza. Quiere ir en contra de nuestro rey y, por lo visto, necesitan de este territorio como zona de paso en caso de huida —opinó Enrique.

—Si estáis hablando de la rebelión de los condes, llegáis tarde. Imagino que no habéis sido advertidos, pero los que iniciaron la conocida revuelta ya han sido apresados y enjuiciados.

—Señor, llevamos mucho tiempo fuera de casa. No tenemos noticia alguna de cambio en nuestra misión. Hemos tenido que prepararnos antes de intentar acceder a la fortaleza. Ya veis que nuestros esfuerzos no han servido para nada.

—Deberíais volver a casa —dictaminó Laird Wells.

—Todos menos uno, podéis volver —gritó Guillermo.

—Sois muy indulgentes, Laird Wells, pero... ¿qué queréis decir con menos uno, señor? —Enrique no entendió aquello.

—¿Quién propició la paliza a la joven Seelie? —Ninguno se atrevió a

abrir la boca. El culpable estaba entre ellos, pero ninguno quiso delatarlo—. He preguntado... ¿quién propició la paliza a Seelie? —Guillermo gritó, visiblemente enfadado. Estaba llevando el tema al terreno personal, de alguna forma se sentía responsable de la muchacha y de lo sucedido. —Os recomiendo que me digáis quién ha sido el culpable, si queréis salir de aquí con vida y reuniros con vuestra familia.

—Señor, fui yo —dijo un joven al fondo. Era un joven mucho más grande y fornido que el resto y Guillermo supuso de inmediato que más preparado.

—¿Tienes mal carácter?

—Mucho —reconoció con altivez.

—¿Qué hizo la muchacha para merecer ese castigo?

—Se comportaba de forma muy osada. No estaba donde la dejé la noche anterior —dijo el detenido con suma altivez.

—Muy bien, acabemos con esto. Tú... —Guillermo, lo señaló con su índice—. Acompáñame fuera.

Ninguno de los allí presentes esperó invitación alguna. En cuanto salieron Guillermo y el tipo alto, todos corrieron tras ellos. Iba a ser una buena pelea y ninguno quería perdersela.

Guillermo había oído hablar de ciertos hombres que, para castigar a sus mujeres cuando en su opinión ellas habían mostrado un mal comportamiento, las atizaban hasta hacerles perder el sentido. Jamás se le habría ocurrido a él levantarle la mano a su mujer ni tampoco a sus hijos. Ese joven merecía un escarmiento y él se lo iba a proporcionar.

En el centro del patio de armas, Guillermo comenzaba con sus ejercicios de relajación, intentaba calmar sus nervios o acabaría por destrozar a su adversario en dos simples pasos. El joven de enfrente permanecía mirando a Guillermo con los brazos cruzados y con una sonrisa burlona en el rostro. Se sentía muy seguro de sí mismo, pero en poco tiempo se llevaría una buena lección. La experiencia era un grado y Lord De Sunx sabía hasta cuándo debía esperar para atacar. El insolente, ansioso, osado y malcriado joven no esperó a que saliera la muchedumbre del castillo. En cuanto tuvo oportunidad, atacó.

Cogió carrerilla y, lanzando un grito al aire, se afanó en ir a por su contrincante. Tan cegado estaba por su ataque que no percibió que este ya había cambiado su postura y lo estaba esperando. Estiró el brazo derecho, afianzó su pierna izquierda para no caer y le asestó un buen puñetazo en plena mandíbula que lo dejó tendido en el suelo. Había sido muy fácil. Debía

pensar un poco más antes de actuar, sin embargo, Guillermo permanecía callado y a la espera del siguiente ataque. Tras lanzar un improperio, el enorme muchacho se levantó y una vez sacudida la tierra de su trasero, se dispuso a atacar de nuevo. Tenía muchísima tensión acumulada y se apreciaba cómo intentaba disiparla abriendo y cerrando una y otra vez sus manos.

De nuevo se lanzó a la carrera para atacar al experimentado guerrero De Sunx y, pensando que podía sorprenderlo, se tiró al suelo para pegarle en las piernas y de esa forma derribarlo. No obstante... tampoco esa treta pudo con él y, con un simple salto, lo sorteó. Aprovechando que estaba en el suelo todavía, Guillermo le dio un puntapié en el antebrazo derecho que le hizo retorcerse de dolor. Se agachó con violencia y golpeó de nuevo su mandíbula, provocando que su cabeza diera de nuevo en el suelo. Una ovación general hizo levantar la cabeza a Lord De Sunx para percatarse del corro que se había formado a su alrededor. El muchacho derribado golpeó el suelo con los puños en señal de frustración. No volvería a besar el suelo, se juró a sí mismo.

Guillermo quiso, esta vez, ser el primero en atacar y ver hasta dónde podía llegar aquel demonio. Lanzó dos puñetazos al rostro curtido de su contrincante y aquel supo esquivarlos. Cometió el error de jactarse de su proeza y le dejó tiempo a Guillermo para lanzar un tercer puñetazo que le dio en pleno rostro. Otros dos siguieron a ese e hicieron tambalear al gigantón prepotente. Guillermo le puso sutilmente la zancadilla y cayó de nuevo al suelo, golpeando su espalda contra la tierra. El gran Lord asestó otro puñetazo en el pecho del caído y le dejó sin respiración. A esas alturas de la lucha y habiendo besado ya en tres ocasiones el suelo, con el cuerpo dolorido y los ojos amoratados, ya estaba un poco cansado de ser siempre el perdedor. Iba en contra de las reglas fijadas, si es que había alguna, y además era un juego sucio. Esta vez usaría su pequeña daga para acabar de una vez por todas con ese hombre que estaba ridiculizándole frente a todos sus compañeros.

Guillermo volvió a colocarse en su sitio y esperó a ver qué quería hacer el hombre situado frente a él, para resarcirse del daño infringido. Se sorprendió al verlo reír mientras avanzaba lentamente hacia su posición. Algo estaba tramando, de eso no había ninguna duda. Debería permanecer alerta por lo que fuera aquello que quisiera hacerle. Guillermo vio cómo este se metía la mano en la parte trasera de su pantalón y sacaba una pequeña pero potente daga, eso era lo que estaba tramando. Ingenuo el joven, creía poder acabar

con él de esa forma. La daga iba directa al cuello de Guillermo cuando este tomó con sus dos manos el antebrazo del fortachón atacante. Lo retorció y, dando una majestuosa vuelta sobre sí mismo, terminó por introducirse rápidamente en el costado del joven. No era lo que Guillermo pretendía, sin embargo, él había de sobrevivir. No había ido a la guerra y vuelto sano y salvo para acabar ahora en las estúpidas manos de un jovenzuelo ignorante en el arte de la guerra.

No había más que silencio a su alrededor, nadie quiso alabar su conducta y nadie se atrevió a reprochárselo tampoco.

—Guillermo, has hecho lo que debías —dijo Laird Wells llegando a su lado. —Él fue quien quiso jugar sucio.

—Iré a decirle a la muchacha que quien le hizo daño, ya no lo hará jamás.

Guillermo se presentó cabizbajo ante la joven que estaba despierta y, tras contarle todo lo sucedido, esta le agradeció su acción llorando en su hombro. Había algo que lo unía a esa muchacha y no sabía explicar qué. Él personalmente se encargaría de que sanara y de devolverla a su hogar, con los parientes que le quedaran.

Dos días después se disponían a despedir a todos aquellos que decidieron regresar con sus familias. Cuatro jóvenes, entre ellos Enrique, quisieron quedarse a las órdenes de Guillermo. Pidieron que por favor los tomara bajo su ala y los ayudara a entrenar y conocer las reglas de la batalla. Este prometió llevarlos de vuelta a su fortaleza y allí adiestrarlos.

Con el paso de las semanas, la joven se curó de forma asombrosa. Estaba cada día más cómoda y pendiente de las visitas de Guillermo. Laird Wells se reía, al ver lo enamorada que estaba Seelie, y este se sonrojaba al escucharlo. Sin duda no le habían pasado desapercibidas las sonrisas y las miradas de la joven, estaba halagado y complacido por ser él el destinatario de tales atenciones. No estaba para nada molesto, y debía confesarse a sí mismo que cuando volviera a dejarla a recaudo de sus familiares, la iba a notar en falta. ¿Podría ser posible que tuviera la suerte de enamorarse por segunda vez en su vida? Sin duda, a Edmee le complacería verlo feliz y bien acompañado con una mujer con la que poder rehacer su vida.

Guillermo advirtió a Laird Wells que quería llevarla de vuelta antes de que las fuertes nevadas le hicieran más difícil la tarea.

Aida había tomado cariño a la joven que, al curarse las cicatrices y dejar ver su hermoso rostro, mostraba unos profundos ojos marrones adornados con un pelo largo y negro. La sonrisa bailando en su rostro le hacía parecer

mucho más bella. Su hasta ahora anfitriona, le dejó pellizas con las que cobijarse y varios vestidos de invierno para que la muchacha llegara en buenas condiciones a su hogar. Kev prestó una carreta y alimentos a su amigo que, cuando dejara a Seelie con su clan, regresaría a su hogar con sus hijos. Así pues, seguramente volverían a pasar meses e incluso años antes de que volvieran a verse.

La despedida fue corta pero emotiva. Con lo vivido en esos días, la alianza se había afianzado.

El clima era realmente frío y quedaba mucho trayecto hasta donde Seelie les había indicado que se hallaba su clan. Habían cogido dos tiendas para resguardarse del frío, pero Guillermo estaba acostumbrado y dejó que tanto los jóvenes como la muchacha se acomodaran en ellas.

Se sentía encantado de tenerla cerca, todavía más cuando él se acercaba y ella le regalaba la mejor de sus sonrisas. Sus ojos brillaban y era ciertamente encantador el amor que, visiblemente, encendía su corazón por él.

Una noche, la joven se acercó a Guillermo. Ella ya sabía que se aproximaban al lugar donde sin duda la esperaba su familia y necesitaba confesarle lo que él ya sabía.

—Mi señor... ¿puedo hablaros un momento? —Se acercó y se sentó a su lado en la hoguera cuya función no era sino permitirles cocinar y resguardarse del frío. Los hombres habían salido a hacer guardia y pocos quedaban con ellos para hacer la cena.

—¿Qué sucede Seelie? ¿Te preocupa algo?

—Me preguntaba, mi señor... ¿Es preciso que me llevéis de vuelta a mi hogar? —Se vislumbraba claramente que la muchacha no quería regresar allí.

—¿No deseas estar con tu familia? —Guillermo la miró a los ojos.

—Yo deseo estar con vos. Debéis saber ya lo que siento, mi señor.

—Seelie, yo...

—No, no digáis nada. Desde el momento en que me salvasteis, os debo mi vida. No entiendo otra forma de amar que no sea con el alma y el corazón. Vos siempre seréis mi ángel rubio de ojos grises. Y desearía pasar el resto de mi vida a vuestro lado.

—Es mi deber devolverte con tu padre—. Guillermo no sabía qué decir. Él también comenzaba a sentir algo por ella, algo muy intenso, pero tenía dos hijos y una heredad. Era demasiada carga para una joven como ella.

—Está bien. —La joven, cabizbaja, volvió a su tienda y no salió de allí hasta el día siguiente.

Guillermo les avisó... al medio día llegarían a su destino y, cuando hubieran dejado a la muchacha a buen recaudo, emprenderían la cabalgada rápida de vuelta a su hogar.

Justo entonces, delante de ellos, apareció el pequeño clan de Seelie y la joven rompió a llorar. Todos los allí presentes sabían el porqué de las lágrimas, no eran de alegría, ella no deseaba separarse de Lord De Sunx.

—Buenas tardes —dijo en voz alta para que los que allí se hallaban se percataran de su presencia. No sabía gaélico, pero confió en que alguno de los allí presentes lo entendiera.

—Buenas tardes —respondió una mujer mayor.

—Busco a la familia de la joven Seelie —dijo Guillermo—. Es mi deseo hablar con su padre.

—Siento no poder ayudarlos. Seelie, tu padre falleció hace dos semanas, salió de caza con los hombres y un animal lo embistió y acabó con su vida—. La chica volvió a llorar de nuevo. Él era lo único que le quedaba. A no ser que sus tíos quisieran hacerse cargo de ella, quedaría sola en el clan.

—Lo siento mucho —dijo Guillermo.

—Puede ocupar la casa de su familia. Sus tíos no están en estos momentos, pero esa casa le pertenece a ella —dijo la mujer, sintiendo pena por la muchacha. Seelie iba a bajar del caballo y dirigirse a su nuevo hogar cuando Guillermo elevó la voz para hablar de nuevo.

—No es necesario. Ella no necesitará de esa casa por el momento. Quería hablar con su padre para pedirle formalmente su mano. —La joven enmudeció por la sorpresa—. Al no haber nadie de la familia que la pueda comprometer, volverá conmigo a mis tierras como mi esposa. En el camino, sin duda, habrá quien pueda casarnos. Decídes a sus tíos que queda a buen recaudo. Cuando esté bien instalada, enviaré un mensajero para que conozcan su nuevo hogar. ¡Partimos! —Alzó la voz.

Guillermo no dio más opción. Con un poco de suerte y haciendo las paradas necesarias para casarse y para reponer alimentos, en tres semanas estarían en Devonshire.

SEGUNDAS NUPCIAS

Guillermo se vio en la obligación de hablar con Seelie y explicarle lo que se iba a encontrar en su hogar en el momento en que pusiera los pies allí. Había dado por hecho que ella aceptaría todo lo que él dispusiera para ella y su próxima vida, sin embargo, ella merecía una explicación.

Justo antes de celebrar las nupcias, Guillermo habló con la muchacha.

—Seelie, he de explicarte unas cosas que he estado posponiendo. —La joven lo miraba expectante—. Verás, hace años perdí a la mujer que amaba con todo mi ser. Ella me dio dos hijos: un niño, Donald, que pronto cumplirá los siete años y Micaela, mi niña, que cuenta ahora cuatro estaciones. No deseo imponerte a mis hijos, pero ellos son mi vida y quiero que mi hogar esté lleno de paz. He pasado por muchas batallas a lo largo de mi vida y no quiero más que paz y tranquilidad lo que me quede de ella.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —La joven se sorprendió.

—¿Crees que podrás convivir con ellos y conmigo, y formar una sola familia?

—Por supuesto, mi ángel. Todo lo que deseo en mi vida es ser tuya y darte una gran familia. Y por supuesto, asegurarte la paz y tranquilidad que deseas. —Guillermo la tomó en sus brazos por sorpresa y la besó con todo el deseo contenido durante tanto tiempo. Beso que la joven tomó con sumo gusto. La pasión con la que le obsequiaba, le era devuelta con creces. Una hermosa sonrisa bailó en su rostro por el resto del día.

La ceremonia fue preciosa. Corta, pero lo suficientemente duradera como para que, tanto él como ella, pudieran decir sus votos matrimoniales. Ella se entregaba a Guillermo en cuerpo y alma. Todo lo que tenía era su persona. Su padre no había dejado dote alguna establecida y, al haber sido durante tanto tiempo un clan nómada, solo contaba con una casa en lo alto de Escocia. No había monedas que añadir durante la boda y, dado que su padre había fallecido, no había nadie que entregara a la novia durante los esponsales.

Guillermo juró tratarla como a la mejor de las mujeres, deseaba crear una familia con ella y toda la fortuna que tenía la pondría a sus pies. El amor que albergaba en su corazón hacia Seelie haría que se sintiera una mujer deseada y amada. Nada le faltaría.

Lord De Sunx decidió que para pasar su primera noche como marido y mujer dormirían en alguna cabaña que pudieran encontrar en las poblaciones

vecinas. Tal vez alguien podría ganarse unas buenas monedas al prestarles por una noche su hogar. Para la pareja hubo suerte, una pareja acomodada, viendo la alegría con que los desposados pedían una acomodación, decidieron cederles una de sus pequeñas casas de las afueras. De esa forma, al alba podrían seguir con su camino.

Guillermo tomó en sus brazos a su joven esposa, cruzó el dintel de la puerta y la depositó lentamente sobre la peluda piel que había en el suelo. Mirándole a los ojos, envolvió su rostro entre sus manos y la besó con toda la ternura que albergaba en su corazón. Seelie le repitió una y mil veces lo mucho que lo amaba y le dio las gracias por haberle salvado la vida, no solo aquel día en el bosque, sino también por regalarle la familia que acababa de perder.

Lord De Sunx la depositó lentamente sobre la cama, mientras le repetía una y otra vez lo hermosa que era y lo mucho que la amaba y deseaba. Los ojos de la joven brillaban de emoción. Guillermo se detuvo un instante para averiguar si ella sabía lo que iba a suceder entre ellos esa misma noche. Seelie asintió, su madre le había explicado hacía años, pese a su corta edad, qué sucedía entre un hombre y una mujer cuando hubieran de consumir el matrimonio. No tenía ningún miedo al dolor puesto que el amor que le tenía superaría seguro cualquier espasmo doloroso que él pudiera producirle.

Guillermo sonrió. Esa joven que ahora mismo tenía entre sus brazos, se convertiría en mujer con él y solo con él. Haría que fuera algo especial y que disfrutara. Ella lo miraba embelesada y esperaba ansiosa sus caricias. Lord De Sunx acarició la pierna de su esposa con suavidad y escuchó el ronroneo de ella al sentirla. Seelie cerró los ojos esperando más y su marido se lo dio.

Tenía muchas ganas de sentirla completamente suya. Jamás habría pensado que la fortuna volviera a sonreírle con una mujer tan hermosa como ella. La joven recorría con sus manos el torso ahora desnudo de su marido y le hacía cosquillas al sentir cómo sus dedos se enredaban en el vello rubio que este tenía. Guillermo levantó las piernas de su mujer para terminar de quitarle la ropa y verla completamente desnuda. Poco después, sus calzas fueron a dar con el resto.

Ambos tendidos en la cama, desnudos, se sentían libres de hacer con sus cuerpos y sus vidas cuanto quisieran.

Guillermo tomó a su mujer y la colocó sobre él. Deseaba verla desde abajo. La imagen era maravillosa. El cabello oscuro de su ella caía en cascada cubriendo sus hermosos y pequeños pechos.

La joven desposada sintió una protuberancia apretándole desde abajo. Pese a lo que su madre le había explicado, no acababa de saber de qué se trataba. Su marido le indicó que no tuviera ningún miedo, que él la cuidaría para siempre y que jamás en su vida le haría daño. Diciéndole estas palabras de consuelo, la joven sintió un poco de dolor en el interior de su cuerpo.

Algo se había rasgado dentro de ella, sin embargo, no sentía dolor alguno. Su marido cambió despacio de posición y eso gustó a Seelie, que abrió los ojos desmesuradamente al apreciar esa agradable sensación. Guillermo volvió a moverse y le incitó con sus manos a que ella se moviera sobre él. Nada de dolor, solo placer era lo que sentía en esos momentos.

Completamente absorta en el momento, la joven echó para atrás su cabeza y el pelo cayó entonces a lo largo de su espalda. Guillermo tomó suavemente sus senos y los masajeó para que ella sintiera, si acaso era posible, mayor placer en esos momentos. Él, que no yacía con una mujer desde hacía tiempo, temía que su semen se derramara con demasiada prontitud, así pues, hizo cuanto le fue posible por ayudarla a llegar al clímax antes de hacerlo él mismo. Ambos se movían al unísono, no había rincón de sus cuerpos que no se acariciara o besara. Un espasmo de placer recorrió su cuerpo y ella se dejó caer sobre el torso de su marido, él entonces pudo liberarse por completo y sentir cómo de su ser escapaba un torrente con prisa y fuerza anegando el interior de Seelie.

Ambos quedaron complacidos y exhaustos, sin embargo, Guillermo se rehusaba a dejarla ir. Quería sentir cómo sus piernas lo rodeaban y cómo sus pequeños pechos acompañaban sobre su torso la irregularidad de su respiración. Había sido una noche maravillosa, digna de un día especial. Ahora Guillermo volvería a su hogar con una esposa a su lado. Alguien que le haría feliz y que llenaría su vida de dicha.

Sintiéndolo mucho, y pese a saber que su mujer debía estar dolorida esa misma mañana, habían de seguir el camino hacia su hogar. En pocos días estarían ya en tierras londinenses, aun así, todavía les quedaba mucho tiempo de recorrido. Era necesario llegar cuanto antes, Guillermo deseaba ver a sus hijos con desesperación. Además, ahora debía explicar que volvía con una mujer a la que amaba con todo su corazón.

Afortunadamente, en esa época no había problemas en Inglaterra. Se escuchaba que el rey Guillermo y su hijo Roberto estaban inmersos en continuos enfrentamientos que algún día desembocarían en una fuerte contienda pero, por el momento, llegarían sin mayor problema a su destino.

Después de un mes casi de viaje de regreso, por fin se hallaban a las puertas del hogar de los De Sunx.

MUCHO TRABAJO

A Guillermo pronto se le acumularía el trabajo. Acababan de traspasar las puertas de su fortaleza y ya le reclamaban para una u otra demanda. Él rio ante la algarabía causada, ¡qué gusto daba estar de nuevo en casa!

Seelie llegaba agotada y lo único que quería era comer alguna cosa y descansar. Habían sido muchos días a caballo y muchas millas recorridas y quería encontrar paz en su nueva casa. Lord De Sunx desmontó de su caballo rápidamente y se acercó a un joven que lo requería haciendo aspavientos con las manos.

—¡Matías! —Guillermo lo envolvió en un fuerte abrazo—. ¡Qué alegría de verte!

—Señor, la alegría es nuestra. No han sido más de dos meses, pero hemos notado mucho vuestra ausencia. —El joven, separándose un poco, miró por detrás de su hombro a los desconocidos que le acompañaban. Entonces frunció el ceño—. Señor, volvéis mucho mejor acompañado.

—He de contaros muchas cosas. Y por tu cara de preocupación, presupongo que vosotros también a mí —dijo Guillermo.

—Sí, mi señor.

—Haz una cosa —dijo, tomándolo por el hombro—. Reúne a los muchachos en el patio de armas y os hablaré a todos a la vez. Voy a acompañar a mi mujer al interior del castillo y a presentarle a Gea. ¡Ardo en deseos de ver a mi preciosa Micaela!

—¿Vuestra esposa, mi señor? —Matías no escondió su sorpresa.

—No preguntes. Luego os explicaré.

Guillermo ayudó a bajar del caballo a Seelie y la tomó de la mano para llevarla al interior del castillo y acomodarla.

Gea salió de las cocinas. Su sorpresa fue mayúscula cuando, por segunda vez en su vida, se encontró a su señor de nuevo con los pelos largos y sin afeitarse. No vio a nadie más en la habitación. Solo le importaba que él había vuelto sano y salvo.

De nuevo, como tantos años atrás, corrió a sus brazos. Seelie, sentada en un sillón cerca de la lumbre, miraba complacida la escena. Estaba claro que todo el mundo quería a su esposo tanto como ella, eso decía mucho de él.

—Gea, ¿dónde está mi niña?

—En sus habitaciones, con su ama. De inmediato voy a buscarla.

—Aguarda un momento. Deseo que conozcas a mi mujer. —La sorpresa hizo mella en el rostro de la comadrona y ama de llaves del castillo, que no sabía si su señor bromeaba o decía la verdad—. Seelie, acércate. Deseo que seas la primera en conocer a Gea. No sé qué habría sido de nosotros de no haber estado ella al mando del castillo.

—Gea, estoy profundamente encantada de conocerte —dijo la nueva señora del castillo, luciendo una enorme sonrisa.

—Mi señora. Bienvenida a su hogar. —La mujer miraba de reojo a su señor, ciertamente no dejaba de sorprenderla—. Veo, mi señor, que habéis seguido las órdenes de la difunta señora Edmee. Me alegro mucho por vos. Se merece toda la felicidad del mundo. —Gea tomó la mano de su nueva señora y la besó. Seelie no estaba acostumbrada a esos tratamientos y a punto estuvo de retirarle la mano, sin embargo, la mantuvo apretada a la doncella—. Debéis estar hambrienta y cansada del viaje. Avisaré a Lady Micaela y prepararé algo para tomar, así podrán retirarse a descansar.

—Muchas gracias, Gea. Voto a Dios que lo necesitamos —dijo Seelie.

La doncella subió escaleras arriba en busca de su señorita, sonriendo. Menuda alegría se iba a llevar, y por partida doble. Su padre estaba de nuevo en casa y traía con él a una nueva madre.

La niña tomó con buen gusto la noticia de la llegada de su padre que, abriendo de repente la puerta de su habitación, corrió escaleras abajo en su busca.

No era habitual que los padres se preocuparan tanto por sus hijos, menos aún por sus hijas, que estaban muy mal consideradas y únicamente usadas como moneda de cambio. Sin embargo, Guillermo amaba a sus dos hijos. Al heredero tardaría unos días en verlo, pero podría aprovechar que estaba Micaela en el castillo para disfrutar de su compañía. La niña vio a su padre y se lanzó en sus brazos haciendo que se balanceara por la fuerza.

—Padre. Por fin volvéis —dijo Micaela llorando quedamente en sus hombros.

—Hija mía. Te he extrañado muchísimo.

—Nosotros a vos también, padre. ¿Quién es esa mujer que os acompaña?
—La niña señaló a Seelie que sonreía con dulzura.

—Querida hija... ella es Seelie, mi mujer.

—¿Padre, me habéis conseguido una nueva madre? —La niña miró a su padre con los ojos abiertos y Guillermo sonrió ante su pregunta.

—Sí, querida niña. Te la he conseguido. Espero que os queráis mucho.

—Sí, padre, yo ya la quiero.

—Mi señor —gritó una voz desde el patio.

—Debe ser Matías. Le pedí que los reuniera a todos en el patio. Luego nos reuniremos aquí. Voy a llevar a los nuevos muchachos a los barracones y vendremos a comer algo, querida.

Guillermo salió al patio a ordenar sus asuntos con los más jóvenes, dejando a las mujeres conversando en el interior. Deseaba fervientemente que llegaran a amarse como una familia.

Matías indicó que tenía dos misivas provenientes de sus aliados y otra más que llegaba de manos de su rey.

Pasarían primero a acomodar a Enrique y sus seguidores en los barracones y después entrarían a comentar todo en el salón. Allí leerían las misivas tranquilamente.

Cuando ambos entraron, Gea le dijo que su mujer se encontraba mal y que ella y la niña habían subido a su cuarto hasta que la comida estuviera preparada. Micaela tenía una nueva madre y no pensaba perderla de vista. La acompañaría dondequiera que ella fuera. Seelie estaba tremendamente complacida por el inmenso amor que la niña, sin conocerla, ya le profesaba.

Matías entregó las cartas a su señor, y este se dedicó a leer en primera instancia la de sus vecinos y aliados.

Alfred le indicaba los progresos que su hijo Donnalld estaba teniendo en su entrenamiento militar, había demostrado sobradamente sus buenas aptitudes para ello. Pedía una corta visita cuando volviera para tratar su continuación.

Lord Dieppe pedía una reunión urgente con su aliado. Habían de tratar unos temas muy importantes para él y su familia. Habían pasado muchas cosas que desconocía y necesitaba ayuda. Sin perder más tiempo, Guillermo envió dos cartas a sus vecinos indicándoles que, en cuanto pudieran, vinieran a su fortaleza.

Los tres tratarían el tema pendiente.

La carta proveniente de su rey era la más preocupante. Pedía su incorporación antes de finales de ese mismo año para pasar a formar parte de su regimiento. No les había pasado por alto su influencia ni sus laureadas acciones y ahora que, debido a los conflictos con sus hijos, sus filas habían mermado... el rey Guillermo I de Inglaterra necesitaba de todos los caballeros disponibles.

Así pues, a finales del 1078 estaría de nuevo con su monarca para participar en aquello que le preocupara. Debía aprovechar, pues, el tiempo del que disponía con su nueva mujer y su familia. Así mismo, dejaría todos sus asuntos resueltos antes de partir después del verano.

¿Cómo afrontaría Seelie esa nueva situación?

Sabía que su nueva esposa desafiaría con dignidad cualquier inconveniente, sin embargo, a Guillermo le preocupaba cómo enfrentar aquellas circunstancias.

LA CLAVE ESTÁ EN LA ORGANIZACIÓN

Tres días le bastaron a Seelie para enamorarse de su hija Micaela. Esa beldad rubia de preciosos ojos azules era una criatura maravillosa. Todavía no había cumplido los cinco años y ya era una perfecta dama a cargo del castillo. Sabía perfectamente qué tratamientos dar a cada uno de los integrantes de la familia y se adecuaba a cada situación dentro de él. Guillermo estaba feliz al ver en lo que se había convertido su pequeña hija, desde luego el ama de crianza había realizado un buen trabajo. No era una mocosa malcriada y sabía comportarse con corrección. Toda una damita inglesa.

Habían notificado a Lord De Sunx que ese mismo día llegarían sus aliados y, por supuesto, su querido heredero Donald. ¿Cómo reaccionaría el niño al ver que su padre se había casado? Él era mayor que Micaela y temía que no aceptara a Seelie. Ella era ahora el corazón del hogar, la señora de la casa, y no quería que nadie le hiciera de menos.

Desde que habían llegado, ella había pasado la mayor parte del tiempo descansando y Guillermo comenzó a preocuparse por su salud. Habló en un par de ocasiones con Gea, para ver si podía administrarle alguna tisana que repusiera sus fuerzas, pero esta únicamente se había reído y comentado algo respecto a la necesidad de su mujer de permanecer acostada. No deseaba perder a Seelie por nada del mundo, ya había sufrido suficiente al quedarse solo, años atrás. Haría lo que fuera preciso para mantenerla sana y a su lado.

Afortunadamente... cuando Guillermo le había comentado a su esposa que debía marcharse a finales de ese año, su mujer, aunque apesadumbrada, había comprendido a la perfección que se debía a la voluntad de su rey. Ella la esperaba el tiempo que hiciera falta.

Donald entró como una tromba en la habitación donde su padre aguardaba su regreso. Había crecido mucho y, con casi siete años, pese a ser un niño, parecía mucho mayor. Seguía teniendo los preciosos ojos grises, dignos de los De Sunx, y el cabello rubio y lacio sobre su nuca. Cuando vio a su hermana Micaela, la abrazó con toda su fuerza. Hacía meses que no la había podido visitar aún amándola con todo su corazón.

Cuando su padre le presentó a Seelie, el pequeño hizo primero una mueca

pero, en cuanto vio la enorme sonrisa que exhibía y cómo tomaba en brazos a su hermana menor, quedó complacido al conocerla. Se acercó a ella y cortésmente besó el dorso de su mano.

Su aliado, Alfred, entró en la habitación y los dos se fundieron en un abrazo, complacidos por volver a reunirse.

Gea y el ama de la pequeña Micaela se hicieron cargo de la situación y se llevaron a los niños a otra sala para que jugaran juntos, así los adultos podrían hablar con tranquilidad.

Cuando Seelie se levantaba para marcharse, Guillermo le pidió que por favor se quedara a compartir con ellos la conversación. La mujer sonrió complacida al no sentirse excluida.

Poco tiempo después, Lord Dieppe se reunía con ellos y con él también su hijo de cinco años. El pequeño fue con los otros dos niños y así disfrutaría mejor de su estancia.

—Queridos amigos, estoy muy complacido de teneros conmigo y lo primero que quiero deciros es que, esta hermosa mujer que veis a mi lado, es mi esposa, Seelie.

—Enhorabuena, amigo —dijo Stuart.

—He de confesarte que siento mucha envidia en estos momentos. Todavía no he conseguido una mujer y temo que se vaya haciendo tarde para mí.

—Nunca es tarde si la mujer que encuentras es la indicada —dijo Guillermo sonriendo abiertamente y tomando la mano de su mujer—. Imagino que todos habéis recibido la misma carta que yo, de nuestro rey, para formar parte de su ejército.

—Sí —confirmó Stuart—. De hecho, eso es principalmente lo que me ha traído con urgencia a hablar contigo, querido amigo. Yo voy a ingresar de inmediato en sus filas. —Sus amigos quedaron expectantes—. Veréis, estoy arruinado. Necesito la recompensa del rey por entrar a su servicio para poder salir adelante y no perder mi heredad.

—Si necesitas monedas, solo tienes que pedir las amigo mío. —dijo Guillermo.

—Mi caso no se soluciona con unas cuantas monedas, Guillermo. He aceptado que he de irme con nuestro rey y que, sea lo que sea aquello que me depare el futuro, será para mí. Sin embargo, me preocupa mucho mi hijo. Él es mi heredero, mi único hijo. Mi mujer falleció antes de darme otro hijo. Pronto estará en edad de entrar a formar parte de algún ejército donde puedan entrenarlo. Yo confiaba en poder pagar para que entrara a formar parte de

alguien bueno, pero... me es imposible en estos momentos.

—A tu hijo lo entrenaré yo mismo, amigo —sentenció Guillermo—. No debes pensar más en eso. No necesito monedas a cambio, sabes bien lo que te aprecio y cuidaré de tu hijo como del mío propio.

—He de deciros —dijo Alfred—, que yo no he sido requerido para entrar a formar parte de las filas de nuestro rey. Desconozco el porqué, pero así es. Si ambos estáis dispuestos a ir a combatir en favor del rey Guillermo, yo me haré cargo de ambos niños y de su entrenamiento hasta que volváis. No sufráis. Y tampoco necesito de monedas por tal encargo. Lo hago con sumo gusto.

—Disculpad que me entrometa —dijo Seelie, los tres hombres la miraron fijamente—. Podría hacer una propuesta, al menos hasta que Guillermo parta para reunirse con nuestro rey. ¿Qué os parecería la idea de dejar a todos los niños en este castillo? Es más... había pensado que vos, Lord Verrier, podríais quedaros aquí también y así facilitar el entrenamiento de los chicos. Los hermanos no serían separados y los tres empezarían a conocerse mejor, estando juntos.

—No me parece mala idea, querida pero, ¿por qué aquí y no en la residencia de Alfred? —Guillermo preguntó con bastante interés.

—No deseo separarme de Micaela y necesito conocer a Donald, además...

—Además... ¿qué?

—Estoy esperando un hijo, nacerá a fines de año. Desearía pasar el mayor tiempo posible contigo, ya que no estarás aquí para su nacimiento y no sabemos cuándo regresarás.

—Querida mía... ¿por qué no me lo habías dicho?

—Tenías muchas cosas en que pensar, no quise añadir un peso más a todo tu trabajo.

—¡Un hijo! Es maravilloso, mi amor. El mayor regalo que podías hacerme. A partir de ahora haré que Gea te cuide cada día, has de estar bien para que no suceda nada.

—No ha de sucederme nada, no te preocupes. Las mujeres llevamos haciendo esto desde que el mundo es mundo —dijo Seelie.

—Dejadme que os de la enhorabuena —intervino Lord Verrier.

—Muchas felicidades, familia —añadió Lord Dieppe.

—Muchas gracias a ambos —dijo Guillermo eufórico—. Bien, esto merece una celebración.

—Yo no puedo quedarme —puntualizó Lord Dieppe—. Mañana mismo parto hacia la corte. Quedo muy agradecido de que os hagáis cargo de la formación de mi hijo y espero que no os suponga un problema. Con él se queda mi pasión y mi heredad. No dispongo de monedas para que podáis atender también mis tierras y ciertamente no sé qué decirles a mis súbditos. De ahí mi premura por formar parte de los soldados del rey.

—Stuart, somos amigos. Por favor, ya tienes suficientes problemas en los que pensar para hacerte cargo ahora de problemas menores.

—No son problemas menores. La gente que queda a cargo de mis tierras ha estado conmigo en todo momento y ha trabajado duramente. Si yo lo pierdo todo, ellos también. No deseo que eso les ocurra, y no deseo que me deis monedas. No quiero dar pena ni lástima, es solo que me preocupan las condiciones en las que quede todo. —Stuart no era capaz de darles la cara, se sentía francamente avergonzado y era muy duro hablar abiertamente de su precaria situación. No solo pedía por su hijo, que era su mayor bien, estaba pidiendo también por todos sus trabajadores. Los otros tres miembros que formaban parte de la reunión permanecían callados. No se les ocurría una salida salvo el ofrecerle monedas y él ya las había rechazado.

—Se me ha ocurrido... —dijo Seelie haciendo que los tres hombres volvieran a mirarla—. Tenéis un hijo maravilloso que un día heredará vuestras hermosas tierras, Lord Dieppe.

—Sí, por supuesto, Duncan —afirmó complacido.

—Nosotros tenemos una hija maravillosa que cuando sea mayor se convertirá en una hermosa dama, capaz de ser una buena esposa y llevar con corrección un castillo.

—Seelie, ¿en qué estás pensando? —Su marido se sorprendió.

—Sencillo, esposo. Es tradición en nuestras culturas afianzar las heredades mediante matrimonios entre los aliados. Nosotros podemos ofrecer una buena dote por nuestra maravillosa niña, en caso de que estéis interesado en que pasemos a formar parte de vuestra familia. —Seelie había demostrado ser muy inteligente y capaz al solucionar todos los problemas de Lord Dieppe de un golpe. Además, así se aseguraban un futuro venturoso para Micaela.

—Seelie eres maravillosa —dijo Guillermo, tomándola entre sus brazos y besándola ante de sus aliados.

—Me parece un trato de lo más afortunado para ambos —dijo Lord Dieppe—. De hecho, dejaré a Guillermo a cargo de mis tierras. Debemos firmarlo de inmediato, así partiré con la tranquilidad que ello me

proporcionará. Nuestros hijos se mostrarán dichosos de mayores al saber la elección que tuvimos a bien para ellos.

—Tienes razón, amigo. —Guillermo se levantó, se dirigió a sus habitaciones privadas y tomó papel y tinta donde plasmar todo lo pactado. Deseaban que Lord Dieppe marchara a la corte con la mente tranquila y las cosas claras. Tanto Lord Verrier como Lady De Sunx firmarían como testigos de tan acertado acuerdo.

TODO SUMA

Seelie tuvo un hijo varón que nació con suma facilidad y en muy poco tiempo. Gea no paraba de repetir que había sido muy afortunada de tener un parto tan bueno, y ella le estaba agradecida a los cuidados que había recibido por su parte durante todos los meses de gestación.

Desgraciadamente Guillermo no estaba a su lado, hacía meses que había partido y aún tardaría mucho en regresar.

Decidió llamarlo Alex, el pequeño había nacido con el pelo blanco de tan rubio como era y con unos profundos ojos oscuros iguales a los de su madre.

Seelie había decidido amamantar a su criatura, ello jugaría siempre a su favor. Él crecería más fuerte y no sufriría tantas enfermedades como se propagaban entre los bebés destetados y alimentados a través de un cuerno de vaca con leche de cabra. Además, eso proporcionaba a la mujer una mayor rapidez en su curación. Poco tiempo después del parto, ya realizaba sus tareas tanto dentro como fuera del castillo.

Alfred dedicaba cada día a trabajar con los muchachos y en su preparación. Afortunadamente, los guerreros experimentados que habían quedado al cuidado de la fortaleza y de su familia, también estaban ayudando en todo lo que podían.

Ambos eran muy inteligentes y sabían usar, en su beneficio, los conocimientos adquiridos en aquellos días. Como solo se llevaban poco más de un año, la afinidad entre los dos muchachos era claramente maravillosa. Se defendían y se ayudaban el uno al otro. Además, ambos participaban en los juegos con Micaela y la muchacha, viéndose arropada por los dos, crecía feliz y tranquila.

Pocas noticias llegaban desde la corte. Estaba claro que, tras los problemas sucedidos, el rey Guillermo I de Inglaterra y su hijo Roberto no llegaban a ningún acuerdo tácito.

Roberto quería gobernar en exclusividad el ducado normando, pero su padre se resistía a cedérselo.

De ahí los malos entendidos y los enfrentamientos. Como no lograba hacerle entrar en razón, abandonó Normandía junto con algunos de sus seguidores y se dirigió hacia el castillo de Rémalard para atacarlo y apoderarse de él. Sabiendo esto, Guillermo I viajó a la zona francesa donde se acusaba el problema acompañado de sus seguidores, entre ellos Lord De

Sunx.

Pronto logró sacudir las filas de sus atacantes y expulsarlos del castillo. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando Felipe I, rey de Francia, ayudó a Roberto en esa contienda. Le ofreció como refugio la fortaleza de Gerberoy justo al inicio del setenta y nueve.

Envió nuevas tropas para ayudar a Roberto en su conquista y a Guillermo no le quedó más alternativa que sitiar aquella plaza y volver a tomar el control de la situación.

De nuevo se encontraba bajo el mando de su rey, esta vez normando, y de nuevo se preparaba para entrar en batalla. Lord De Sunx estaba sobradamente preparado y el rey Guillermo había pedido expresamente que su espada formara parte de su destacamento privado. Lord De Sunx temía por su vida igual que por la de su rey. En su hogar había mucha gente esperándolo, gente a la que amaba con todo su ser, y un nuevo hijo al que no había visto nacer. Debía salir victorioso de esa contienda y volver con ellos cuanto antes, sin embargo los meses se sucedían uno tras otro.

Para sitiar una fortaleza de las dimensiones de Gerberoy, se necesitaban días de preparación de armamentos y de entrenamiento de los guerreros. Las inclemencias del tiempo podrían pasarles factura, sin embargo, el rey Guillermo quería acabar con ese nimio problema cuanto antes y regresar de nuevo a sus obligaciones con el resto de su ducado y reino.

Reunidos dentro de la tienda del rey se encontraban cuatro de sus favoritos, entre ellos Lord De Sunx que, como experimentado soldado que era, quería tenerlo entre su guardia y dejarse aconsejar en la forma de actuar.

Debían tener las entradas y salidas del castillo completamente controladas. No podían dejar que se les escapase ningún posible asalto por la retaguardia. Primero atacarían con las catapultas y, evidentemente, los arqueros entrarían a formar parte de la estrategia. Las flechas podían ser disparadas a gran distancia y con fortuna harían que muchos de los seguidores de Roberto perecieran.

Justo el día en que iban a emprender la contienda, el rey Guillermo, sobre su caballo, encabezó la marcha hasta el llano más cercano a la fortaleza. Lord De Sunx lo acompañaría con el suyo, sin embargo, al llegar allí desmontaría y se dedicaría a combatir cuerpo a cuerpo para mirar por la vida de su señor.

El sol brillaba en lo más alto del cielo y, tanto el rey como Lord De Sunx, esperaban salir airosos de aquel asedio. De forma que cercaron la fortaleza para evitar que salieran.

Todavía no sabía qué estaba ocurriendo cuando gran parte de los guerreros ingleses que protegían la vida del rey Guillermo se retiraban de la fortaleza. Vio el estandarte de Roberto, hijo del gran monarca, y entendió que habían podido burlar el cerco. No había tiempo que perder, tocaba replegarse y hacer frente a la batalla que ambos habían dispuesto.

Roberto también contaba con experimentados guerreros, así pues, muchos cayeron ese día.

Su amigo y aliado Stuart Dieppe fue uno de los primeros en caer. Guillermo De Sunx quiso ir a ayudarlo, pues le veía luchar muy por debajo de sus posibilidades. No entendía qué quería hacer, no era una conducta propia de un guerrero avalado por tantos años. Lord Dieppe miró a su amigo en la lejanía y, con lágrimas en los ojos, arrojó su espada al suelo y esperó su final a manos de uno de los hombres de Roberto. Ahora podía entenderlo todo, su única misión era fallecer en esa contienda, solo así lograría recuperar las monedas que había perdido previamente. Sabía que, como miembro de la nobleza normanda y como uno de los favoritos de su rey, a su hijo jamás le faltarían monedas, eso era todo lo que deseaba. Como guerrero caído en el campo de batalla, se le trataría como un héroe, siempre que su rey saliera con vida de ella. Lord De Sunx hubo de esforzarse al máximo para que su rey no pereciera. La espada le pesaba mucho, habían sido muchos días de preparación, muchos hombres a los que entrenar y muchas noches sin dormir pensando en su amada familia. Había llegado el momento de la verdad y uno de sus grandes amigos, preso de la desesperación, había decidido dejar de luchar y salvar así, al menos, su legado.

En la primera embestida pudieron sortear las espadas de los hombres de Roberto, sin embargo, su destacamento se acercaba peligrosamente al de su padre, el rey. Lord De Sunx luchaba con rabia y la fuerza que podría almacenar en sus musculosos brazos. Uno tras otro, caían al suelo atravesados por su querida espada. Los más afortunados perecían al instante, el resto con heridas sangrantes tardaría en fallecer.

Lord De Sunx vio cómo Roberto se enfrentaba directamente a su padre. Obviamente la fuerza del joven era superior y tuvo miedo de que su monarca cayera frente a sus narices. No podía consentir que ocurriera de nuevo, no cometería los mismos errores que en Hastings. Esta vez salvaría a su rey.

La espada de Roberto blandía en lo alto y sobrevolaba la cabeza de su padre. Lord De Sunx corrió hacia el rey para evitar que acabaran con su vida. Justo cuando llegaba a su lado, Roberto había logrado que desmontara de su

caballo habiendo perdido previamente su espada. Gracias a la pronta reacción de Lord De Sunx, logró salvar la vida de Guillermo I de Inglaterra. La lucha con Roberto fue corta. El rey tocaba a retirada después de haber caído en ese combate y, desafortunadamente para Lord De Sunx, habiendo salvado la vida de su señor, recibía en su pierna derecha un profundo tajo del que emanaba gran cantidad de sangre. La espada del primogénito del rey había cruzado su pierna, rasgándole parte de su musculatura, podía verse parte del hueso incluso. Requería de un médico de inmediato, o al menos de alguien que, mínimamente cualificado, pudiera sanarlo.

Cuando ambas filas se habían replegado, y cada uno regresado a su nuevo lugar, el Rey Guillermo cedió su médico a Lord De Sunx, no en vano había salvado su vida.

Después de varios días de limpieza de la herida y de realizarle una sutura importante, Lord De Sunx no perdería la pierna. Sin embargo, todavía no estaba fuera de peligro, ese no era el mejor sitio para poder tratar una herida de tal importancia. Una vez el rey hubo levantado el asedio e indicado a todos los que allí quedaban que debían volver a Ruán, lo llevó consigo en una carreta para tenerlo bajo su cuidado hasta que se restableciera por completo.

Tardaron unos cuantos días en volver a su posición inicial y, una vez allí instalados de nuevo, pudieron tomar las medidas oportunas para curar a todos los heridos que llevaron a cuestras.

Por desgracia para el rey, la noticia de su caída en esa batalla con su hijo corrió como la pólvora y muchos de sus enemigos en el norte de Inglaterra se dispusieron a atacarlo de nuevo. El rey escocés, Malcom III, aprovechó la ausencia del rey en ese momento para masacrar la zona norte de Inglaterra sin que nada pudiera hacer el rey para reprimirlos.

Lord De Sunx sanaba afortunadamente, sin embargo la pierna no le serviría de mucho. A primeros del año siguiente y después de que el monarca hubiera llegado a un acuerdo con su hijo Roberto mediante el cual, este heredaría Normandía a su muerte, fue licenciado con todos los honores y enviado de vuelta a su hogar.

Si ya no podía servir al rey por no tener la pierna completamente restablecida, al menos dedicaría el resto de su vida a enseñar a sus hijos y a vivir con ellos en paz y armonía. Deseaba volver a verlos con todo su ser y, por supuesto, conocer al nuevo miembro que seguramente ya habría visto la luz del primer amanecer de su vida. Como cada vez que participaba en una disputa para con su rey, volvía con una gran cantidad de bolsas con monedas,

su fortuna aumentaba considerablemente. Dejaría un fuerte legado, una abundante dote a su hija. Parte de esas monedas las compartiría con algunos de esos guerreros experimentados, esos mismos que habían decidido acompañarlo y servir de igual forma a su rey. Se lo merecían.

Solo esperaba llegar en perfectas condiciones a su hogar y ser recibido con los brazos abiertos.

¿CUÁNDO ES SUFICIENTE?

De nuevo volvía a casa con bolsas repletas de monedas. Además... con el firme compromiso de su rey de que, mientras este viviera, anualmente sería compensado por su servicio. Acercándose a la cuarentena de edad, Lord De Sunx ya había luchado lo suficiente y ahora, licenciado de las tropas reales, podría dedicarse en cuerpo y alma a su mujer y sus hijos a los que hacia año y medio que no veía.

La vuelta a su hogar fue larga y dolorosa. No era el mismo hombre joven y sano que salió de sus tierras para ayudar a su rey.

Sin embargo, Seelie lo aguardaba para ayudarlo con todo el amor que le profesaba. Lograrían hacer funcionar todo a pesar de su cojera.

Cuando Guillermo ya podía ver su fortaleza, respiró con fuerza, debido a la emoción. En esta contienda, hubo momentos en los que creyó que no poder volver a su hogar. Ahora, estando tan cerca de ellos, sus expectativas eran superadas todas.

El portón se abrió abruptamente y Guillermo vio salir a su mujer. Esta corría como una niña para lanzarse a sus brazos, tras ella corrían sus hijos mayores. Su deseo habría sido correr a reunirse con ellos, desgraciadamente su pierna nunca más se lo permitiría de nuevo. Bajó del caballo y esperó a su mujer que, rota por el llanto, se lanzó en sus brazos envolviéndolo por completo. A punto estuvo de besar el suelo cuando su hijo Donald y su hija Micaela hicieron lo mismo que su madre. Jamás habría pensado que la felicidad pudiera estar tan llena de amor y ternura. Ahora que estaba en su hogar, ya no volvería a marcharse.

Tenían que hablar de muchas cosas y ansiaba conocer a su hijo pequeño que estaría próximo a los dos años.

—Os amo —dijo Guillermo— Nunca sabréis cuánto, queridos míos.

—Escuchamos que el rey había perdido la batalla y nadie supo decirnos en qué condiciones. Ni tus hijos ni yo quisimos creer en tu muerte. Sabíamos que volverías con nosotros —dijo Seelie sollozando en sus hombros.

—Vayamos dentro. Quiero conocer a mi hijo pequeño —dijo Guillermo.

El pequeño Alex estaba en el salón familiar en brazos de Gea observando fijamente la escena. Desconocía a aquel hombre de cuyo brazo iba a su madre.

En cuanto la vio, quiso que lo tomara. Seguía teniendo el pelo rubio

enmarcando aquellos profundos ojos marrones.

A su lado y a la espera, permanecía el hijo de Lord Stuart Dieppe, Duncan. Guillermo tenía mucho que explicar y quiso sentarse con todos alrededor. Habló poco de las batallas, no quiso entrar en detalles, con que él tuviera pesadillas ya era más que suficiente. Explicó al pequeño de ocho años que su padre había fallecido como un héroe en la última batalla. No era cierto, pero no deseaba que el niño creciera con una mala imagen de su padre. Tal como había prometido en su momento, él lo entrenaría y se haría cargo de su heredad hasta que llegara el momento de pasarle el turno al joven lord.

Seelie explicó a su marido que, a finales del año anterior, Lord Verrier hubo de ir a la corte bajo mandato expreso de su rey. Nadie sabía por qué era requerido, sin embargo, debía cumplir con su deber. Hasta ese momento, no habían vuelto a saber nada de él.

Enrique y el resto de los muchachos se habían encargado del entrenamiento de los jóvenes lores y los progresos eran más que evidentes. Seguirían en las tierras de Lord De Sunx hasta que tuvieran la edad apropiada para ir a formarse a las órdenes de su rey. Aunque, tal y como estaban viendo la sucesión de los acontecimientos, cabía la posibilidad de enviarlos con su aliado escocés Laird Wells. Lo hablaría con su mujer cuando llegara el momento y, juntos, tomarían la decisión.

Al fin Guillermo tenía cuanto ansiaba. Una hermosa familia a la que amaba con desesperación, que se vio ampliada a finales del ochenta y uno con la llegada de una hermosa niña igual a su hermano Alex. Asombrosamente y, pese al miedo que tenía Guillermo por el parto, Seelie fue más rápida que en el anterior y tanto la madre como la niña estaban en perfecto estado. La recién nacida fue llamada Anna, en honor a su abuela paterna.

El tiempo pasaba sin pena ni gloria, las cosas en la corte estaban completamente estacionadas y el rey rara vez viajaba a Inglaterra. Disturbios en el continente lo mantenían alejado de su corte real inglesa. Guillermo se dedicó en cuerpo y alma al cuidado y entrenamiento tanto de su hijo Donald, que contaba ya con trece años, como del gran amigo de este, Duncan, que estaba próximo a los doce. Micaela ayudaba a su madre cuanto podía con los pequeños. Alex era un niño que la absorbía por completo y no permitía que ninguno de sus hermanos mayores se acercara a sus faldas. Se resistía a separarse de ella y, pese a que trataba de llamar la atención de su padre con solo cinco años, era considerado demasiado pequeño para

comenzar cualquier tipo de entrenamiento. Debía esperar al menos un par de años antes de salir del condado de su padre y visitar a alguno de sus aliados. Tal como mandaba la tradición, estos le enseñarían cómo defenderse en una batalla cuerpo a cuerpo. Seelie permanecía ocupada y feliz al cuidado de la pequeña Anna que, con tres años, llevaba de cabeza a toda la familia. No paraba ni un instante y olvidaba constantemente sus cosas por todo el castillo.

A mediados del año de gracia de mil ochenta y cuatro, de nuevo la tristeza golpeaba a los De Sunx. Se personaron en la fortaleza dos hombres con una notificación que portaba el sello de Lord Verrier.

Alfred, una vez había llegado a la corte inglesa, había quedado prendado de una belleza cortesana. Se casaron rápidamente y al poco tiempo tuvieron una hermosa hija. Ahora, Lord Verrier había fallecido en extrañas circunstancias y su esposa no quería hacerse cargo de la pequeña. Seelie puso el grito en el cielo, ¿qué clase de madre era capaz de abandonar a una niña pequeña? El sobre sellado por Lord Verrier pedía que, por favor, en caso de que le ocurriera alguna desgracia, tomara bajo sus alas a su pequeña hija. No creía que su mujer fuera una buena madre para ella ya que la vida que llevaba en la corte del rey no era la más apropiada para ninguna de las dos. Junto con esa carta, se encontraba también una notarial con la renuncia de la madre. Estaba claro pues que no deseaba tenerla a su lado. La niña, Rona, era una auténtica belleza. De espeso pelo negro y ojos como esmeraldas, había llegado hasta ellos a la corta edad de tres años, acompañada por una doncella española tres años mayor que ella. Lord Verrier tenía amistad con el padre de la joven doncella, emisario del rey español Alfonso VI, y este se había comprometido a criarla con su hija. Obviamente, Lord De Sunx no tenía corazón para devolver a esa pobre muchachita y se hizo cargo también de Violante, una joven muy callada y circunspecta de preciosos ojos color marrón y cabello castaño.

Desgraciadamente para Alex, Lord De Sunx se había quedado sin aliados lo suficientemente cerca como para encargarse de la tutela del muchacho. Vería si, una vez marcharan los mayores, podía comenzar con su entrenamiento.

Afortunadamente para la familia De Sunx, sus tierras eran las más fructíferas de la zona. Además, con la alianza formada mediante el matrimonio entre Duncan y Micaela, estas se verían agrandadas por el norte. Las tierras del sur quedaban a cargo de Guillermo De Sunx hasta que Rona contrajese matrimonio.

Los De Sunx tendrían mucho trabajo en los años venideros. Tenían

muchas bocas que alimentar y mucha educación por impartir. Pero juntos, podrían con todo.

PARTE 3:

LA DURA VIDA DE UN GUERRERO

DE DONCELLAS Y GUERREROS

Alex estaba siendo un niño muy complicado. No se dejaba aconsejar por nadie y no atendía a las órdenes directas de sus hermanos mayores. Únicamente hacía las cosas, en caso de que su padre se mostrara pendiente de él y siempre que a él mismo le pareciera lo adecuado. Algo que no sucedía a menudo. Era demasiado pequeño para comenzar con su instrucción militar, cuando la de su hermano Donald estaba por pasar de manos de su padre a las de Laird Wells.

Al fin habían decidido que nadie mejor que él, en terreno escocés, para ayudarlos a cumplir semejante tarea. Así pues... cuando Donald cumplió con la edad suficiente para partir, acompañado por un contingente de diez hombres y su inseparable amigo Duncan, se dirigió a su nuevo destino. Como era de esperar, fue despedido con besos y abrazos por parte de todos los miembros de la familia excepto de uno. Alex no quería saber nada de su hermano. De sobra sabía que él no correría la suerte del mayor. Su padre lo entrenaría a partir de entonces, pero lo haría en su casa y a la vista de todos. No podía tener peor visión de futuro. Para erguirse buen caballero, habría de separarse de las faldas de su madre y, al parecer, ese no iba a ser el caso.

Anna resultó ser una muchacha llena de alegría y diversión. Con sus rizos rubios y sus ojos oscuros, ya era toda una belleza aun siendo pequeña. Eso sí, despistada como ninguna. Era capaz de perder hasta la cabeza si no se acordaba de que la llevaba sujeta por el cuello.

Rona tenía un comportamiento impecable y una mirada directa y serena pese a su corta edad. Prestaba atención a todo y no se separaba de Anna. Ambas muchachas eran como el día y la noche. Una con el pelo rubio como el trigo y la otra con la cabellera negra como la noche. La primera con una mirada oscura y una sonrisa divertida todo el día y la otra con una mirada glacial y directa y un rictus sereno en cualquier momento del día. Sin embargo, pareciera que una complementaba a la otra y juntas formaban una buena pareja.

La fiel sombra de Lady Rona, Violante, siempre a expensas de lo que su señorita dispusiera de ella, no terminaba de mostrarse del todo.

Sin que ninguno de los dos se lo propusiera, acabó por formar una sólida pareja con Alex De Sunx. Ambos parecían hablar un código de conducta secreto y sabían entenderse con solo mirarse.

Aunque de juegos de niños se tratara, a Seelie no parecía hacerle demasiada gracia y no perdía ojo sobre la muchacha española. Alex, por su parte, se mostraba protector con su madre y celoso de que estuviera con cualquier otro miembro de la familia, incluido su padre. Ninguno de sus medio hermanos podían llamarla madre, él se ocupaba de que no lo hicieran y les recordaba a diario que no lo era. Discutía hasta con su sombra para que nadie pasara por encima de él.

El día que su hermano y Duncan salieron de la propiedad, fue el muchacho más feliz del mundo. No era capaz de borrar la sonrisa de su rostro y, aliviado por no tener que competir por las atenciones de sus padres, pensó que su vida sería más fácil a partir de ese momento.

Ahora sería él quien viviría por y para su padre y además sería a él a quien regalaría todo el cariño y toda la educación. Él mismo se encargaría de hacer cuanto estuviera en su mano para que así fuera.

Micaela, joven preciosa donde las hubiera, de frondoso pelo rubio, esplendidos ojos azules y comportamiento impecable, lloró intensamente cuanto hubo de despedirse tanto de su hermano como de su prometido. A esas alturas, Duncan y Micaela sabían que, cuando llegara el momento, unirían sus vidas en matrimonio y partirían junto con unos cuantos hombres preparados por su padre a las tierras que Lord De Sunx estaba administrando para Lord Duncan Dieppe.

Serían una maravillosa pareja, envidiada y querida por todos.

Para Lord De Sunx, aleccionar a su hijo pequeño estaba resultando una tarea muy costosa sobre todo para sus nervios. Continuamente mantenía conversaciones con su esposa para tratar de averiguar cómo encauzar al joven para que aprendiera a obedecer y a hacer las cosas como se esperaba de él. Debía trabajar más en su carácter y dejar de lado el pasado. Sus padres hacían cuanto podían por él, sin embargo, se había instalado algo de rencor en el interior del jovencito y no había forma de hacerle entender las cosas.

Afortunadamente para la familia De Sunx, la muerte de su rey en mil ochenta y siete, no supuso ningún cambio. Guillermo De Sunx respiró aliviado pues, pasase lo que pasase con los herederos del rey, su hijo Donald estaba fuera del país formándose como guerrero y Alex era demasiado pequeño.

Seelie en cambio vivía preocupada por el mal entendimiento entre padre e hijo y no lograba hacer reaccionar a ninguno de los dos.

Guillermo exigía a su hijo menor lo mismo que al resto de sus guerreros,

cuerpo y alma en la batalla, y sentía que este no daba todo lo necesario. Él podía ofrecer mucho más, sin embargo y sin saber por qué, se negaba a ello.

Desde que los mayores abandonaran el hogar familiar a la edad de quince años, cada año Duncan regresaba para pasar una temporada con su prometida.

Eran los mejores momentos de su vida y así fomentaba un acercamiento hacia ella.

El día a día en la fortaleza de la familia era muy duro, y Guillermo debía ser muy constante con su hijo pequeño o no llegaría a ser un hombre de valía. Los arranques de mal genio y la falta de disciplina hacían mella en su educación y, pese a que Lord De Sunx ordenaba hacer una y otra vez cada actividad, acababa gritando de frustración y encomendándole esa tarea a uno de sus caballeros. Alex tomaba eso como una grave afrenta hacia su persona y no lograba hacer encauzar su ira.

El tiempo pasaba irremediablemente y Guillermo no hallaba la forma de entender a su hijo. No podía motivarlo para que hiciera caso a sus propuestas. Además, no acababa de saber golpear con los puños, le costaba mucho sujetar cualquier arma y se negaba a usar el arco. A su entender, esa afición era de personas débiles y él no lo era.

Al castillo llegaban cada día más personas en busca de refugio y de trabajo y Lord De Sunx gratamente les ofrecía casa y encomiendas suficientes para que se establecieran sin ningún problema. A él le había ayudado mucho el dinero de su difunta primera esposa Edmee y, pese a tener que pagar diezmos y otros impuestos establecidos por el nuevo monarca, siempre tenía rentas más que suficientes para hacerlos efectivos y encargarse de todo aquel que quisiera formar parte de su condado. Las monedas no eran problema alguno para los De Sunx.

Un grupo de niños huérfanos, acompañados por un clérigo llegaron hasta la fortaleza pidiendo, como era costumbre, asilo al menos durante unos días.

La familia De Sunx siempre había tenido una pequeña capilla dentro de su territorio, así pues, la puso en las manos del sacerdote para que él la administrara, invitándolos de esa forma a permanecer todo el tiempo que quisieran a su lado.

La mayoría de esos niños eran de edades similares a las de Alex y Guillermo y le pareció una idea de lo más apropiada. Quizá si entrenaba a los niños en compañía de su hijo, este despertaba de su letargo.

De los cuatro niños, solo dos estaban en edad de comenzar a adiestrarse como guerreros. Guiric, un chico de cabello castaño y rizado, alto y delgado

que tenía la misma edad que Alex, doce años, y Owen, un niño dos años más pequeño que tenía el rostro blanquecino y los ojos verde jade. Ese niño parecía lleno de expectativas hacia una nueva vida y con enormes ansias para resultar amado por una persona adulta que se responsabilizara de él.

Los otros dos pequeños que habían llegado en la misma comitiva quedarían de momento al cuidado de Seelie.

Las tierras del legado de los De Sunx iban siendo cada vez más amplias y fructíferas, eran conocidas en la corte por su labor. Sin embargo, Guillermo De Sunx cada vez se sentía más cansado para llegar a todas las tareas que le correspondían como terrateniente. Deseaba que su hijo mayor volviera de una vez y se instalara de nuevo con ellos, tal vez entonces pudiera tomarse un descanso.

—Querida, estoy realmente preocupado por Alex. —Hizo partícipe a su esposa de todas sus preocupaciones.

—¿Qué es lo que te mantiene en vilo, esposo? —Le tomó la mano.

—No logro llegar a él. No hace caso de mis instrucciones y no quiere seguir mis pasos. —Su mirada indicaba a su esposa que realmente estaba preocupado.

—Lo sé —dijo Seelie cabizbaja.

—Yo soy ya mayor para cargar con tanto peso, y ese muchacho parece que esté decidido a ir en contra de todas mis enseñanzas —observó contrariado.

—No, Guillermo, no es eso. Es solo que está en una edad realmente complicada.

—Todos hemos pasado por esa edad, querida Seelie, y jamás se me habría ocurrido desobedecer a mis maestros.

—Tal vez sea por eso —dijo Seelie

—¿Qué quieres decir?

—No ha tenido la oportunidad de salir de aquí como su hermano y ser adiestrado por otras manos que no fueran las tuyas. Tal vez si pudiera salir...

—Querida, sabes que no dispongo de más aliados que puedan encargarse de Alex —puntualizó exasperado.

—Tal vez si lo enviáramos con mi gente una temporada...

—No, Seelie, eso ya lo hemos discutidos otras veces. Alex no está preparado para salir de estas tierras y, de seguir así, dudo mucho que lo esté

alguna vez. No sabes cómo echo en falta a Donald. De estar él aquí, las cosas sucederían de otra forma.

Violante, acostumbrada como estaba a escuchar conversaciones ajenas, se había percatado de todo. Corrió a contárselo a su querido amigo que, tras conocer las noticias, sufrió un nuevo ataque de ira.

Estaba claro que para su padre solo existía su primogénito. Pero algún día se convertiría en un hombre y entonces lograría ser el verdadero dueño de todo aquello, aunque fuera necesario que se deshiciera de toda la familia. Al fin y al cabo, hasta la fecha, había permanecido solo la mayor parte del tiempo. No iba a haber ningún cambio importante en su vida. Ninguno que solucionara todos sus problemas de un plumazo. Se juró a sí mismo que, poco a poco y día a día, mermaría la voluntad de todos los allí congregados, incluida su madre. Si no iba a estar de su parte, mejor mantenerla alejada de él. Ahora todavía era muy joven, pero en unos pocos años tendría poder para hacer lo que su voluntad dispusiera.

Cuando el joven Duncan cumplió veintiún años, se consideró que ya estaba preparado para hacer frente a todo lo que el cargo de lord comportaba. Se preparó entonces para regresar al hogar de su prometida acompañado por Donald y recibir, de manos del sacerdote, a Micaela De Sunx como su legítima esposa. Una vez realizados los votos matrimoniales, la pareja partiría hacia sus nuevas tierras y Guillermo intentaría que su hijo Donald permaneciera en el castillo para seguir con su labor. Sabía que todavía era requerido por su rey para las contiendas que se avecinaban, ya que este no era ni querido ni popular entre sus súbditos. Sin embargo, había de intentarlo.

EL REENCUENTRO

Después de la primavera del sagrado año de mil noventa y cuatro y contando los veintiún años, Micaela se preparaba en sus habitaciones para vestir sus mejores galas y dar la bienvenida a su futuro marido. La joven permanecía serena y calmada, aguardando el momento de ser requerida en la parte baja del castillo.

El mensajero había advertido a Lord De Sunx que, al medio día, estarían ya en la fortaleza.

Las dos jóvenes, Anna y Rona, estaban más que nerviosas por la llegada de los nuevos caballeros. Casi no recordaban el rostro de los rudos guerreros, dado que se habían marchado siendo ellas muy pequeñas. Recordaban las últimas veces que Duncan había ido a visitar a Micaela, pero Donald era un completo desconocido para ambas.

Las muchachas estaban confinadas en sus habitaciones, acicalándose para tan venturoso encuentro. La vanidad de unas jóvenes de trece años que ya se sentían lo suficientemente adultas como para poder conversar con muchachos, hacía que se prepararan a conciencia.

Abajo, Seelie intentaba conversar con su hijo.

—Has de entender a tu padre.

—¿Qué he de entender? Ya tengo dieciséis años. Debería haber partido de nuestro hogar hace mucho tiempo para que me instruyeran como es debido.

—Sabes de sobra que no tenemos cerca aliados que puedan llevar a cabo tan ardua tarea. Te lo hemos explicado un sin fin de veces.

—¿Y por qué no puedo yo ir al territorio de Laird Wells para que me entrene como hizo con mi hermano?

—Tu padre cree que no estás preparado.

—¡Tonterías, madre! Y lo sabes. Podría viajar sin ningún problema con Guiric y con Owen. No nos pasaría nada yendo los tres juntos.

—Es posible, pero...

—¿Por qué no lo convences para que me deje ir con mi tío abuelo a tierras escocesas?

—Mi tío, si es que vive, debe ser demasiado mayor para ayudarte en esos menesteres. Además, tampoco quiere tu padre que realices semejante trayecto.

—Madre, habéis de hacer algo. Aquí me encuentro como en una prisión.

Siento que me falta el aire.

—Lo sé, hijo mío, lo sé. —Seelie intentó acercarse a su hijo, sin embargo, este la rechazó. Permaneció de brazos cruzados mirando hacia las escaleras, sin saber si salir corriendo de la estancia o esperar a que su madre se marchase por iniciativa propia.

—Buenos días —dijo Rona entrando por la puerta del salón.

—Buenos días, querida Rona —dijo Seelie sonriendo al verla.

—Lamento molestaros. ¿No habréis visto a Anna verdad? —La joven emitió una preciosa sonrisa.

—No, querida, seguramente estará buscando cualquier cosa que se le haya perdido.

—Querida Rona —dijo Alex, cambiando su enfadado rostro por una agradable sonrisa y una mirada de profundo enamoramiento hacia la bella mujer—. Cada día estáis más hermosa.

—Gracias, querido Alex, vos cada día sois más amable. —La muchacha era consciente del interés del joven por ella y ya le había dicho en repetidas ocasiones que lo que sentía por él tan solo era cariño de hermano. No en vano habían pasado juntos sus vidas. Por mucho que lo intentara, no lograba verlo más allá. No podía pensar en tener una relación amorosa con el muchacho, aunque eso facilitaría mucho las cosas a su protector Lord De Sunx.

—Creo que me sentaré un momento a calmar mis nervios. —Seelie se acomodó en su sillón habitual—. ¡Santo cielo! —La mujer gritó—. ¿Qué demonios es esto? —Sacó un alfiler del sillón.

—Parece un alfiler de pelo de Anna. —Rona intentó evitar una sonrisa. Era bastante habitual que la joven dejara olvidadas sus cosas por el castillo.

—Esta muchacha hará que, un día de estos, pierda mi paciencia —dijo Seelie.

—¿Quién hará que pierdas la paciencia madre? —Anna entró por la puerta, buscando algo desesperadamente.

—Tú, querida —dijo observándola atentamente.

—¿Qué se supone que he hecho esta vez, madre? —La joven se agachó para seguir buscando por debajo de la mesa.

—He encontrado...

—¡Oh, maravilloso! ¿Habéis encontrado mi zapato gris? —Se levantó abruptamente del suelo y cortó a su madre.

—No, querida. Me he sentado en mi querido sofá y me he pinchado con esto —dijo la madre, mostrándole el alfiler de pelo.

—¡Ah! Lo estaba buscando para acabar de peinarme —dijo la joven tomándolo de las manos de su madre y colocándolo rápidamente entre su cabello. Seguidamente, buscó por el suelo su zapato extraviado.

—¿Quieres decir que ya te has peinado esta mañana? —Seelie la miró con asombro, pues llevaba el pelo completamente suelto y enmarañado. No parecía recién peinado.

—Por supuesto, me tomo muy a pecho mi aseo personal, madre. ¿No os gusta mi peinado?

—Hija... —dijo exasperada.

—Alex, debes estar muy contento por la llegada de tu hermano mayor, ¿no es cierto? —Rona intentaba evitar una nueva discusión entre madre e hija.

—No sé si la palabra contento describe todo lo que siento por su llegada. —Apretó las mandíbulas con fuerza y emitió una falsa sonrisa.

—Yo sí tengo ganas de verlo —dijo Anna mientras seguía con su búsqueda—. Hace años que no lo hemos visto y casi no recuerdo cómo es. —La muchacha se mostraba pensativa y con los brazos en jarras pensando dónde habría puesto su dichoso zapato gris.

—Yo también deseo verlo de nuevo —dijo Rona—. No hemos compartido momentos juntos y Lord De Sunx habla maravillas de él. Dice que, aprovechando su cercanía a las tropas del rey, fue parte decisiva en esa contienda cuando los escoceses nos invadieron. Entonces logró atrapar a los atacantes para así reducir su número y que nuestro rey Guillermo II saliera victorioso.

—Sí, bueno. Eso dice mi padre —dijo Alex.

—Y que también ha sido varias veces laureado y condecorado por su majestad. Ardo en deseo de que nos cuente todo lo sucedido —dijo Anna.

—Querida, no creo que unas historias acerca de batallas sean lo más adecuado para los oídos de una señorita. —El tono de Alex denotaba molestia por lo que le comunicaban de su hermano. Él también había escuchado por boca de su padre todo cuanto hacía su hermano y odiaba sentirse menospreciado con aquellas palabras.

—¡Oh, estupendo! —Anna hizo que todos volvieran la vista hacia ella—. ¿Qué? —Se supo observada—. Encontré al fin el zapato —dijo calzándose el pie izquierdo. Se echó bruscamente el pelo hacia atrás y volvió a poner sus brazos en jarras, a la espera de que siguiera la conversación.

—Rona, ¿querríais salir a dar un paseo conmigo? —Alex le preguntó cálidamente.

—Pues... —Rona no deseaba contrariarlo. Había visto el carácter del muchacho en muchas ocasiones, pero lo cierto era que no deseaba pasear con él.

—Ya vienen —gritó Gea entrando desde la cocina—. El joven Donald ya llega. —El ama de llaves entraba hecha un manojo de nervios y llorando de la emoción. Rona suspiró aliviada, ahora no haría falta darle un no por respuesta a Alex. Con toda aquella algarabía, quedaría pospuesto para otro momento. Alex rechinó los dientes, tan fuerte, que su madre pudo oírlo con claridad. Ella lo miró apesadumbrada. No sabía qué podía hacer para que su hijo abandonara ese sentimiento tan dañino y poco acertado. Su padre lo trataba como a los demás, pero él no era capaz de verlo de esa manera.

Rona y Anna fueron a avisar a su hermana de la llegada de los mayores.

Un estruendo resonó en el interior de la sala, fue a causa de la llegada de los caballos al patio de armas. Al parecer, habían llegado acompañados.

Las muchachas se apresuraron a bajar y ponerse a un lado de la sala a la espera de ser llamadas. Entonces la primera aprovechó para preguntar a su querida amiga.

—¿Hoy no te has peinado, verdad?

—Se me olvidó hacerlo esta mañana y luego perdí la noción del tiempo. No se lo digáis a madre. No deseo disgustarla de nuevo.

—Anna, vas a tener que hacer algo con tu memoria. —Rona se rio de ella.

—Si lo recuerdo, lo haré. —Exhibió su dulce sonrisa.

Donald y Duncan entraron en el cuarto invadiéndolo por completo y eclipsando a Alex de inmediato. Eran dos caballeros verdaderamente grandes y fornidos, con un rictus serio y sus espadas enfundadas en el cinto. Donald miraba fijamente a su padre y a Seelie, los amaba con todo su corazón y deseaba darles un fuerte abrazo, sin embargo, se contuvo debido a las normas de conducta estipuladas por la corte. No fue tan fácil para Guillermo De Sunx que, ante la emoción de ver a su primogénito convertido en un verdadero hombre, lo tomó en sus brazos y le dio un fuerte abrazo. Alex apretó fuertemente los puños. Donald no soportó la espera, tomó a la que consideraba como su madre en brazos y la besó cálidamente. Seelie le devolvió el beso y el abrazo con sumo gusto. Su hijo había vuelto al hogar. ¡Ojala se quedara para siempre!

—Hijo mío, ¿te quedarás ya en casa?

—Madre, sigo al servicio de nuestro rey. Cuando me licencien, volveré. Os lo prometo —explicó Donald.

—Deseo que vuelvas a casa cuanto antes. —Seelie se separó un poco de él.

—Yo esperaba que pudieras quedarte a tomar las riendas de todo esto y así poderme retirar y descansar.

—Yo también lo deseo, padre. Os llevo siempre en el corazón —dijo Donald—. Alex, hermano, veo que has crecido desde nuestra última reunión. ¿Has estado entrenando como es debido? —Emitió una agradable sonrisa.

—Sí. Lo he hecho.

—Bien, tal vez podríamos practicar juntos una mañana, antes de que vuelva a mis obligaciones con nuestro rey.

—Hijo —dijo Seelie para llamar su atención y evitar que Alex respondiera negativamente a esa petición. Conociéndolo, eso era lo que iba a hacer—. No sé si te acuerdas de tu hermana Anna. —La señaló mientras esta realizaba una reverencia, o al menos lo intentaba—. Y de Lady Rona Verrier. —Ella sí hizo un saludo perfecto.

—Por supuesto que las recuerdo. Sin embargo, eran unas mocosas cuando marché, ahora son unas señoritas. —Donald se personó ante de ellas e hizo una perfecta reverencia. Los ojos azules de Rona llamaron inmediatamente su atención, sin embargo, pudo ver algo de tristeza en ellos. Debía hacer feliz a esa hermosa joven.

—Al diablo con las formalidades, hermano, dame un fuerte abrazo. Me debéis demasiados —dijo Anna lanzándose a Donald con los brazos abiertos.

—Me alegro de verte, querida Anna. Hablaremos en cuanto podamos.

—Sin duda —dijo la muchacha.

—Buenas tardes —dijo Duncan, al entrar, mientras ofrecía la mano a Lord De Sunx.

—Duncan, hijo. Qué agradable sorpresa volver a verte. Te has convertido en un fornido guerrero. Mi hija estará muy complacida de veros —dijo Guillermo De Sunx.

—Nada deseo más en el mundo que volver a verla. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia Seelie con una sutil reverencia.

AQUÍ LLEGA LA NOVIA

Duncan tomaba de las manos de Seelie agradeciéndole el calor con el que lo recibían en esa casa cuando, en lo alto de la escalera, se personó Micaela, impecablemente vestida y peinada para la ocasión.

Con su precioso cabello rubio como el trigo trenzado y recogido a media espalda, y con su nuevo vestido gris perla, emulaba a la perfecta dama de la corte. El rosado de sus labios emitiendo una agradable sonrisa, hizo a todos imitar su gesto.

Micaela comenzó a bajar peldaño a peldaño la gran escalera principal sin apartar la mirada de su futuro marido, estaba imponente. Con esos maravillosos ojos verdes mirándola con amor y deseo y con su mano tendida hacia ella... Esperaba impaciente que recorriera los últimos escalones para tenerla de nuevo con él.

Anna y Rona miraban absortas cómo Micaela parecía flotar en el aire.

—Yo, de mayor, quiero ser como ella —dijo Anna en dirección a Rona y voz baja.

—Ya somos mayores —contestó alegremente su amiga.

—Bueno pues... cuando sea más mayor, quiero ser como ella. ¿Está bien dicho así?

—Lo desconozco, Anna —dijo Rona estallando en una carcajada.

La conversación había pasado desapercibida para el resto pues únicamente tenían ojos para la pareja que, tomada de la mano, se miraba embelesada. Duncan no pudo soportar durante más tiempo la cercanía de su futura esposa y le dio un improvisado y efusivo abrazo.

Rona sintió que alguien la observaba fijamente. Deseó, con todo su ser, no encontrarse de nuevo con la mirada de Alex. Desde que su cuerpo se había desarrollado y los cambios en su figura eran evidentes, había sido asediada por el joven De Sunx prácticamente a diario y ya no sabía cómo desprenderse de sus cortejos y sus atenciones. No deseaba verse atrapada en un matrimonio con él. El carácter de Alex no le gustaba y rogaba al Santísimo que su protector no hubiera pensado en un enlace entre ambos.

La joven quedó gratamente sorprendida cuando ladeó su cabeza discretamente para mirar quién la observaba. Supo entonces que era el primogénito de la familia el que tenía la vista clavada en su espalda.

De pronto, quedó cautivada por la profundidad de esos ojos grises que,

aún en la distancia, refulgían de calor. Rápidamente sintió cómo su respiración se aceleraba y cómo un calor se extendía por todo su cuerpo. Hubo de mirar hacia otro lado para ver si lograba calmarse, sin duda le costaba concentrarse en las conversaciones del resto. Mirando a Micaela, Duncan sacó de una hermosa caja de terciopelo verde un anillo con un zafiro engastado en él y lo puso en su dedo anular. Era de su madre. Ahora le pertenecía a ella. Lo llevaría siempre con mucho cariño y, así, todo el mundo la reconocería como lady Dieppe. Micaela regaló otro beso a su prometido, agradecida por el gesto.

—¡Oh, es maravilloso! ¿Verdad Rona?

—¿Perdón? —La joven volvió en sí.

—Donnald nos decía que muy pronto podrá volver a casa, en cuanto acabe la última encomienda con nuestro rey —explicó Seelie.

—¿No es estupendo?

—Sí, sí. Estupendo. —Rona respondió a Anna agachando la barbilla.

—Yo desearía que se quedara con nosotros hoy mismo —dijo Guillermo.

—Padre, he de cumplir con mi obligación. Con un poco de suerte, en un par de años podré volver. Nuestro rey no está ganándose los favores con facilidad y se están moviendo lenguas viperinas por la corte. Estas instancias sublevaciones de los condes y problemas con los hermanos. He de seguir a su lado, por tanto, aunque quiera quedarme con vos y hacerme cargo de la heredad.

—Bien, supongo que puedo seguir en pie por unos pocos años más —dijo Guillermo. Seelie miraba a su hijo Alex evitando la compasión en su mirada. Era demasiado joven e inexperto para entrar en esa discusión y proponer ser él quien se hiciese cargo de todo. Deseaba que lo entendiera, pero no era así, se sentía completamente excluido. Miró a su madre destilando fuego en la mirada y paseó su rencor de su hermano mayor a su padre. Airado, salió de la sala. Rona sabía que su ira sería desatada en ese momento y que seguramente, de no encontrar a ninguno de los criados en su camino, algún caballo sería su víctima.

Esa misma tarde, Donnald encontró a su hermano Alex sentado en el portón del castillo mirando cómo los hombres entrenaban y quiso hablar con él. Nunca había conseguido mantener una conversación con su hermano menor. Él sabía que le guardaba algún tipo de rencor, pero no era su deseo volver a cualquier guerra sin intentar mediar.

—¿No entrenas, hermano?

—No, y no me apetece conversar contigo. Sigue con tus quehaceres —dijo Alex visiblemente malhumorado.

—Yo sí quiero hablarte —contravino el hermano mayor.

—Es una pena, porque yo no quiero escucharte. —El joven Alex hizo ademán de marcharse, pero su hermano lo cogió fuertemente por el brazo y lo obligó a mirarlo.

—Escúchame, mocoso malcriado, yo no he hecho nada para merecer este trato. Solo he cumplido con mi deber para con mi país, mi rey y mi padre, cosa que deberías tener en cuenta. Es una lástima que no pueda entrenarte nadie más que padre, pero deberías considerarte más que afortunado por ello. Es uno de los guerreros más valioso de toda Inglaterra.

—¿A santo de qué vienes a darme lecciones tú ahora?

—Alguien ha de hacerlo. Andas por este lugar sintiendo que eres superior a todos los demás, cuando en realidad no eres nadie.

—Soy superior a todos vosotros. Y puedo demostrarlo cuando se precise.

—Está bien —dijo Donald cruzándose de brazos y mirándolo fijamente—. Demuéstralo. Tú y yo en la zona de entrenamiento ahora mismo.

Donald salió en dirección a la arena y esperó pacientemente a que llegara su hermano menor que, malhumorado, arrastraba los pies hasta el patio de entrenamiento.

—Alex De Sunx, estoy esperándote —grito Donald alertando así a cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca. Alex se detuvo en seco y apretó fuertemente las manos formando dos puños—. Ven y enséñame esa superioridad que crees tener respecto a mí. —El menor apretó las mandíbulas y aceleró el paso en busca de su hermano mientras, del interior del castillo, salían apresuradamente sus padres y hermanas. Seelie cubrió su boca con las manos y apretó su cuerpo al de su marido. Aquello que siempre había intentado evitar, un fuerte enfrentamiento entre los hermanos, iba a suceder en ese preciso momento. Ella sabía que Alex jamás podría ser el mejor. Los siete años de diferencia, no solo en edad y madurez sino en entrenamiento militar, no eran comparables.

Alex se acercaba a su hermano con prisas y sin pensar en las consecuencias. La ira lo provocaba y no era capaz de pensar antes de actuar, su orgullo no le dejaba. Alzó el puño derecho y le asestó un buen golpe, sin embargo, no fue lo suficientemente duro como para tumbarlo. Donald entonces se lo devolvió e hizo que se tambaleara hacia atrás con suma facilidad. Alex volvió a atacar de nuevo y quiso derribarlo, esta vez con una

zancadilla, pero el peso de Donald era casi dos veces el de Alex y el que acabó en el suelo fue este último.

—¿Es que no sigues ninguna de las instrucciones que padre, estoy seguro, te ha dado? —Donald se dirigió a él con un grito enérgico.

—Sí lo hago —dijo Alex levantándose del suelo.

—¡Muéstralo!

Alex sentía un hormigueo de ira corriendo por su cuerpo, le faltaba incluso la respiración. Debía controlarse como tantas veces le habían dicho sus progenitores, sin embargo, no era capaz de hacerlo. El abrir y cerrar de manos indicaba a Donald el nerviosismo de su hermano, debía pues ser cauto. Por lo que estaba viendo en esos momentos, Alex se dejaba llevar demasiado por sus emociones y no tenía en cuenta ninguna de las instrucciones del cabeza de familia. Decidió no humillarlo frente a todos, sin embargo, tampoco iba a dejarse vencer. Estaba claro que, de guerrero, su hermano tenía más bien poco. Si no era capaz de controlarse, jamás sería uno de los mejores. Esperó a que lo embistiera de nuevo y, cuando estaba a dos palmos de él, afianzó su situación y simplemente hubo de frenarlo poniendo las manos por delante. Alex cayó hacia atrás con la respiración cortada y sin poder levantarse. Seelie ahogó un sollozo y giró la mirada refugiándose en el pecho de su marido, no deseaba ver a su hijo de esa forma. Anna permanecía con los ojos bien abiertos, mirando con atención, y Rona se mordía el labio inferior nerviosa.

—Está claro, hermano. Por lo que nos has demostrado... no eres superior a nadie. De hecho, ni yo mismo lo soy. Has de aprender que siempre habrá alguien que pueda contigo. —Donald le tendió la mano para ayudarlo, pero Alex se negó a tomarla. Se levantó sudoroso y dolorido, después se giró y se encaminó hacia su cuarto. Vio a su madre envuelta en los brazos de su padre y observó a Rona y a su hermana Anna. Supo en ese preciso momento que jamás sería considerado como algo más que un segundo hijo. Por mucho que lo intentara, solo sería el hermano de Donald De Sunx. Humillado, huyó hacia las caballerizas.

DE NUEVO EN MARCHA

Había llegado el día de la ceremonia. Duncan y Micaela celebrarían sus esponsales.

El clérigo, que hacía tanto tiempo estaba con ellos, ofició gustoso la ceremonia que, aunque breve, llenó de alegría y ternura a toda la familia.

La pareja se amaba profundamente. Micaela llegó del brazo de su padre al altar, con una hermosa sonrisa en los labios. Cuando Guillermo hubo de dejarla al lado de su inminente marido, le dio dos besos en las mejillas y le recordó cómo se parecía a su madre.

—Micaela, hija, eres una gran dama, nunca lo olvides. Deseamos que seas feliz en este nuevo comienzo en tu vida. Ama a tu marido, como sabemos él te ama a ti, y disfruta de la juventud.

Tanto Duncan como Micaela eran la pareja más feliz del momento. Al fin habían unido sus vidas y ya podrían dar comienzo a una nueva familia, esa misma con la que tantas veces habían soñado.

Hubo fiesta durante todo el día y hasta bien entrada la madrugada. Todos bailaron, comieron y bebieron en abundancia. Era momento de relacionarse y, pese a que las normas de conducta indicaban que los más jóvenes no debían hacerlo, todo quedó olvidado. Donald bailó y disfrutó de su familia. Violante permanecía a su lado mirándolo con verdadera adoración, ya habían bailado al menos tres piezas cuando él decidió que era momento de bailar con la mujer a la que realmente quería conocer, Lady Rona.

Había observado que esta permanecía en un lateral de la sala, continuamente asediada no solo por Alex, sino también por su amigo Guiric. La muchacha se sentía acorralada pues no deseaba bailar con ninguno de los dos, ya había ofrecido dos piezas a cada uno y lo consideraba suficiente. Era momento de relacionarse con más gente y conocer a otros invitados, pero parecía que Alex y Guiric hubieran dispuesto mantenerla completamente al margen de la celebración. Decidió que ya era momento de que la muchacha disfrutara del baile en brazos de un verdadero hombre y por tanto se dirigió hacia ella bajo la atenta mirada de Violante y su hermano. Únicamente tendió su mano hacia ella para invitarla a bailar y la joven aceptó presurosa.

—Muchas gracias —dijo ella ya en medio de la sala.

—Me encanta rescatar doncellas en apuros —sonrió al hablar.

—Pues, ciertamente... eso habéis hecho, mi señor.

—Ya me parecía a mí. Disfrutemos un poco de la noche. —Donnald miraba, verdaderamente impresionado, las facciones del rostro de la joven. Le resultaban conocidas, quizá se parecía a su padre, pero él no recordaba cómo era... No, definitivamente no era eso. Había visto su rostro en algún otro lugar. El baile era la mejor forma de conocer a otra persona. Durante el tiempo que duraba una pieza, podían hablar de lo que quisieran y Donnald logró hacer estallar en carcajadas a Lady Rona en más de dos ocasiones. Alex estaba crispado de los nervios. Sin duda alguna, Donnald había causado una gran impresión a la joven que tan tontamente lo miraba y sonreía.

Violante se acercó a Alex y le tocó discretamente el brazo para hacerle entender que estaba ahí.

—No habéis de preocuparos, mi señor, en un par de días vuestro hermano volverá a marcharse y de nuevo reinará la paz —le susurró.

—¡Ojalá los días pasasen más rápidos! No deseo tenerlo aquí, no deseo que se acerque a mi familia.

—Sin embargo, la heredad es suya —dijo Violante.

—Eso lo veremos —dijo Alex mirando de nuevo a su hermano con furia, mientras ella quedaba complacida por la respuesta. Le encantaba irritar con esas frases a su querido amigo y deseaba ver cómo de nuevo se enfurecía por lo que sucedía a su alrededor. Alex podía hacer lo que ella tenía prohibido por decreto, comportarse tan rudamente como le fuera posible y acabar con toda aquella familia. La habían acogido entre ellos, sí, pero siempre como una simple doncella de Lady Rona, nunca como algo más. Maldecía a su padre una y otra vez por haberla dejado allí. Sin duda alguna, en España estaría mejor relacionada y reconocida. Hacía ya demasiados años que no sabía de él, sin duda había sido abandonada en esas tierras a su suerte. Bien, pues algún día ella sería algo más que una simple doncella. Si Alex y ella jugaban bien sus cartas, lo lograrían.

Para Alex era muy duro ver cómo su hermano mayor y la mujer a la que amaba se sonreían y divertían juntos, así pues, después de aguardar en vano a que se separaran, decidió retirarse a sus habitaciones.

Violante salió por la parte de atrás, situada en la cocina y, subiendo por la escalera del servicio, se personó ante él. Los dos estaban malhumorados y deseaban eliminar de su cuerpo toda la tensión posible. En cuanto Alex vio traspasar el umbral de su puerta a la joven española, desesperadamente comenzó a quitarse su ropa a tirones. Ya que no podía saciar su deseo con la mujer a la que amaba, aprovecharía con Violante las largas noches de espera

hasta que su hermano se marchase. Era una joven muy hermosa y ella parecía estar dispuesta para él en todo momento. Sin duda no podía haber encontrado a nadie mejor entre todas las doncellas del castillo, ella sería su aliada.

Él conocía sobradamente el cuerpo de la joven, sabía cómo abordarlo y por tanto no eran necesarios muchos preliminares para sus noches de amor. Además, lo único que los llevaba a los dos a esos aposentos era la necesidad de desfogarse del malhumor que les causaba la estancia en ese castillo. No había un ápice de amor entre ellos, no había deseo, solo buscaban el calor que les daba sentirse amados por un momento.

Los recién casados ya se retiraban y con ello la fiesta tocaba a su fin. Con mucha tristeza, Lady Rona hubo de despedirse de Donald. Él era un hombre muy divertido y amable, tan diferente al hermano que costaba creer que de verdad lo fueran.

Las mujeres mayores del castillo habían preparado la habitación de los desposados, tal como dictaba la tradición. El esposo esperaría en sus aposentos mientras la doncella era lavada y preparada para su primera noche, esa en la que se convertiría en mujer en brazos de su marido.

Duncan había querido preparar una sorpresa para su amada esposa. Siempre la había comparado con las flores del bosque: preciosas, libres, perfectas y con un olor característico. Así pues, mientras su mujer se preparaba para él, había salido al bosque y había recogido un montón de hermosas flores silvestres que después había repartido por encima del lecho que en poco tiempo compartirían.

Se había despojado de sus ropas y vestía un blanco sobreveste de noche. Esperaba ansioso que Micaela entrara en su cama como acababa de hacer en su vida.

La joven llamó tímidamente a la puerta y entró cuando se le dio el paso. La ropa que portaba tenía una hermosa cola y era de color plateado. A partir de la mañana siguiente ya luciría los colores blanco y amarillo de su marido. Esa sería la última vez que vistiera los de su padre.

Duncan se acercó a ella y la tomó en los brazos. Al llegar a los pies de la cama, le desató el sobreveste grisáceo y la miró complacido. La mujer se moría de vergüenza y bajó la mirada. Su marido sujetó su barbilla, alzándole así la vista y le dijo que no se avergonzara de su hermoso cuerpo. Sus curvas eran maravillosas y sus pechos redondos y plenos, espléndidos para cualquier

hombre. Duncan los masajeaba una y otra vez, no solo para enseñarle a su mujer lo que era el placer sino para obtenerlo él mismo. Llenó de besos a la desposada desde las mejillas hasta las palmas de las manos. Cuando vio que necesitaba más de ella, la tomó en sus brazos y la depositó suavemente sobre el lecho matrimonial. Necesitaba ver a su flor envuelta en flores. La imagen era maravillosa. Los ojos azules de su mujer relucían de pasión y su pelo rizado y rubio le confería un halo de divinidad, francamente precioso. Una diosa era lo que tenía como mujer.

Durante toda su vida había imaginado una y otra vez cómo sería Micaela en la intimidad. Había soñado con ella en su adolescencia y su recuerdo lo había acompañado en todas y cada una de las contiendas para las que había sido requerido. Ahora, al fin, era toda suya.

Duncan se colocó sobre ella y la envolvió por completo con su cuerpo. Ante la sorpresa por el peso de su marido, Micaela abrió los ojos desmesuradamente. Ella no había pensado en ese momento jamás. Era doncella y nadie le había explicado tan íntimamente lo que podría suceder entre un hombre y una mujer en su primera noche.

Le encantó sentir su piel sobre la de ella, su aspereza, su vello. Su marido gruñía. Supuso que gozaba con ella, de lo contrario, le indicaría cómo proceder. Conocía a Duncan, cada gesto, cada mirada... El ver sus ojos llenos de vida, la animó a seguir con sus caricias y sus juegos.

Micaela no supo jamás cuál fue el momento en que su marido decidió invadir su cuerpo y cubrirla por completo. Solo sintió placer, un placer intenso, algo maravilloso para ella. Ahora sí lo sentía suyo, al igual que ella le pertenecería por el resto de sus días.

Justo cuando ella estaba llegando al clímax, su marido se dejó llevar y la mujer sintió una humedad en su interior que la invadió por completo. Micaela echó atrás su cabeza mientras su marido besaba su cuello una y otra vez. Le decía lo mucho que la amaba y lo feliz que la haría mientras siguiera con vida. Ambos quedaron exhaustos, pero con ganas de seguir conociéndose en la intimidad. Pasaron la noche amándose con intensidad y disfrutando de su cariño mutuo. Ambos necesitaban sentir palabras de cariño y consuelo. Duncan prometió que al llegar a su nuevo hogar, volvería a hacerla feliz una y mil veces. Micaela lanzó una sonora carcajada ante el gracioso comentario de su marido, sin duda, el amor para ellos estaba en el aire.

Donnald debía reunirse de inmediato con sus hombres. Desgraciadamente, no pudo quedarse más de dos días después de la boda pues lo esperaban para seguir con los entrenamientos. Se preparó para marchar y, después de despedirse con mucho cariño de su hermana Micaela y su gran amigo Duncan que también partían ese mismo día hacia su nuevo hogar, subió a su negro corcel y salió de las tierras. Con un poco de suerte, en unos pocos años podría volver con su padre y hacer lo que este tanto ansiaba.

Sabía que debía seguir las instrucciones de su rey, no deseaba enemistarse con él pese a que algunas de las decisiones que tomaba, en su opinión, eran demasiado duras o equivocadas.

Se aseguró de liderar la contienda contra Roberto de Mowbray, conde de Northumbria, cuando fue acusado por su rey en el mil noventa y cinco de deslealtad. No acudió a las cortes donde se le requería, cuando el rey iba a anunciar las decisiones gubernamentales que le llevaban a tomar a todos los señores del reino. Donnald pensaba que iniciar una batalla contra él, solo por no haber ido cuando se le requería, era demasiado duro y suponía demasiado desgaste tanto en las filas de los hombres como monetariamente. Sin embargo, era su rey y le debía pleitesía. Afortunadamente, fue demasiado fácil derrotar al conde de Northumbria y, de nuevo, tanto Donnald De Sunx como sus filas de hombres fueron laureados y gratamente compensados con sacos de monedas. Estaba claro que no había honor ni respeto entre el rey y su hermano Roberto.

Emprendió una nueva y larga contienda alejada del continente y de su condado y, como no tenía suficientes monedas para tal encomienda, pidió a su hermano que subvencionara la incursión. En un principio el rey se opuso, sin embargo, haciendo caso a sus leales consejeros, entre los que se encontraba Donnald De Sunx, aceptó cederle la cantidad de monedas que precisaba a cambio de gobernar él en su feudo. Roberto aceptó, pero el rey no estaba dispuesto a dejar marchar tanto capital y estipuló un nuevo impuesto para cubrir ese déficit. Ello le hizo extremadamente impopular en toda Inglaterra. Donnald no entendía la avaricia de su rey y, por supuesto, no la compartía. Su forma de proceder era similar a la de su hermano Alex y supuso que algo extraño había sucedido entre ellos para que tanta maldad arraigara con fuerza en sus ellos.

Alex deseaba con todas sus fuerzas encargarse del legado de su padre. Si este llegara a fallecer estando su hermano fuera de las tierras, la heredad pasaría a sus manos. Pensó hacer algo al respecto: sin que nadie sospechara

de él, la vida de su padre se apagaría.

Había pensado en algo eficaz, pero necesitaría ayuda para llevarlo a cabo, sin duda sabía a quién pedírsela. No podía dejar que pasara de esa noche, le comunicaría su decisión.

—Será mejor que no grites —dijo tapándole la boca para evitar que emitiese sonido alguno—. Ya has llevado a mi padre su tisana, como puedo observar. A partir de ahora, añadirás unas gotitas de este líquido a esa tisana cada noche. Más adelante, te diré qué hacer.

—Por supuesto, mi señor. Lo que me necesitéis —dijo ronroneando mientras se giraba para encontrarse con sus oscuros ojos.

—Muy bien. Buena chica. —Puso la mano alrededor de su cuello y la besó con fuerza y pasión, la muchacha le correspondió abiertamente—. Te espero esta noche, calentarás mi lecho. No tardes.

Alex se dirigió victorioso hacia su habitación, al fin comenzaba su venganza, al fin sería suyo cuanto anhelaba. Era cierto que habría de esperar, las dosis iban a ser pequeñas para evitar sospechas, pero aun así... en poco más de un año, todo sería suyo.

UNA NUEVA MISIVA

Alex deseaba acelerar todo. La salud de su padre estaba resultando muy fuerte. Así pues, pidió que se le administraran las gotas tanto por la mañana como por la noche. Con un poco de suerte, todo sería más rápido y, antes de cumplir los veinte años, se convertiría en el lord más joven de toda comarca. Lo tenía todo organizado y calculado hasta el último detalle.

Poco a poco, Lord Guillermo De Sunx fue mermando hasta que cierto día las fuerzas lo abandonaron y quedó postrado en su cama.

Pidió que, por un día, su segundo ocupara su lugar, sin embargo, pasando por encima de las estipulaciones impuestas por su padre, Alex se erigió cabecilla de la fortaleza y decidió que sería él quien tomaría las decisiones a partir de ese momento. La suerte le sonreía, al fin sería quien tanto había soñado.

—Por favor, prepara la taza de té caliente del señor —pidió Seelie amablemente a una Violante que vivía pendiente de ellos. Una continua tristeza se había instalado en el rostro de su señora, su amado ángel de ojos claros se le escapaba de las manos y ella no sabía qué hacer para que permaneciera a su lado.

—Por supuesto, mi señora —dijo servicialmente la doncella.

—Querido, enseguida tendremos aquí el té. —Se encaminó hacia la silla que tenía justo a la vera de su marido. Comprobó que había quedado dormido de nuevo. Llamaron tímidamente a la puerta y Seelie se apresuró a dar paso.

—Señora, el té de mi señor.

—Se acaba de dormir.

—Que contrariedad —dijo la doncella sorprendida, con la taza en la mano.

—No te preocupes, Violante, yo tomaré el té. Hoy tengo un poco de frío y necesito una bebida caliente. —Seelie tendió la mano hacia la joven que no sabía si dársela o no. Esa taza contenía las gotas que ella misma había puesto para mermar la conciencia de su señor, además con una dosis más alta. Si lo tomaba su señora y empezaba a tener síntomas parecidos, podrían sospechar de ella. Fingió una caída y derramó todo por el suelo, de este modo habría de prepararle una nueva.

—Lo siento mucho, mi señora —dijo la doncella.

—No te preocupes querida, súbeme otra. —La señora esperó pacientemente a que llegara su nueva tisana.

Richard aguardaba en la puerta del salón a que Lady Seelie bajase, nadie había reparado en él y ya llevaba bastante tiempo esperando a su señora. Gea pasó por la entrada y se encontró con el hombre. Rápidamente, este le indicó que debía entrevistarse con ella con urgencia, pues sabía que su señor no estaba en condiciones de hablar ni de recibir visitas. Gea prometió que en un momento tendría a Lady Seelie con él. Así pues, subió escaleras arriba y llamó a la alcoba. Se sorprendió cuando vio que fue ella misma quien abrió la puerta.

—Disculpad que os moleste, mi señora.

—No te preocupes, Gea. El señor duerme, no tengo nada que hacer por el momento. —Una dulce sonrisa iluminó el rostro de la señora del castillo, sentía gran aprecio por el ama de llaves que había consagrado su vida a ellos. Nunca sería debidamente recompensada.

—Mi señora, Richard espera abajo. Dice que tiene importantes noticias y que, dado el estado de salud del señor, es con vos con quien ha de hablar.

—Creí que Richard tenía la autoridad necesaria para tomar decisiones respecto a nuestro hogar.

—Sí, bueno... —Gea no era quién para contarle cómo estaban las cosas con Alex en ese momento, todo andaba de cabeza y habían gestionado mal algunas cosas. Al estar encerrados en sus aposentos, el matrimonio del castillo vivía completamente ajeno a lo que sucedía en aquellos momentos. —Será mejor que bajéis a hablar con él. No sufráis, señora, yo permaneceré a la vera de Lord De Sunx.

—Gracias, Gea. Cualquier cambio, por favor, avísame.

Lady De Sunx se encaminó hacia la sala donde se suponía que aguardaba el comandante, pero allí no estaba. Siguiendo su instinto, salió a la recepción y allí lo halló pacientemente a la espera.

—Richard, ¿por qué no habéis entrado en la sala?

—No lo vi oportuno hasta que vos no me dierais permiso.

—Richard, sabes que entre nosotros no hacen falta tantas formalidades, por favor, pasemos y sentémonos al fuego. Me ha dicho Gea que has de comentarme alguna cosa.

—Sí, mi señora. —El guerrero acompañó en silencio a su señora hasta las

dos butacas que se habían dispuesto frente al fuego. Solo cuando la vio acomodada, se dio permiso a sí mismo para sentarse junto a ella.

—¿Y bien, Richard? ¿Cómo están yendo las cosas? —Seelie estaba preocupada.

—Milady... de eso quería hablaros. —El comandante en jefe de las tropas no sabía cómo expresar su malestar y su desconcierto. Ella era la madre de Alex y no quería verter malas palabras sobre él.

—Por tu tono de voz, deduzco que algo te preocupa.

—Dejadme decir os antes de nada, señora, que no es mi deseo menospreciar a vuestro hijo ni tampoco la labor que está llevando a cabo.

—¿Mi hijo?

—Señora, vos creéis que yo me estoy haciendo cargo de todo en estos momentos, pero no es así. Inmediatamente después de que se me cediera el mando, vuestro hijo me lo arrebató para tomar él las riendas del lugar. Y señora... ha cometido muchos errores.

—¿Errores? —Seelie se llevó la mano al pecho.

—Ha dejado de enviar provisiones a las tierras de Lord y Lady Dieppe, dice que no va a tratar más con ellos. Ha establecido un nuevo pago semanal por el uso de las tierras, ganándose así el odio de muchos trabajadores y ha mandado interrumpir los entrenamientos militares de todos nosotros. Señora, temo que todos se revelen en su contra.

—Richard, ¿no podrías volver las cosas a su cauce sin que mi hijo se entere?

—Imposible, mi señora. Creo que tiene un espía entre nosotros que lo mantiene completamente informado de cuanto hacemos en cada momento.

—No puedo creer lo que me dices. ¿Un espía? ¿Hasta dónde va a llegar mi hijo con todo esto?

—Señora, sé que Lord De Sunx no está en condiciones de tomar ninguna decisión al respecto, pero creo que vos deberíais hablar con vuestro hijo.

—Si yo hablara con él, no serviría de nada. No ha de hacerme caso alguno. Intentaré que lo haga mi marido. Muchas gracias, Richard.

—Señora, hay otra cosa importante. Muy importante, diría yo.

La mujer lo miró expectante.

—Ha llegado misiva del rey para vuestro hijo.

—¿Qué puede querer el rey de Alex? No ha estado nunca en ningún regimiento, no lo conoce, no...

—Señora, creo que debéis leerla.

—Está bien. —Con manos temblorosas, Lady De Sunx tomó la carta del monarca y procedió a su lectura. Los gestos de su cara indicaban lo asustada que estaba al leer la petición inmediata de incorporación a sus filas. Iba a hacer una nueva incursión contra los escoceses y precisaba de todas las manos posibles. No pagaría más armeros ni contrataría más mercenarios, si podía contar con sus propios vasallos. Lady De Sunx debía pensar en algo rápidamente para evitar que su hijo participara en alguna batalla. De marchar junto a su rey, seguro caería en combate. Su hijo no estaba preparado para la guerra. Él no iba a ser capaz de desenvolverse con las armas y lo perdería para siempre—. Muy bien, muchas gracias, Richard. Hablaré con el señor cuando despierte y enviaré a llamarte para darte sus indicaciones.

Seelie regresó a sus habitaciones y, llorando, se encerró al lado de su esposo. Todo iba mal, muy mal. ¿Por qué su hijo había tomado esas nefastas determinaciones respecto a su propia hermana? ¿Cómo haría para contarle todo aquello a su marido sin que le causara mayor pena? ¿Qué iba a hacer para evitar que su hijo pereciera bajo las órdenes del Rojo?

No sabía qué pensar ni cómo reaccionar ante todos esos hechos. Necesitaba a su marido más que nunca y ahora él ni siquiera despertaba para poder escuchar sus chácharas.

No permitiría que nadie supiera que su marido estaba en tan penosas condiciones. Nadie hablaría con él ni entraría en esa alcoba más que Violante. Ni sus hijos entrarían a ver cómo estaba. Esa noche descansaría como pudiera y pensaría en cómo solucionar todos los problemas. Ella sería quien llevaría a partir de ese momento las riendas del legado De Sunx. No permitiría que todo el esfuerzo y el trabajo realizado por su marido durante toda su vida, cayera en un saco roto.

¿Y si lograba convencer a su hijo Alex para que partiera de inmediato de esas tierras?

Sí, esa podría ser la solución. Pero, ¿cómo hacerlo sin que se levantaran sospechas acerca de su comportamiento?

DECISIÓN TOMADA

Seelie le daba vueltas una y otra vez a las decisiones que acababa de tomar respecto a su hijo Alex.

Bajo su forma de ver las cosas, eso era lo mejor que podía ocurrirle en esos momentos. ¿Le diría alguna mentira? Por supuesto. ¿No se enteraría jamás de la carta enviada por su rey? Ella no se lo diría y, si todo salía como esperaba, nadie podría confirmárselo.

Tal vez fuera tildado de traidor, al no presentarse cuando así había sido requerido, sin embargo, ella se encargaría de explicar al rey por qué no podía incorporarse. Era requerido en otros menesteres y no estaba en el condado de su padre en esos momentos. Haría ver a todos que la decisión había sido tomada por el cabeza de familia y dejaría a Richard a cargo de todo, como había dictaminado su marido desde un principio. Así todo volvería a la normalidad.

Estaba sentada en su butaca favorita cuando su hija Anna entró, visiblemente enfadada.

—Madre, me ha dicho Violante que no estoy autorizada a entrar a ver a mi padre. ¿Cómo puede ser eso?

—Hija, tu padre ha pasado una mala noche. Es mejor que lo dejemos descansar —dijo frotándose las sienes.

—Pero madre, acordamos que yo quedaría a su cuidado para que descansaras por las mañanas, dijo la joven poniéndose de cuclillas a su lado.

—Lo sé, querida hija. No obstante, hoy es mejor que lo dejemos descansar.

—Madre, ¿ocurre algo? Estás taciturna.

—No te preocupes, es la falta de descanso solamente. Luego subiré a mis habitaciones y me tumbaré un poco.

—Sí, debéis hacerlo. —La joven se levantó de un salto y se arregló el vestido. A lo mejor, su madre no notaba esa falta, pues estaba visiblemente cansada. Se volvió para dirigirse hacia las cocinas y salir al patio. Iba a montar a caballo cuando su madre la detuvo en seco.

—Hija, ¿puedes decirme por qué llevas un zapato de cada color? —Seelie, cansada de mantener cada día la misma conversación, la reprendió.

—¡Ah, madre! Es que fueron los únicos que encontré en mi cuarto —dijo exhibiendo una maravillosa sonrisa.

—Creí que ya habíamos hablado lo suficiente al respecto, pero, por lo que veo, no es así. Has de tener más cuidado...

—¿De dónde pongo mis cosas, madre? Lo sé, escucho cuando me habláis, de verdad. Pero no sé qué sucede con mi cabeza, no logro recordar dónde pongo las cosas.

—Si tan solo prestaras un poco más de atención... —dijo Seelie mirando hacia la mesa donde tenía sus hojas de escritura.

—Lo intentaré.

—¿Qué te parece si apuntas en una hoja dónde dejas cada cosa? Creo que te sería de utilidad.

—¡Oh! Maravilloso, madre. Si logro recordar dónde deje mis hojas, comenzaré hoy mismo a apuntarlo todo —dicho esto, salió feliz por la puerta que daba a las cocinas para seguir con su trazada ruta.

—Esta chiquilla va a acabar con mi paciencia. ¡Gea!

—¿Sí, mi señora? —El ama de llaves apareció por la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—¿Avisa a mi hijo? Necesito verlo con urgencia —Seelie estaba visiblemente nerviosa y frotaba sus manos con rapidez.

—Por supuesto, mi señora.

No hubo de esperar mucho. Su hijo, visiblemente enfadado por haber sido molestado en mitad de sus quehaceres, entraba por la puerta principal.

—Madre, estoy trabajando.

—Hijo, siento haberte molestado. Pero he de darte una noticia maravillosa. Ven, siéntate. He recibido carta de mis parientes en el norte de Escocia —dijo tendiéndole una nota.

—Pensé que no teníais contacto con ellos. —Se extrañó.

—Como puedes observar... sí lo tengo, querido hijo. —Seelie esperaba que no le pidiera leer él mismo la carta proveniente de sus parientes, pues se vería descubierta. La notificación que le estaba mostrando era la misma que habían recibido de manos del rey. —Bien, como te decía, me piden que vayas de inmediato a vivir con ellos y ocupes tu lugar como jefe de su clan.

—¿Cómo dices, madre? —Una gran sonrisa se instaló en sus labios.

—Por fin, hijo, tu momento ha llegado. Sé que estaremos lejos el uno del otro, pero no puedes decirles que no. Tú has de ser el próximo laird de esas maravillosas tierras. Aquí te echaremos en falta pero, con la gracia del señor, tu padre se recuperará pronto y, cuando vuelvas, podrás retomar tus quehaceres aquí. Tu hermano sigue a las órdenes de nuestro rey y no se sabe

lo que puede pasar con su vida. Mientras, tú serás un hombre poderoso para los escoceses.

—Por fin, madre. Ha llegado mi momento. ¿Cuándo debo partir?

—Hoy mismo, a ser posible hijo —dijo levantándose de su silla.

—Madre. Haré que te sientas orgullosa de mí. Me llevaré a mis hombres conmigo.

—Por supuesto, hijo mío, no puedes viajar solo. Llévate cuantos precisés. —Todo había salido bien. Con un poco de suerte, su hijo saldría ese mismo día de sus tierras y, si por algún casual, enviaban a algún emisario del rey a buscarlo, no lo hallarían allí. La invención de Seelie así sería completamente creíble. Debía escribir una nota a sus parientes indicándoles el proceder de Alex, debían saber que llegaba a ellos para tomar su lugar como líder. Nadie osaría retirárselo, él era el único descendiente directo del último laird. Dijeran lo que dijeran, él estaría a salvo en tierras escocesas y su vida bien valía su sacrificio de madre—. Ahora mismo voy a escribir una carta con mi nombre para que nadie pueda poner en entredicho tu lugar. Y toma... —dijo Seelie entregándole un anillo con un pequeño rubí rojo en el centro—. Es el anillo de tu abuelo. Lo he tenido guardado durante todo este tiempo a la espera de este día. Con esas dos cosas, serás el mayor líder que hayan visto las tierras escocesas desde mucho tiempo atrás. —Seelie deseaba creer fervientemente en sus propias palabras, pues no sabía si su hijo estaba verdaderamente preparado para afrontar tal reto. Por supuesto, no sabía si su carácter dejaría huella en aquel pequeño clan, pero de corazón desearía que así fuera—. Llegado el momento oportuno, hijo mío, yo me reuniré contigo.

—Gracias, madre. Seré el mejor laird que hayan tenido, lo sé. Voy a avisar a mis hombres y a preparar mis cosas.

—Hijo —llamó Seelie antes de que saliera de la estancia—. No le digas a nadie dónde vas, no deben saberlo hasta que yo lo decida.

—¿Por qué, madre? —Se extrañó.

—Por una vez, sigue mis instrucciones sin mediar palabra. Voy a prepararte yo misma provisiones suficientes como para que llegues hasta la mitad del camino. A partir de ahí, deberéis cazar para subsistir.

—No te preocupes, madre. Llegaremos bien a nuestro destino. —El joven salió de la sala dando un gran salto de júbilo. Ahora no le importaban esas tierras lo más mínimo, iba a convertirse en laird e iba a ser el mejor de todos. Y ahí no llegarían las manos de su hermano. No podía haber sido más feliz aunque le hubieran comunicado su muerte. Ya llegaría el momento de

vengarse por todo el daño infringido a su persona. Mientras, llevaría a su clan a ser uno de los más poderosos de la zona.

Seelie se dirigió hacia las cocinas donde, afortunadamente no encontró a nadie. Dispuso varios cajones de verduras, frutas, y carnes secas. Momentos después, se personaron frente a ella Guiric y Owen. No había dudado un solo momento, ellos dos formarían parte activa de los hombres de su hijo. El primero tenía el mismo temperamento que su hijo y el segundo era un estupendo guerrero. Había aprendido todo lo que su señor le había enseñado a la perfección y era sumamente diestro con la espada, además, sabía cazar animales con el arco y las flechas. Sabía que sería difícil que alguien pudiera con ellos. Quedó tranquila al ver cómo otros cuatro hombres lo acompañaban. No llevarían carreta alguna, así pues, decidieron portar la comida bien repartida en las alforjas de los caballos. A Seelie le pareció una idea de lo más apropiada, así no levantarían sospechas y parecería que simplemente salían de caza

Cuando el sol alcanzaba su cénit, su hijo Alex De Sunx salía del condado de su padre para irse a vivir a lo más alto de las tierras escocesas. ¡Ojalá por el camino no se encontraran con ningún séquito de su majestad! ¡Ojalá llegaran sanos y salvos! ¡Ojalá su hijo fuera capaz de llevar a lo más alto a su querido clan!

Seelie sabía que el viaje era verdaderamente largo y esperaba con todo su ser que, al llegar allí, el carácter de su hijo se hubiera allanado un poco. Sin ella a su lado para facilitarle las cosas y el entendimiento entre los hombres, su hijo iba a tener que madurar con muchísima rapidez. Tal vez, ya era tiempo de que lo hiciera.

EXPLICACIONES

Esa misma tarde, durante la comida, miles de preguntas flotaron en el aire. Anna quería saber por qué su hermano no se había presentado a la comida, ¿dónde estaba? Seelie explicó pacientemente que había tenido que salir con urgencia a solucionar unos imprevistos, no quiso dar más detalles. No era momento de dar más explicaciones.

Continuando con su decisión, indicó a Richard que tomara las riendas de la fortaleza.

Así pues, se anularon los pagos que Alex había indicado y los trabajadores comenzaron a rendir como era habitual en ellos, retomaron el comercio con Micaela y su marido y todo volvió a la tranquilidad.

Rona se carteaba con Donald en secreto. Era difícil que las notas llegaran a menudo pero, al menos una vez al mes, ambos sabían del otro. Él había quedado gratamente impresionado por la joven y deseaba licenciarse para poder estar cerca de ella, pero quedaba más de un año para eso.

Aprovechando dichas cartas, Donald se mantenía informado de todo cuanto acontecía en el castillo. Quedó muy sorprendido cuando Rona le comunicó que su hermano se había marchado, no esperaba algo así.

Había algo que se le escapaba en todo aquello. ¿Por qué iba a abandonar su hermano la heredad de su familia si ahora podía hacer lo que quisiera con ella? Con su padre gravemente enfermo y él fuera del hogar, lo tenía francamente fácil para hacer lo que le viniera en gana.

Sin duda habría sucedido algo para que tomara esa decisión, y... ¿dónde se habría ido? Tanto secretismo no hacía presagiar nada bueno.

Él estaba en la corte, era un hombre bien considerado y con algo de poder, haría algunas indagaciones para ver si era capaz de entender ese proceder.

Una tarde, se encontró en el patio de armas con uno de los mensajeros que el rey había enviado por la zona sur de Inglaterra. Reclutaban a todos los jóvenes necesarios para redimir las sublevaciones con escoceses galeses. Astutamente, preguntó a este emisario por su casa y por su hermano.

—Señor —le informó—, vuestro hermano ha partido a tierras escocesas para hacerse cargo del clan de su familia. Se le requería con urgencia y no le fue posible posponerlo.

—¿Se le requería con urgencia? —Eso no cuadraba con la realidad que él conocía.

—Eso me fue explicado —aseguró el mensajero sin entender el porqué de tantas preguntas.

—¿Hablaste con Lord De Sunx?

—No, señor. Hable con su esposa, ella misma excusó a su hijo.

Supo entonces lo ocurrido. Seelie sabía, tan bien como él, que Alex no estaba preparado para formar parte activa en las filas del rey y habría evitado por todos los medios a su alcance que entrase en alguna contienda. Su padre no debía estar enterado de nada.

—Según tengo entendido, vuestro padre está muy enfermo, señor —dijo el mensajero.

Donnald tensó la mandíbula.

—¿Te han dicho cuánto hace que partió? —En esos momentos no quería pensar en la salud de su padre, ya sabía cómo había ido mermando gracias a las cartas que Rona le enviaba. En cuanto hubiera acabado con el rey, regresaría y tomaría las riendas de su legado.

—Cerca de un mes, señor.

Seelie había querido proteger su vida pero, ante el rey, sería un deshonor. Dios quisiera que nunca se cruzase en su camino.

Todo el mundo quedó sorprendido al verlo, nadie esperaba su llegada. Desmontando del caballo, preguntó por algún familiar, pero se le indicó que nadie quedaba con vida. De hecho, habían resuelto que pronto marcharían de aquel lugar para volver a ser nómadas. Sin un líder que velara por ellos, su supervivencia frente a las próximas nieves iba a ser complicada.

—Yo soy vuestro Laird y como a tal debéis tratarme. Para aquellos que lo pongáis en duda, os puedo mostrar esta nota de puño y letra de mi madre y el anillo que perteneció a mi abuelo. Esta será la última vez que yo dé algún tipo de explicación al respecto. Pues, a partir de ahora, seguiréis mis instrucciones al pie de la letra. Si hay algún anciano que haya llegado a conocer a mi familia, podrá reconocer este anillo sin ninguna duda.

Ninguno de los allí reunidos osó poner en duda una sola palabra de aquel desconocido que parecía tener muy claro todo cuanto les explicaba. Más bien parecían estar aliviados al tener alguien a quién seguir, alguien que pudiera velar por ellos. Quizá fuera demasiado joven, pero eso dejó de importarles desde el momento en que se puso a dar órdenes y a realizar mejoras. Después de todo, sí había prestado atención a las enseñanzas inculcadas por su padre,

solo necesitaba alguna motivación para hacerlo con total corrección.

El clan de Alex De Sunx, al ser el más lejano de toda Escocia, no participaba en ninguna batalla contra los ingleses. Afortunadamente para él, nunca llegaría a verse las caras con su hermano.

En tan solo dos meses, la organización estaba resuelta, tenían comida y ropa más que suficientes para pasar sin penas el largo invierno escocés. Las monedas no eran un problema, había traído un cofre lleno de su casa. Si la heredad no iba a ser para él, nadie notaría nunca que había cogido esa mínima cantidad. Ciertamente, en sus inicios como laird, las iba a necesitar. La transformación del joven fue asombrosa, ahora era feliz. Sí, después de más de veinte años de vida, ahora sentía que era verdaderamente feliz. Haría todo lo que estuviera en su mano para que su clan fuera conocido por los escoceses. No cejaría en su empeño de proporcionar lo mejor para todos ellos. Se establecería allí y olvidaría su hogar y su familia. Se encargaría de formar un nuevo hogar, libre de ser el segundón, libre de las atentas miradas de todo el mundo cuando hiciera algo mal y, por supuesto, libre de las comparaciones con su hermano mayor. Iba a ser muy complicado tener noticias de su madre, pero ella misma le había dicho que cuando llegara el momento se reuniría con él. Bien, pues esperaría ese momento.

Lo primero que mandó hacer Alex, fue una fortaleza digna de un rey. Sin duda alguna, tardaría años en ser una realidad, pero un día llegaría en que la tendría y sería más grande que la de su padre. Amurallarían todo su perímetro y se prepararían para que cualquier ataque a su gente fuera neutralizado. Estaban cerca del mar, aprovecharían para comerciar con los países vecinos, y ganarían algo de dinero con la pesca.

Pronto encargó a su fiel amigo Guiric que cogiera un pequeño batallón de hombres y recorriera la zona en busca de gente pobre sin hogar que quisiera formar parte de su clan. Cuantas más manos para trabajar, mejor. Más rápido crecería su nuevo legado. Tuvo suerte el joven guerrero y, cuando pasadas unas semanas llegó de nuevo su fiel, contaba con una treintena más de seguidores. Todas las casas que ya estaban construidas habían sido ocupadas finalmente y eso llenó de felicidad a todo el clan. Con ellos, habían llegado muchachos jóvenes en edad de instruirse para la guerra. Alex ordenó a su segundo al mando, Owen, que los adiestrara. Sin duda, de los tres era el mejor guerrero y con más experiencia. Además, contaba con la paciencia necesaria para enseñar a quien fuera y no tenía grandes aspiraciones. Era el más indicado para crear una gran legión de hombres.

Alex se aseguró de tener un poco de ganado y de contar con cazadores para no pasar hambre durante aquel invierno. Con un poco de suerte, al llegar la primavera, los campos germinarían y podrían comenzar la cosecha, mientras tanto, comerciarían con clanes vecinos.

Lo tenía todo bien calculado y, a pesar de estar muy mal considerado en su lugar natal, aquí todo el mundo le quería. Rara vez dejaba ver su mal genio, pero claro, todos hacían lo que, para bien o para mal, él ordenaba.

Le había echado el ojo a una joven llamada Ekaterine, una joven linda con ojos color verde y pelo largo y rubio. Era hija de uno de los conocidos de su familia desde hacía años. Así pues, pensó que sería la candidata perfecta para ser su esposa y junto a él hacer crecer su heredad.

Donnald se encontraba de nuevo frente a una batalla dura contra los escoceses, se habían situado justo al pasar la frontera con Inglaterra. No toleraban al Rojo y querían hacerle saber que no estaban dispuestos a tratar nada con ellos. Si era preciso, los hombres del rey escocés entrarían y arrasaría con todo lo que estuviera a su paso.

En ese momento discutía la estrategia a seguir con sus hombres y los de sus aliados. Si jugaban bien sus cartas, esta sería la última batalla y podrían volver a su hogar con todos los honores y con las sacas llenas.

De nuevo los arqueros eran los primeros en atacar, era la forma más eficaz de mermar al ejército del contrincante. Sin embargo, los escoceses también poseían esa parte de la milicia y eran igualmente eficaces.

Como los guerreros ingleses estaban bien equipados de escudos recubiertos de cuero duro, pocos perdieron la vida en aquella lucha. Los hombres de Donnald serían los encargados de barrer el flanco derecho mientras que los del propio rey atacarían por el centro. Todos los hombres que quedaban asalariados atacarían conjuntamente por el flanco izquierdo, así... en breve acabarían con todos ellos.

Donnald había preferido dejar a un lado su caballo, de este modo atacaría cuerpo a cuerpo con su querida espada. Sabía que esa era la forma más eficaz de acabar con el oponente. Su querida espada, esa misma que había compartido cientos de días a su servicio, volvía a cortar carne humana tan cruda y duramente como el primer día. Cada paso de Donnald era perfectamente estudiado, siempre eran los mismos y le funcionaban a la perfección. Alguna vez había tenido que echar mano de su daga, al verse

acorralado por dos hombres al mismo tiempo, pero no había sufrido más que algún leve arañazo en la reyerta.

Tal y como habían advertido, los escoceses dejarían el campo de batalla anunciando de nuevo como vencedores a los ingleses. Tal vez esa fuera la última batalla que se realizaría dentro de ese siglo. Si todo iba bien, al llegar de nuevo a la corte, sería licenciado y podría volver a casa con su familia para celebrar la llegada de este con sus seres queridos.

Tal vez, con un poco de suerte, Rona lo amara y quisiera casarse con él.

UN NUEVO HOGAR

Alex De Sunx estaba maravillado por todo lo que estaba avanzando con sus hombres. Parecía llevar años haciéndolo cuando en realidad no llegaba al medio año.

Había llegado el nuevo siglo y, con él, un nuevo hogar repleto de cosas buenas. Nadie osaba mencionar el nombre del hermano de su señor, pues habían comprendido de su distanciamiento y temían posibles represalias.

Ya se podía observar gran parte de la muralla y las dos almenas, que también había mandado construir, se erguían majestuosas.

Habían avanzado mucho en la construcción de su fortaleza y, en poco tiempo, podrían vivir en ella. Ya expandirían las dependencias del castillo, una vez tomara posesión de su hogar.

Era el momento de pedir la mano de su futura esposa.

Esa noche Ekaterine esperaba ansiosa la llegada del laird, sabía que su padre daría consentimiento a sus nupcias y, a más tardar, en solo una semana pasaría a ser la esposa del jefe del clan.

Se había enamorado perdidamente de ese joven. Tenía talento, era cuidadoso, se mostraba amable con su gente y poseía ambición. Juntos llegarían muy lejos.

Aquel día sería único en la vida de ambos. Alex lucía el tartán de su clan y, como hacía tiempo que se había despojado de sus ropas inglesas, vestía el kilt como el resto de los hombres. La preciosa novia lucía un traje de color celeste claro y, en lugar de llevar un sobreveste, lucía el mismo tartán que su marido. Para la ocasión había dejado su hermoso pelo rubio suelto y, como mandaba la tradición, una rama de brezo blanco coronaba su cabeza como único detalle. Eso les daría suerte en su unión.

La joven llegó acompañada de su abuelo que, como miembro más viejo de su familia, la entregaría a su futuro marido. Una vez hubieron llegado al altar, el anciano usó unas telas del color del tartán con hermosos cuadros azules para realizar la tradicional ceremonia del handfastings. Esta consistía en anudar las manos de los novios mirándose de frente y simbolizar así la unidad en la pareja. Fue un momento muy emotivo para ambos pues lo que más deseaban era estar juntos hasta la eternidad.

Una vez el clérigo hubo anunciado que ya eran marido y mujer, salieron de la pequeña capilla irradiando felicidad. Juntos bailaron al son de las gaitas, aquello era símbolo de felicidad para matrimonio.

Tras un largo día de festejos, de exquisitos vinos y excelentes viandas, al fin la pareja entró en el castillo y pasó a ocupar su alcoba.

Era la primera noche de amor para Ekaterine, pero no tuvo ninguna duda. Su amado esposo jamás le causaría dolor. Las viejas del clan habían hablado con ella y le habían explicado lo que aquella noche esperaba su marido de ella, así pues, Ekaterine ardía en deseos de demostrar al laird que había sido su mejor elección.

Una joven virtuosa no enseñaría su cuerpo a no ser que su marido así lo dispusiera y por ello optó por seguir cada una de las instrucciones que este le diera.

Alex entró con suma altanería en el cuarto. Su mujer estaba sentada al lado del fuego pues era una noche fría. Tendió su mano hacia ella para que la siguiera hasta los pies de la cama. Una vez allí, le dio la vuelta para que su espalda estuviera pegada su torso. Deseaba recorrer su cuerpo por completo, acariciarlo una y otra vez, pasar su mano por su pecho, acariciar su hermoso rostro... La joven cerró los ojos y quedó a la espera de que él dispusiera de su cuerpo como conviniese. El Laird le dio la vuelta para mirarla y, rápidamente, le quitó la ropa haciendo lo propio con la suya. La mujer estaba de espaldas a él y completamente desnuda. No sabía qué iba a suceder y esperaba arder en deseos como había escuchado una y otra vez desde hacía años.

Alex recorrió suavemente su espalda con la mano de arriba abajo en un par de ocasiones y después hizo que doblara su torso un poco. Con una destreza adquirida con los años y las mujeres con las que había compartido cama, Alex logró alcanzar el dulce botón que contenía el placer oculto de Ekaterine y lo masajeó suavemente. La muchacha entendió pronta y rápidamente a qué se referían las ancianas. Los jadeos y la respiración entrecortada de la muchacha hacían crecer en Alex los deseos de posesión inmediata de ese maravilloso cuerpo. Dulcemente al oído, le indicó a la muchacha que probablemente iba a sentir un poco de dolor en la zona, no había forma humana de evitarlo. La mujer le indicó que estaba preparada para recibirlo en su interior. Alex sintió la humedad de la zona como la adecuada y, sabiendo que ello mitigaría el dolor de su amada, introdujo su miembro en ella. Aquello le causó cierto dolor, mientras un estallido de placer

incalculable la invadía. Inconscientemente, levantó un poco las nalgas para facilitar el acceso a su esposo y, al realizar este ejercicio, él gruñó de puro placer. Así pues, la osadía de la joven tampoco había sido tan mala. No había causado ningún daño a su recién estrenado marido y si un gran placer a ambos. Instó a Alex para que el ritmo fuera creciendo cada vez más, sentía que su cuerpo en breve estallaría. A pesar de su desconocimiento, maravillosas sensaciones le indicaban que todo aquello iba a acabar en algo fuerte y grande. La muchacha iba quedando sin aliento al sentir las embestidas de su marido y no era capaz de mantener la mirada en un punto. Aquel superaba cualquiera de sus expectativas. En el momento en el que ella creyó morir, su marido se dejó ir y ambos llegaron a un maravilloso clímax. ¡Dios Santo! Aquello había sido magnífico. Todo lo que le habían explicado quedaba en nada después de lo sucedido en aquella habitación.

Alex tomó a su mujer y la depositó suavemente en el lecho. Había llegado el momento de las caricias y los besos, de los arrullos y los te quiero y... ¿por qué no? Quizá había llegado el momento de volver a empezar con un maravilloso ritual que se instalaría en sus vidas cada noche.

Tal vez, con la gracia de Dios, Ekaterine quedara en cinta aquella misma noche, así, después de pasar los meses más calurosos y antes de la llegada de las primeras nieves, el clan contaría con un nuevo laird. Uno capaz de llevar al más alto poder a su gente. Un De Sunx en tierras Escocesas.

Afortunadamente para Alex, todo lo que había cultivado con esfuerzo y tenacidad, había germinado y tenía los campos a rebosar de grano. Ahora era el momento de comenzar a recoger el cultivo y, una vez almacenado el necesario, comerciar con el resto.

No había vuelto a pensar en Devonshire, ni siquiera en su familia, no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Ahora era feliz y con eso le bastaba.

Una importante misiva llegó a manos de Donald De Sunx justo cuando acababa de comenzar el nuevo siglo. Rona no tenía buenas nuevas que comunicarle. Tras una larga enfermedad, a primeros de enero del 1100, su padre, Guillermo De Sunx, fallecía en su lecho.

No había sufrido. Llevaba muchos días inconsciente y de pronto una mañana su corazón dejó de latir. Seelie estaba devastada por el dolor. Nadie sabía decirle de qué dolencia había fallecido su marido y, ahora, las mujeres de la familia se habían quedado solas y desprotegidas. Rona pedía que por

favor regresara a casa cuanto antes pues no sabían qué hacer para ayudar a Lady De Sunx. Ellas no estaban capacitadas para resolver cualquier problema que Richard les plantease.

Todavía le quedaba un año más al servicio de su rey, sin embargo, intentaría hablar con él y pedirle que hiciera una excepción con su persona. Dejarlo marchar sería lo único que podría salvar su legado.

Atrás quedarían todas las batallas y todas las reuniones parlamentarias, atrás quedarían en su memoria los grandes acontecimientos acaecidos mientras estaba a las órdenes de su majestad. Si le daban la libertad para volver a su hogar, pasaría a ser uno más de los lores al servicio de su señor. Si Donald era requerido para alguna contienda, sin dudarlo acudiría a la llamada su rey. No obstante, quería regresar a su hogar e intentar encauzar de nuevo las cosas.

Dos semanas después de realizar la petición a Guillermo, la respuesta le llegó en un sobre sellado por su majestad.

Donald De Sunx era libre para volver a su hogar. Se le pagaría como correspondía a un hombre de su valía y sería laureado con todos los honores por su participación en las guerras de la corona.

Siempre tendría a su disposición su sitio en el parlamento, como lord que era. Sitio que algún día ocuparían sus hijos.

Así pues, salió de la corte del rey acompañado por tres de sus más estimados amigos. Estos querían unirse a sus filas y todos partieron hacia Devonshire a hacerse cargo del condado de su padre. No hizo falta enviar ninguna misiva o mensajero, simplemente se personaría en su hogar y dejaría que todo fluyera con normalidad.

Como eran solo cuatro guerreros los que iban hacia su destino, en tres días habían recorrido todo el trayecto que los separaba de él. Habían descansado lo mínimo, pues tenían ganas de instalarse de una vez.

Nada más traspasar el umbral de la puerta del castillo, ya pudo apreciar los cambios.

Ese castillo, antaño lleno de luz y de color, se hallaba ahora en la más oscura de las penumbras. Seelie debía estar muy afectada por la pérdida de su padre, ahora, con él allí, intentaría solucionarlo todo.

Entró en la sala familiar y vio la sombra de una figura sentada en uno de los sillones frente al fuego. Se acercó rápidamente y se encontró la figura desmejorada de la que consideraba su madre. Esta lloraba en silencio.

—Pero... ¿qué os ha pasado? —Se arrodilló a su lado.

—Donnald, hijo mío. Has vuelto. ¡Dios Santo, al fin has vuelto! No sabes cuánto tiempo he esperado este momento. Y ahora estás aquí, a mi lado.

—Madre, querida madre... —Donnald la tomó en sus brazos y la consoló como si de una niña se tratase. La sentía terriblemente débil, estaba claro que no había comido en condiciones en mucho tiempo y temió que se desvaneciera en sus brazos. La besó en la frente con todo el amor contenido que sentía por ella y la separó con cuidado para sentarla de nuevo en el sillón frente a una lumbre que en aquel momento se encontraba apagada—. ¿Qué sucedió?

—Todavía no sabemos cómo, pero tu padre enfermó de repente y no logró reponerse. Tu hermano fue llamado por mis familiares para que se hiciera cargo de su clan y así quedamos solas.

—Sí, luego hablaremos a ese respecto. Pero... ¿y Richard Donew?

—Desgraciadamente falleció en una cacería. No sabemos quién está capacitado para hacerse cargo de todo.

—No os preocupéis por eso. Yo lo volveré a encauzar todo. Decidme, ¿es por eso que estáis así de mal? Es decir, ¿hay algo más? —Donnald quería todas las malas noticias cuanto antes, así sabría a qué atenerse.

—Donnald, mentí cuando excusé a Alex para no participar en las contiendas del rey. No me malinterpretes, no me arrepiento, quería que siguiera con vida y ambos sabemos que no habría sido capaz de empuñar favorablemente un arma en la batalla. Tal vez entrenando sí, pero así... así habría perecido.

—Lo sé. Cuando supe que no se presentaría ante el rey, sospeché de inmediato lo que había sucedido. No debisteis mentir, madre, pero no os culpo. El rey acabará olvidándose de la traición de Alex, creedme, tiene muchas cosas más en qué pensar.

—No me duele la mentira Volvería a hacerlo si se tratara de salvar a mis hijos de la muerte. Lo que me duele es que nunca llegué a explicarle mi proceder a tu padre. He aguardado pacientemente el momento en que despertara para contarle, pero todo ha sido en vano. No he tenido la oportunidad de redimirme ante él.

—Madre, ahora que ya no está, no debéis castigaros por más tiempo. Él habría entendido vuestro proceder, no os quepa duda de eso. Debéis dejar el pasado atrás para que podamos seguir adelante.

Ella asintió en silencio.

—¿Habéis sabido algo de Alex?

—Nada en absoluto. Y casi es mejor que sea así. Me vería obligada a contarle que has regresado y eso solo empeoraría las cosas.

—Está bien, todo sea por la paz. —Asintió con un parpadeo—. Me gustaría acomodar en el castillo a los hombres que me acompañan y luego tomar una buena comida. ¿Podéis encargáros?

—Claro que sí —dijo la mujer levantándose del sillón.

Todavía era una mujer ágil. Seguiría llevando el castillo como hasta el momento. Se dirigió a las cocinas y Donald aprovechó para llamar a sus amigos y presentarles a su familia. Por cierto... ¿dónde se habían metido los jóvenes del castillo?

NUEVOS CAMBIOS

Cuatro enormes guerreros se situaban en el centro del salón familiar.

Anna entró y quedó sorprendida al verlos como si estuvieran en su casa. ¿Quiénes eran esos hombres que estaban allí hablando y riendo? ¿Quién les había dejado entrar en su castillo? La joven no seguiría las reglas de conducta y no esperaría a que fuera presentada por nadie, tal como dictaba la normativa, ella misma se encargaría de averiguar quiénes eran.

—Disculpadme, caballeros. ¿Estáis esperando a alguien?

—Hola, Anna —dijo el caballero más alto que llevaba una tupida barba rubia.

—Señor, sois un osado. ¿Quién os ha dado permiso para usar mi nombre? Es más ¿cómo conocéis vos mi nombre?

—No ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos, jovencita. Puedo entender que mi barba te moleste, pero que no reconozcas a tu querido hermano mayor...

—¡Donnald! ¡Oh, esto es maravilloso! —Se lanzó a sus brazos sin más—. ¿Sabe madre que estáis aquí? ¿Cuándo habéis llegado? ¿Ya sabéis todo lo que ha sucedido por aquí? ¿Quiénes son estos caballeros que os acompañan? ¡Oh, Dios Santo! ¡Esto es maravilloso, simplemente maravilloso!

—Anna, para, por favor. No puedo contestar a tantas preguntas seguidas.

—Lo siento, ha sido la sorpresa de verte de nuevo en casa. Supongo que te quedarás ya para siempre ¿verdad?

—Sí, querida mía, me quedo ya para siempre. Madre ya sabe que estoy aquí, de hecho, ha ido a las cocinas a prepararnos algo para comer. Llegamos hace un rato y estamos poniéndonos al día. Estos tres hombres que me acompañan son amigos míos. Van a formar parte de mis filas de ahora en adelante por lo que vivirán una temporada con nosotros. Ven, te los presentaré. —Donnald tomó la mano a su resuelta hermana y la llevó al corro donde los otros hombres esperaban impacientes a ser presentados—. Mira, querida hermana, esos dos hombres tan bien parecidos, rubios y de hermosos ojos azules son iguales, sí, es que son gemelos, son Luca y Arthur Du Pond. —La joven muchacha levantó cuanto apenas sus faldas para poder realizar una perfecta reverencia. Los caballeros, divertidos al ver la mueca de la joven, hicieron un suave gesto con la cabeza a modo de saludo—. Y ese que tiene el gesto malhumorado con el cabello tan oscuro y los ojos negros es mi

mejor compañero, Ander McIcht. —La joven repitió la misma reverencia con la misma poca fortuna que la anterior y volvió a realizar la misma mueca de nuevo.

—Señorita, es consciente de que lleva un zapato de cada color —dijo el recién presentado.

—Menudo saludo el suyo, caballero —dijo poniendo los brazos en jarras—. Sí, soy consciente. Desafortunadamente, esta mañana no encontré las parejas de estos zapatos y, como ir descalza hubiera matado a mi madre de un ataque al corazón, decidí ponerme uno de cada. ¿Le ha gustado mi explicación?

—Me ha gustado —dijo seriamente el caballero, que ahora y tras haber hablado con la doncella, hizo su propio cabeceo a modo de saludo. Sin embargo, no sonrió. La joven alzó los hombros restándole importancia al asunto y decidió que lo mejor sería ir a las cocinas y ayudar a su madre en sus quehaceres.

—En fin, caballeros, iré a ayudar a mi madre y en breve os serviremos algo de comida.

—Anna, no hace falta que te des prisa. Preferimos ir a asearnos primero —dijo Donald.

—Muy bien. Pero no sé si vuestras habitaciones estarán ya preparadas. —Anna no podía parar un momento quieta, los nervios la mantenían en constante movimiento

—No os preocupéis milady, iremos a asearnos a los barracones. No nos corre prisa. Con poder descansar esta noche en una alcoba caliente y un jergón mullido, nos sobra —dijo uno de los gemelos.

—Está bien. —La joven volvió a alzar de hombros.

—Donald ¿será consciente tu hermana de su peinado? Lleva la lazada del pelo a media espalda y parece que no se haya cepillado hoy. —Fue el segundo gemelo quien observó esos insólitos fallos en una dama.

—Os he escuchado —gritó la joven sin perder su paso—. Me peiné esta mañana debidamente, creo. Y sí, soy consciente del estado de mi lazada, gracias por la mención. Sin embargo, no debería ser comentado por vos, apreciado caballero —dijo entrando en las cocinas.

Desde donde estaba, la joven podía escuchar las risas de los hombres y no pudo evitar sonreír ella también. Siempre le había importado lo más mínimo su aspecto. Ella sabía que no iba a cambiar, así pues, si su forma de vestir o de peinarse hacía que unos rudos guerreros rieran, pues adelante con ello.

Ahora lo que primaba era ocuparse de la comida y de las estancias de los recién llegados. Debía ayudar a su madre en lo que fuera menester y hacerlo con rapidez.

Donnald fue el primero en regresar al castillo adecuadamente ataviado con los colores de su padre, recién bañado y con la barba rasurada. Era un hombre nuevo, se sentía un hombre nuevo. Permaneció en el salón familiar mirando el patio de armas a través de los ventanales. ¡Qué lejos quedaban todos aquellos días con su padre y su hermana jugando por aquella zona! ¡Qué lejos se veía todo ahora que se acercaba su cumpleaños! Y... ¡cuántas cosas debía hacer antes de ese día! Tan ensimismado estaba en sus recuerdos que no percibió que Lady Rona Verrier estaba justo detrás de él.

—¿Hace mucho que esperáis? —Rona lo había reconocido aún de espaldas.

—Toda una vida, Rona —dijo Donnald dándose la vuelta para mirarla de frente. Era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Con ese pelo tan oscuro como la noche y esos ojos tan azules como el cielo... era tan hermosa que se le cortaba la respiración. Jamás había sentido eso por ninguna otra mujer y eso que habría podido tener a muchas de ellas. También ella quedó impresionada al volver a verlo. Era mucho más apuesto de lo que recordaba. Ahora, portando la ropa del color de su padre, parecía lo que verdaderamente era, todo un lord. Con los hombros cuadrados y fuertes de realizar tanto ejercicio, con ese pelo casi blanco de tan rubio como era y esos preciosos, hermosos y cautivadores ojos grises, quitaba la respiración. Si él sentía solo una cuarta parte por ella de lo que ella estaba empezando a sentir por él, sería la joven más afortunada del mundo.

—Toda una vida es demasiado tiempo, mi señor —dijo la doncella sonriéndole.

—He de agradeceros que me mantuvierais informado de cuanto acontecía en mi hogar.

—También este es mi hogar. Quise a vuestro padre más que al mío propio.

—Os creo, Rona. —Donnald había usado su nombre de pila ya en dos ocasiones cuando se suponía que no estaba autorizado a hacerlo, pero quería, mejor dicho, necesitaba crear ese íntimo vínculo con ella—. Mi padre siempre fue una persona maravillosa. Aun así, debo agradecer vuestras palabras. Creedme cuando os digo que gracias a eso, el tiempo pasaba más rápido.

—Me halaga, mi señor. Aunque para seros sincera, disfrutaba

escribiéndoos, además, esperaba con ansia vuestra respuesta.

—He de suponer, pues, que ningún miembro de mi familia sabía de nuestras cartas.

—Nadie, mi señor. Era un secreto bien guardado —dijo la joven sonriéndole de nuevo.

—Rona, ¿qué ocurrió con mi hermano? —Aprovechó que estaban los dos solos en la estancia.

—Desapareció, mi señor. Lo único que supimos es que esa misma tarde ya no estaba con nosotros en el castillo. No sabemos dónde se encuentra ni tenemos noticias de él.

—Yo sé dónde encontrarlo, llegado el momento.

—Espero que no sea necesario. Si me disculpáis, debo deciros que las cosas han mejorado considerablemente con su ausencia, si no mencionamos la muerte de vuestro padre, por supuesto. La única que sufre por el distanciamiento es Lady De Sunx.

—No es por la separación, Rona, tranquila.

—Y para seros totalmente franca, ya que vos me preguntáis, también yo soy más feliz sin su cercanía. Había momentos en el día en que me consideraba completamente asediada por él. Intentaba evitar su compañía, pero él sabía dónde encontrarme.

—No me agrada eso que me decís —dijo Donald frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—Por favor, mi señor, no me malinterpretéis. Jamás se le ocurrió ponerme una mano encima más que para besarme los nudillos, su asedio se limitaba a gozar de mi compañía. De haber sentido que todo iba a mayores, hubiera avisado a vuestro padre de inmediato. No hizo falta.

—Bien, me tranquilizáis con eso. He de suponer también que nadie sabía de ese asedio por vos.

—No mi señor. Era un secreto bien guardado —dijo de nuevo.

—Rona, creo que sois la mujer con la mayor cantidad de secretos mejores guardados del mundo que conozco —dijo estallando en una carcajada.

—¡Oh, maravilloso! —Anna entró con una rebanada de pan en las manos —. ¡Ah! Ya os habéis visto. ¿De qué os reis?

—Es un secreto, mi queridísima hermana. —Donald se acercó a ella y le besó la mejilla. Hacía demasiado tiempo que no lo hacía y sentía la necesidad de estar cerca de ella.

—¡Oh, maravilloso! Madre dice que podemos sentarnos a la mesa

mientras esperamos a los demás. La joven se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos a la zona del comedor formal. Al ser muchos más, a partir de entonces usarían ese. Donald pidió a Rona que le cediera su mano para acompañarla a la mesa, de este modo la acomodaría a su lado. La joven doncella accedió gustosa.

La mesa estaba muy bien dispuesta. Gea y Adele se habían esmerado en la cocina y Louise y Jane habían decorado todo para que estuviera galantemente colocado. Al fin y al cabo, el señor de las tierras estaba de vuelta y ello era motivo de celebración.

Los caballeros invitados no tardaron mucho en llegar y sentarse a la mesa, juntos comentarían los nuevos proyectos y hablarían de temas nimios. Si había algo que Donald recordaba con cariño, eran las comidas en su hogar con sus padres. En ellas eran libres de expresar lo que sentían y pensaban. Esperaba de corazón que eso no hubiera cambiado. Los nuevos caballeros se sentaron en la parte derecha de la mesa, justo enfrente las dos doncellas de la casa. Las dos cabeceras de la mesa eran ocupadas por Donald De Sunx y por su madre.

—Por dónde piensas empezar, hijo —preguntó esta.

—Pues, en realidad, me gustaría ver todo el condado. Saber dónde estamos fallando y dónde podemos mejorar. También quiero enseñarles a los muchachos la zona de entrenamiento. Deseo volver a ponerlos a todos en movimiento. No es que espere problemas, pero si algo he aprendido... es que no hace falta esperarlos, llegan solos.

—Muy bien, hijo. Este es tu hogar, tu legado. Debes hacer con él lo que creas mejor.

—Esa es otra cosa que me gustaría dejar clara desde el principio. El hogar es de todos. Aquí vivimos juntos como una familia y, aunque la decisión final respecto a cosas importantes sea mía, quedaría muy agradecido si todos me dijerais vuestro parecer. Una cosa que me encanta de esta familia es cómo nos comunicamos en la mesa y desearía que eso no cambiara, madre.

—Yo tampoco deseo que cambie, hijo. Estaremos encantadas de darte nuestro parecer.

—¿Puedo ser de ayuda en algún trabajo? —Anna se ofreció gustosa.

—Pues podría pensar en algo en lo que fueses eficaz —dijo Donald a su hermana.

—Si hay algún sitio o trabajo en el cual sea imprescindible olvidarse de las cosas, ese es el trabajo perfecto para tu hermana —dijo Seelie

—¡Madre! —Anna fingió sentirse ofendida, sin embargo, una agradable sonrisa asomó en su rostro.

—No puede ser tan malo —dijo uno de los gemelos.

—Gracias, Luca, ¿he acertado? ¿Sí? Bien —dijo viendo que el joven asentía con su cabeza—. Al fin alguien me da un poco de apoyo. Aunque seáis un desconocido, muchas gracias.

—Luca... —dijo Donald desde el otro lado de la mesa riendo a mandíbula abierta. —Es peor de lo que imagináis.

—Pero... hermano, ¿qué he hecho para merecer esta humillación? —Sin embargo, no pudo evitar estallar en una carcajada—. Está bien, está bien. Tenéis razón, todos vosotros tenéis razón. A ver, decidme, ¿qué me ha descubierto esta vez? ¿Los zapatos? ¿El guardapelo? ¿Qué...?

—A decir verdad, milady, no veo esta noche nada que pueda indicar que sois olvidadiza. Vestís impecablemente y sin duda sois la belleza personificada. —La mesa enmudeció. El que había hablado era el malhumorado de Ander McIcht, jamás sus compañeros de batallas lo habían escuchado hablar de esa forma a una mujer. Siempre estaba callado, observando cómo actuaban los demás. La joven Anna De Sunx enrojeció al sentirse observada, no por su familia, sino por ese grandullón que parecía perpetuamente enfadado con el mundo. Hablaba en serio. Era la primera vez en su vida que alguien le lanzaba un piropo de esa magnitud y estaba completamente desacostumbrada a ello.

PARA AVERIGUAR... INVESTIGAR

Las cosas se habían desmadrado un poco desde la enfermedad de su padre y Donnald había de sacarlo todo adelante. Era lo mínimo que podía hacer en señal de gratitud y respeto a él. Todavía no había tenido oportunidad de hablar con Seelie a solas y, además, quería buscar información entre los guerreros de su padre. Había notado la ausencia de muchos de los grandes escuderos de la guardia de los De Sunx y se preguntaba dónde podrían estar.

Seelie lo encontró ensimismado en los aposentos privados de su padre y dio dos golpes a la puerta para llamar su atención.

—Buenas tardes, hijo. Siento molestarte.

—Madre, vos nunca molestáis. Pasad, por favor, sentaos un poco conmigo. Debí hablar con vos en cuanto llegué a casa.

—Sí, hijo, yo también he de hablarte. Déjame decirte que, tanto tu padre como yo, estamos muy orgullosos de lo que has conseguido. Él sabía de tu valía —dijo un poco cabizbaja.

—Gracias, madre —dijo él de corazón.

—Antes, durante la comida, recordé que tu padre era un hombre muy meticuloso con sus cosas. Cuando empezó a hacerse cargo de su heredad, escribió en unas hojas información, tanto personal como de las cuentas de su condado. Pensé que te gustaría tenerlos, tal vez encuentres ayuda en esas páginas.

—De nuevo gracias, madre. Pero decidme, ¿qué le pasó exactamente a padre? Siempre gozó de buena salud. ¿Por qué enfermó tan rápidamente?

—Querido hijo, me duele mucho hablar de este tema. Todavía es todo demasiado reciente, pero te diré que no, no sabemos de qué falleció. Comenzó a sentirse cansado de repente y, poco a poco, sus fuerzas mermaron.

—Muy extraño —dijo Donnald en voz baja.

—No quiero pensar en ello, hijo, duele demasiado.

—Y... ¿qué sucedió con Alex? Lo esperábamos en el norte.

—Ah, bueno, eso... —dijo Seelie retorciéndose las manos—. Debía cumplir con su deber de ocupar su lugar como laird.

—¿También sucedió eso de repente?

—¿De repente dices?

—Querida madre, no me cabe la menor duda de que sois la mejor persona

del mundo y que no hay maldad en una sola gota de vuestra sangre. Pero sé a ciencia cierta que me estáis mintiendo.

—¡Donnald! —Se llevó la mano al pecho, al saberse descubierta.

—Madre, sé que no teníais contacto con el clan de vuestro padre. ¡Decidme, por favor, qué ocurrió! —Donnald quería saber por boca de su madre lo que él ya había supuesto entre las filas de su rey.

—Por favor, querido hijo, no me juzgues duramente. Es cierto, mentí. Mentí a tu hermano para que se alejara de aquí lo más rápidamente posible. Temí que se lo llevaran.

—Pero, ¿por qué madre?

—Tu hermano no es como tú, querido Donnald. Él no tiene entrenamiento militar. Bien sabe Dios que tu padre pasó su vida enseñándole, pero él no quiso aprovechar su tiempo. Él está completamente convencido de que nadie, salvo tú, existe en esta familia. Cree que vivimos por y para ti y que tu padre solo veía por tus ojos.

—Pero si yo he pasado la mayor parte de mi vida fuera de esta casa —dijo Donnald verdaderamente asombrado.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero él no quería ver más allá de su odio. No haber salido de estos lares para completar su entrenamiento, fue para él como un castigo.

—Pero madre...

—Lo sé, no digas más. Ni tu padre ni yo supimos hacerle ver que él podía llegar tan lejos como tú, si seguía sus instrucciones.

—Y ¿preferisteis verlo lejos de aquí a que formara parte del ejército del rey?

—De haber entrado en una batalla, tu hermano habría muerto seguro. Lo sé. Preferí verlo lejos a tener que visitar su tumba.

—¿Sabéis que el rey puede ver eso como una traición y considerarlo en rebeldía?

—Dios no lo quiera —dijo la mujer al borde del llanto.

—Puedo adivinar que padre no sabía nada de todo esto.

—Así es. Tu padre ya no volvió a despertar, Donnald. De haberlo hecho, no habría hecho caso a mis palabras y lo hubiera enviado con el rey sin pensarlo dos veces.

—Lógico, madre. Tanto padre como yo somos guerreros a las órdenes de nuestro rey, un acto como el que habéis consentido con Alex es de cobardes. He de ser sincero y decir que adiviné todo esto atando cabos mientras estaba

a las órdenes del rey. Hablé con el emisario y me contó que había estado en estas tierras, pero que no halló a mi hermano y se volvió sin él. No hizo falta que me diera muchas más explicaciones, sin embargo, he de deciros que el rey se enfadó muchísimo. Aun así, no dijo nada acerca de tomar represalias contra Alex. Espero que se olvide pronto del tema.

—Pero tú intervendrías en su favor, ¿verdad, querido Donald? ¿No dejarías que lo apresaran y se lo llevaran como a un traidor?

—En absoluto, madre, Alex es mi hermano. Estaría con él, si llegara el momento.

—Muchas gracias, hijo, no esperaba menos de ti. —Donald asintió y permaneció en silencio—. Bueno, si no me precisas para nada más. Volveré con las demás mujeres.

Ander McIcht se presentó ante Donald para discutir varios aspectos de su legado. Pese a ser poco hablador, había resultado ser un hombre muy inteligente.

—He estado haciendo averiguaciones respecto a tu condado. Hay varias cosas que están mal.

—Lo sé, Ander, lo sé.

—Se ha interrumpido el comercio con varios condados vecinos y nadie me explica por qué.

—Se me han entregado unos escritos de mi padre. He decidido seguir al pie de la letra lo que estaba haciendo.

—Previsor tu padre.

—Ordenado, diría yo —dijo Donald con una sonrisa en los labios.

—Luca y Arturo siguen indagando.

—Perfecto.

—Por cierto... —cambió de tema—. Se dice que en la corte hay un clima extraño.

—Acabamos de venir de allí, dudo que en un día las cosas hayan cambiado tanto.

—Lo sé, amigo. Solo quería que supieras de las habladurías.

—Si nuestro rey cree oportuno comunicarnos cualquier cosa, seremos avisados los primeros.

—Me gustaría tener la misma convicción que tú acerca de nuestro rey.

—Lo conozco. Sé cómo es y cómo actúa.

—Hay veces que siento que sabes mucho más de lo que nos dices —dijo Ander cruzándose de brazos.

—¿Estás tratando de decirme algo en concreto? —El tono de Donald ya no era tan suave como hacía un momento. Siempre le había gustado ir de frente. Si su amigo quería decirle algo, sería mejor que lo hiciera a la cara y cuanto antes.

—No, Donald —dijo levantando ambas manos en señal de rendición y emitiendo una sonrisa socarrona.

Era cierto que Donald De Sunx había servido a su rey durante muchísimo tiempo. Lo que sus amigos no sabían, puesto que él se había preocupado de ocultarlo debidamente, era que había sido un excelente espía a medio camino entre franceses y los escoceses, siempre a favor de Guillermo el Rojo.

Ander se encaminó hacia el salón. Debía recoger su arma, no le gustaba ir sin ella. Con sorpresa, se encontró con Lady Anna en condiciones extrañas. Iba camino a la cocina, pero hizo un parón en el salón. El joven McIcht supuso que algo habría perdido, como por ejemplo, los zapatos ya que no llevaba ninguno puesto. Siguió a la joven en silencio y quedó pasmado cuando la vio acercarse a la ventana, abrirla y respirar profundamente varias veces el aire helado que entraba del campo de armas. La respiración acompañaba el movimiento de sus brazos elevándose al cielo. Parecía una notable bailarina.

Nunca había sido un hombre demasiado curioso, pero esa joven... con esa extraña vestimenta, con ese pelo trenzado cuando habitualmente lo llevaba suelto y enmarañado, con esos pies descubiertos... Esa joven no hizo más que acelerar su deseo de conocer más de ella. Era notablemente hermosa y, sin duda, algo extravagante. Se acercó a ella y, sin levantar el tono de voz, le habló.

—Lady Anna, me gustaría saber qué estáis haciendo descalza por el castillo.

—Me encanta ir descalza —dijo sin sorprenderse lo más mínimo por la presencia del hombre en el salón.

—Eso no explica... —La joven se volvió, se acercó rápidamente hasta donde él se encontraba y puso su mano sobre la boca del rudo guerrero. Con un cabeceo, le indicó que la siguiera hasta el patio y el guerrero obedeció. Solo cuando ya se habían alejado lo que la joven consideró oportuno, esta habló.

—No es seguro hablar dentro del castillo. —Ander hizo una expresión de

asombro, no entendía a qué se refería la joven muchacha—. ¿No habéis oído decir nunca que las paredes escuchan? —El hombre asintió. —Pues en este castillo podrían hablarle de todo lo que se cuece dentro, si se lo propusieran.

—Eres una joven de lo más extraña.

—Tal vez —dijo cruzándose de brazos frente al hombre. —Me gustaría hablarle, ahora que no hay peligro. —Ander seguía sin entender qué sucedía. ¿Por qué aquella joven se empeñaba en decir aquellas cosas?

—¿Podéis decirme antes por qué vais descalza?

—Me disponía a hacer mi entrenamiento diario —dijo Lady Anna restándole importancia a todo aquello. Ahora que tenía a aquel grandullón frente a ella, le hablaría como no podía hacerlo con su hermano.

—Eso solo confirma lo que acabo de decir de vos.

—Veréis, soy la cuarta hija. Sé lo que se espera de mí y sé lo que aspiro a tener. Dejadme deciros unas cuantas cosas acerca de mí misma. En realidad no soy nada despistada, soy bastante ordenada. Descontando alguna que otra ocasión en la que sí he perdido algún zapato o algún broche de pelo, soy muy cuidadosa con mis cosas. —El guerro hizo un amago de sonrisa, pero se recompuso de inmediato. Le gustaba la frescura con la que hablaba aquella muchacha—. Sigo el ejemplo de mi padre. Sé perfectamente que llevaba dos diarios, uno personal y otro con indicaciones para las tareas de su condado, pagos y sueldos. Parece sorprendido. —Arqueó las cejas—. No lo esté. Como bien digo, al ser la cuarta hija y, además, mujer... he tenido muchísima más libertad que mis hermanos para hacer lo que me apetece. Además, fue muy conveniente para mí que todos creyeran que soy despistada u olvidadiza. Así puedo prestar atención a otras cosas sin levantar sospecha cuando estas lo requieren.

—¿A qué os referís, Lady Anna?

—Hay cosas que mi hermano no sabe. Y yo no creo ser la persona indicada para decírselo. Tal vez si lo comparto con vos... podáis hablarle de lo que creáis preciso.

—No sé por qué pensáis que no podéis hablar directamente con vuestro hermano, en cualquier caso, estoy aquí para ayudar. Haré lo que sea preciso.

—Habéis de tener cuidado con Violante —soltó la joven muchacha de pronto.

—¿Por qué motivo?

—No es una buena mujer. De hecho, hará todo lo posible para entorpecer las labores de mi hermano. Estoy segura.

—Necesito saber en qué os basáis para decir tales cosas, si queréis que hable con vuestro hermano.

—Preferiría que la observais durante unos días —dijo la joven con preocupación.

—No sé a qué viene tanto secretismo...

—Escuchadme, por favor —dijo la joven volviendo la vista atrás—. Si os saqué aquí fuera para hablaros, fue porque ella estaba escuchándonos ya de buena mañana. Parece un mueble más del castillo. Siempre anda detrás de todos nosotros escuchando nuestras conversaciones. Supongo que para luego trasmitirle a mi hermano Alex todo lo que aquí acontece. Sé que esos dos han estado actuando juntos durante mucho tiempo y, aunque no lo puedo probar, estoy segura de que ellos tienen algo que ver con la enfermedad de mi padre.

—Lady Anna, todo eso que estáis diciendo es muy grave. Creo que deberíais hablar con vuestro hermano directamente.

—No puedo, no tengo pruebas. No he podido comentarlo siquiera con Rona, ella le tiene mucho cariño, pensaría que quiero ponerla en su contra y no deseo perder su amistad. Es la única que tengo —dijo la joven afligida—. Siempre que he intentado delatarlos, he chocado contra un muro.

—Está bien. La observaré durante un tiempo. —La joven respiró aliviada. Tal vez, siendo varios ojos los que la observaban, Violante fuera descubierta cometiendo algún error—. Cuando descubra algo, si es que hay algo que descubrir, hablaré con vuestro hermano.

—Sé también que mi madre sacó de aquí a mi hermano Alex para evitar que fuera con el rey. —De nuevo quedó perplejo ante sus palabras—. ¿Otra vez sorprendido? No deberíais estarlo —dijo la joven—. Puede que sea algo olvidadiza, milord, pero soy muy observadora.

—Soy Ander McIcht, no ostento del tratamiento de lord, yo también soy un cuarto hijo. Mi hermano es el que ostenta dicho tratamiento y el que se encarga de gestionar nuestras tierras, cosa que hace a la perfección. Mis dos hermanas están maravillosamente casadas y tengo una tropa de sobrinos que no han dejado que me aburra hasta el momento.

—De acuerdo, señor McIcht —dijo Anna emitiendo una maravillosa sonrisa que dejaba ver unos graciosos hoyuelos en sus mejillas. Este supo en ese momento que se había enamorado de aquella mujer—. Para ser un cuarto hijo, habláis con mucho orgullo de vuestro hermano mayor.

—Estoy muy orgulloso de la labor que realiza. No quiero tales responsabilidades para mí, no creo poder con ellas.

—Disculpadme, pero es que solo puedo compararos con mi hermano Alex, y creedme cuando os digo que ambos comportamientos son totalmente opuestos.

—Creo, que deberíamos tutearnos, Anna —dijo Ander, acercándose a la joven. Ardía en deseos de abrazarla y besarla desesperadamente, pero quizá era demasiado pronto para ella. Por el momento debía encargarse de otros menesteres. Tendría en cuenta lo que le había dicho y, por supuesto, seguiría observándola a ella y también a Violante. Ya llegaría el momento en que probaría esos labios rosados. Algún día no muy lejano serían suyos.

PARTE 4:

Y POR FIN...
LLEGA EL AMOR

UN NUEVO VERANO

Cinco meses habían bastado para volver a poner las cosas en su sitio en el condado de Lord De Sunx.

Donnald estaba haciendo un trabajo realmente asombroso con sus bienes. Había vuelto a comerciar con los condados vecinos y sobre todo con las tierras de Micaela y su marido. Habían estipulado que, para garantizar un buen cultivo, seguiría llevando también las riendas de esas tierras. Su cuñado y su hermana le pagarían una cantidad simbólica por realizar tales tareas, pero así Lord Dieppe podría seguir trabajando a las órdenes del rey como sheriff del condado.

Ander y Anna seguían tratando en vano de sorprender a Violante en alguna de sus malas artes. Sabían que cada cierto tiempo enviaba mensajes fuera del recinto, pero no lograron interceptar ninguna de las misivas a tiempo y, según ella, eran para su familia. Anna había observado que no todas las misivas eran consumidas por el fuego, algunas se salvaban y esas deberían ser las verdaderamente importantes. Solo faltaba averiguar dónde podría depositarlas. Si eso sucedía en el interior de sus aposentos, no habría forma de conocer su ubicación.

En cuanto al terreno personal... Anna se sentía irremediamente atraída por ese extraño hombre que, pese a empeñarse en mostrar continuamente a todo el mundo un semblante de grandullón constantemente enfadado, a su lado exhibía alguna que otra sonrisa.

Luca y Arturo habían hecho muchísimos progresos con los guerreros de la fortaleza, tanto que en poco tiempo podrían volver a sus obligaciones con su rey y salir de las tierras de los De Sunx. Sin embargo, antes de marcharse dejarían todo el armamento preparado. No esperaban tener ningún problema, pero los gemelos eran muy precavidos y deseaban hacerlo de forma concienzuda.

Cuando se acercaba el día de su marcha, Donnald los mandó llamar a sus estancias privadas. Él también necesitaba saber algún dato.

—¿Qué precisas de nosotros? —Luca le habló de forma directa.

—Necesito que investiguéis a fondo un par de nombres. —Lanzó un trozo de papel sobre la mesa. Arturo tomó la nota y la leyó mostrando sorpresa, gesto que su hermano captó. De inmediato, este se acercó a ver qué ponía. Luca miró fijamente a Donnald antes de realizar la pregunta.

—¿Estás completamente seguro de esto? ¿De verdad deseas que lo investiguemos?

—Completamente seguro —dijo recostándose en su silla.

—Eres consciente de las complicaciones que esto puede acarrear, ¿verdad, querido amigo?

—Completamente consciente —repitió emitiendo una sonrisa socarrona.

—Está bien —dijo Luca—. En cuanto lleguemos a la corte, nos pondremos a ello.

—Esperaré con ansia vuestras noticias.

Los hermanos salieron del despacho con miradas cómplices. En breve estarían fuera del condado y no debían dejar ningún cabo sin atar.

Para Donald había llegado el momento de hablar con su querido amigo Ander McIcht. No le había pasado desapercibido el tonto de su hermana Anna con él y, por supuesto, no estaba acostumbrado a que su rudo amigo se comportara de esa forma frente a una dama. Menos aún si la dama en cuestión era su hermana pequeña.

—Buenos días, Donald, ¿acabo de ver salir a los gemelos con cara de preocupación?

—Es posible, pero no te esperaba para eso. Siéntate.

—Desconozco qué pueda preocuparte, pero estoy realizando mi trabajo a la perfección —dijo sentándose cómodamente en la silla.

—Eso dependiendo de cuál sea, según tú, tu trabajo.

—No entiendo qué quieres decir —dijo Ander arqueando las cejas.

—Es extraño que, conociéndome como me conoces, no sepas de antemano que nunca se me pasa nada por alto.

—Sigo sin saber a qué te refieres. Yo siempre te he mantenido informado de mis progresos.

—¿Sí? Y dime... ¿progresas también con mi hermana Anna?

—¡Ah! Te refieres a eso.

—Por supuesto que me refiero a eso. Es mi hermana y por lo tanto está bajo mis cuidados. No puedo permitir...

—Para un momento —dijo Ander levantándose de un salto de la silla. — No me gusta lo que estás insinuando.

—¿Dices que mis ojos me engañan?

—Solo digo que no es lo que piensas.

—¿No estás flirteando con mi hermana? —Donald gritó con rotundidad.

—Parece mentira, querido amigo, que conociéndome como me conoces,

no sepas que yo nunca flirteo con ninguna dama. Menos aún con una dama de alta cuna que resulta ser la hermana de mi mejor amigo —concluyó Ander levantando también él el tono de voz.

—Está bien, está bien. Hablemos como personas civilizadas. —dijo Donald—. Sé de sobra que no eres ese tipo de hombre. Jamás te he visto comportarte con una dama como lo haces con mi hermana y de ahí mis sospechas.

—Lo sé. Tu hermana es una joven increíble —dijo sonriendo sin notarlo siquiera—. Y no he de negarte que remueve en mí sentimientos que desconocía. Pero no es por eso por lo que paso tanto tiempo junto a ella.

—¿Puedes explicármelo por favor?

—Tu hermana quiso hablarme acerca de un tema que no se atrevía a mencionarte.

—¿Que no se atrevía a hablarme a mí? —Donald se mostró increíblemente asombrado—. Es cierto que no hemos pasado mucho tiempo junto y que apenas nos conocemos, pero debería saber que no hay nada de lo que no pueda hablarme. ¡Soy su hermano!

—Lo sabe, créeme. Yo mismo le expliqué que podía hablar contigo sin problemas, pero ella temía que la tomaras por loca.

—Hablaré con ella.

—Estoy de acuerdo, pero deja que al menos te explique sus preocupaciones—. Donald asintió y Ander prosiguió—. Anna tiene serias dudas respecto del comportamiento de una de las doncellas del castillo. Cree que no es de fiar y que debemos estar alerta. Es más, cree que ha tenido que ver algo con la enfermedad de tu padre.

—Curioso lo que me cuentas —dijo sentándose de nuevo en su silla.

—Iré a buscarla, le pediré que se reúna con nosotros y así de una vez por todas podréis tratar el tema con libertad —dijo McIcht dirigiéndose a la puerta en busca de la pequeña de la familia. Donald quedó pensativo. ¿Podía ser que su hermana no fuera lo que parecía? Tal vez la intuición de los De Sunx también se hallaba en ella. De ser así, tenían una larga conversación pendiente.

Ander se dirigió hacia la parte de atrás del castillo, donde imaginaba que estaría realizando sus ejercicios. Quedó estupefacto cuando vio los movimientos que realizaba la joven, todos perfectos y sincronizados. Jamás había visto a un guerrero manteniendo ese equilibrio sobre una sola pierna y capaz de dar semejantes vueltas por el suelo y levantarse luego como si nada.

Y todo ello sin contar con unos buenos zapatos que la protegieran de las piedras presentes en la tierra donde entrenaba. Lo que Anna estaba trabajando era una disciplina que ellos mismos desconocían. Debía preguntarle por ella, pues su curiosidad podía más que el asunto que le había llevado a buscarla. Cuando juzgó que había acabado una de sus tablas de entrenamiento, se acercó a la muchacha sin hacer apenas ruido. La joven, sin embargo, lo advirtió de igual modo.

—Ander, sé que eres tú —dijo riéndose.

—Es maravilloso ese nivel de concentración en tus ejercicios.

—Así ha de ser para realizarlos con corrección.

—No vi jamás a un guerrero realizar semejantes movimientos.

—Ni lo verás —dijo la joven con altanería.

—¿Es que solo los conoces tú, muchacha insolente?

—No, no es eso —dijo emitiendo una carcajada—. Te dije que era muy observadora. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Cuando yo era muy pequeña, contaría con unos cinco años a lo sumo, llegó a nuestras tierras gente que decía venir de muy lejos. Tenían costumbres completamente diferentes a las nuestras. Se quedaron a vivir con nosotros unos cuantos años hasta que pudieron reunir la cantidad de dinero suficiente y proseguir con su viaje. Mientras eso ocurría, yo me beneficié de sus enseñanzas. Ellos creían en la positividad de las personas. Pensaban que si quieres realmente hacer una cosa, sea cual sea tu sexo o condición, sin duda puedes realizarla. Tenían marcadas disciplinas filosóficas y doctrinales y su meta era mantener el cuerpo y el alma unida. Estos ejercicios me llevan a lograr ese equilibrio, pues no creían en las guerras. Los realizo cada día pues, en caso de ataque, pueden salvarme la vida.

—Es muy interesante todo eso que cuentas.

—No hace falta que te diga que nadie en mi familia sabe de ellos. Mi padre supo que hablaba con ellos, estoy segura, pero nunca me prohibió que estuviese a su lado.

—Eso dice mucho de tu padre.

—Sí, así es. —La tristeza apagó el rostro de Anna. Eso hizo que Ander recompusiera su postura y tratase el tema que le había llevado hasta ella.

—Yo venía a buscarte porque tu hermano te requiere.

—¿Qué he podido hacer esta vez que moleste a Donnald?

—No sufras por eso.

La joven desató sus ropas, anudadas alrededor de sus piernas y volvió a lucir un precioso vestido, calzó sus pies con un par de zapatos del mismo color y soltó su cabello trenzado. Se dispuso pues a ser de nuevo la despistada hermana pequeña que nunca sabía bien donde dejaba sus cosas. Ander rio al ver el cambio realizado, sobre todo en el rostro y los gestos de la joven, y la acompañó hasta el despacho de su hermano. Donnald seguía en la misma posición que lo había dejado, momentos antes. Se le notaba pensativo y molesto, gesto que no agradó demasiado a su amigo.

—¿Donnald...?

—Gracias McIcht —dijo el señor, haciéndole un gesto con la cabeza para que los dejara solos. Gesto que no pasó desapercibido por su hermana que, de inmediato, se puso nerviosa.

—Pero, ¿vos no os quedáis a conversar con nosotros? —Se mordió los labios en señal de nerviosismo. Pedía ayuda a gritos y eso, de nuevo, hizo gracia al gigantón que con un suave cabeceo se despidió de la doncella. Anna devolvió la mirada a su hermano y, durante un corto espacio de tiempo, le pareció estar viendo a su amado padre. Tenía los mismos gestos que él y, ese que mantenía ahora, no era precisamente uno de sus favoritos.

—Así pues, hermana, ¿desconfías de Violante! —Esa afirmación dejó sin palabras a la muchacha, que no esperaba ser partícipe de ese tema con el señor de las tierras. Decidió por tanto ser valiente y ofrecer toda la información disponible. La afirmación ya había sido realizada, así pues, no tenía nada que perder.

—Sí, hermano. Es como dices.

—Me alegra ver que alguien más en la familia ha heredado de nuestro padre su poder de observación.

—¿He de agradecerte el cumplido? —Miró enfadada hacia la puerta por la que, momentos antes, había salido Ander.

—No estés disgustada con McIcht. Él solo ha obrado como debías haber hecho tú en cuanto llegué a casa.

—No estoy acostumbrada a que se me tome en serio.

—Cuéntame todo lo que sepas.

Había llegado el mediodía sin que los hermanos se dieran cuenta de ello, tan ensimismados estaban en sus conversaciones que no habían notado apetito alguno. Ambos estaban preocupados por el tema de la doncella. Debían ponerse de acuerdo para sonsacar información. Por el momento ya serían tres pares de ojos los que la tendrían vigilada. En algún momento

cometería algún fallo o, al menos, eso era lo que esperaban.

Seelie se sentía más cómoda y libre, había cambiado de humor después de hablar con el heredero. Sin duda, estaba en paz consigo misma.

Necesitaba encargarse de las cosas en el castillo pues odiaba la ociosidad. Hasta que Donald crease su nueva familia, la dejaría a cargo de todo.

Se había establecido un lazo muy fuerte entre Lady Rona Verrier y Lord Donald De Sunx. Se hablaban solo con mirarse y ambos estaban decididos a hacer todo lo posible por sacar adelante sus heredades. Ella, adiestrada por Guillermo De Sunx, había aprendido a contabilizar y gestionar a la perfección su legado. Quizá fuera tarea de hombres, pero Guillermo había creído conveniente hacerla partícipe de todo lo que al final sería de su esposo.

Para Rona había sido un gran cambio de miras que Lord Donald De Sunx hubiera posado sus ojos en ella y no su hermano pequeño. Con el primero todo era más sencillo y podía hacer lo que le correspondía sin sentir ningún tipo de acoso.

Aun así, siempre sentía que alguien la observaba de cerca. Antes podía culpabilizar a Alex de tales sensaciones, pero ahora que él no estaba, ¿quién podía tenerla tan controlada?

Algo le decía que debía estar siempre alerta. Era tremendamente tedioso no poder bajar la guardia, pero importante era que empezaba a sentirse feliz en compañía del heredero.

SIN DUDA, ESO ES AMOR

Llegaba el verano y, con él, el calor y también amor.

Lady Rona se había acostumbrado a la compañía del heredero De Sunx y esperaba ser la afortunada.

Nada había en esos momentos que pudiera empañar su felicidad. Los largos paseos a caballo de ambos por los alrededores, la esperanzaban. Puede que pronto surgiera la unión entre ellos.

Era el momento del crepúsculo, volviendo de uno de sus agradables paseos, cuando Donnald le pidió que bajara del caballo.

—Rona, sin duda sabes que siento por ti algo mucho más fuerte que un amor de hermano. —La joven se sonrojó.

—Sí, y tú sabes que mis sentimientos son los mismos.

—Mi padre era tu tutor y, cuando falleció, pasé a serlo yo. Así pues, no sé a quién debo pedir tu mano.

—¿Por qué no pruebas a pedírmela a mí?

Tomó las manos de la doncella con delicadeza y besó sus nudillos. La joven sonrió complacida ante el gesto.

—Lady Rona Verrier, ¿queréis comprometeros conmigo y ser mi futura señora, dueña de mis tierras y de mi corazón? —Donnald sacó, de uno de sus bolsillos interiores, una bolsita de terciopelo que contenía unos pendientes y un anillo de oro puro con un zafiro engarzado. Era su regalo de compromiso.

—Por supuesto que quiero, hace mucho tiempo que lo deseo, Donnald. —Rona se cubrió la boca con las manos al ver el regalo. No esperaba tales joyas para ella. Eran realmente preciosas.

—Eran de mi madre, se las trajo de Normandía cuando vino para casarse con mi padre. Le encantaría que tú las tuvieras y pudieras lucirlas el día de nuestra boda.

—Donnald, son preciosas. Las luciré encantada.

—Entonces, ¿podemos ir a decírselo a todo el mundo ahora mismo?

—Podemos —dijo Rona soltando una carcajada.

El lord mantuvo las manos de Rona durante unos instantes más y la miró plácidamente a los ojos. A ella se le paró el corazón. ¿Por fin habría llegado el momento del ansiado beso? Nunca nadie la había besado, siempre había esperado el momento y la persona adecuada, al parecer, ese momento había llegado. Sin saber qué hacer o qué esperar, miró a los ojos de Donnald.

El joven lord palmeó la mano de la muchacha y tiró suavemente de ella para encaminarse de nuevo al caballo y llegar al castillo. Lady Rona lo frenó con los ojos bien abiertos.

¿Qué demonios ocurría? ¿Por qué Donnald no la besaba?

Donnald volvió a tirar de ella, esta vez con un poco más de fuerza, haciendo que la muchacha se desplazara al menos un paso de su situación. Sin embargo, Lady Rona lo volvió a frenar. Se estaba molestando de verdad. ¿Qué sucedía con él?

Lord De Sunx empezaba a enfadarse también por la situación. Acaso la joven no entendía que debían volver al castillo y dar la buena nueva a todos. ¿Por qué se empeñaba en llevarle la contraria? ¿Acaso la mujer estaba volviéndose loca?

Un tercer tirón iba a ser el definitivo, pensó Donnald. La mujer, con un poco más de fuerza, entendería que debían encaminarse o se les echaría la noche encima.

Lady Rona no estaba de acuerdo, ella quería ese primer beso y lo quería en ese momento.

—¡Al diablo con las buenas formas!

La joven se abalanzó sobre él y unió sus labios a los del joven lord. Un beso que para Donnald duró muy poco. De modo que eso era lo que estaba esperando la joven, pensó. Un beso. Sin duda él deseaba besarla mucho más de lo que jamás confesaría, pero temía asustarla si en el beso depositaba toda la pasión contenida por aquella joven a lo largo de los años. La joven no había sido besada nunca, de eso estaba seguro, el beso había sido demasiado casto y corto. Pues bien, si eso era lo que ella deseaba... eso tendría. Donnald sonrió justo antes de tomar los carnosos labios de la joven dama. Esta abrió con sorpresa los ojos al sentir el calor que emanaba de la boca de Donnald, pero los cerró de inmediato debido al indescriptible placer que la invadía. Inconscientemente, la joven rodeó la nuca de su prometido apretándolo más hacia ella y haciendo que este emitiera un masculino gruñido. Él no iba a quedarse atrás, rodeó la espalda de la joven y la apretó contra su cuerpo, sintiendo el calor que ella desprendía. Su boca se había apoderado de los labios de Rona, comenzó a moverse rápidamente y mordisqueó una y otra vez los labios de esta. La lengua invadió por completo la cavidad de la muchacha, jugaba y se movía por dentro a su antojo. Esta aprendía rápido, le seguía el ritmo con suma presteza. Donnald iba queriendo más y más de ella y hubo de hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para poder detenerse a sí mismo.

Ya habría otros momentos en los que intimar con su prometida, la pasión se había encendido en ella y supo que la vida a su lado iba a ser de lo más afectuosa.

—Será mejor que volvamos a casa u olvidaré las buenas formas —dijo Donald haciéndole un guiño.

La pareja montó en sus corceles y se dirigieron hacia el castillo. La cena se aproximaba y debían dar la noticia de su próximo enlace.

Estaban todos reunidos. Donald supo de inmediato que la noticia no haría otra cosa más que caldear el ambiente.

No sabía si Seelie estaría preparada para aquello, pero en el fondo de su corazón deseaba que no se opusiera a ella.

Donald tomó la mano de Rona para entrar en la sala, esperando que con ello la sorpresa fuera menor, además, deseaba sentir su calor cuando todo se diera a conocer.

Anna fue la primera que vio entrar a la pareja y de inmediato supo lo que sucedía. Una sonrisa iluminó su rostro haciendo que sus hoyuelos se marcaran fuertemente. Ander, que vio el cambio en la joven doncella, se giró a ver qué estaba ocurriendo y supo de igual forma que entre los recién llegados iba todo en serio.

—¡Maravilloso, esto es maravillo! —Anna juntó las manos.

—¿Qué es eso tan maravillo? —Seelie permanecía de espaldas a la puerta. Anna hizo un gesto para que su madre se diera la vuelta y mirara en dirección a la entrada. Esta se levantó lentamente de su silla y enfrentó la mirada de Donald—. Por lo que veo, al fin habéis decidido dar el paso que todos esperábamos. —Seelie sonrió. Todos en ese castillo sabían de la complicidad entre ellos, todos sabían de sobra el amor que se profesaban mutuamente y todos deseaban que aquello fuera una realidad lo más pronto posible.

—¿Queréis decir, madre, que esto no es ninguna sorpresa?

—Ninguna, querido mío. Solo era un deseo que albergaba.

—¿Por qué nunca me dijisteis nada, Lady Seelie? —Rona se separó de Donald y la señora la tomó de las manos.

—Querida niña. Era un deseo albergado en mi corazón. En realidad, nunca supuse que entre vosotros dos pudiera existir algo hasta que Donald regresó finalmente con nosotros. Entonces deseé con todas mis fuerzas que, lo que mi corazón tanto anhelaba, se hiciera tangible. Antes estaba Alex con nosotros...

—Ambas mujeres se mostraron cabizbajas al momento, sabían de lo que Seelie hablaba.

—Pues su corazón estaba en lo cierto, madre. Al fin hoy le pedí a Rona que se convirtiera en mi esposa. La amo desde hace muchos años y quiero que nuestros caminos se unan hasta el fin de nuestros días.

—Me parece una idea maravillosa, hijo mío. ¿Para cuándo los esponsales?

—Habré de hablar con nuestro sacerdote. No me gustaría retrasarlo demasiado, no quiero que se arrepienta.

—No me arrepentiré, lo prometo —dijo Rona riéndose.

—Deja que te felicite, amigo mío —dijo Ander dando unos fuertes palmetazos en la espalda al señor del castillo.

—Ya sé, ya sé. Ahora vas a decirme que no crees en el matrimonio. —Donnald emitió una sonora carcajada.

—Te equivocas, Donnald, yo jamás dije eso. Simplemente, no creo en el matrimonio mientras no sea con la mujer adecuada —dijo Ander mirando fijamente a Anna que, sabiéndose observada por todos, se sonrojó. Donnald enmudeció y presionó sus mandíbulas fuertemente. Tal vez debería volver a tener una conversación con él. No dejaría que nadie, por muy amigo que fuera, jugara con los sentimientos de su hermana.

—Bien, pues pasemos a cenar y celebremos tan buena noticia —dijo Seelie restándole importancia al asunto.

Fue una cena maravillosa, distendida y divertida. Hacía mucho tiempo que Donnald no disfrutaba de una buena noche con su familia y lo más importante en aquellos momentos era que celebraba el inicio de una vida en común con Lady Rona Verrier. Sin embargo, no le podía pasar desapercibida la confianza con la que se trataban Ander y Anna. Sabía que su amigo no era hombre de muchas mujeres y, si realmente le interesaba su hermana, sería legal con ella. Aun así, Anna era muy joven e influenciable y no deseaba que sufriera.

De madrugada y vencidos por el cansancio, los habitantes del castillo se retiraron a sus habitaciones. Donnald acompañó a su prometida a su cuarto y aprovechó para repetir aquel maravilloso beso. Sus cuerpos, inexplicablemente, se buscaban con ansia y desespero. Ambos tenían sed de amor y estaban absolutamente seguros de ser capaces de acabar en breve con semejante sequía.

Anna se levantó con la misma sonrisa con la que se había acostado la noche anterior. Su hermano mayor y su mejor amiga se habían comprometido y en breve formarían una nueva familia. No podía pedir nada más para ellos dos. En las escaleras se cruzó con Ander y ambos se sonrieron con complicidad.

—¿Dormisteis bien?

—Como un leño —dijo el hombre desperezándose.

—Yo no pude pegar ojo en toda la noche. —Todavía estaba visiblemente emocionada por la buena nueva y se vislumbraba en su rostro.

—Y por lo visto, tampoco hoy pudisteis encontrar dos zapatos iguales.

—¿Por qué habéis de fijaros siempre en esas cosas? No, no encuentro el otro zapato amarillo, no sé dónde lo dejé. Pero, por favor, no se lo digáis a mi madre. Seré capaz de encontrarlo.

—Anna, vuestra madre se dará cuenta en cuanto baje.

—¡Qué contrariedad! —La joven hizo una mueca de desagrado.

Ander no pudo soportar más la necesidad de tomar esos hermosos y rosados labios entre los suyos. Esa mujer iba a ser suya de una forma u otra, aunque tuviera que luchar contra su amigo o con un millón de ellos.

Sin esperar el asalto, Anna sintió los labios del grandullón sobre los suyos, que ahogaron un suspiro de sorpresa. La joven no sabía cómo reaccionar. Ciertamente, ella no era nada experimentada en aquel maravilloso arte. Decidió que lo mejor sería cerrar los ojos y dejarse llevar por aquellos agradables sentimientos que la transportaban al cielo a través de las nubes. Al ver que la joven no negaba el beso, Ander decidió que ahondaría un poco más en él para poder saborear aquel dulce manjar. Tomó los brazos de la muchacha, los depositó alrededor de su cintura y rápidamente hizo lo mismo con los de ella. Apretando un poco más, pudo sentir la respiración entrecortada de Anna y el bombeo de su corazón. ¡Oh, sí! Esa mujer iba a ser suya. Hablaría con quien fuera necesario, removería cielo y tierra, pero Anna De Sunx le pertenecería.

—¡Ander McIcht! ¡Suelta a mi hermana! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —La voz de Donald detrás de ellos hizo que la pareja, medio aturrida como estaba por tan magnífico beso, se separara con dificultad.

—Donald. Deja que te explique —dijo la muchacha.

—No creo que haya mucho que explicar —dijo Donald verdaderamente enfadado.

—Hermano, por favor, ha sido todo culpa mía. —Anna intentó evitar un

enfrentamiento entre esos dos hombres a los que adoraba.

—¿Desde cuándo, si puede saberse, es culpa tuya que yo te bese? —Ander apartó a la joven y se enfrentó a Donald.

—Ander, por favor —suplicó Anna.

—Tú y yo, en la arena, ¡ahora! —Donald salió dando un fuerte golpe en el quicio de la puerta.

—No te preocupes querida. Esto estará solucionado en breve —dijo depositando otro beso sobre los labios de la muchacha.

—Ander, por favor —suplicó de nuevo—, no acudas. —La joven corrió tras los pasos de aquel gigantón que parecía no escucharla. Decidió, por tanto, que lo mejor sería dar la voz de alarma tanto a su madre como a Rona. Ambas debían acudir cuanto antes al patio de armas—. ¡Madre, madre! —La joven, desesperada, gritó cuanto le fue posible.

SOLO TÚ Y YO

Ambos guerreros estaban en el centro del patio de armas bajo el sol del verano y sudando a mares.

El calor hacía mella en ellos, pero les preocupaba más que su amistad y su honor se pusiera a prueba.

Ander lucharía por el suyo y acataría lo que Donald quisiera hacer con él. No en vano había besado a su hermana hasta casi perder el conocimiento, pero pese a todo, él saldría vencedor y se llevaría a la mujer de sus sueños.

Donald lucharía por el honor de su hermana. Creía haber sido lo suficiente claro al hablar con su amigo y él, sin embargo, había desoído sus advertencias. Ahora era momento de hacerle comprender, con los puños, lo que las palabras no habían logrado días antes.

—¿Qué demonios ha sucedido, hija? —Seelie salió al patio de armas.

—Donald sorprendió a Ander besándome. —La madre de la joven levantó las cejas abruptamente. Su hija había sido besada bajo su techo y ella no se había enterado. ¿Cómo demonios había sucedido eso? —Lo sé madre, lo sé, no me juzguéis duramente por favor, y tampoco le juzguéis a él. Me besó y yo no me opuse. Madre... estoy enamorada de Ander McIcht.

—Bueno hija, eso puede facilitaros las cosas.

—Si verdaderamente lo amas, pase lo que pase entre esos dos —dijo Rona cabeceando hacia los guerreros que se hallaban en la arena—, tú serás la ganadora. Acabarás casándote con él. Y déjame decirte, querida amiga, que por la postura de Ander, él opina lo mismo. Deja que tu hermano realice su misión como cabeza de familia y repare el daño causado a tu honor. No llegará la sangre al río.

—¡Oh, maravilloso! ¡Es verdaderamente maravilloso! —La joven exhibió una hermosa sonrisa en el rostro.

Las tres mujeres optaron por quedarse a observar el enfrentamiento entre ambos hombres. Sin duda, debían solucionar las cosas a su manera. Ellas esperarían a que, agotados, dieran por finalizada la disputa.

—No soy hombre de acabar con el honor de una dama, Donald.

—Lo sé. Por eso estoy francamente ofendido.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio con tu comportamiento.

—¿Tú crees? —Donald lanzó un puñetazo que alcanzó de lleno en el rostro del gigantón.

—Sí. Sabes de sobra que haré lo adecuado.

—Y según tú, ¿qué es lo adecuado? —Depositó su puño izquierdo sobre la mejilla derecha de su amigo.

—Me casaré con Anna.

—¿Y ya está? ¿Así lo solucionas todo? —Un tercer puñetazo fue esta vez evitado por McIcht.

—No pienso pelear contigo, amigo.

—Bien, pelearé yo.

Donnald tomó a su amigo por la pechera y, pese a que era mucho más alto que él, lo lanzó por los aires. Le propinó un par de patadas a la altura de las costillas, pero aquel no se defendió lo más mínimo. Con ese comportamiento, le estaba quitando toda la diversión a una buena pelea. Un nuevo puñetazo acabó en la cara de Ander e hizo que su nariz sangrara. ¡Oh! Eso sí le había producido placer.

Tal vez con eso, no era suficiente para restaurar su honor, o el de su hermana, pero se sentía condenadamente bien.

—¿Por qué no te defiendes? ¡Maldita sea!

—Ya te he dicho que no quiero pelear contigo.

Unos gritos que provenían de la torre del vigía dejaron a Lord De Sunx con el brazo en alto. ¿Qué podía estar sucediendo en esos momentos? Todavía no había terminado con ese individuo y ya se presentaban problemas. Donnald soltó la pechera de su impasible oponente, se levantó del suelo, se sacudió el polvo y se encaminó hacia el vigía jefe.

—Señor, un mensajero aguarda a las puertas del castillo.

—¿Y a qué esperan para hacerlo entrar? —Donnald gritó ofuscado. El no haber terminado la reyerta con su amigo iba a provocar que estuviera de un humor pésimo el resto del día.

—Es un mensaje de Duncan Dieppe.

—¿De mi cuñado? ¿Qué ha podido ocurrirle? —Tomó la nota de manos del joven muchacho y se dirigió hacia el interior del castillo. Al pasar junto a Ander, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. No mencionó nada más al paso por las mujeres, pues no quería preocuparlas por el momento. Anna salió al paso para atender el sangrado de la nariz de McIcht, pero la cara de su hermano le indicó que ese no era el momento oportuno.

—Mientras los hombres se reúnen, será mejor que nos vayamos a preparar un buen almuerzo. Creo que deberíamos comer decentemente —dijo Seelie para dispersar el mal ambiente.

Los hombres entraron en el salón privado de Donald y se sentaron uno frente a otro. Ander se limpiaba la sangre que le quedaba en la cara y, por un breve instante, Donald sintió vergüenza de su proceder. Ander siempre había sido un buen amigo y una gran persona, en realidad, le confiaría su vida si fuera preciso.

—Deberías ir a que te curaran esa nariz —dijo finalmente.

—No sufras, he tenido peores heridas que han sanado mejor y más rápido.

—Siento mucho mi comportamiento.

—Te entiendo amigo. Supongo que yo habría reaccionado de igual forma de haber sido mi hermana la que encontrara en semejante situación, pero deja que te explique —pidió—. Sabes que, por ser el cuarto hijo, no disfruto de unas rentas tan abultadas como mi hermano mayor, pero también sabes que el rey me cedió hace mucho tiempo un pequeño condado. Está un poco lejos de aquí, pero tenía pensado marchar a aquellos lugares cuando terminara mi labor contigo. Ahora me sería imposible marchar si no me llevara a tu hermana Anna conmigo. La quiero.

—Ander...

—Sé que puedes no creer lo que te digo, pero me conoces y sabes que no confesaría estos sentimientos si no me tuvieran realmente perturbado. Esa joven ha traído a mi vida la alegría que, pensé, no conocer nunca.

—Si te callas un momento y me dejas hablar, te diré que creo que mi hermana sería la mujer más afortunada al tenerte como marido. Consentiré, siempre y cuando ella corresponda a tus sentimientos.

—¡Oh! Créeme, los corresponde.

—Si lo que vi esta mañana es una muestra de lo que piensas hacer con ella, no tengo la menor duda de que así será. Solo te pido, amigo mío, que por favor no juegues con ella. No he estado a su lado el tiempo suficiente como para protegerla de otras cosas, no desearía que nada ni nadie le provocara sufrimiento alguno.

—No es eso lo que pienso hacer con ella. Si te descuidas, la tomaré por esposa antes de que lo hagas tú con Rona.

Por un momento los dos quedaron en silencio. Finalmente Donald asintió, dando por buena tal relación, y procedió a leer la carta de su cuñado. Inmediatamente se levantó de un salto y se dirigió hacia a la puerta.

—¡Gea! —Aquello fue más bien un alarido.

—¿Qué sucede, Donald? —Ander se preocupó al ver el rostro de su amigo.

—Lord Dieppe requiere de nuestra ayuda —le explicó.

—Podemos partir ahora mismo, si así lo deseas. —Donnald quedó sumamente complacido al ver lo pronto que su amigo se había prestado voluntario.

—Sí, deja que solucione...

—¿Sí...? ¿Señor...? —La mujer asomó por la puerta.

—Por favor, llama al marido de Hanna. ¿Cómo se llama? He olvidado su nombre.

—Jason, señor —dijo la mujer extrañada. Donnald no había olvidado un nombre jamás. Algo verdaderamente importante había tenido que ocurrir. El estado de su señor así lo indicaba.

—Dile que venga de inmediato. —Donnald tenía prisa por dejar todas las indicaciones necesarias en el castillo. Como Richard había fallecido y su hermano no se encontraba trabajando ya para ellos, Lord De Sunx decidió que el más capacitado para hacerlo sería ese joven. Había pasado días viendo cómo trabajaba durante los entrenamientos y no tenía duda de su destreza para la realización de tamaño encargo. Él se encargaría de salvaguardar la vida de todos los residentes de dentro y fuera del castillo. Además, su mujer era hija de la cocinera y trabajaba ayudando en las tareas a su madre. Esta contaba ya con una edad avanzada y llevaba con ellos desde antes del nacimiento de Donnald, Jason tendría sumo cuidado en no defraudarlo.

Rápidamente reunió a las mujeres para indicarles que debía partir hacia las tierras de Lord Dieppe. Había de solucionar un asunto de suma urgencia.

No hubo tiempo para despedidas ni explicaciones. Las mujeres quedaron sorprendidas al ver a los dos hombres hablando y discutiendo de forma cordial acerca de la manera más rápida de llegar a su destino y ninguna se atrevió a opinar. Sí quedaba clara una cosa, la amistad entre esos dos grandes caballeros había superado una dura prueba y, Dios mediante, Anna saldría beneficiada.

EL SHERIFF

Tal como habían trazado el camino más rápido hasta el castillo de Lord Dieppe, pasado el mediodía ya estaban a las puertas del mismo.

No hizo falta que les dieran el alto ni que los caballos redujeran su ritmo, las puertas se abrieron abruptamente para ellos en el momento en que el vigía los vio llegar por la colina. Ambos caballeros se dirigieron al patio de armas donde, seguro, les esperaba Duncan.

En cuanto llegaron a él, no perdieron un instante y, siguiendo los pasos del señor de aquel castillo, entraron en su despacho y cerraron la puerta tras ellos.

—He sido amenazado de muerte —anunció a bocajarro.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quién te ha amenazado? —Donnald quedó tremendamente impactado.

—No lo sé. Es por eso que te he llamado. Necesito que me ayudes. No sabía si pedirte o no que trajeras contigo a tus hombres.

—No sufras. Los haré venir, si es preciso.

—Hace unos meses, me llegaron unas cartas amenazadoras, pero no quise hacer caso. Sin embargo... esta última, recibida hace solo unos días, me indica que el ataque va a ser inminente. Desconozco quién puede ser.

—¿Sabes al menos por qué?

—Puedo intuirlo —dijo Duncan, sentándose en su silla e invitando al resto a que hiciera lo propio. Parecía no haber descansado en condiciones desde hacía años—. Como Sheriff del condado, estoy sujeto a muchas presiones y mandatos del rey. En estos últimos días en la corte, hay muchas habladurías. Los que siempre se opusieron a él opinan que se ha ganado el odio de los ingleses y, en cierta forma, piden su cabeza. Por lo mismo, creo que la mía también.

—Entonces, ¿sí puedes saber quiénes te persiguen?

—No puedo asegurarlo, Donnald. Los seguidores de Enrique, el hermano del rey, quieren buscar la manera de hacerle subir al trono. Quieren eliminar a todo aquel que se pueda poner en su contra.

—Pero tú no te pondrías en su contra... —intuyó Ander.

—Es todo muy complicado, querido amigo. Me encuentro entre la espada y la pared. Si cedo a que me dejen sin el compromiso adquirido con el rey, mi trabajo habrá acabado con la corona y, si sucede cualquier cosa, Dios no lo quiera, y los representantes del nuevo rey opinan que no puedo seguir con mi

labor, de igual forma me quedo con la única posibilidad de ejercer mis tareas como lord en mi condado.

—¿Has pensado en explicarle a su majestad tu situación?

—Sí, he enviado varias misivas a Guillermo, pero siempre me responden lo mismo. No concede audiencias por el momento.

—Es todo muy extraño, sí. No es usual, que el rey no te conceda audiencia —dijo con conocimiento de causa.

—Lo sé, y no estoy preparado para un ataque. No dispongo del armamento suficiente ni de hombres experimentados.

—Ander, ve a casa y tráete contigo a todos los hombres que sean necesarios para que los temores de Duncan no se cumplan —dijo Donald inmediatamente.

—Sí, señor —dijo cabeceando.

—Donald, necesito otro favor. Habla con tu hermana y sácala de aquí, por favor, que salga de aquí con Ander hoy mismo. Por mucho que lo he intentado, no logro que me haga caso.

—Puedo intentarlo, si quieres, pero dudo tener más suerte que tú. — Donald se giró hacia la puerta pues alguien había entrado con rapidez. Los tres hombres allí congregados sonrieron al ver a Lady Micaela Dieppe visiblemente enfadada.

—No es posible que hayas tenido una reunión, con el carácter tan importante como supongo tiene esta, sin pedirme que me uniera a vosotros.

—Querida, en tu estado, no creo que sea lo mejor —dijo Duncan acercándose a su mujer y tomándole de la mano para conducirla hasta una silla.

—Micaela, hermana, desconocía tu estado de buena esperanza.

—Ya son seis faltas —dijo la mujer mientras tomaba asiento.

—Nunca entenderé ese galimatías de palabras que usáis.

—Es que no es esa tu labor, hermano.

—¿Seguro que solo llevas una personita en tu vientre?

—Eso espero. Con este ya son cinco, creo que son suficientes.

—A lo mejor tenemos suerte y esta vez, es una preciosa niña —dijo Duncan.

—Perdóname, hermana, pero es que tus dimensiones son...

—¿Acaso has venido a hablar de las dimensiones que he adquirido durante mi quinto embarazo? ¿O pasamos a debatir qué haremos para prevenir el ataque que, al parecer, se nos viene encima?

—Entonces, ¿estás enterada de todo, hermana?

—No es posible, me aseguré de hacer desaparecer las cartas, tan pronto las leía.

—Querido, olvidas que soy una mujer ilustrada y sé leer. Era muy fácil leer las misivas cuando las dejabas en la mesa de tu despacho, antes de que acabaran pasto de la lumbre.

—¿Te atreviste a entrar en mis habitaciones sin mi permiso? —dijo Duncan enfadado.

—Por supuesto. Y lo volveré a repetir siempre que te empeñes en mantenerme al margen de todo aquello que deba saber —replicó la mujer.

—Dejad de discutir por un momento y hablemos de cosas importantes —intervino Donald.

—Antes de entrar en más detalles y, suponiendo que mi marido te ha pedido que hables conmigo, déjame que te aclare que no tengo la menor intención de abandonar mi casa. Ni sola, ni con mis hijos. Lo que ocurra aquí, en mi hogar, ocurrirá conmigo dentro.

—Hermana, lo que estás diciendo es muy arriesgado —dijo Donald. La mujer parecía decidida a cumplir sus palabras, así pues, Ander quiso avanzar en la conversación y ver si sacaban algo en claro.

—Lord Dieppe, ¿qué dice exactamente la misiva?

—Que estemos preparados para un ataque próximo.

—Eso puede ser mañana mismo —se aventuró.

—Así es.

—Está bien. Ander, seguiremos nuestro plan. No hace falta que entres en detalles con las mujeres. Dios mediante, en poco tiempo estaremos de vuelta en casa. —Ander se dirigió hacia la salida donde su hermoso corcel esperaba para ser montado. Otra vez al galope... y en breve estaría en casa. —Duncan, debemos tener preparados los parlamentos necesarios para aclarar la situación. Hemos de intentar hablar con ellos antes de entrar en batalla. No es bueno para nosotros ni para tu situación que piensen que vas a ir en contra de todo solo por seguir siendo el Sheriff del condado.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Micaela, sé que no quieres irte de aquí pero, por favor, reúne a los niños y a las doncellas del castillo y explícales la situación. Hemos de buscar un lugar donde podáis estar a buen recaudo hasta que todo esto esté solucionado.

—Eso sí puedo concederlo. Tampoco pensaba poner la vida de mis hijos ni la mía propia en peligro, aunque estoy segura de algo, todo esto debe ser

un malentendido y en breve quedará resuelto. —La mujer se levantó con dificultad. Estaba muy pesada, pese a que todavía le faltaban varios meses para dar a luz. Donnald y Duncan salieron tras ella, no para asegurarse de que cumplía órdenes sino para dirigirse al patio de armas y estudiar cómo asegurar el perímetro para evitar sorpresas.

Era cierto que Duncan contaba con pocos hombres. En su trabajo como Sheriff, contaba con la guardia del rey, por tanto, con solo una veintena aseguraba a sus seres queridos cuando él no estaba.

Donnald pidió a Duncan que lo dejara al mando de estas decisiones. Él intentaría hacerlo lo mejor posible pues parecía estar muy nervioso y era preciso mantener la cabeza bien fría y ser consciente de lo que estaba en juego. Él era el hombre apropiado para dicha tarea y ambos lo sabían.

El tiempo que tardó Ander en ir y volver era todo lo que había precisado Donnald para tenerlo todo listo para el esperado ataque.

Temerosos de una incursión en la oscuridad de la noche, decidieron que las mujeres pasaran la noche en las mazmorras del castillo. Por dicho motivo, se encendieron varios fuegos para vencer la humedad de la zona.

NUEVOS CAMBIOS

Donnald había realizados numerosos cambios en la guardia para que, desde la torre vigía, todo estuviera controlado. A su vez, necesitaba a los pocos hombres frescos de los que disponía para poder sobrevivir a la lucha.

La misiva no había errado.

Bajo la calurosa luz del mediodía, llegaban a las puertas del castillo no menos de treinta hombres armados para la batalla.

El grito del vigía les alertó de la situación y rápidamente se dirigió cada uno a su puesto.

El silencio sepulcral no hacía presagiar nada bueno. Donnald debía asegurar una charla antes de que todo fuera a mayores. Sin embargo y en medio de todo aquel estupor, una oleada de flechas acabaron clavadas en la arena del patio de armas.

Ni siquiera se habían molestado en dar aviso de entrega. No habían dado opción a parlamento alguno como tampoco ofrecieron una posible rendición.

Rápidamente subió hasta la torre del vigía.

—¡Alto! —Donnald gritó con todas sus fuerzas—. Todos se detuvieron de inmediato—. ¡Parad! ¿En nombre de quién atacáis? —No obtuvo respuesta alguna—. ¿Qué ha hecho Lord Dieppe para merecer este ataque? —De nuevo, silencio—. ¡Hablemos! —Alzó la mano buscando una pausa. Corriendo, descendió hasta el portalón del castillo y, aunque era demasiado arriesgado, decidió salir a parlamentar. Era su única opción. Rápidamente, desató su cincho y dejó su espada al cuidado de Ander que quiso seguirlo. Donnald lo volvió a meter hacia dentro de un fuerte empujón. Si alguien perecía allí, sería él. Estaba muy nervioso, sudaba en demasía y no portaba su querida espada con él. Si con esos datos, el enemigo no entendía su voluntad de entendimiento, estaba muerto.

Un par de caballeros llegaron sobre su montura y se detuvieron justo ante él. Uno de ellos puso su espada justo bajo su barbilla, obligándole a levantar la cabeza y mirar al sol. Donnald cerró los ojos momentáneamente pues era un dolor irresistible para sus ojos claros. Su respiración era acelerada, pero intentaba que se notara lo mínimo posible y, poco a poco, levantó sus brazos.

—Vengo en nombre de Lord Dieppe. Es preciso que hablemos antes de que esto vaya a mayores. —Nada, ni siquiera respondieron. Él seguiría hablándoles hasta que al menos quitaran la espada de su cuello—. Soy Lord

De Sunx. —Un titubeo en la empuñadura, lo conocían, de eso estaba seguro —. Si me conocéis, sabréis que jamás haríamos nada que fuera en contra del beneficio de Inglaterra. —Por fin, el caballero de la derecha indicó con la cabeza que separara el arma del cuello de Donnald, este entrecerró los ojos dando las gracias al Santísimo por aquel milagro—. ¿Sería posible que vuestro primero al mando se uniera a nosotros? —El caballero de la espada se alejó hacia el grupo de caballeros y se dispuso a hablar con el que parecía ser el cabecilla. Los nervios consumían a Donnald. Si había algo que ellos desconocían y no eran capaces de dar una buena réplica, todos los habitantes del castillo acabarían muertos. Esto era muy diferente a las batallas libradas por él. En una batalla se medía un caballero contra otro, ingenio contra ingenio, fuerza contra fuerza. Pese a que Donnald era un guerrero experimentado y sus hombres también, no tenían nada que hacer contra los recién llegados. De repente, vio cómo se acercaba el tercer caballero, vestido íntegramente de blanco. Acto seguido, descendió de su caballo de un salto.

—Hablaré con Lord Dieppe, pero no prometo nada.

—Es todo lo que pedimos —Donnald dijo con cierta conformidad.

Ambos entraron en el patio de armas donde todos aguardaban presentando armas. Rápidamente Donnald ordenó con un grito que las bajaran.

El anfitrión saludó al recién llegado.

—Soy Lord Dieppe. ¿Acaso se me acusa de haber hecho algo impropio como para merecer esta grave ofensa?

—Mi nombre es David Keefe. He sido enviado desde la corte.

—No entiendo nada. ¿De qué se me acusa?

—Alta traición al rey.

—¿De qué demonios estáis hablando? —Sus ojos se abrieron como platos —. Yo jamás iría en contra de la corona —dijo visiblemente enfadado.

—Se os ha convocado en un par de ocasiones y vos habéis rehusado presentaros ante al rey.

—Un momento, yo envié varias misivas al rey solicitando audiencia y en ningún caso se me concedió.

—Eso no es posible —contravino David Keefe.

—¿Me estáis llamando mentiroso? —Duncan se acercó peligrosamente al recién llegado.

—¿Estáis llamando mentiroso al rey? —Keefe dio un paso adelante, acercando su rostro al de Dieppe.

—Esto es inaudito —dijo Donnald.

—¿Tenéis alguna prueba, Lord Dieppe?

—No, desgraciadamente quemaba todas las misivas cuando las leía. No quería preocupar a mi mujer —dijo mirando a Donald de reojo.

—Yo sí tengo las pruebas —dijo Micaela desde la entrada al castillo.

—Micaela, no es posible. Yo las quemaba todas —observó su marido.

—Vos quemasteis cartas, pero no eran las que recibíais —se dirigió a él con un protocolo que no solía usar—. Afortunadamente no las releíais antes de hacerlo, ya me aseguré yo de que así fuera. Las verdaderas misivas están a buen recaudo. Si pasan al salón principal, yo misma se las mostraré —se dirigió al hombre de blanco.

La mujer se dio lentamente la vuelta y se dirigió hacia sus habitaciones en busca de tan ansiadas pruebas. Ninguno esperaba esa solución al problema y, aunque estaban muy sorprendidos, se sintieron reconfortados. La inteligencia de esa mujer los había dejado boquiabiertos y, a la par, les había dado una salida válida al problema en el que se hallaban.

No esperaron demasiado tiempo a que regresara. Desde que había sido madre, había optado por tener sus aposentos privados en la parte baja del castillo donde podía vigilar y cuidar a la perfección a todos sus hijos.

Sin mediar una palabra más, tendió las cartas a Keefe que rápidamente se dispuso a leerlas.

¡Era cierto! Todo lo que Lord Dieppe le había explicado era absolutamente cierto. Pero esa letra no era de su rey, de eso estaba seguro.

—Esta, Lord Dieppe, no es la letra del rey. Pudo haberla enviado cualquiera.

—Sin embargo, lleva el sello real —se defendió Duncan.

—Lo sé. Es todo muy extraño. Cuando no os presentasteis al nombramiento del nuevo rey...

—Un momento, pero... ¿qué nombramiento? —Duncan quedó atónito.

—¿De qué estáis hablando? ¡Por todos los Diablos! —Donald tampoco entendía nada.

—Del rey Enrique I de Inglaterra por supuesto. —Donald y Duncan se miraron perplejos. ¿Qué demonios había sucedido y porqué ellos no habían sido avisados de todos esos cambios?—. Como Sheriff del condado, se os envió una notificación para que os presentarais ante el rey y le juraseis lealtad. El rey Enrique quiere vivir tiempos de paz y pretende restablecer con su pueblo las buenas formas para que no sufran el día a día. Todos los que ostentan vuestro cargo acudieron, excepto vos. Vuestro caso llamó

notablemente la atención, puesto que jamás habíais ocasionado problema alguno. Nuestro soberano tomó vuestra ausencia como una afrenta personal, es por ello que estamos aquí. Vinimos a apresaros por orden del rey.

—Un momento, yo tampoco he recibido ninguna notificación respecto a lo sucedido —aseguró Donnald—. ¿Podéis decirme qué le sucedió al rey Guillermo?

—Se está planeando una reunión con los lores a finales de este mes de agosto. Será en ese momento cuando se den las oportunas explicaciones. Vuestra carta ya debería haber llegado con el aviso.

—Pues no ha sido así. —Donnald estaba visiblemente enfadado—. Entiendo que no es culpa vuestra todo lo que está sucediendo, pero no se deberían verter acusaciones sobre personas inocentes sin comprobar de antemano que los hechos son ciertos.

—Pienso... —dijo Duncan— que alguien en la corte se está tomando demasiadas molestias para que nosotros caigamos en desgracia frente al rey. Alguien quiere vernos fuera del mapa político.

—Sí, pero ¿quién? —Ander, que había permanecido en el más estricto de los silencios hasta el momento, intervino al no poder dar crédito a sus oídos.

—Tanto tú como yo, Duncan, tenemos derecho de por vida a entrar en el parlamento, debido a nuestra condición de lord, eso no nos lo puede quitar nadie. Yo creo que sé quién puede darnos algunas respuestas —dijo Donnald—. Sin embargo, necesitaré de unos días para poder verificar mis sospechas.

—Dispondréis de esos días, Lord De Sunx. Yo me encargaré de notificárselo a nuestro rey.

—Si no tenéis inconveniente —dijo Duncan—, me gustaría acompañaros a la corte y pedir nuevamente una audiencia con el nuevo rey para poder solucionar en persona este problema.

—No hay inconveniente. Creo que será lo mejor que podéis hacer al respecto.

—Dadme un momento para hablar con mi esposa y estaré preparado para irme con vos. —Duncan se dio la vuelta y se dirigió hacia donde lo esperaba su mujer, que había escuchado toda la conversación. Micaela acompañó a su marido al interior del castillo donde hablarían brevemente al respecto mientras alguna de las criadas se encargaría de prepararle el equipaje.

Donnald y Ander se despidieron cortésmente de Keefe diciéndoles que, a la mayor brevedad posible se presentarían ambos en la corte para presentarle sus respetos al rey. Si la carta notificando el día de la reunión no llegaba a

manos de Donald de su puño y letra, dejarían al emisario del rey una respuesta a todo lo que estaba sucediendo. Donald acabaría con todo aquello aunque le fuera la vida en ello. Sin duda, no iba a dejar que quedara así.

IRA

Un grito ensordecedor, cargado de ira y odio, resonó en las altas montañas escocesas.

Ekaterine quedó absolutamente sobrecogida al escucharlo. Jamás en su vida había oído tal lamento de boca de nadie y ese venía justo del lugar donde se hallaba su marido. ¿Qué podría haberle sucedido?

Como pudo, la mujer llegó hasta donde su marido. Lo encontró arrodillado en el suelo con una nota rota entre sus manos.

¿Una nota? ¿De quién podía ser? Hasta donde ella sabía, jamás le había llegado notificación alguna de nadie. No sabía que hubiera estado en contacto con alguien fuera de su clan. Y menos aún, qué noticias podrían ser aquellas que acababa de recibir.

No sabía si acercarse a él o dejarlo hasta que este estuviera dispuesto a ir a ella y contarle lo sucedido.

Hasta ese momento, su esposo había sido todo un ejemplo para el clan. Un hombre entregado a ellos y dispuesto a dar la vida por mantenerlos unidos y vivos. Cada momento del día a su lado, había sido perfecto y ahora quería ayudar. Necesitaba hablar con él y asegurarse del buen curso de todo, pero Alex estaba en el mismo sitio, inmóvil.

—Amor —se aventuró a decir la joven—. ¿Qué te sucede? —Sin embargo, nada más que el silencio acompañó a esa pregunta—. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada —dijo con voz dura y ronca.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué has gritado de ese modo? Me preocupas—. La mujer se situó junto a él y le pasó el brazo por los hombros, sin embargo, este se retiró de inmediato. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

—He de irme —anunció Alex levantándose al momento.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que has de irte?

—No pienso darte ninguna explicación, mujer.

—Alex, ¿qué ocurre? Nunca me habías hablado así.

—He dicho que no pienso darte ninguna explicación, mujer. He de irme y eso es todo lo que debes saber.

—Pero Alex, necesito que te quedes conmigo. El nacimiento de nuestro hijo está cercano. No puedes dejarme sola.

—Corrígeme si me equivoco, pero pienso que no es necesario que yo esté

aquí para que tú des a luz.

—¡Alex! —¿Por qué le hablaba de esa manera?

—Prepárame una pequeña bolsa con un par de mudas. No necesitaré nada más.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Haz lo que te he pedido. Voy a hablar con Guiric y Owen, partiremos antes de que caiga la noche.

—¿No sería más acertado partir con la luz del alba?

—¿Acaso te he pedido opinión, mujer? —La mujer negó con la cabeza—. ¡Pues haz lo que te he pedido!

El humor de Alex empeoraba por momentos. Dudas, engaños, venganza... todos esos sentimientos martilleaban su cabeza de forma espontánea y repetitiva.

Por fin llegó a la zona de entrenamiento donde se encontraba Owen, ya no cabía en sí de furia. Si todo estaba yendo a la perfección hasta el momento... ¿por qué las cosas habían de cambiar tan drásticamente?

—Buenos días tengáis, laird —dijo Owen alegremente.

—No son buenos días para mí.

—Algo que no marcha bien, entiendo. —Owen lo conocía bien. Sabía que esa forma de apretar la mandíbula, esa manera de flexionar las manos y los dedos y ese descompás en su respiración presagiaban problemas.

—Nada marcha bien, Owen. Busca a Guiric y dile que partimos de inmediato.

—Sí, laird. —El guerrero sabía que sería mejor no hacer preguntas. Seguiría sus instrucciones al pie de la letra y esperaría a que les dijera el porqué de dicho viaje y con tal premura. No le había pedido que convocara ningún número de guerreros determinado, así pues, no se dirigían a la guerra.

Alex salió al patio como alma que llevaba al diablo, subió en su montura y no se detuvo siquiera a despedirse de su mujer, que había salido tan rápido como había podido a decirle adiós. De repente, se había convertido en el ser de antaño. Dejaba a su esposa maltrecha en su hogar, sin saber qué podía haber sucedido. Ekaterine tenía entre sus manos la nota que había recibido su marido, sin embargo, no sabía leer. ¡Maldito fuera Alex De Sunx!

Donnald se encargaba de poner todas sus cosas en orden antes de partir de nuevo hacia la corte. La carta que se suponía debía haber llegado con noticias del rey, no lo había hecho. Así pues, actuaría tal como le había indicado al emisario.

Poco tiempo de charla había tenido con las mujeres del castillo y ciertamente no había quedado nada claro. Las tres estaban bastante furiosas por haber sido dejadas de lado pero entendían que, como señor del castillo, Donnald les comunicaría lo que le pareciera oportuno. Esa mañana, estaban en el salón familiar hablando de sus cosas cuando Donnald y Ander entraron por la puerta. El silencio se hizo de inmediato entre ellas. Por los gesto de los caballeros, sabían que algo se les iba a notificar.

—Queremos disculparnos. Hemos pasado momentos de muchos nervios y no hemos actuado correctamente.

—¿Hay algo que queráis decirnos? —Seelie miró a las otras dos mujeres.

—Varias cosas, madre. La primera, es que Micaela va a ser madre por quinta vez.

—¡Oh, pero eso es maravilloso! —Anna dio palmas en señal de alegría.

—Sí, lo es —dijo Seelie—. ¿Y para cuándo lo esperan?

—No tengo la menor idea, madre. Micaela comentó algo de seis faltas, pero no sé de qué estaba hablando —le informó.

—¿Y el motivo que os hizo partir? —Rona fue al grano.

—Hasta que no tengamos datos seguros no es acertado comentar nada —dijo Donnald mirándola a los ojos.

—Pero sí queremos decirnos que no hay de qué preocuparse por ahora. En breve sabremos noticias, al menos eso esperamos —concluyó Ander.

—Bien. Como queráis —dijo Seelie

—No he tenido tiempo de hablar con el sacerdote para la celebración de nuestra boda, Rona. Pero creo que ha sido lo mejor, al menos por el momento —explicó Donnald.

—¿Lo mejor? —La joven se extrañó.

—Ander ha de haceros una pregunta, madre —dijo Donnald ignorando la pregunta.

—Lady Seelie, como el padre de Anna no se encuentra ya entre nosotros y habiendo hablado con Donnald que es su tutor, me gustaría pedirle formalmente la mano de su hija en matrimonio.

—¡Oh, pero... esto es maravilloso! —Seelie imitó la entonación de su hija al decir su frase predilecta.

—¡Madre! —Anna fingió sentirse ofendida.

—Me parece que seréis un marido perfecto para mi pequeña.

—Madre, ya no soy una niña pequeña —dijo la joven haciendo una mueca y frunciendo los labios. Rona se cubrió la boca con la mano para evitar que se viera su sonrisa.

—Para mí siempre seréis mis pequeños. Y bien, ¿para cuándo pensáis casaros con mi tesoro?

—En cuanto hable con el sacerdote. Lo único es que... no nos quedaremos a vivir aquí.

—¿Y dónde pensáis vivir? —Seelie frunció el ceño.

—Tengo unas tierras que me cedió el rey como recompensa y ya he ahorrado las suficientes monedas como para ocuparme de ellas. En cuanto estemos casados, nos mudaremos. Si no lo hacemos antes, es porque estoy seguro de que Anna desea que vos estéis en la ceremonia. —La joven quedó momentáneamente petrificada.

—Ander, todo eso me asusta. Yo nunca he salido de aquí y no sé si seré capaz de llevar un castillo yo sola.

—No estarás sola. —Ander la tomó de las manos—. Yo estaré contigo. Juro que no te dejaré sola a no ser que nuestro rey me convoque para alguna causa.

—No estoy segura, del todo Ander, yo... —No pudo decir una sola palabra más. Ander ya la había tomado en sus brazos y, aun estando presente toda la familia, la besó amorosamente. Con esa muestra de amor, no solo demostraba a quien pertenecía sino lo felices y amados que se sentirían juntos a cada momento. Cuando el beso cesó, Anna no podía mirar más que al rostro de aquel hombre al que en tan poco tiempo había aprendido a amar con todo su corazón. Sonrió de nuevo, mostrando en sus mejillas ese inocente rubor y esos hermosos hoyuelos que tanto la caracterizaban, y, sin más, siguió hablando—. Está bien. Hablemos cuanto antes con el sacerdote.

—Quiero darte esta pequeña gargantilla que era de mi madre —dijo sacando una cadenita con una aguamarina engarzada en el centro—. Es lo único que conservo de ella.

—¡Oh, Ander! Esto es... —Anna se había quedado sin palabras. Por primera vez en su vida, enmudeció. —Ander McIcht, te amo —dijo momentos antes de acercarse y darle un casto beso en los labios.

—Donnald,... ya te dije que si no te dabas prisa me casaría yo antes. Al parecer, así será —dijo en cuanto pudo separarse del abrazo de su prometida.

—¿Y eso por qué? —Rona se dio por aludida.

—He de ausentarme por unos días. El rey solicita la presencia de todos los lores.

—Y como yo no ostento ese título, no he de ir ningún sitio —dijo Ander alegremente.

—Oh, eso es...

—Maravilloso, simplemente maravilloso —dijeron todos al unísono, estallando en una carcajada y dejando a Anna con la palabra en la boca. Se veían radiantes y felices.

Gea interrumpió la agradable tertulia. Al parecer, tenían visita. Donald pidió que le hiciera pasar al salón.

—Imagino que no esperabais mi visita, ¿verdad? —Desde la entrada, se escuchó una voz masculina.

CONFESIONES

Todo el mundo miró la puerta sin saber qué decir. Era cierto que no esperaban ninguna visita, menos todavía la de él.

—Kev, ¿qué estás haciendo aquí? —Donnald se mostró sorprendido a la par que asustado. Algo tenía que haber sucedido para que ese hombre que tenía en aquel momento una edad avanzada, hubiera recorrido semejante trayecto.

—Ciertamente no esperaba ese recibimiento. —Se cruzó de brazos y adoptó una postura molesta.

—Discúlpame, pero... —Donnald se excusó—. Solo ha sido la sorpresa. ¿Qué ha sucedido? ¿Va todo bien? ¿Aida...?

—Sí, querido niño. Todo está bien. Pero quería haber venido hace mucho tiempo, tan pronto me llegaron las noticias de la muerte de tu padre. Pero, el hermano de mi mujer ha sido padre y prometí que, con la llegada del buen tiempo, iríamos a visitarlos y permaneceríamos en sus tierras hasta que recibiera los sacramentos del bautismo.

—¿Lord O'Neill ha sido padre? —Seelie se emocionó.

—Sí, llevaban mucho tiempo esperando al heredero. Afortunadamente se casó con una mujer bastante más joven que él y hace poco tuvieron un niño precioso al que han puesto por nombre Sebastián.

—Me alegra que sus sueños se cumplan —dijo Seelie.

—Sí, Lady Violet está orgullosa de haber tenido ya en sus brazos al heredero de sus sueños.

—Ahora que estás aquí, podremos hablar largamente sobre algunos temas escoceses que me preocupan —dijo Donnald.

—Querido hijo, no he venido solo por esa razón. —El hombre miró a su alrededor sin saber si contarle en ese momento o solicitar una entrevista privada.

—Kev, puedes hablar con libertad delante de ellas —le incitó Donnald.

—Hijo, tu hermano viene de camino —dijo el hombre.

—¿Alex? —Seelie se asustó.

—Sí, milady —confirmó Kev.

—No debería volver. Lo envié lejos para que no regresara. ¿Por qué vuelve? —La mujer estaba al borde del llanto. La noticia la había descompuesto por completo.

—Madre, tranquilizaos —dijo Donald acercándose a ella.

—Donald, ¿qué haremos si...?

—Madre, os lo suplico, vais a caer enferma. No os preocupéis, nada malo va a suceder. Recordad que os hice un juramento y yo siempre cumplo mis promesas. Si Alex viene, no le va a suceder nada. Kev... ¿cómo sabes que viene hacia estas tierras?

—Muchacho, estoy informado de todo cuanto ocurre en las tierras altas. Te recuerdo que, por la posición de mis tierras, me siento obligado a tener conocimiento de todo para salvaguardar mis bienes y a mi clan.

—¿Sabes por qué viene?

—Lo ignoro.

—Está bien. No nos preocupemos antes de tiempo. Vamos a pasar al salón a tomar algo. Seguiremos con nuestros quehaceres y nos mantendremos ocupados a esperar la llegada de mi hermano.

—Mi señor... —irrumpió Gea de nuevo.

—Sí, Gea, ¿qué ocurre?

—Tenéis otra visita.

—No es posible. ¿Acaso todo el mundo ha decidido que es hoy el día más idóneo para realizar visitas sin avisar?

—Eso parece, hermano —dijo Anna.

—Está bien, Gea. Que pase, por favor —consintió Donald.

Esta vez eran Luca y Arturo los que llegaban bastante desaliñados, sudorosos y con cara de pocos amigos. Hicieron un breve pero efectivo saludo con la cabeza y ambos se colocaron justo frente a Donald.

—Hemos de hablar contigo de inmediato —dijo Luca.

—Son muchas las noticias que hemos de darte y que no pueden esperar hasta más tarde, querido amigo —añadió Arturo.

—Está bien. Propongo lo siguiente. Las mujeres pasarán al comedor y mientras nosotros nos reuniremos.

—Donald, si no te importa, me gustaría estar presente durante la charla —propuso Ander.

—Muy bien. Kev, ¿podrías hacer usted de anfitrión con las damas?

—Será un placer. —No se sintió ofendido lo más mínimo por no ser invitado a la conversación. Después de todo, aquellas no eran sus tierras y, si Donald quisiera decirle algo, ya lo haría más tarde. Ahora complacería al señor de aquellas tierras e intentaría que las mujeres pasaran un rato divertido.

Los cuatro hombres jóvenes se encerraron en el despacho privado de Donnalld. Eran muchos temas los que iban a discutir y no deseaban ser molestados.

En el salón, Laird Kev reía gustoso con los graciosos comentarios de la joven Anna. Su madre se mostraba todavía circunspecta por la noticia de la llegada de Alex, Lady Rona intentaba casi en vano que esta entrara a formar parte de la conversación y Violante estaba en otro mundo. De repente, esta se excusó de la mesa para ir a sus habitaciones, alegando cierto dolor de cabeza. Anna supo de inmediato que se proponía escuchar la conversación de los guerreros, así pues, de inmediato intervino.

—Es un verdadero fastidio, Violante. Yo sufro de duras jaquecas a menudo. Hanna me prepara una tisana que va maravillosamente bien para eso, voy a decirle que te prepare una y te acompañe a tus habitaciones. Yo cuidaré de ti, pues comparto contigo ese malestar. Rona, no te importará que sea yo quien la acompañe, ¿verdad? —La joven se mostró un tanto sorprendida, primero, porque Anna no había sufrido jaquecas en su vida, y segundo, porque sabía perfectamente que Violante no era de su agrado. Le siguió el juego cuando esta discretamente le golpeó en la pierna por debajo de la mesa.

—Por supuesto, sé que cuidarás perfectamente de mi querida amiga. Yo acompañaré a tu madre e intentaré que descanse.

—Lady Anna, no es preciso que vengáis. Deberíais quedaros con vuestra madre, ella os necesita más que yo —dijo nerviosa.

—No digas tonterías. Mi madre y Lady Rona tienen muchas cosas que hablar respecto a la boda. Además, yo estoy encantada de ayudarte. Siempre es al contrario. —Otra flagrante mentira, Violante no había ayudado a Anna jamás. Con esa estratagema, al menos Anna aseguraba la discreción de aquella conversación. Violante parecía realmente contrariada, pero no pudo deshacer el entuerto. De mala gana se dirigió a su habitación acompañada por la muchacha, que le comentaba los pasos que darían para mejorar su incipiente migraña. Anna estaba haciendo una maravillosa labor cuidando a la joven enferma. Le había puesto paños tibios en la frente y le estaba dando, con sumo cuidado, la infusión que Hanna le había preparado. Se estaba comportando con toda la corrección posible, manteniendo a la muchacha en cama. Esta permanecía con el rictus contrito, ladeada para que no la viera siquiera esa estúpida muchacha. Había estropeado todos sus planes, ahora no podría saber de qué hablaban y no podría pasar la información debidamente.

Eso, sin duda, iba a causarle problemas.

Los cuatro caballeros hablaban y reflexionaban los datos referidos. Gea, intuyendo que la conversación iba a ser larga, les había llevado algo de fruta, pan y queso para que no desfallecieran. Una buena jarra de vino acompañaría la comida.

—Donnald... pienso que, ante lo acordado, deberías hablar con Lady Rona. Ella ha de saberlo —dijo Luca.

—Sí. Tan pronto acabemos, la llamaré y hablaré con ella. ¿Qué podéis decirme sobre la muerte del rey?

—Al parecer, los seguidores de Guillermo culpan al nuevo rey de haberlo matado pero, como el accidente sucedió durante una cacería y había muchas personas que no vieron nada extraño, queda todo en una mera suposición — informó Arturo haciendo un mohín.

—¿Creéis que todo eso puede estar ligado a lo sucedido con Lord Dieppe y conmigo? —Donnald sintió verdadera curiosidad.

—Respecto a eso... —dijo Luca mirando a su gemelo.

—Mi hermano y yo hemos estado haciendo averiguaciones. —dijo Arturo. —Hay veces que los brazos enemigos tienen mucho más poder del que tú crees realmente.

—¿Qué quieres decir? Yo no tengo enemigos. Al menos que sepa. —Donnald arqueó las cejas.

—En la corte todavía tenemos amigos que nos han informado de muchas cosas.

—Es cierto que tienes un espía aquí en tus tierras, Donnald —dijo Luca

—¿Os han dicho quién puede ser?

—No, pero su brazo derecho en la corte se comunica con él por medio de misivas.

—¿De misivas dices? —Ander levantó la cabeza de repente y exhibió una gran sonrisa. Al menos ya habían llegado a un punto en el que él estaba informado. Sin embargo, no sabía qué había contado Donnald a los gemelos ni, si quería compartir las sospechas que tenían en contra de Violante. Donnald negó con la cabeza a su amigo para que no dijera nada.

—Sí. Lo malo es que nuestro amigo no ha sido capaz de interceptar ninguna para saber por mandato de quién están yendo en contra vuestra — aclaró Arturo.

—Lo que si hemos de decirte, amigo, es que el nombre de tu hermano ha sonado varias veces alrededor de esas personas. —Luca fue claro y conciso.

—¿De Alex?

—Sí.

—Casi seguro que es por eso que viene hacia aquí —supuso Donald.

—¿Tu hermano está de camino? —Arturo miró a su hermano de reojo.

—Espero problemas —dijo Donald frotándose la mandíbula. —Pero le prometí a mi madre que mediaría por él frente a cualquier eventualidad.

Si todo lo que le estaban contando era cierto, su hermana Anna estaba más que en lo cierto, había hecho una labor maravillosa. Sonrió al pensar en lo contenta y agradecida que estaría cuando le contara.

—¿Qué podéis decirme respecto al padre de Violante?

—¿Mandaste averiguar de él? —Donald asintió de inmediato ante la pregunta de Ander—. ¿Por qué? ¿Acaso lo conociste? —Donald negó esta vez con la cabeza.

—A decir verdad, hemos tenido suerte —dijo Luca riéndose.

—Nuestro amigo en la corte sí lo conoció —comenzó Arturo—. Demasiado bien, de hecho. El padre de Violante era un espía para la corona española. Habiendo pasado un tiempo en Inglaterra, decidió que era más provechoso para él seguir bajo el mandato de nuestro rey y se alió con él. Conoció a Lord Verrier en una misión secreta para la que los dos fueron convocados en Maine, allí sitiarían el castillo de Saint-Suzanne donde se encontraba Huberto de Beaumont. Violante quedó en la corte como dama de compañía de su hija pero, a su muerte, ambas llegaron a ti, tal como indicaba en la carta Lord Verrier. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—Es muy probable que la muerte de Lord Verrier no fuera accidental. Muchos allí en la corte creían que el padre de Violante fue enviado para que acabara con su vida.

—Es maravilloso —dijo Ander que, sin darse cuenta, ya estaba copiando las frases de Anna. Se cruzó de brazos y se recostó en la silla que tenía asignada—. Al parecer, vivir en la corte no es tan aburrido como yo pensaba. Hay de todo.

—Donald, te hablaré con claridad. Se dice que la madre de Lady Rona tenía algo más que amistad con don Carlos y que, aprovechando dicha amistad, mandó matar a su marido para quedarse con toda su herencia —dijo Luca.

—Pero eso es algo ridículo. Teniendo una hija, la mujer debía saber que la mayor parte de su herencia pasaría a ella. —A Donald no le encajaba aquella forma de pensar.

—Es por eso que Lord Verrier envió a la muchacha a tu padre para que se hiciera cargo de ella y de su fortuna. La madre, al conocerse esa carta y ver que el testamento recompensaba a su hija casi íntegramente, vio sus planes fallidos. Al haber quedado sola, desamparada y sin dinero, la niña ya no le importaba lo más mínimo. Lord Verrier debió intuirlo, debió saber que la vida de su hija corría peligro y por eso estaba todo tan bien organizado y atado. —Luca expuso sus conjeturas.

—Por eso llegó una carta de la mujer desentendiéndose de la niña. No deseaba vivir en un pueblo con ella, sabía que nunca gozaría de sus bienes y su dinero. —Arturo siguió exponiendo también sus propias suposiciones.

—Tanto Lord Verrier como mi padre demostraron ser aliados de mucha inteligencia —dijo Donald.

—Donald, ¿me permites contarle a tu hermana todo esto? Me muero de ganas por ver la cara que pone —dijo levantándose de un salto.

—Sí, por supuesto. Yo hablaré con Rona. Tengo mucho que contarle.

Los tres muchachos salieron por la puerta y se dirigieron a sus habitaciones, necesitaban asearse un poco y descansar. Donald mandó llamar a Lady Rona Verrier que no tardó en llegar.

—¿Donald?

—Rona, por favor, pasa y toma asiento. He de hablar contigo.

—Me estás preocupando. ¿Es respecto a nuestros esponsales? ¿Has cambiado de opinión al respecto?

—No, querida, jamás cambiaré de opinión respecto a ti.

—Bien... —La joven respiró hondo y se sentó en la silla más cercana a la mesa, a la espera.

—Rona. Cuando Luca y Arturo estuvieron aquí, hablamos de ti.

—¿De mí? —La joven se mostró muy sorprendida—. Pero si no los conocí hasta el día en que llegaron aquí contigo.

—Lo sé. Pero hace muchos años, cuando vine a casa y te vi, tu rostro me resultó conocido. Lo mismo les sucedió a ellos cuando te vieron por primera vez.

—Donald, me estás asustando.

—Rona... mandé a los chicos a hacer averiguaciones sobre tus padres. —La joven enmudeció. Nunca nadie le había dicho nada respecto a ellos, nadie

le había preguntado por sus recuerdos y, desde su llegada a aquellas tierras, nadie los había nombrado—. Puede que te resulte extraño o que pienses que no debí hacerlo pero, créeme, era necesario. Vamos a empezar una vida juntos y deseo que entre nosotros quede todo claro. Creo que necesitas saber quiénes eran.

—No sé si estoy preparada para ello, Donald. —Rona temía que lo que fuera a contarle de sus predecesores, cambiara el rumbo de su vida drásticamente. ¿Y si después de todo, Donald ya no quería casarse con ella? Peor aún, ¿y si después de sus confesiones, Rona se sentía infame a su lado? Ciertamente no estaba preparada para saber de ellos.

CARA A CARA

Donnald sabía que parte de lo que le iba a contar a Rona le iba a causar daño, pero ella debía saberlo. La mujer parecía estar confundida y asustada. Donnald la tomó de la mano y se sentó junto a ella en una silla de madera de dos plazas.

—Rona, tu padre era un hombre extraordinario. Yo sé lo que te digo. Me instruyó lo mejor que supo y gracias a eso he llegado a ser lo que soy. He realizado grandes labores para nuestro rey y, en secreto, he estado realizando misiones encubiertas para él.

—¿Eras un espía?

—Rona, lo sigo siendo. Nadie lo sabe. Ni siquiera mi padre llegó a saberlo nunca. Entré a formar parte de ese selecto grupo gracias a Lord Verrier y le estaré eternamente agradecido por ello.

—¿Es por eso que te casas conmigo, Donnald? ¿Cómo agradecimiento a mi padre? —La muchacha se mostró confundida.

—Me caso contigo, Rona, porque desde el momento en que tú y yo bailamos en el salón, estoy perdidamente enamorado de ti. Eso nunca lo dudes. Si te cuento todo esto, es porque no deseo que haya ningún secreto entre nosotros. —La joven respiró aliviada al escuchar aquello—. Hay varios datos que quiero que conozcas y que hasta hoy no he podido revelarte porque estaban incompletos.

—¿Qué clase de datos?

—Rona, no creo que tengas recuerdos de tu madre.

—Ninguno —dijo la muchacha cabizbaja.

—Tal vez haya sido lo mejor para ti. Ella no era una buena mujer.

—¿Era, dices?

—Falleció hace medio año en los calabozos del castillo, acusada de traición a la corona.

—¡Santo Dios! —La joven se echó la mano a la boca.

—Después de tu nacimiento, tus padres tuvieron otro hijo pero, desgraciadamente, falleció al poco de nacer. Las causas de su fallecimiento son desconocidas. De igual forma, me han dicho que tuviste otro medio hermano.

—¿Que tuve?

—Rona... tu madre lo mató.

—Donnald, eso que me cuentas es monstruoso. No deseo oír nada más de ella —dijo la muchacha intentando levantarse, sin que él se lo permitiera.

—Al parecer, tu madre era una mujer que buscaba el mejor postor en un hombre. Tú tuviste suerte de seguir con vida, pues tu padre te envió rápidamente aquí con nosotros.

—Es muy duro lo que me estás contando, Donnald. ¡Yo llevo su sangre!

—Querida, tú no eres como ella.

Donnald estuvo un buen rato hablándole de sus padres y, por tanto, consolándola. No era agradable lo que estaba conociendo de sus raíces. Le dijo lo que sabía acerca de la muerte de su padre y le explicó cómo lo había sabido todo. Tal como había dicho nada más empezar la reunión, no quería que ningún secreto empañara su futura felicidad. Él sabía que cuando jurara fidelidad al nuevo rey, sería enviado en algún caso a nuevas misiones y no quería preocuparla más de lo debido. Eso sí, Rona había de entender que su secreto debía seguir siéndolo. Nadie en su familia debía conocerlo. Él cuidaría de ella, la amaría y la respetaría. No haría nada que pudiese hacerle daño.

Ya era bien entrada la noche cuando ambos se despedían para ir a sus habitaciones. Rona todavía estaba muy aturdida por todo lo que le había contado su prometido y sabía que iba a ser una noche muy larga.

Luca y Arturo volvieron a sus negocios en la corte, después de haber descansado considerablemente durante un par de días.

Ander, después de haber consultado con el sacerdote de los De Sunx la posibilidad de casarse cuanto antes con Anna, envió una misiva a sus tierras para que la casa estuviera adecuada para ellos. Dios mediante, en una semana a lo sumo, estarían casados y serían los nuevos señores de unas fructíferas tierras.

Donnald se disponía a partir hacia la corte, cuando fue avisado. Un grupo de tres caballeros se acercaba por la llanura sur.

De inmediato supo que se trataba de su hermano y mandó que las puertas estuvieran abiertas de par en par para él. Donnald lo esperaría en el patio de armas. Ardía en deseos de saber para qué había venido y por supuesto de discutir unos cuantos temas con él.

Los tres hombres entraron al galope en el castillo y recorrieron la distancia a la mayor brevedad. Alex descendió del caballo y, con una mirada teñida de

odio, se dirigió a su hermano. No hubo palabra alguna a modo de saludo entre ellos. Alex se situó frente a él y con toda la rabia contenida en su cuerpo y toda la fuerza de que era capaz emerger de su brazo, asestó un certero puñetazo a su hermano mayor en la mandíbula izquierda. Ese golpe lo tiró al suelo.

—Yo también te doy la bienvenida, hermano —dijo Donald desde el suelo. Lentamente se levantó, recompuso sus ropas y lo miró de frente. Lo dejaría pasar, pero sería la última vez, de eso podía estar seguro—. ¿A qué has venido?

—¿Acaso no lo sabes?

—Hermano... sé muchas cosas, pero desconozco el motivo que te trae.

—Nuestro padre ha muerto.

—¡Ah! Ya veo. ¿Te ha llegado la noticia de su muerte ahora?

—Sí, ¿lo pones en duda?

—Hermano, prometí a madre que no te pondría la mano encima y le prometí también protegerte de la ira de un rey ignorado, pero no pienso consentirte que faltes a mi inteligencia.

—No sé a qué te refieres —dijo apretando las mandíbulas.

—Sé que alguien del castillo ha estado comunicándose contigo en todo momento y sé de sobra que, incluso antes de la muerte de padre, sabías todo lo que aquí acontecía. Me pregunto si no habrás tenido algo que ver al respecto.

—No permitiré que me insultes. —Alex le volvió a golpear fuertemente y Donald de nuevo fue derribado, pero esta vez no pudo quedarse de brazos cruzados. Se sabía descubierto, lo había visto en su mirada, y que reaccionara de esa forma solo indicaba que la acusación era más cierta de lo que Anna había supuesto en un principio. Donald lo cogió por la pechera y lo levantó casi un palmo. Este, aprovechó la altura, le propinó un fuerte puntapié en la entrepierna. Donald lo lanzó por los aires antes de doblarse por el dolor. En cuanto se recompuso, se dirigió hacia Alex, volvió a tomarlo por el pecho y le asestó un buen puñetazo. Alex sangró de inmediato, su piel no esta tan curtida como la de su hermano mayor y el dolor infringido fue evidente de inmediato.

—Sé mucho más de lo que imaginas —dijo acercando su rostro al de su hermano. Los dos acompañantes de este bajaron de inmediato de sus caballos y se dirigieron hacia él para socorrerlo—. Yo no me acercaría demasiado, puedo con vosotros dos también.

—¡Alex! —Desde la puerta, Seelie gritó al ver a su hijo en el suelo—. ¡Hijo! —La mujer sollozó quedamente—. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no te has quedado en Escocia?

—Madre, sé que prometí no tocarlo, pero él ha sido el primero en... —se defendió.

—¿Cómo he de decirte que no la llames madre? Ella no es tu madre. ¡Es mi madre!

—Alex, por favor —suplicó Seelie.

—Deja ya de comportarte como un niño —dijo Donald hiriendo a su hermano con esas palabras—. Entiendo que, cuando éramos pequeños, quisieras estar pegado a sus faldas y que no quisieras compartir su cariño con nadie, pero ella es la única madre que conozco y como tal la trataré hasta el último día de mi vida. Ella será la dueña de estas tierras mientras lo desee.

—Eso lo arreglaré prontamente. Mi madre se viene conmigo.

—Alex, por favor —suplicó de nuevo Seelie.

—No madre, no dejaré que se quede también con vos. Alex se acercó destilando odio por los ojos y mostrando todo el rencor que sentía hacia su hermano mayor. —Desde siempre he estado sometido por ti. He tenido que soportar todo tipo de desprecios por parte de padre. Te has quedado con todo lo que yo deseaba para mí: las tierras, la herencia, el amor de la familia. —Miró directamente a Rona y esta agachó la cabeza pues no quería afrontar la mirada directa de aquel hombre—. No dejaré también que te quedes con mi madre y mi hermana. Ellas dos se vienen inmediatamente conmigo.

—Alex... a día de hoy, no entiendo de dónde nace tanto odio hacia mí. Sabes de sobra que yo no elegí ser el primogénito de padre y sabes de sobra que la misma suerte que a mí me acompañaba, podría haber sido la tuya si hubieran vivido los amigos de padre. Yo no te he robado nada, puesto que nada era tuyo, y no me he quedado con ningún amor que no me haya ganado de antemano. Madre se queda conmigo y yo cuidaré de ella, a no ser que ella misma me asegure su deseo de acabar sus días a tu lado. En cuanto a Anna... creo que su futuro marido se opondrá vehementemente a que te la lleves de su lado.

—Madre se viene y no hay más que hablar. Anna, bueno, puede hacer lo que le plazca. No hubo demasiado cariño de mi parte hacia ella. Una boca menos que alimentar. —Donald no soportó más las ofensas hacia toda su gente y, sin previo aviso, propinó dos fuertes puñetazos al joven Alex, que lo dejaron en el suelo sin poder levantarse momentáneamente. Guiric y Owen

dieron un paso adelante para ayudar a su amigo, pero el gesto contrito de Donald les detuvo en seco.

—Está bien, está bien —dijo Seelie limpiándose las lágrimas del rostro—. Iré contigo hijo.

—Madre, no es lo mejor para vos que os mudéis a un clima tan gélido, no es bueno para vuestros huesos. Sabéis que va a ser muy difícil vivir en aquellas tierras.

—¡Cállate! —Alex se levantó del suelo de un salto.

—Madre, por favor, no cedáis, no os marchéis. Anna os necesita. En breve será la esposa de Ander McIcht, ¿es que no deseáis verla casada?

—¡He dicho que te calles! —Alex se acercó de nuevo a su hermano agresivamente. Seelie no deseaba marcharse, era cierto todo lo que Donald le había dicho. Le iba a ser muy difícil a su edad adaptarse a aquellas tierras y sus costumbres, y deseaba con todo su corazón ver a su pequeña hija casada. Sin embargo, no deseaba ver pelear a sus hijos y sabía que, si no cedía en esto, Alex estaría siempre planeando alguna otra forma de molestar a su hermano.

—He dicho que está bien, Alex. Me iré contigo —dijo la mujer poniéndose justo entre los dos. —Solo te pido que me des tiempo para recoger mis cosas.

—De acuerdo. —Seelie se dirigió hacia su cuarto, seguido de Anna y Rona que lloraban desconsoladamente—. Aprovechando que nos hemos quedado solos, quiero que me des en este preciso momento la parte de la herencia que padre dejó para mí.

—No sé si dispongo de todo ese dinero ahora mismo —dijo Donald sorprendido. Desconocía que Alex supiera de la magnitud de la fortuna de los De Sunx.

—¡Oh, hermano! Sí dispones de ese dinero, lo sé. Y quiero que además me des una carreta con caballos, alimentos y mantas suficientes como para llevar a mi madre sana y salva hasta su nuevo hogar. ¿No desearás que nada malo le ocurra, verdad?

—Eres un desgraciado. No sabes cuánto siento que por nuestras venas corra la misma sangre. No mereces nuestro apellido. Y escucha bien lo que voy a decirte porque solo lo repetiré una vez. —Le habló con el índice alzado en señal de amenaza y los ojos inyectados en sangre debido a la rabia y la impotencia—. Si vuelven a llegarme noticias de la corte, indicándome que tus sucias y asquerosas manos están impidiendo que mi trabajo o el de mis

aliados salga adelante, juro que te arrepentirás de ello. Y sabes que no estoy hablando en broma.

Dicho esto, Donnald se dirigió a preparar todo lo que le había pedido aquel malnacido. A partir de ese momento le iba a costar mucho llamarlo hermano. Cuidaría de él en la corte, pues había hecho una promesa a su madre, pero no quería saber más de él. No podía negarle la entrada a sus tierras, pues eran el legado de su familia, pero esperaba que con el dinero en su poder y con su madre manejada a su antojo, no volviera a sentir necesidad de volver.

Alex sonreía como un niño complacido que acababa de salirse con la suya. Realmente eso era lo que había sucedido, pero él sabía en su fuero interno que nada había acabado. Lo habían descubierto en la corte, estaba claro, y no podría seguir malmetiendo en su contra. Aun así, todavía le quedaba Violante. La buscó y la encontró sentada en el salón familiar. No le interesaba nada lo que estaba sucediendo con aquella familia así que bordaba tranquilamente sentada en su silla favorita. Alex entró y la llamó discretamente. Ella volvió su cara y sonrió abiertamente al verlo. En silencio, se metieron en una habitación, una bastante pequeña perteneciente a una de las doncellas del castillo. Estaban a buen recaudo pues todas estaban ayudando con el equipaje de la señora.

—¡Al fin has venido a buscarme! —Violante le ronroneó al oído.

—¡Oh, no! No he venido por ti.

—Pero, teníamos un trato, ¿recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo. El papel lleva mi firma impresa.

—Lo tengo a buen recaudo —dijo con mirada altanera.

—¿Lo has guardado?

—Por supuesto. Acaso me crees tonta. Es lo único que tengo para asegurarme mi fortuna y mi valía. Recuerda que dijiste que sería tu esposa y que disfrutaría de todos los bienes.

—Lamento decirte, querida Violante, que estás hablando con un hombre casado.

—¡Eres un bastardo! —La mujer hizo ademán de golpearle el rostro, pero Alex frenó de inmediato el ataque.

—No sufras. Tengo una nueva encomienda para ti que va a suponer todo cuanto ansías.

—No pienso ayudarte en nada más. —Alex tomó a la joven por el cuello, no iba a permitir que una simple mujer le llevara la contraria. Mucho menos

permitiría que sus nuevos planes se echaran a perder solo porque ahora aquella pequeña zorra se negara.

—Lo harás, Violante, lo harás.

—Suéltame, me estás haciendo daño —dijo como pudo la mujer.

—Escúchame. Sé que Donnald y Rona se van a casar pronto. Mi madre se viene conmigo y mi hermana partirá también con su marido a otras tierras. De forma que te quedarás solo con Donnald y Rona y harás hasta lo imposible para que su matrimonio fracase. No deseo herederos entre ellos. ¿He sido claro? Haz lo que tengas que hacer para llevar a cabo mis planes y, por supuesto, mantenme informado de todo en todo momento.

—Alex, ¿no crees que estás llevando un poco lejos tu venganza?

—¿Un poco lejos? ¡Oh, no! Violante, querida. Esto todavía no ha acabado. Donnald se acordará de mí.

—Escucha, hemos de tener cuidado. Creo que sospechan —dijo ansiosa Violante.

—¿Qué le ocurrió a Richard realmente? —Alex se cruzó de brazos.

—¿Cómo sabes lo de ese sujeto? —La doncella se separó de él y se aseguró de no ver a nadie por el pasillo.

—Querida, Violante, ¿ahora eres tú la que me está menospreciando? Siempre hay alguien que me indica que todos mis deseos se acaban cumpliendo. ¿Qué sucedió? ¿Lo mataste tú?

—Sí, fue necesario. Ese bastardo me había descubierto y pensaba decírselo todo a Lady De Sunx, simplemente no podía permitirlo.

—Actuaste con rapidez, me agrada eso —dijo Alex asintiendo con la cabeza—. Entonces, ¿aprovechaste la salida de caza para acabar con él?

—¡Estás completamente informado de todo, Alex! Sí, así ocurrió. Lo sorprendí entre la arboleda y le corté el cuello para acabar con rapidez. Tuve mucha suerte, de inmediato unos animales salvajes debieron oler su sangre y se hicieron cargo de él. Eso es lo que vieron sus compañeros. —La mujer sonreía complacida por su proeza.

—¿Y cómo dejaste que te sorprendieran?

—Olvidé una de tus cartas sobre la mesa del salón familiar justo cuando iba a prepararme una tisana y, al volver, lo vi leyéndola. Tuvimos un breve intercambio de palabras con algún que otro insulto de por medio y, cuando ese tipo me amenazó, supe de inmediato que debía hacerlo callar.

—Asegúrate de hacer desaparecer las cartas una vez las hayas leído y no habrá ningún problema —dijo malhumorado.

—Alex...

—Haz lo que te digo, Violante.

—Sí, Alex. Lo haré, lo haré. —Ojalá algún día hallara la forma de poder desentenderse de él para siempre pero, por el momento, todo lo que podía hacer era seguir sus instrucciones. Y si estas eran acabar con la asquerosa vida de alguien que viviera en el castillo, sin duda pondría todo en juego para que así fuera.

Alex volvió a la puerta donde ya se hallaban todos congregados. Se acercó hasta su hermano Donald y le susurró al oído.

—Querido Donald, esto no acaba aquí. Mira siempre a tus espaldas, he estado toda mi vida tras ellas.

No se molestó en mirar atrás, una vez sentado en su corcel. Guiaría a su madre hasta sus tierras e intentaría que todo lo que había dispuesto fuera llevado a cabo. La amenaza lanzada a su hermano mayor habría calado en él, estaba seguro. Ya llegaría el día en que pudiera vengarse.

LORD Y LADY DE SUNX

La tristeza hacía mella en los ojos de la novia. Anna iba camino al altar del brazo de su hermano para casarse con el hombre al que jamás pensó que querría con toda su alma. Sin embargo, la falta de su madre hacía que el momento desmereciera.

Ander veía hermosa a su futura mujer. Su pelo largo y rubio le caía graciosamente en cascada por la espalda. A petición del novio, lo llevaría suelto. Le encantaba verla con el pelo así. Sin embargo y obviando otros de los defectos que más le gustaban de ella, esta iba adecuadamente vestida y sobretodo calzada.

Anna sabía que Ander miraba sus pies y, para asegurarse de que los veía correctamente, se levantó sutilmente el vestido y enseñó los zapatos al caminar. Él estuvo a punto de soltar una carcajada ante tal hecho. Sin duda, la vida con esa mujer, aparte de sumamente especial, iba a ser divertidísima.

La ceremonia concluyó con gran rapidez y el sacerdote los nombró marido y mujer con bastante premura.

Ander rodeó por la cintura a Anna y la besó delante de todos los allí congregados.

No era un beso casto o suave, era un beso cargado de pasión y de amor. Un beso que daba inicio a una vida entre ambos.

Esa tarde y noche estaba todo dispuesto para una gran fiesta. Donald había invertido todo el tiempo del que disponía en preparar la boda de su querida hermana.

Nadie supliría el vacío dejado por sus progenitores pero, si algo podía hacer para menguar su pena, lo haría.

Anna se casaba con los colores de su hermano. Todavía no conocía los de su marido puesto que hasta el momento sus prendas no habían sido definidas.

Esa noche sería la última que pasaría bajo el techo de su familia. A partir de ahí, viajaría con su marido a unas tierras que desgraciadamente estaban bastante lejos de los De Sunx, allí emprenderían un futuro juntos.

—Me voy a sentir terriblemente sola en este castillo —le dijo Lady Rona a su amiga cuando la noche caía y los novios se retiraban a sus habitaciones.

—Y yo... siento muchísimo no poder estar a tu lado el día de tu boda.

—No te preocupes, hermana. En mi corazón siempre estarás conmigo —dijo Rona.

—Es una pena que Donald haya de ausentarse durante un tiempo justo ahora.

—Sí, pero es primordial que vea al rey. No puede seguir en estado de rebeldía.

—Lo entiendo, pero te quedarás sola ahora.

—No, tranquila. Las doncellas estarán conmigo y además cuento con Violante.

—Respecto a Violante...

—Sé que no siempre os habéis llevado bien, pero me tiene en alta estima. Cuidaremos la una de la otra mientras Donald no esté.

—Sí, tienes razón. —No se atrevió a decirle nada respecto a sus sospechas. Así pues, optó por dejar que se encargara su hermano de ello.

—Anna, te hemos preparado la habitación para esta noche con todo el cariño del mundo. —La joven se sonrojó al escuchar la insinuación de su noche de bodas—. Como tu madre ha tenido que marcharse y tu hermana Micaela ha dado recientemente a luz a las niñas de sus ojos... ¿dejarías que te bañase y te vistiese yo en su lugar?

—Nadie mejor que tú para hacerlo —dijo la joven desposada, abrazando de corazón a la que sin duda consideraba su hermana.

Las dos mujeres se dirigieron al cuarto de Rona donde las doncellas ya estaban vertiendo el agua en la tina y, justo al lado, sobre una silla, se hallaba el sobreveste que llevaría como única prenda.

Rona se quedó sola con Anna. Esta se encargó de recogerle el pelo para que no se lo mojara, la desvistió, depositó sus galas de novia dentro de un baúl regalo de su hermano y la ayudó a entrar en las tibias aguas.

Concienzudamente la lavó usando aroma de flores y, cuando acabó, la secó y la peinó de nuevo para que se viera más bonita, si era eso posible.

Rona actuó como la madre de una novia actuaría. La acompañó de la mano hasta la alcoba que compartiría por primera vez con su marido y, una vez terminada su misión, la dejó entrar. Esperaba de corazón que fuera una buena noche para su amiga.

Ander esperaba en pie al lado de la cama. Los nervios lo consumían. Ansiaba ver a su mujer y llenarla de besos y caricias.

Quedó petrificado cuando la vio entrar en la habitación con ese porte tan regio y vestida con su sobreveste. Lucía una hermosa sonrisa, olía a flores silvestres y estaba radiantemente sonrojada.

Anna se acercó a la cama donde su marido la esperaba y despacio se

desató los cordeles que sujetaban la única prenda que cubría su cuerpo.

Ander sabía que su mujer era bella, pero jamás había esperado ese cuerpo tan perfecto.

Anna lo miraba sin poder quitar la sonrisa de sus labios. El rictus de este le hacía comprobar que le agradaba cuanto le mostraba.

El marido se acercó a ella despacio y suavemente levantó su rostro con la mano. Lo atrajo hacia él y la besó en los labios, la besó en la mejilla, la besó en la frente...

Para cuando había acabado, la joven se encontraba emitiendo pequeños gemidos de placer. Con solo acercarse a su persona, su cuerpo había respondido afirmativamente a él y a sus caricias.

Ander se separó un poco de ella y se quitó la fina camisa que lo cubría. Anna lo miraba sorprendida. La musculatura de su marido era espectacular. La zona del abdomen estaba completamente tensa al rozar sus dedos. Ander entrecerró los ojos por la sorpresa y los vellos de su brazo se erizaron sintiendo solo placer. Anna se acercó más y lo ayudó a librarse los pantalones y los calzones.

Ahora ya estaban los dos desnudos, cuerpo a cuerpo, ambos a la par. Anna quiso ver a su amante al completo, lo siguió con la mirada mientras lo rodeaba y rozó todas aquellas partes del cuerpo que ella deseaba. Su marido iba consentir, así pues, ella iba a aprovechar. Quiso acariciar su torso, su espalda y, llegado el momento, hasta sus nalgas. El cuerpo del joven se contrajo por la osadía de la joven doncella, pero no puso impedimento alguno al ciclo de ávidas caricias. Cuando Anna se situó justo delante de él, el miembro del hombre estaba enardecido, listo para ser acariciado. Ya le habían explicado a la muchacha de qué trataba esa noche en la que sería despojada de su virtud y lo que se esperaba de ella. También se le había indicado que podía formar parte activa y así el gozo sería mejor para ambos. Salvando cualquier obstáculo sobre su timidez, Anna cubrió con su mano el miembro viril y Ander soltó un gruñido de placer. No podría dejar pasar mucho tiempo sin abordarla, deseaba hacerle exactamente lo mismo que ella había hecho con él. Tomó a Anna por la cintura y la cargó sobre sí mismo, pasándole las piernas alrededor de su cintura. La joven pudo sentir al hombre en su plenitud y sintió la imperiosa necesidad de moverse. No deseaba sentirse quieta sobre su marido, había algo más, seguro, aquello no podía ser todo. Esta vez Ander se lo impidió. Deseaba sentirla suya por completo, pero si aceleraba demasiado el ritmo, seguro que no lograría llevarla a lo más alto

del clímax.

Ander quiso que bajara, pero Anna se lo impidió. La muchacha se sentía triunfante y quiso ganar en esa pequeña batalla. Tomó rudamente la boca de la mujer y la besó, la besó una y otra vez hasta que Anna comenzó a removerse ansiosa sobre él.

Las uñas de la joven doncella se clavaban en sus hombros provocándole heridas. Ander podía sentir cómo el calor emanaba de la hendidura inferior de la mujer. Supo que con esos besos había despertado la pasión en ella y con paciencia la haría sentir un fuego tan grande que le pediría clemencia. Ella se creía ganadora cuando en realidad aún no había comenzado el juego. Anna jadeó sobre él, pasó nerviosamente las manos por su pelo y le imploró que acariciara de nuevo sus pechos. Supo entonces que había llegado el momento de poseerla. Ahora, y poco a poco, podía entrar en su interior sin causarle daño alguno.

Ella era su todo. La amaba con todo su ser, como jamás había creído poder amar a nadie, y no dejó de repetírselo hasta que su miembro se sintió completamente rodeado por su humedad.

¡Dios, qué bueno era sentirse así! Sabía que el día de su unión iba a ser memorable, pero jamás pasó por su mente que llegara a ser tan maravilloso. Anna era una magnífica mujer que, sin saber qué hacer, comenzó a moverse rítmicamente sobre el miembro de su marido. Apoyó sus manos en su torso para ayudar a levantar su cuerpo y sintió cómo su femenina zona se inflamaba cada vez más. No tardaría mucho en llegar al orgasmo y no quería dejarla fuera, así pues, la tomó de la cintura y la ayudó a seguir el ritmo pautado por ella misma. Anna no sabía de dónde había sacado tanta fuerza como para levantar su peso en repetidas ocasiones, pero el placer era tan grande que no deseaba que parase. La joven mujer sentía que estaba próxima a algo, aunque no sabía a qué. Indicaba a su amante que apremiara su ritmo porque lo necesitaba y, casi sin darse cuenta, Ander se dejó llevar vertiendo el espeso líquido de su ser en su interior. Anna gritó de júbilo al sentir los espasmos en su interior. Ambos sabían que ahora Anna le pertenecía en cuerpo y alma. Sabía que ella sentía lo mismo por él y a partir de ese momento iban a ser una sola persona.

La noche pasó muy rápida y por desgracia para ellos el día llegó acompañado de nubes negras. Sin duda presagio del llanto de las doncellas del castillo. Un abrazo y un beso. Eso era todo lo que les dejaba. Todos sus recuerdos de infancia y todos sus enseres particulares machaban con ella a su

nuevo destino. Justo cuando la nueva pareja subía a lomos de sus corceles, la lluvia llegó para despedirlos.

El verano había terminado al fin y la llegada del otoño estaba próxima. Era momento de cubrir de nuevo con pieles las ventanas y de mandar recoger leña para calentar tan enorme castillo.

Era cierto que Rona quedaría un tiempo sola en el castillo, pero solo lo necesario para que Donnald presentara sus respetos al nuevo rey. De inmediato, volvería a sus dominios para poder casarse con su amada doncella. Mientras, la joven usaría todo ese tiempo para adecuar el que sin duda sería su hogar a partir de ese momento. Además, cosería y bordaría su propio traje de novia.

Donnald le había conseguido telas finas con su color gris y ella misma bordaría las flores blancas alrededor de las mangas y a lo largo del vestido. También aprovecharía la ausencia de su prometido para confeccionarse un camisón nuevo para la noche de bodas, así como una sobreveste gris a juego.

Ella no tendría a nadie de la familia que la ayudase a vestirse y desvestirse, así pues, comenzaría con ella una nueva tradición en los De Sunx.

Rona salió a recibir a su prometido. Dos semanas sin verlo, provocaron que se lanzara sobre sus brazos al verlo. ¡Cuánto lo había echado en falta! Ese castillo era demasiado frío y solitario sin él. Por suerte, ahora tardaría mucho en volver a marcharse.

—Creí que no regresarías nunca —dijo Rona pegada a su cuello.

—Te dije que volvería pronto.

—¿Y para ti dos semanas es pronto? —Lo miró a los ojos.

—A decir verdad, sí. Estoy más que acostumbrado a pasarme fuera de casa meses o incluso años, por tanto, para mí esto ha sido muy corto.

—¡No me dejarás tanto tiempo sola, a partir de ahora!

—No lo haré. He hablado con el rey, le he pedido unos años de alejamiento en mis funciones. Deseo pasar tiempo a tu lado y que construyamos nuestra propia familia juntos.

—Eso está muy bien. Entonces, ¿ha ido todo bien?

—Muy bien —dijo soltando a Rona y mirándola a los ojos—. Y por aquí, ¿todo bien? ¿Qué le ha sucedido a tu mano? —Las llevaba tapadas con unas telas.

—Oh, verás... Creo que estoy volviéndome un poco despistada. Me quemé sin querer con una taza de té. Al parecer la había calentado más de la cuenta y mis manos sufrieron las consecuencias.

—Eso no es propio de ti —se quejó—. Habrás de prestar más atención, no quiero que te pase nada —bromeó.

—¡Oh! La verdad es que sí, debo tener más cuidado porque también el otro día tropecé con una silla que, al parecer coloqué yo misma, tuve suerte de no caer por las escaleras. Y te vas a reír, estuve cuatro días con una venda en el pie porque sin querer pisé unos cristales en la cocina. De verdad que no sé dónde tengo la cabeza. Creo que tu ausencia me ha puesto un poco nerviosa.

—Bueno, a partir de ahora no sufrirás más accidentes querida. Yo cuidaré de ti. —Donnald la rodeó con sus brazos y se dijo a sí mismo que mantendría a Violante vigilada. Sin duda, esos accidentes no lo habían sido tanto. Alguien había dejado allí las cosas para que Rona los sufriera. Su padre siempre le decía: *Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca aún*. Eso sería lo que haría con Violante.

Una semana más tarde ya estaba todo preparado para que la pareja se convirtiera en marido y mujer.

Eran muy pocos los que acudirían al enlace, pero Rona y Donnald se sentían felices de estar el uno al lado del otro. Al fin unirían sus vidas y se convertirían en un único ser.

Los votos fueron cortos y sencillos, ambos se juraron amor eterno y Donnald añadió la confianza y devoción a los suyos.

Un dulce y suave beso en los labios selló el matrimonio entre ellos. Los trabajadores que habían acudido a la capilla a verlos casar exclamaron en vítores de felicidad hacia la pareja. Algunas mujeres compartieron el llanto de dicha de la desposada.

Cuando la festividad hubo terminado, todos se retiraron a sus habitaciones.

Aunque la noche estaba fresca, Donnald invitó a Rona a dar un paseo a caballo antes de ir a sus aposentos. La mujer, sorprendida, accedió.

Ambos montaban un único caballo. Donnald la sentó delante de él. El paseo fue maravilloso, ambos a la luz de la luna observando las estrellas. Rona no sabía dónde se dirigían pues su marido solo le dijo que se trataba de una sorpresa.

Poco tiempo después llegaban a un pequeño claro del bosque, donde Donnald había hecho construir para ambos un cobertizo. Este estaba cubierto

por pieles y bien acomodado por dentro. Rona lo miró con los ojos ardientes de pasión y, sin pensárselo dos veces, lo besó con todo el amor contenido que sentía por él. El beso, que había comenzado suave y dulce, pasó a ser fuerte y posesivo. Las lenguas de los amantes luchaban por convertirse en vencedoras de aquella batalla del amor y, exultantes de deseo, comenzaron a quitarse la ropa uno al otro. No había frío que sufrir ni nada que pudiera impedir que gozaran el uno del otro. Sus cuerpos ardían lo suficiente como para calentar la noche. Rona recorrió palmo a palmo el cuerpo de su marido y pidió a gritos que él hiciera lo mismo. Necesitaba sentir sus caricias en todo momento, necesitaba escuchar sus palabras de amor y deseo. No había miedo ni dudas, solo el deseo de ser amada una y otra vez a partir de aquella maravillosa noche.

Cuando Donald creyó que su mujer ya estaba lo suficientemente preparada como para acogerlo en su interior, deslizó su miembro viril hacia ella. Un pequeño grito de dolor escapó de los labios de la doncella al dejar de serlo para convertirse plenamente en mujer. Sin embargo, los labios de su marido la acallaron y, tan pronto remitió su dolor, la joven volvió a sentir deseo. Donald entonces retomó el ritmo y siguió haciéndole el amor a su mujer. Amándola y poseyéndola una y otra vez hasta que al fin y llegando juntos a la plenitud del momento, se dejó llevar vertiendo su semen en el interior de su mujer.

Ojalá toda la vida compartieran esa misma pasión y deseo, ojalá todo su mundo de ahora en adelante y para siempre fuera tan perfecto como esa noche. Ninguno de los dos quiso dejar ese hermoso cobertizo, rodeado de naturaleza y aire libre para encerrarse en una habitación. Pasarían allí la noche y compartirían sus secretos, anhelos y ambiciones bajo el firmamento.

Quién sabía si después de tanta cordura en sus vidas, había llegado el momento de realizar alguna locura.

Tenían mucho trabajo por delante y, afortunadamente, Donald contaba con los favores del rey. Solo si era preciso para alguna contienda importante, sería llamado a la orden. De lo contrario y contando con los meses de paz que estaban teniendo, todo iría maravillosamente bien. Donald ardía en deseo de estar día y noche al lado de su maravillosa mujer. No dejaría que las maldades de su hermano entorpecieran su trabajo y mucho menos el amor que sentía hacia su Rona. Ahora, las tierras de la casa De Sunx eran para ellos dos solos, eran las tierras de su legado.

EPÍLOGO

De nuevo fue requerido por su rey y de nuevo no pudo negarse. Era preciso que Lord Donald De Sunx, después de tantos años apartado de la corte y de sus asuntos de investigación, regresara para ayudar a su rey a apoderarse del ducado de Normandía.

Quedaba en sus manos que todo, respecto a aquel ataque, saliera a la perfección.

Sin embargo, ahora dejaba en casa a una mujer embarazada. Después de cinco años de matrimonio, Lady Rona iba a dar a luz en unos meses al ansiado heredero y él no estaría con ella para verlo nacer.

Gea quedaba a cargo de todo, pero no era ya una jovencita y temía que algo le sucediera.

Una y otra vez resonaban en su mente las palabras de su hermano, amenazándolo con un regreso. Ese había sido el motivo principal de mantenerse alejado de la corte durante todo aquel tiempo.

Pero las nuevas gestiones, impuestas por rey Enrique I, estaban funcionando a la perfección. Tras los conflictos con su hermano Roberto, Duque de Normandía, y sin disponer de suficientes monedas en sus arcas con las que pagar el precio de aquella paz, había pensado que lo mejor sería capturarlo y hacerse cargo de su ducado.

El cómo y el cuándo dependía de los informes de Donald De Sunx.

Donald no precisaba de dinero en esos momentos. Si bien el último temporal había arruinado las cosechas y estaban pasando unos duros meses de invierno, el legado familiar podía sobrevivir a la perfección sin esa cantidad que el rey le daría, una vez terminada su misión.

Su corazón se dividía entre su fidelidad al trabajo y su deber para con la corona, y el mantener a salvo a su mujer y lograr que tuviera un buen parto.

No había sido capaz en ese tiempo de acorralar a Violante y de saber con exactitud si era ella la traidora, como pensaban. Debería seguir vigilándola y qué mejor opción que seguir teniéndola bajo su techo.

Donald De Sunx marchaba de nuevo a la corte y con él se llevaba una nueva vida.

AGRADECIMIENTOS

Agradecer a mi tío, Pablo, el logro de este libro.

Sin su experta sabiduría,
respecto a todo lo que entraña el Medievo,
no habría sido lo mismo.

¡Muchas gracias de nuevo!
Espero que no sea la última vez.

Título: La tierra... de mi legado
Enero 2019
© Do Pons Ruiz

© Derechos de edición reservados.
Restart Editores
restarteditores@gmail.com
www.restarteditores.es

Edición: Restart Editores
M^a Amparo Bermejo Paradís
Corrección: Amparo Bermejo Paradís
Maquetación: Amparo Bermejo Paradís
Diseño y composición de portada: Fabián Colomer Carrillo
Imagen de portada: ©Fotolia

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.